

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



PRIMAVERA 1983

II EPOCA

N.º 11

LA CRISIS DEL MARXISMO Y AMERICA LATINA E. Gomáriz, C. Franco, J. Aricó, A.G. Frank

EL SOCIAL-GAULLISMO
DE MITTERRAND

J. Julliant

EL NUEVO DESORDEN
INFORMATIVO

M. Barroso y J.M. Contreras

LA REFORMA
DE LA UNIVERSIDAD

José María Maravall

ENSEÑANZA
Y CAMBIO SOCIAL

I. Fernández de Castro

CONFLICTOS CULTURALES
IBEROAMERICANOS

Juan Rulfo

LAS RELACIONES ENTRE
LAS CULTURAS

Josep M. Castellet

POLITICA Y CULTURA EN EL
FINAL DEL FRANQUISMO

E. Díaz

GÜNTER
GRASS

Entrevista

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Presentación

ACTUALIDAD

- J. JACQUES: El socialismo de Ecuador
- M. BARRERA: M. Comares. El nuevo
- EDUARDO TORRES: Equidad y mercado
- JOSÉ MARÍA MARRASALL: La reforma
- JUAN DELVIA: Corrientes de
- IGNACIO HERNÁNDEZ DE CORTES: El
- SOCIAL

OPINIÓN

- JUAN RUIZ: Corrientes

ANÁLISIS Y DEBATE

- R. GONZÁLEZ: Francia, J. Soto y
- América Latina
- JOSÉ ANTONIO ALBA: América Latina
- JOSÉ M. CASTELLER: Los
- ELIAS DEL: Política y cultura

ENTREVISTA

- CONFERENCIAS

TEATRO

- RICARDO DOMÍNGUEZ: En la

LIBROS

- J. B. ARAMBURU: Modelos

Levistan

REVISTA DE BICHOS E IDEAS



INDICE

Presentación 5

ACTUALIDAD

J. JULLIART: *El social-gaullismo de François Mitterrand* 7
M. BARROSO/J. M. CONTRERAS: *El nuevo desorden informativo* 21
EDUARDO DELGADO: *Espejos y muros: Cultura y municipio* 35
JOSE MARIA MARAVALL: *La reforma de la Universidad Española* 43
JUAN DELVAL: *Cambiar la escuela* 53
IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO: *El sistema de enseñanza y el cambio social* 63

OPINION

JUAN RULFO: *Conflictos culturales iberoamericanos* 71

ANALISIS Y DEBATE

E. GOMARIZ, C. FRANCO, J. ARICO, A. G. FRANK: *La crisis del marxismo y América Latina* 73
JOSE ARICO: *Marx y América Latina* 83
JOSEP M.^a CASTELLET: *Las relaciones entre las culturas* 91
ELIAS DIAZ: *Política y cultura en el final del franquismo* 103

ENTREVISTA

GÜNTER GRASS 111

TEATRO

RICARDO DOMENECH: *En la frontera de dos tiempos* 123

LIBROS

J. R. ARAMBERRI, MIGUEL PORTA, REYES MATE, CARLOS BLANCO. 127

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas.

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases

Ludolfo Paramio

M. Reyes Mate

Julio R. Aramberri

Santiago Roldán

Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares

Joaquín Arango

Carlos Barral

Carlota Bustelo

J. María Castellet

Fernando Claudín

Elias Díaz

M. A. Fernández Ordóñez

F. Fernández Santos

Salvador Giner

Enrique Gomáriz

J. A. González Casanovas

E. Haro Tecglen

Francisco Laporta

Marta Mata

J. M. Reverte

X. Rubert de Ventós

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha.
Madrid-4. Telfs. 410 28 39 - 410 24 55.

Maquetas: Bering Comparini.

Produce: SOYSA.

Suscripciones: SOYSA.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A.

D. Legal: SE-466-1978.

Imprime: Maribel, A. G. - Tomás Bretón, 51 - Madrid-7.



Uno de los aspectos que figuró como prioritario dentro del programa que el Partido Socialista Obrero Español presentó a la sociedad española el pasado otoño fue la necesidad de entrar en profundidad a solucionar los graves problemas que aquejan a nuestro sistema educativo en todos sus niveles. Intentando reflejar las ideas que piensa llevar a la práctica aquellos que más directamente tienen en sus manos esta importante tarea, *Leviatán* publica en este número dos trabajos, uno de José María Maravall sobre las reformas urgentes que deben realizarse en la Universidad española, y otro de Juan Deval en torno a la situación en que se encuentra la enseñanza media en nuestro país; trabajos que adquieren una gran actualidad en el momento en que está previsto el inmediato envío de varios proyectos legislativos al Congreso de los Diputados. Ignacio Fernández de Castro nos da una visión menos pragmática y más general sobre las necesarias reformas globales que conlleva una estrategia de cambio social en el terreno de la enseñanza.

En esta misma sección de *Actualidad*, Jacques Julliard analiza el proceso político abierto en Francia a raíz de la victoria electoral del Partido Socialista Francés,

PRESENTACION

que supuso el primer paso en el tiempo para el avance electoral de la izquierda en otros países vecinos del área mediterránea. Miguel Barroso y José Miguel Contreras hacen un repaso rápido a la situación y el papel jugado por los distintos medios de comunicación españoles en los difíciles años finales del franquismo y de la transición democrática, completando esta sección Eduardo Delgado con su valoración de las ideas que, en materia cultural, se han tenido y llevado a cabo en los cuatro años de gestión democrática de los Ayuntamientos.

Ocupan el capítulo de *Análisis y Debate* dos trabajos elaborados para y durante el Congreso conmemorativo del Centenario de Carlos Marx, celebrado recientemente en su ciudad natal, que suponen un aporte importante al debate en torno a las estrategias que se dan en el seno de la izquierda en América Latina: una mesa redonda en la que participan André Gunder Frank, José Aricó, Carlos Franco y Enrique Gómez, y la ponencia que, en torno al marxismo en América Latina hoy, presentó a este Congreso José Aricó. Josep María Castellet nos ofrece un análisis serio y riguroso sobre las relaciones entre las culturas en el mundo de hoy, haciendo, como es natural, especial hincapié en el caso concreto del Estado español. Finalmente, Elías Díaz lleva a cabo un balance histórico de lo que fue el pensamiento español y sus manifestaciones más importantes en el final del franquismo, centrándose en los años 1974 y 1975.

Juan Rulfo, uno de los máximos exponente literarios, nos plantea, de una forma breve y concisa, algunas de sus ideas sobre las relaciones culturales entre los diferentes pueblos iberoamericanos, que él mismo se encargó de presentar y analizar en el reciente Congreso «Iberoamérica: Encuentro en la democracia», celebrado en Madrid.

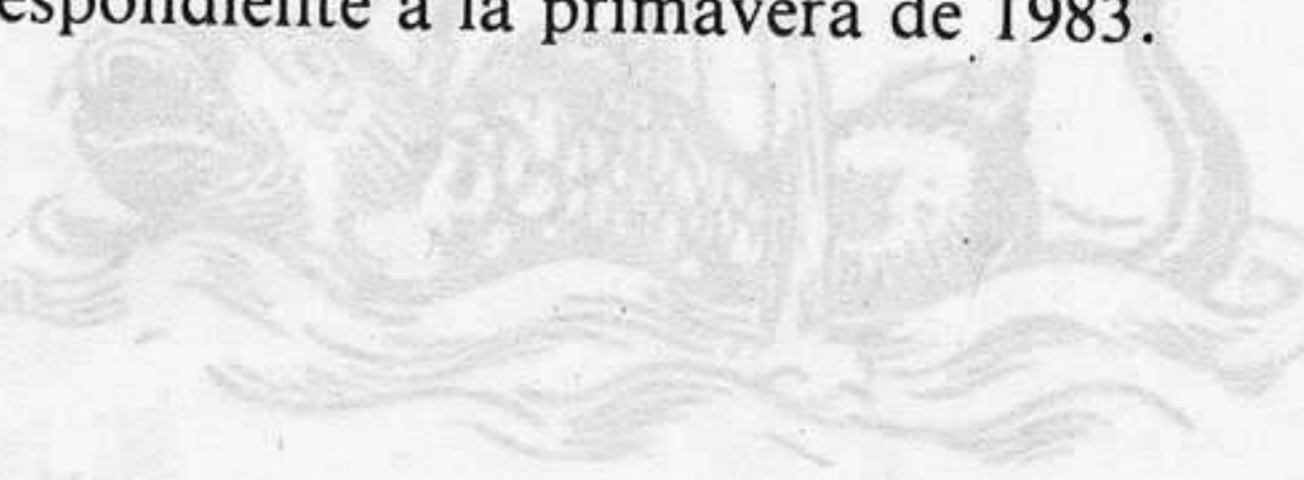
Por segunda vez, *Leviatán* publica una entrevista con un importante escritor,

PRESENTACION

Günter Grass, que une a su personalidad artística una preocupación por los problemas de su tiempo, así como un importante compromiso social y político con las actitudes progresistas, que se ven claramen-

te reflejados a lo largo de la conversación mantenida con él.

Las habituales secciones de *Teatro y Libros* cierran este número de *Leviatán* correspondiente a la primavera de 1983.



Juan Rullo, uno de los máximos expo-
nentes de la generación de los años
sesenta y setenta, y uno de los más
importantes escritores de la literatura
española contemporánea, que el
mismo se encargó de presentar y
comentar en el reciente Congreso
Internacional de Escritores, celebrado
en Madrid, el pasado mes de octubre.
Por segunda vez, *Leviatán* publica una
entrevista con un importante escritor

Uno de los aspectos que hizo como
prioritario dentro del programa del
Partido Socialista Obrero Español, fue
sentir a la sociedad española el pasado
otoño fue la necesidad de estar en mo-
didad a solucionar los graves proble-
mas que afectan a nuestro sistema educa-
tivo en todos sus niveles. Intentando re-
flejar las ideas que piensan llevar a la prác-
tica aquellos que más directamente tienen
en sus manos estas importantes tareas,
vieron publicada en este número dos en-
trevistas, una de José María Matavall sobre las
reformas urgentes que deben realizarse en
la Universidad española, y otra de Juan
Deval en torno a la situación en que se en-
cuentra la enseñanza media en nuestro
país, trabajos que reflejan una gran ac-
tualidad en el momento en que esta pre-
visto el inmediato envío de varios proyec-
tos legislativos al Congreso de los Dipu-
tados. Ignacio Fernández de Castro nos da
una visión menos pragmática y más gene-
ral sobre las necesarias reformas globales
que conlleva una estrategia de cambio so-
cial en el terreno de la enseñanza.

En esta misma sección de Actualidad,
Jacques Julliard analiza el proceso políti-
co abierto en Francia a raíz de la victoria
electoral del Partido Socialista francés.

EL SOCIAL-GAULLISMO DE FRANÇOIS MITTERRAND

Jacques Julliard



Entre el gaullismo y el socialismo a la francesa hay muchas analogías, no sólo en el terreno de la política económica, sino también en la práctica institucional.

La Constitución de 1958, modificada en el 62, que rige hoy en Francia es, sin lugar a dudas, el mejor legado del General De Gaulle a sus sucesores, y, en particular, a los socialistas, a los que ha permitido salir del dilema —insoluble en el régimen parlamentario— de la doble imposibilidad de gobernar con los comunistas y de gobernar sin ellos. Pero es necesario añadir que François Mitterrand se ha encontrado perfectamente a gusto en un modelo institucional del que se había di-

cho que estaba hecho a la medida del General De Gaulle. En política exterior el paralelismo es todavía más sorprendente. Nos encontramos frente a la misma concepción del equilibrio europeo y mundial, con la misma tentativa de hacer de Francia la guía de las pequeñas potencias contra la hegemonía de las dos superpotencias.

Son del todo diversas, por el contrario, las bases sociales de los dos líderes. De

Gaulle tenía sólidas raíces entre los campesinos, los dirigentes, los grandes y pequeños empresarios, los pensionistas; Mitterrand, por el contrario, cuenta entre sus seguidores con los obreros, los empleados, los funcionarios, los jóvenes.

¿Nos encontramos en el crepúsculo de la sociología política? El degaullismo, no hay que olvidarlo, fue en un momento su salvación. Aquella masa flotante de nuestra historia, venida de no se sabe dónde y tan fastidiosa para nuestros contemporáneos ha sido diseccionada, deshecha, pulverizada. «Precursores del fascismo» (como los llamó el PCF en 1958) «agentes del gran capital» (volvió a repetir el PCF en 1959), «corifeos del neocapitalismo», según Serge Mallet, «reencarnación del bonapartismo», según René Remond, el gaulismo era todo lo que se quería salvo algo de De Gaulle. Se negaban a creer en las historias del mágico kepi y del 18 de junio.

No pasa nada de esto con Mitterrand. El admirador de Stendhal, el compatriota de Chardonne, parece terreno reservado para los psicólogos. Los intérpretes callan, intimidados, como si el comentario, por el despego que requiere, se hubiera convertido en la antecámara de la irreverencia. Olvidado el debilitamiento de las intenciones, cortadas las alas al deseo, no nos quedan más que las tierras desoladas de los hechos consumados.

¿Qué subjetividad se plegaría con gusto? La objetividad de cuño marxista, en pocas palabras, resultaría sólo bien para los otros.

La revolución de De Gaulle.

Podemos intentar esbozar a dieciocho meses vista, un primer balance, al menos. Sería como si, para referirnos a los acontecimientos de la época de De Gaulle, es-

Mitterrand se ha encontrado a gusto en un modelo institucional hecho a la medida de De Gaulle.

tuviéramos todavía en 1960. Muy poco en el fondo.

Más adelante trataremos de precisar la parte que François Mitterrand se prepara

a asumir al lado de sus predecesores, Jaurès y Blum, Guesde y Mollet. Pero es de la República de quien vamos a hablar y principalmente de ese período, que comprende ya más de un siglo y que se inicia con Gambetta, que fue el fundador, y que se cierra con De Gaulle, el consolidador. Desde su elección en mayo de 1981, tengo la impresión de que Mitterrand está intentando que se le sitúe entre estos dos personajes. Del primero ha heredado la sociología, del segundo el programa, pues él pertenece, como ellos dos, a los campeones de la república voluntarista, personalista, popular, en contraposición a aquellos que Odile Rudelle definía como partidarios del no-hacer republicano, que veían en el inmovilismo político el mantenimiento de la hegemonía de los elegidos sobre los electores, un anonimato republicano, que a sesenta años de distancia, encuentra una personificación maliciosa en Jules Grevy y en Henry Queuille.

En los años sesenta, De Gaulle fue el héroe epónimo del cambio. El término no se usaba, pero el fenómeno se vivía como tal. Un cambio tan profundo de la sociedad, que en el momento de la dimisión de De Gaulle, en 1969, en aquella Francia que durante un siglo había maravillado a los extranjeros por su genio inmovilista, era, ahora ya, irreconocible. Los años de De Gaulle han supuesto la muerte de una sociedad rural milenaria y de un régimen parlamentario centenario, del mismo parlamentarismo. Después de muchos años estos dos mundos habían acabado por entenderse, hasta compenetrarse y convertirse por último en inseparables. La sociedad rural se adaptaba perfectamente a ser gobernada por delegación. El régimen parlamentario se apoyaba sobre los fundamentos profundos de una sociedad que permanecía fundamentalmente agraria en

su economía, en su hábitat, en sus costumbres y en su mentalidad. En realidad es a la Tercera República a quien se aplica mejor el célebre análisis hecho por Marx del bonapartismo, un régimen rural basado en los poderes delegados.

Por una ironía de la historia le ha tocado a un tradicionalista, en el mejor sentido del término, impulsar la transición hacia un futuro imprevisible. De Gaulle, o mejor dicho el empirismo, ha presidido el despojamiento de la clase política tradicional y el empuje hacia una autorresponsabilización de la sociedad. En este sentido, paradójicamente, los jóvenes de 1978 eran ciertamente hijos del gaullismo. Hijos naturales, se entiende. Hijos rebeldes, pero hijos al fin y al cabo. La ironía del destino, por otra parte, ha hecho que el progresista François Mitterrand no pueda ser el testigo de tantos cambios como el conservador Charles De Gaulle. Lo que se ha hecho, no puede por definición volverse a hacer. A De Gaulle le tocó romper con el pasado y le toca a Mitterrand recoger su herencia. Hablo aquí, obviamente, sólo de las estructuras productivas ya que en el campo de los cambios sociales hay mucho campo para la imaginación y la generosidad. Quedan, por el momento, los elementos de continuidad.

¿Un gaullismo de izquierdas?

Aún a riesgo de parecer tonto o de ser mal comprendido, diré que 1981 ha sido, por muchos motivos, la nueva victoria del gaullismo sobre el giscardismo de derechas. Los mismos gaullistas de derechas, por otra parte, no se han equivocado: La pequeña corte obstinada del tráfuga de la República Gaullista va a colonizar todos los caminos y ricones de la República de Mitterrand. Brotan por doquier, en la política, en la economía, en la administración, en los medios de comunicación.

Nunca, lo confieso, los hubiera creído tan numerosos. Curioso retorno de las cosas. Son ellos, en verdad, y no los radicales, los que representan la UDSR del nuevo régimen. No es cierto que François Mitterrand se sienta ufano de oír llamarse gaullista de izquierdas. En verdad, es demasiado pronto para definir a De Gaulle como un Mitterrand de derechas. Pero, se quiera o no, los hechos hablan.

La economía, en primer lugar. El proyecto industrial es, sin lugar a dudas, el mismo. Con el mantenimiento de las inversiones y el apoyo al consumo se trata, en el fondo, de hacer de la industria el instrumento de la potencia de Francia y la prosperidad de sus habitantes. Aquel vasto proyecto sansimoniano del que Georges Pompidou fue innegablemente el prin-

1981 ha significado la nueva victoria del gaullismo sobre el giscardismo de derechas.

cipal artífice junto a hombres como Debré y Chalandon, sigue siendo la trama de fondo de los proyectos de François Mitterrand y Jean-Pierre Chevènement. Pero la

diferencia entre los dos períodos es esencial. Los gaullistas, en los felices años de la expansión dirigían la economía como el flautista de Hamelín los ratones, sin darse cuenta. Hoy ya no sucede lo mismo. Hemos pasado del crecimiento espontáneo al crecimiento voluntario, con resultados a todas luces más modestos. De aquí también la tendencia a un cierto nacionalismo económico, que pudo ser ignorado por el gaullismo durante mucho tiempo, que su jefe no habría aceptado reconocer, lo que supone la reconquista del mercado interior y la extensión del sector nacionalizado.

Sorprende, en este punto, la frágil parte desarrollada por la planificación, que nace en el fondo después de la liberalización, en el punto de unión entre los círculos gaullistas y socialistas. Se ha estado tentado de decir que el crecimiento se ha concebido frecuentemente como un socialismo espontáneo y el socialismo como un desarrollo dirigido, en la Francia de la

postguerra. Una fórmula que tiene un valor descriptivo sobre el plano de las infraestructuras. Pero al margen de esto, ese salto sobre los objetivos propiamente sociales del socialismo, olvida que otra política socialista, con una mayor dureza, también es posible teóricamente: que sea capaz de restablecer de verdad las leyes de la oferta y de la demanda y de orientar sistemáticamente la producción hacia los bienes socialmente útiles.

¿Por qué no ha prevalecido esta orientación selectiva? Ciertamente, a causa menos de las diferencias de escuela tradicionalmente invocadas (socialismo de los medios de producción contra socialismo asociativo) que, a causa de una exigencia primordial, que se plantea hoy a cualquier gobierno: la lucha contra el desempleo. Desde el momento en que se da una prioridad absoluta a la creación de puestos de trabajo, el grado de utilidad social del trabajo así creado se convierte en una cuestión secundaria. Paradójicamente, el capitalismo en crisis impone su lógica (la de favorecer la oferta) mucho más que el capitalismo triunfante. Y la posibilidad de reformas estructurales en el interior de un sistema capitalista en plena depresión es hoy dudosa.

El gaullismo y el socialismo de Mitterrand tienen puntos de contacto no sólo a través de los hilos de la economía, sino también en la práctica institucional. La Constitución de 1958, modificada en el 62, que rige hoy en Francia, es, sin lugar a dudas, el mejor legado del General De Gaulle a sus sucesores, y a los socialistas en particular. A ellos le ha permitido salir del dilema insoluble en el régimen parlamentario, de la doble imposibilidad de gobernar con los comunistas y sin ellos; aunque esta Constitución inigualable, cuyos méritos han sido, por fin, descubiertos por la izquierda al cabo de los años, sólo puede funcionar con la inteligente complicidad del electorado. Lo que es

bastante, por otra parte, para condenarla a los ojos de los nostálgicos del sufragio indirecto y del parlamentarismo integral. Hasta ahora, este electorado, decididamente más lógico y más consecuente de lo que se imagina, ha dado siempre al Presidente la mayoría que necesitaba para gobernar. E, incluso, en 1981 ha sido consecuente con esta tendencia, confirmando a la Constitución su posterior credibilidad.

Los nuevos poderes del Presidente.

La personalidad de François Mitterrand ha hecho el resto. Como a él mismo le gusta constatar, se ha encontrado a sus anchas en un ropaje constitucional del que dijo sin reflexionar que había sido cortado a la medida del General De Gaulle, cuando fue el menos apropiado para él. Sea lo que sea, la experiencia política de François Mitterrand, su sentido del liderazgo, el saber guardar las distancias, incluso una casi imperceptible altivez, que sabe mantener frente a todos, incluso con sus más íntimos allegados, le inclinaban a las funciones que ejerce. Nadie piensa, hoy, en volver a poner en discusión nuestras instituciones: una situación casi irreplicable en Francia desde hace dos siglos. Por lo que se refiere a la práctica presidencial del líder socialista, menos apartada de la realidad que la del General De Gaulle, pero del mismo modo menos capilar y ubicua que la de Giscard, la historia la comparará, sin lugar a dudas, con la de Georges Pompidou: mantenimiento y desarrollo de los poderes discrecionales, márgenes amplios dejados al Primer Ministro en su papel de superministro del trabajo y de los asuntos económicos (como quería Chaban-Delmas), intervenciones puntuales en las situaciones de fricción, cuando la práctica lo requiera. Por

**Mitterrand ha perseguido
dos objetivos:
reducir las desigualdades
y restablecer
la confianza en la democracia.**

lo que respecta a la presencia de los comunistas en el gobierno, tiene sus ventajas, ya que permite asociarlos a las decisiones del poder teniéndolos, sin embargo, vigi-

lados, si bien presenta, no obstante, ambigüedades en cuanto autoriza al PCF a servirse de sus santuarios, como en un momento Joseph Prudhomme de la espada: para defender nuestras instituciones y, en su caso, para combatir las...

Mitterrand es el heredero de una considerable parte de la política gaullista así como la expresión de nuevos estratos sociales.

en base a consideraciones políticas que le parecían prioritarias. Sin embargo, no ha infravalorado el coste de esta prudente prodigalidad. Si resolvía los problemas a

Sobre estos presupuestos, el presidente y el gobierno socialista pueden vanagloriarse, con sólo 18 meses, de un balance positivo. Mientras De Gaulle había dedicado todos sus esfuerzos a reconstruir el Estado y la República y un ejemplo de esto ha sido la Constitución, y la liquidación de la guerra de Argelia, Pompidou a fomentar la industrialización, Giscard a reconciliar nuestras leyes y nuestras costumbres (la mayoría de edad, el divorcio, el aborto), Mitterrand ha perseguido dos objetivos principales: reducir las desigualdades, medida tanto más urgente desde el momento que la crisis había rebajado peligrosamente el umbral de la intolerancia social hacia ellos, restablecer la confianza en la democracia gracias, sobre todo, a la liberalización de la justicia.

Si este segundo objetivo ha sido alcanzado en condiciones excelentes, gracias principalmente a Robert Badinter, mientras que en materia de información el balance es todavía incierto, el coste económico del primer bloque de medidas sociales es, en compensación, elevado. Una mejor valoración de los vínculos coyunturales habría ciertamente permitido conseguir el mismo resultado a un menor coste. Pero Mitterrand tuvo, al día siguiente de la victoria electoral, que rendir tributo por todas las esperanzas que este acontecimiento había suscitado. ¿Quién será capaz de calcular nunca el coste económico que las desilusiones —huelgas, desórdenes— de una política más sabia y prudente habrían producido? Escogiendo la vía de la descomprensión, representada en 1981, por un balance poco razonable, Mitterrand no ha descuidado la economía, ha actuado, como siempre, deliberadamente

corto plazo sacrificaba los objetivos a largo plazo. La falta de previsión de 1981 ha llevado a la austeridad de 1982-83 y a la dictadura coyuntural.

El vínculo del empleo.

En estas condiciones, ¿qué es lo que podrían representar las reformas sino un efímero retorno de Elba? Así el modo en que ha sido decretada y aplicada, por ejemplo, la reducción de una hora en la duración legal del trabajo, sin incidencia sobre los salarios altos y medios, compromete la continuidad de esta experiencia. Se deduce, de las declaraciones de Pierre Mauroy, que la promesa de llevar —en 1985— la duración del trabajo a 35 horas es insostenible. De esta forma, una medida que tenía el valor de una reforma de las estructuras en el ánimo de los promotores sindicales, porque tendía a la disminución del desempleo a través de un mejor reparto del trabajo, corre el riesgo de transformarse en una simple medida «social».

A finales de 1982, la lucha del gobierno contra el desempleo se ha manifestado —exclusivamente— en la búsqueda de un crecimiento económico y de pleno empleo, que no está, en modo alguno, conforme ni con las posibilidades del momento ni con el espíritu del socialismo. A diferencia del capitalismo paternalista, que hace de los hechos sociales un mero apéndice de la variante económica, un simple dividendo del crecimiento, el socialismo trata, por el contrario, de lograr una verdadera compenetración entre las medidas sociales y la política económica. «El hecho de que sólo el trabajo remunerado se ha convertido en la medida por la que se mide la dignidad de un individuo es algo muy extraño», observa acertadamente

Pierre Drouin. «De golpe —prosigue Drouin— el trabajo se ha convertido en un fin en sí mismo, lo que es peligroso —como decía Alfred Sauvy— porque es el producto del trabajo lo que constituye la fuente de la riqueza y el activo del balance de una nación y no la ocupación».

Por una curiosa aberración, la producción de la riqueza se ha convertido en el medio y el trabajo en el fin, mientras debiera ser lo opuesto. La crítica socialista del productivismo no supone reducción alguna de la producción, ni un puro malthusianismo económico sino tan sólo la lucha contra la perversión capitalista de la actividad productiva. En muchos aspectos la crisis actual no es sino el efecto de esta perversión, por esta razón una búsqueda excesiva del crecimiento no puede, con el tiempo, más que agravar el mal en lugar de curarlo. Esta crisis sólo puede tener una solución socialista, que anteponga la utilidad social de la producción al mero crecimiento. Una parte del trabajo industrial se ha convertido hoy en insignificante, irrelevante. La vía de solución de la crisis presupone una rápida redefinición de las finalidades de la actividad productiva, pero la gravedad de la crisis convierte en arriesgada esta misma redefinición. Aquí reside la principal dificultad del gobierno socialista. Hoy, realmente, el criterio principal del socialismo no es tanto la forma jurídica de apropiación de los instrumentos de producción, sino la naturaleza social de los objetos producidos.

Un promontorio entre los dos continentes.

Hablemos de política exterior. Aquí el paralelismo es sorprendente. Sólo quien tenga una visión demasiado superficial de la personalidad de François Mitterrand o demasiado polémica del General De Gaulle podrá mostrar extrañeza. En realidad nos encontramos frente a la misma idea

de independencia nacional, frente a la misma concepción del equilibrio europeo y mundial, frente a la misma tentativa de hacer de Francia el líder de las pequeñas potencias, contra la hegemonía de las dos superpotencias. Esta política tiene su lógica y sus exigencias especiales. Por este motivo, el apoyo a la *force de frappe* nacional ha sido una consecuencia natural.

Se objetará que por una aparente paradoja, la política exterior de François Mitterrand es, de hecho, menos antiamericana y, por esta razón, más atlántica que la del General. Este, por el contrario, se convirtió en campeón de la distensión, de una Europa que se extendía hasta los Urales, propugnando una cierta colaboración con la Unión Soviética. Estas dos posturas deben mucho a las circunstancias y nada a la ideología. Nadie podrá suponer nunca la mínima tolerancia hacia el comunismo ni tampoco un verdadero filomericismo por parte de François Mitterrand, que no tiene muchas simpatías hacia la cultura anglosajona. Simplemente los tiempos han cambiado. En 1965 la potencia americana dominaba el mundo y sus tropas estaban empeñadas en una guerra —Vietnam— de reconquista sin esperanzas. Era, por eso, lógico, en nombre del equilibrio mundial, apoyar algunas iniciativas soviéticas. Hoy, por el contrario, el poderío soviético se ha convertido en preeminente, sobre todo en Europa, donde va a suponer una amenaza indirecta a nuestra independencia. El Ejército Rojo está comprometido en Afganistán en una aventura imperialista. Es por ello normal, por las razones antes apuntadas, apoyar algunas iniciativas americanas, precisamente aquellas que tiendan a restablecer el equilibrio militar en el continente europeo.

Por lo que se refiere al Tercer Mundo la filiación gaullista no es menos evidente. Sabemos la extraordinaria popularidad que el General conquistó, desde Costa de

El Partido Socialista triunfó en Francia en el momento en que la idea misma de socialismo entraba en crisis.

Marfil a Cuba, como campeón de la independencia nacional y de la resistencia a la hegemonía de las dos superpotencias. François Mitterrand se ha movilizado en favor de otros principios, en base, sobre todo, al principio de solidaridad socialista. Pero el resultado es el mismo. El Tercermundismo de François Mitterrand, que no está exento de cierta benevolencia, frente a ciertos países como Nicaragua y Cuba, intenta impedir que los movimientos de emancipación que sacuden África, Asia y América Latina desde finales de la última guerra mundial se traduzcan sistemáticamente en un estado de confusión para los occidentales y de ventaja para los rusos. François Mitterrand tiende siempre a medirse con los comunistas y a compensar su handicap de partida con el dinamismo y la solidez de su línea. Georges Marchais y el PCF saben algo de esto, por la época en que acabaron siendo víctimas de su propio juego. Es como si el líder socialista aplicase, a escala internacional, la táctica que había utilizado con éxito, en política interior: ganarle la partida a los comunistas en su propio terreno. Los límites de esta política son los mismos con los que ya se había enfrentado De Gaulle, es decir, los de la potencia francesa en el mundo. Por esta razón, los dos Jefes de Estado, el último con más convicción, el primero con más resignación, han acabado por aceptar la misma idea de Europa, una Europa autónoma, internacional, no ya transnacional como Jean Monnet o Robert Schumann la habían, en su momento, soñado.

Hay, todavía, entre la política compleja de De Gaulle y la de Mitterrand una diferencia capital: las circunstancias en las que tuvo lugar. El éxito del gaullismo deriva de las combinaciones excepcionales de expansión económica y de distensión internacional. La diplomacia del General con sus intentos por sustraerse a la disciplina de las dos superpotencias y de reafirmar un liderazgo francés sobre las pe-

queñas potencias, así como sobre los países del Tercer Mundo, no se oponía fundamentalmente a la política de los bloques. Era como una cancioncilla comparada con un concierto, un sistema diplomático paralelo, que terminaba formándose entre las fisuras del sistema mundial. De Gaulle no dejaba de jugar con el poder marginal que representaba, sabiendo bien que, cualquier retorno de las tensiones entre rusos y americanos le habrían obligado a romper filas. En 1968, con la invasión de Checoslovaquia —que se intentó minimizar— dobló la campana de muerte por la Ostpolitik francesa. El mismo empezaba a darse cuenta de ello —de ahí sus entrevistas con Soames—, mientras los franceses le estaban intentando minar la confianza en sí mismo.

El neogaullismo diplomático de François Mitterrand se base, ante todo, en una política que no es personal ni propia. De nuevo, rusos y americanos se enfrentan con dispar fortuna en los diversos escenarios internacionales, con el agravante de que son nuestros aliados los americanos, los que se encuentran con más frecuencia en una situación difícil. Eran, sin embargo, estas testarudeces respecto a la política atlántica lo que constituía justamente el discreto encanto de De Gaulle en la escena mundial que le permitía, con riesgos limitados, conquistar las simpatías de los pequeños y de los humildes. Hoy vivimos en épocas difíciles y el ballet diplomático se puede sólo permitir pasos contados.

La nueva estratificación social.

Hasta aquí hemos estudiado los elementos de continuidad de la política económica, institucional y exterior de François Mitterrand respecto a las orientaciones de la V República. Si examinamos ahora la naturaleza social de los resortes de los que dispone, los elementos de rup-

**La victoria del PSF
ha eliminado
de su seno
las grandes discusiones
ideológicas.**

tura son sorprendentes. El cambio, palabra clave de los quince primeros meses del nuevo gobierno, ha consistido principalmente en el sentimiento por parte de algu-

**El electorado específico
de Mitterrand
se recluta
principalmente
en el sector público.**

nos grupos sociales que se habían sentido excluidos del poder durante un cuarto de siglo, de ser admitidos de nuevo. De Gaulle y sus seguidores tenían sólidas raíces entre los campesinos, los dirigentes, los empresarios pequeños y grandes, los pensionistas. François Mitterrand tiene gran audiencia entre los obreros y los empleados, los funcionarios, los jóvenes. Bien entendido, los dos han ganado la partida con una incursión en el campo contrario. De este modo, De Gaulle conquistó en 1958 el voto obrero tradicionalmente reservado al PCF, que no acierta a recuperarlos. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1981, Mitterrand registró, a su vez, un claro progreso en la aceptación de las clases medias. Y últimamente hace incursiones de un modo conspicuo en el electorado obrero de Marchais.

François Mitterrand tiene la mayoría de este vasto grupo de contornos imprecisos, que a su vez son mayoría en el interior de la nación: el grupo de los asalariados, como él mismo indicó el día de su llegada al Eliseo, afirmando que la política francesa se estaba reconciliando con su sociología. Los presidentes anteriores, por el contrario, tenían su mayoría entre los no asalariados, o en un grupo que representa algo más del 20 % de la población activa.

El problema es que la categoría de los asalariados se ha convertido en algo totalmente masificado y tentacular, al mismo tiempo que ha dejado de ser significativa. Comprende posiciones sociales y niveles de rentas tan diversos, que acaba por recoger en su seno a la mayor parte de las contradicciones de la sociedad. Sería falso, ante todo, ver en el grupo de los asalariados el bloque de los privilegiados y en aquel de los no asalariados el grupo de los olvidados. La oposición marxista clásica

entre renta y capital y entre renta y trabajo conserva una cierta capacidad descriptiva, pero no proporciona una explicación exhaustiva del conflicto de intereses y de

la lucha de clases. Es necesario ir más allá. La división derecha-izquierda expresa, más que una oposición entre asalariados y no asalariados, un contraste entre la población activa y pasiva, compuesta en su mayor parte de pensionistas. Si sólo votara la población activa, la izquierda dispondría en Francia de una mayoría arrolladora. Pero no hay que olvidar que el porcentaje de población pasiva está condenado a crecer en el país.

La distribución población activa-pasiva explica en gran parte un fenómeno que no deja de impresionar cuando se analiza, por primera vez: la izquierda domina sólo entre las clases de renta media, o bien en aquel sector de la población que tiene una renta media familiar entre los 3.000 y los 7.500 francos al mes. Por encima de esta línea, pero también por debajo, predomina Giscard D'Estaing. La izquierda no es el partido de los pobres, sino el de los trabajadores activos (obreros, empleados, cuadros intermedios) que constituyen una especie de clase media de las rentas, entre el mundo de los empresarios y el de las profesiones liberales (por encima) y las clases pasivas (por debajo).

Burguesía de Estado y clase obrera.

Profundizando en los hechos, vemos que el electorado específico de François Mitterrand se recluta principalmente en el sector público (empresas nacionalizadas y funcionarios). Es esencialmente el pueblo, el que ha manifestado su entusiasmo en la Plaza de la Bastilla la noche del 10 de mayo. La clase obrera era feliz, pero no exultante. De aquí surge la analogía con Gambetta. Así como Mitterrand es el heredero de una considerable parte de la política gaullista, es también la ex-

presión de que los nuevos estratos sociales constituyen la infantería de la República. En la terminología marxista utilizada por Nicos Poulantzas, se decía que si la burguesía industrial había conservado una hegemonía en la sociedad francesa, las clases medias asalariadas constituían ahora la clase dominante en el nuevo juego del poder. La irrupción en el Palacio Bourbon, de un fuerte contingente de barbudos profesores del Liceo, ha representado para el público la traducción simbólica de este acontecimiento social.

Se ha llegado a la conclusión, un poco a la ligera, de que nos habíamos convertido en una República de profesores. Esto sería verdad si fuéramos todavía un régimen parlamentario. Pero somos, por el contrario, un régimen presidencialista, lo que significa, además del predominio del Presidente, un considerable poder del Gobierno y de la Administración. Y es aquí donde se ve desarrollarse, según la terminología de Poulantzas, una clase detentadora del aparato del Estado, más exactamente el Estado burocrático, distinto del precedente, que podíamos definir como «burguesía de Estado».

He intentado describir este fenómeno desde hace casi cinco años. Ciertamente la existencia de un aparato estatal autónomo no es algo nuevo. A los ojos de Marx el desarrollo de este aparato es uno de los rasgos característicos del bonapartismo. En épocas más recientes, el gaullismo había fomentado el desarrollo de una anarquía, o bien, de un poder autonómico de los administradores. «La república socialista de Mitterrand —escribía en 1977— tiene el peligro de ser, si llega a nacer, un precipitado de la República de los profesores cara a Thibaudet, y de la anarquía que dos expertos en estas cosas Jean-Pierre Chevènement y Didier Motchane, habían denunciado durante una época, bajo el nombre de Jacques Mandrin. Una asamblea en la que el porcentaje de dipu-

tados funcionarios corre el riesgo de ser más fuerte que en las épocas de Guizot». El pronóstico no era aventurado. El elemento nuevo reside en la afirmación de una *inteligencia* como clase estatal, por origen y por destino.

En los regímenes de izquierdas, esta clase estaba estrechamente ligada a la gran burguesía. Bajo el régimen de Giscard se acudió a un movimiento contrario: los gabinetes ministeriales y la alta administración se poblaron de hombres provenientes del sector privado. La autonomía del aparato estatal tendía a recortarse, mientras crece la permeabilidad entre los «vértices del Estado» y los «vértices de la economía». Hoy, por el contrario, la inteligencia administrativa instalada en el poder tiende a emigrar hacia la empresa a través de las nacionalizaciones.

**La clase obrera
no detenta
el poder pero está
directamente asociada
a él.**

En este sentido, el programa común, que consagraba la alianza política entre socialistas y comunistas expresaba exactamente la ideología y los intereses de clase de una nueva burguesía de Estado. La concentración del poder político, de un sector económico y de un sector cultural en manos de una capa de licenciados a la cabeza del Estado es indudablemente el hecho social más importante del período que estamos viviendo.

¿Y la clase obrera? No hay posibilidad de que se olviden de ella. Constituye el nervio del electorado de izquierdas y corresponde precisamente a la definición, proveniente de Poulantzas de clase de apoyo, que no detenta el poder, pero que está directamente asociada a él y se beneficia de alguna de sus recaídas positivas, como lo que ocurrió con los campesinos en el segundo Imperio.

El principal peligro para la firmeza de las alianzas son las dificultades del período. La crisis no pone en discusión sustancialmente las posiciones de la burguesía de Estado, que son institucionales, pero

no consiente en conceder a sus aliados obreros las ventajas que éstos reclaman, porque se trata, sobre todo, de ventajas de orden económico, por lo que la alianza tiene una efectividad política propia, en virtud de las amenazas, que un eventual retorno al poder de los adversarios representa para cada uno de sus componentes.

El efecto Solzhenitsyn.

Hasta aquí hemos examinado la actuación de Mitterrand sobre un fondo histórico nacional. Intentaremos ahora situar la ascensión al poder de los socialistas franceses sobre el telón de fondo del movimiento socialista internacional.

El Partido Socialista ha triunfado en Francia en el momento en el que la idea misma de socialismo entraba en crisis en el plano teórico. El persistente malestar entre el nuevo poder y los intelectuales no integrados en el aparato del Estado debe ser considerado aquí y no en otro punto. Es absurdo recurrir a explicaciones psicológicas, tales como el masoquismo, la fascinación de la desconfianza o, más claramente, una preferencia inconfesable por la derecha. Las cosas se hicieron más sencillas y claras en el momento en el que el capitalismo basado en el crecimiento sufría dificultades internacionales sin precedentes desde 1929 y el partido, que era portavoz del socialismo, proporcionaba a Francia un éxito inigualable. Los intelectuales sufrían en pleno el golpe del efecto Solzhenitsyn, confirmado y agravado por los acontecimientos polacos. El socialismo no representaba ya una solución, y el futuro no era más que cierto como pasado.

Se dirá que les ha tomado más tiempo del normal a estos intelectuales descubrir lo que casi todos sabían: es una paradoja, tanto rigor intransigente hacia Breznev cuando se perdonaba tan fácilmente a

**El fracaso histórico
del estalinismo ha modificado
profundamente nuestra
visión intelectual
del capitalismo.**

Stalin. Esta es también mi opinión. Esto no quita que el psicologismo no sirva a nadie y nada explique. Los umbrales de tolerancia social hacia el horror no están dictados por la sensibilidad individual, sino por la colectiva.

En realidad, lo que no se perdona al delito político no es tanto su carácter verdaderamente criminal sino su fracaso y el gran acontecimiento de los últimos quince años, en las democracias populares, es el fracaso político del estalinismo. Por una vez que los intelectuales no toman posiciones en nombre de la ideología, sino de la realidad, sería una falta de gusto echarlo en cara. No ha llegado al punto de dar pena, por una vez, que su percepción de los acontecimientos sobrepasa el sentido común. Mientras un partido como el PSF descubría el principal hecho de la postguerra, es decir, la descolonización, los intelectuales se han dado cuenta que la partida decisiva se juega en los países occidentales del imperio socialista. Esto sirve tanto para Lefort como para Thibaud, para Foucault como para Glucksmann, para Furet y para Bordieu, para Jean Daniel y Jean-François Revel, para Charles Bettelheim y para Maxime Rodinson, para Leroy-Ladurie y Jean Elleinstein.

El capitalismo rehabilitado.

Naturalmente el fracaso histórico del comunismo estaliniano ha modificado profundamente nuestra visión intelectual del capitalismo. Se ha descubierto así, de golpe, que no es siempre sinónimo de pobreza sino de prosperidad, que la democracia no surge espontáneamente y que es quizá el único sistema económico capaz de tolerarla, que no produce siempre la guerra y que, en todo caso, no es el único capaz de generarla. La crítica clásica del

capitalismo veía en él, un sinónimo de miseria, guerra y tiranía. Obviamente de él podían brotar estos tres flagelos, pero lo mismo se puede decir del socialismo.

Maurice Thorez, como columnista coherente, había comprendido que el abandono de las tesis sobre el empobrecimiento absoluto de los trabajadores en el capi-

talismo abría la vía al revisionismo. Pero llegó, por fin, el momento en el que esta tesis fue declarada absurda. Los más audaces pasaron de este modo de la crítica de la pobreza a la crítica del consumo.

Este hábil cambio dialéctico podía convencer del mismo modo a los intelectuales, a los cuadros dirigentes, a los miembros del establishment y a los marginados, pero dejaba a las capas populares indiferentes, ya que no podían admitir que los placeres del consumo pasaran bajo sus narices, en el momento en el que se preparaban finalmente a disfrutarlos. De aquí el malestar de los comunistas cercanos a estas preocupaciones. Malestar que creció cuando se reveló, que el comunismo del goulash, prometido por Krushev, era decididamente más difícil de realizar que el del gulag. Una de las bases del socialismo se hundía. Se pensaba, desde los utópicos a los científicos, de Fourier a Marx, que el capitalismo era en gran obstáculo para el consumo y que las famosas relaciones de producción (es decir, la propiedad privada) era el gran obstáculo para el desarrollo de las fuerzas de producción. Para decirlo con una frase que circula en Polonia, se ha buscado la colectivización de la agricultura para ver confirmada en los hechos la tesis marxista de las contradicciones entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Existe, en resumen, un capitalismo de la abundancia como existe un capitalismo de la pobreza. Aunque admitiendo que el segundo sea una consecuencia del primero —lo que está por probarse— permanece el hecho de que el socialismo se ha revelado hasta hoy, incapaz de una actuación parecida, aún al precio del pillaje del propio Tercer Mundo.

**La socialdemocracia
no ha conseguido ampliar
el consenso de los intelectuales
ilustrados,
si exceptuamos a Francia.**

Nacionalizar, ¿para qué?

Por razones que nada tienen que ver con el fracaso intelectual y moral del leninismo-estalinismo, la socialdemocracia

sufre hoy también una grave crisis de confianza y de identidad. Su fórmula (capitalismo en la producción de la riqueza, socialismo en su distribución) ha conocido dificultades variadas en la crisis actual de la industria. Forzada a radicalizarse (Suecia, Inglaterra) o a suavizarse (Alemania), la socialdemocracia no ha conseguido ampliar el consenso de los intelectuales ilustrados, que tuvo en los años sesenta en Europa, si exceptuamos a Francia. Es la famosa crisis del Welfare State cuyos términos son bien conocidos: un mecanismo de redistribución, que se revela poco eficaz y a ratos también contraproducente, porque está basado en un sistema de privilegios sociales, demasiado agobiantes. En períodos de expansión, la acumulación continua de bienes permite distribuir entre los más pobres, la riqueza, sin dañar a los más ricos, mientras que en los períodos de escasez, el sistema cae bajo sospecha que rodea a todos los sistemas paternalistas, distribuir menos de lo conseguido y, por último, comer aire.

El socialismo francés está unido al poder en esta difícil coyuntura histórica. Los grandes objetivos se resumían en el tríptico «nacionalización, planificación, autogestión», una especie de variante de izquierdas de la socialdemocracia que la CFDT había elaborado por primera vez, y que el PSF había esencialmente hecho propio. El nuevo gobierno ha dado, evidentemente, prioridad a las nacionalizaciones. A la luz de las experiencias precedentes, la derecha y los ambientes de negocios están convencidos de que la izquierda no aplicará esta parte de su programa. Olvidaban que el nuevo partido socialista basaba precisamente su nueva identidad en la ruptura de la vieja costumbre de la SFIO de no tener confianza en

sus propios proyectos, una vez que habían alcanzado el poder.

El nuevo marco institucional, en cualquier caso, así como la amplitud de la victoria legislativa, por no hablar del vigilante control comunista impedían cualquier tergiversación. Nacionalizar, ¿para qué? Para construir el socialismo se decía en los años pasados. Para relanzar la industria y terminar con el desempleo, se afirmaba en 1981. Es demasiado pronto para decir si este segundo objetivo se alcanzará. Desde el momento en que Francia continúa rigiendo el juego de la competencia internacional no se ve cómo las empresas nacionalizadas podrían evitar las cargas que pesan sobre las privadas. Es verdad que todavía las nacionalizaciones no se han concebido hasta la fecha como socia-

lización de los instrumentos de producción. No dan lugar, por el momento, a ninguna iniciativa social original, que haga llegar a los trabajadores que trabajan en ellas el sentimiento de participar en su gestión. Parece, en suma, que después de haber hecho de las nacionalizaciones el emblema de la transición hacia el socialismo se siente en agobio en servirse de ellas realmente.

Lo que puede aplicarse en mayor medida a la planificación, que es tanto como preguntarse si el nuevo poder socialista se interesa en esto, porque Michel Rocard es ministro del ramo, o si Michel es ministro porque el poder se desinteresa. El plan, en cualquier caso, no parece el centro de las preocupaciones del actual gobierno socialista. Instrumento de previsión por excelencia, parece destinado a objetivos secundarios y a servir de máquinas quitanieves a la política económica del Gobierno. Pero, por encima de las circunstancias que pueden explicar esta situación, es necesario, sin embargo, reconocer que la misma idea de planificación atraviesa una seria crisis en el pensamiento socialista. O bien, tiene un carácter obligatorio que le

convierte en particularmente adaptado para regir una situación de escasez o tiene un carácter indicativo que le hace parecer, a todas luces, superfluo. Se diría que entre las pomposas medidas estructurales (nacionalizaciones) y la —llamémosla así— navegación a vela requerida por la fase difícil en que se encuentra la economía, no hay lugar para una política industrial ambiciosa y selectiva. Ciertamente, Jean-Pierre Chevènement, no esconde sus convicciones industrialistas y quiere hacer de Francia el Japón del sector público, así como el banco de pruebas de otro tipo de crecimiento.

La autogestión en cuestión.

En cuanto lo que se refiere a la autoges-

**La misma idea
de planificación atraviesa
una seria crisis
en el pensamiento
socialista.**

tión nos encontramos en un bache, como si el 10 de mayo de 1981 hubiera firmado su certificado de muerte, o cuando menos provocado un síncope prolongado. Nos

encontramos frente a un proceso de autogestión, cuando la solución de los problemas se deja paulatinamente en manos de los gobernantes como un emblema distintivo de la Democracia. Por esta razón, la multiplicación de las instancias de participación, de consulta, es una forma indispensable de paso de la democracia gobernante. Nos encontramos todavía lejos de aquellos objetivos. Y ocurre, igualmente, que los socialistas que los defendían sólo de boquilla mantienen silencio sobre ella. Pero, ¿y los demás? Del mismo modo que para las nacionalizaciones, se trataba de la autogestión de contraseñas políticas útiles para perfilar un programa electoral, y su importancia ha disminuido progresivamente conforme se acercaba al poder. Y aquí reside la clave. Lo que cuenta en la experiencia en curso del nuevo gobierno socialista, no son las medidas tomadas, algunas de las cuales son indiscutiblemente excelentes, sino la escasa tendencia del poder a asociarse al pueblo de izquierda o simplemente a la gente. A los dieciocho

meses de la instalación del nuevo gobierno, asistimos todavía al socialismo como espectáculo y el público se limita a silbar o aplaudir según las escenas a las que asiste pasivamente.

A falta de una participación popular suficiente, el poder dialoga con los sindicatos. La profesión de *partner social* se ha convertido en una profesión de dedicación exclusiva como la de contable o fontanero. Digamos, además, que a la larga, a falta de un sistema de comunicaciones extendido, esta institucionalización constituirá para los sindicatos obreros un peligro. El sindicalista ha pasado de ser un delegado a ser un representante. Y en este paso gana ciertamente un poder real. De este modo, muchas disposiciones, como una ley de Aunroux cuya importancia es evidente, y que constituye una de las principales realizaciones sociales del nuevo régimen, corren el peligro de convertirse más en leyes sindicales que en conquista de los trabajadores. Por otro lado, el gobierno en mi opinión, no tiene interés en el fondo en convertir a los sindicatos en cómplices o confidentes. Como demuestra la experiencia histórica, frecuentemente los sindicatos adquieren representatividad oficial cuando los afiliados lo abandonan.

El problema del socialismo.

El partido socialista francés no discute más desde hace tiempo. Quizá tengan al-

go mejor que hacer. Pues bien, discutamos entonces nosotros. Sería verdaderamente una tragedia si la victoria del 10 de mayo terminara en Francia con el problema del socialismo, del mismo modo que Georges Marchais liquidó en su momento la dictadura del proletariado. Soy de los primeros en alegrarme del hecho que, la victoria del partido socialista francés haya eliminado de su interior las grandes discusiones ideológicas, librándole de toda retórica de la ruptura y permitiéndole del mismo modo reconsiderar los antagonismos de clase bajo un perfil abstractamente teórico. No se trata de un paso atrás sino de un adelanto. De este modo continuémoslo.

Hoy día lo sabemos todos: El socialismo no es, como durante mucho tiempo se ha querido creer, aquella otra lógica que aboliría la necesidad, la fuerza de las cosas transportándole, casi de milagro a los espacios casi encantados de la política euclidiana. Pero si no existe en propiedad un modo de producción socialista sino una economía compleja, donde un sector público coexiste con el sector privado y con sectores cooperativos y asociativos de diversa índole, no agota el tema. Ha llegado la hora de preguntarse sobre las diversas formas de intervención socialista, sobre los diversos modos de producción y de consumo.

Los Cuadernos del Norte



Cuadernos de: **Textos de:**

Pensamiento
Cine
Arte
Inéditos
Literatura
Poesía
Diálogo
Viaje
Música
Asturias
Actualidad
Jazz

C. J. Cela
Barthes
Umbral
Torrente Ballester
Jiménez Losantos
Manuel Vicent
Pedro Caravia
Antonio Gamoneda
Angel González
Antonio Gala
Gonzalo Suárez
Cabrera Infante
Cándido
Zamora Vicente
etc.



Periodicidad: *Bimestral*. Información, publicidad y suscripciones: *Caja de Ahorros de Asturias*. Plaza de la Escandalera, 2. Oviedo. España. Apartado de Correos 54. Teléfono 22 14 94. Extensión 254.

EL NUEVO DESORDEN INFORMATIVO

Miguel Barroso
José Miguel Contreras



2

Todos los estudios realizados a lo largo de los últimos cinco años coinciden a la hora de marcar los índices de interés ante los distintos medios de comunicación.

Un solo país, dos públicos.

Las encuestas realizadas por el Ministerio de Cultura en su estudio sobre *Demanda cultural en España* (1) indican que sólo un 33 % de españoles leen periódicos habitualmente. De ellos, poco más de la mitad lo hacen diariamente. En las zonas rurales, en las que vive el 38 % de la población española, estas cifras son aún más bajas.

Mientras, la televisión mantiene unos elevados índices de espectadores. En la citada encuesta, el 85 % de los entrevistados declaró ver asiduamente la televisión. Tan sólo un 8 % afirmó no atender nunca el medio. Con respecto a la radio, faltan estudios, a nivel estatal, que contemplen las posibles repercusiones que en captación de oyentes haya podido tener el resurgimiento que este medio de comunicación ha conocido en los últimos años. Los

datos más recientes (2) indican, de todas formas, que más de la mitad (el 60,8 %, según datos de RTVE) de los españoles escucha la radio normalmente.

Si ponemos en relación estas cifras cogimos que para una buena parte de los habitantes de este país la televisión es, no ya el principal, sino el único medio de información que sigue habitualmente.

El índice de lectura de prensa aumenta proporcionalmente a medida que sube el nivel de estudios. Mientras menos de un 10 % de las personas sin estudios lee normalmente el periódico, aquellas que poseen formación universitaria lo hacen en más del 70 % de los casos. En cuanto a la situación laboral, el porcentaje de lectores que tienen un puesto de trabajo supera ampliamente a los que no lo tienen. De aquellos con empleo que leen periódicos, la mayoría pertenecen a sectores empresariales o a los llamados cuadros medios y superiores. La proporción entre hombres y mujeres es cuatro a una respectivamente. Por último, en cuanto al hábitat, en poblaciones de más de medio millón de habitantes casi la mitad de los ciudadanos lee prensa asiduamente, mientras en áreas rurales sólo una de cada cinco personas lo hace.

A partir de los datos actualmente disponibles, resulta difícil establecer una correlación entre los públicos de los medios de comunicación escritos y audiovisuales con sus actitudes políticas, particularmente en lo referente a su mayor o menor interés por el acontecer político.

No obstante, se constata una enorme coincidencia entre el perfil general del lector habitual de prensa escrita y lo que Key, Dahl y Budge han denominado respectivamente «el público atento», el «estrado político» y los «orientados políticamente» (3). Los grupos de edad coinciden en uno y otro caso y, lo que resulta no por

esperado menos notable, ambos grupos sociales comparten niveles educativos altos.

Así, Maravall ha afirmado que «cuanto menor es la educación, mayor es el extrañamiento que sienten las personas respecto de la política. La desigualdad social que se refleja en los distintos niveles educativos repercutía en indiferencia o rechazo respecto de la política». Los encuestados poseedores de una formación universitaria se pronunciaban favorablemente respecto de la acción política, independientemente de su orientación ideológica. Este sector alcanzaba a un 61 % de quienes manifestaban interés o apasionamiento por la política, frente a un 36 % de encuestados que expresaba desinterés o desconfianza por ella. En el polo opuesto, las

**Para una buena parte
de los españoles la televisión
es el único medio
de información que sigue
habitualmente.**

personas carentes de educación primaria experimentaban alto interés por la política en un 8 % de los casos, frente a un 74 % que se mostraba francamente desconfiado o receloso frente a ella.

Los lectores de prensa escrita aparecen, por tanto, como buscadores de más información y de un tratamiento cualitativamente superior de las noticias, más que como personas que se inclinan simplemente por la palabra escrita. Tal como más adelante se verá, no resulta difícil concluir de todo lo anterior la existencia, en España, de dos redes comunicativas, integrada una por la prensa escrita y por ciertas revistas de información general, y otra por los medios audiovisuales, y señaladamente la televisión. Los destinatarios de la primera, en su mayoría personas de superior cualificación personal, más elevados ingresos, alto nivel educativo y residentes en núcleos de población mayores, reúnen todas las características del *escalón superior*, dentro de lo que Lazarsfeld bautizó como «two step flow of communications», esto es, los dos escalones en el flujo de la comunicación.

Frente a la visión acuñada por el comunicólogo norteamericano hace décadas, según la cual los mensajes circulan hacia la gran masa de la población a través del tamiz de una capa de *líderes de opinión* que dan forma e interpretan el material informativo bruto, nuestro país parece poseer un dispositivo comunicativo estructurado en base a dos redes comunicativas, más que sobre los «dos escalones». El público de la primera red obtendría cuotas de información más cualificadas y revertiría hacia la segunda red inferior sus opiniones, comentario y valoraciones, recomponiendo y matizando el flujo informativo obtenido por sus componentes.

Resultan por eso engañosas las opiniones, vertidas frecuentemente desde la izquierda, en apoyo de una cierta inhibición informativa en los medios escritos en base al argumento de que la mayoría de los españoles se nutre de información a través de la televisión y la radio principalmente y sólo una exigua minoría lo hace mediante los periódicos. Más allá de la difusión escasa de la prensa escrita, o tal vez precisamente a causa de ella, este medio desempeña un papel de conformación de la opinión pública que revierte sobre el conjunto de los ciudadanos.

Esa representación de la opinión pública como una superficie plana distribuida entre diversos canales de comunicación, o como un todo subdividido entre áreas correspondientes a los usuarios de los distintos media, contrasta con la realidad de una opinión pública desigual. De hecho, las zonas de condensación de información y opinión alternan con vastas áreas de desasistimiento informativo o de información superficial sumamente influenciadas por las primeras.

Resulta aventurado determinar si esta situación corresponde a una estrategia deliberadamente perseguida por el poder durante la etapa de asentamiento del mo-

La prensa escrita desempeña un papel de conformación de la opinión pública que revierte sobre el conjunto de los ciudadanos.

delo informativo en nuestro país. Como quiera que sea, el franquismo estimuló la diversificación de los tratamientos comunicativos organizando en torno a determinadas temáticas (deporte y prensa del corazón esencialmente) un universo cultural que actuaba como sucedáneo de la información política, y preservando la lectura de la prensa para las élites dirigentes.

Dirigismo informativo y desarrollismo económico.

La periodización del tránsito de los media desde la dictadura a la democracia parlamentaria resulta discutible en muchos aspectos, pero las opiniones son unánimes acerca del momento de arranque en el que se producen los primeros cambios en el dispositivo de la comunicación en España.

La Ley de Prensa de Fraga constituye un intento de respuesta a la demanda informativa derivada de la primera fase de despegue económico favorecido por el régimen, a la vez que la expresión más acabada de la filosofía del *desarrollismo económico* en el plano informativo. Como es sabido, la ley Fraga suprimía la censura previa, sustituyéndola por una combinación de «disuasión preventiva», ejercida sobre los directores, y de mecanismos de sanción «après coup» para aquellas publicaciones que conculcaran ciertos principios incuestionables relativos a la esencia del régimen. Se configura de este modo un nuevo sistema que otorga a los propietarios de los periódicos para proceder al nombramiento de los directores (lo que constituía una vieja aspiración de los sectores católicos del régimen vinculados a la Editorial Católica) en sustitución del mecanismo vigente, que había recibido nu-

merosas críticas privadas por parte de los grandes grupos de poder informativo. Se configura así un sistema de «apertura vigilada, pero tumultuosa», según la expre-

sión de Abellán. Este nuevo marco de control represivo afecta escasamente a las publicaciones cercanas al régimen, pero diseña un contexto de inseguridad para los restantes medios. El sutil juego de diferencias que a partir de ese momento se percibe en los principales rotativos actúa, por otro lado, como canal para la presión interna de las diversas «familias políticas» del régimen.

Las cifras de expedientes administrativos incoados durante la era Fraga (4) hasta su cese en el Ministerio de Información y Turismo en la crisis originada por el caso Matesa, hablan por sí solas de esta etapa, que ha sido calificada por Juan L. Cebrían de «repliegue defensivo de la administración». Las disposiciones legales adoptadas más tarde como desarrollo de la Ley de Prensa intensifican el componente represivo de la legislación informativa. En el intervalo de cuatro años se reforma el artículo 165 bis del Código Penal, se promulga la Ley de Secretos Oficiales, se limita la libertad de información sobre el Tribunal de Orden Público y se publica el reglamento del Jurado de Ética Profesional de periodistas.

No obstante, la prosecución durante esta etapa del despegue económico incrementa la venta de prensa diaria, que pasa de 70 ejemplares por cada 1.000 habitantes en 1960 a 104 en 1970 (5).

La radio y la televisión no gozaban, sin embargo, del mismo tratamiento legal. El medio sonoro, desde el punto de vista informativo, se resume en los conocidos Diarios Hablados de Radio Nacional de España, con los que todas las emisoras tenían obligación de conectar sin excepción alguna. Ninguna radio de tipo comercial podía emitir más que las noticias que se referían a acontecimientos que hubieran tenido lugar en la provincia o región donde se hallase enclavada la emisora. Así lo marcaba la Orden del Ministerio de la Go-

La ley de Fraga fue un intento de respuesta a la demanda informativa derivada de la primera fase de despegue económico favorecido por el régimen.

bernación dictada, ni más ni menos, que el 6 de octubre de 1939. Todas aquellas informaciones de carácter general o que tuvieran su fuente de origen en el extranjero

sólo podían ser emitidas por RNE. El Decreto del Ministerio de Información y Turismo de 14 de enero de 1960 forzaba a todas las emisoras a hacer la «obligada» conexión con la cadena estatal.

Con estos condicionantes la radio buscó, lógicamente, otros caminos de comunicación. Las radionovelas, los concursos, los consultorios sentimentales y los discos dedicados eran los contenidos más habituales. Aunque todas las emisoras tenían la obligación de tener una FM en funcionamiento, la radio sólo existía en Onda Media. Las programaciones de frecuencia modulada solían ser exclusivamente musicales y, en la mayoría de los casos, no existían tan siquiera locutores, para abaratar costes. Los escasísimos intentos de hacer una radio distinta, aún dentro de los meros esquemas musicales, fueron abortados por las distintas empresas. Así ocurrió, por ejemplo, con Radio Popular FM de Madrid, que fue cerrada tras una corta vida por la propia dirección de la COPE.

La radio era, por tanto, un medio que sólo ofrecía contenidos de interés limitado a determinados oyentes, sobre los que ejercía notable influencia. Poco más había, y ya era bastante, entre el conservadurismo de la señora Francis, la «solidaridad» social de *Ustedes son formidables* y la imagen de nuestras jóvenes que ofrecían las radionovelas. El análisis en este caso habría de ser más sociológico que político. En contra de lo que más tarde sucedería, la radio era quizá un medio intrínsecamente conservador, en inferioridad operativa frente a la prensa y relegada a zonas residuales por la aparición, en 1957, del medio televisivo.

El nacimiento de la televisión cuando prácticamente se iba a iniciar la década de

los sesenta significaba, ante todo, una muestra más del modernismo del que se pretendía contagiar a toda la sociedad española. Informativamente, algunos de los documentales de NO-DO eran la única fuente de noticias. Los magazines, los musicales y los concursos dominaban una programación inútil, destinada a un exiguo número de receptores existentes.

Recientes estudios realizados por el diario *El País* sobre los informativos de TVE resaltaban el hecho de que algunos de los hábitos adquiridos en estos años seguían arrastrándose. Este es el caso de la información internacional que durante toda esta etapa era el bloque «muelle» que permitía rellenar, fuera cual fuera su interés, hasta completar el tiempo de emisión. La falta de «noticias reales» conllevaba una

evidente «malnutrición informativa», por utilizar la terminología de Bernard Vovenne. El milagro tecnológico que parecía subyacer en el fenómeno televisivo provo-

có la creación de un halo de misterio y poder a su alrededor. Así, a medida que los años introdujeron el monitor de televisión en la mayoría de los hogares españoles, los sucesivos directores generales se fueron preocupando de que la vacuidad de los contenidos aumentase. El medio, eso sí, se convirtió en el cauce por el que canalizar las principales consignas y campañas políticas. La creación de los fracasados tele-clubs (datos del Instituto Oficial de Radio Televisión hace cinco años indicaban que sólo un 0,5 % de los habitantes de zonas rurales asistía aún a ellos) fue un intento de controlar aún más la eficacia de los mensajes. El *boom* de los telefilmes sirvió como introductor de toda la cultura americana. El contraste existente entre la España de los sesenta y la imagen arquetípica del «american way of life» de las primeras series de televisión no hacía sino contribuir a aumentar el efecto de irrealidad que dominaba la programación habitual.

El nacimiento de la televisión significaba, ante todo, una muestra más del modernismo del que se pretendía contagiar a toda la sociedad española.

Bien puede decirse que es en esta etapa cuando se configuran las dos redes de comunicación a las que nos referíamos más arriba. La consolidación de los grupos de poder informativo en los primeros años sesenta demandaba del poder político una reglamentación más acorde con el talante europeísta del que trataba de revestirse el régimen franquista. Al mismo tiempo, del nuevo público profesional y de clases medias aparecido en este período partían demandas de liberalización que no podían ser postergadas. Se diseñan de esta forma unas reglas del juego flexibles, que permiten combinar el acceso de las élites dirigentes a fórmulas más diversificadas de información escrita con la transmisión de un discurso informativo más simple, de tono propagandístico y esquemático, de cara a las clases populares, por

medio de la extensión de la televisión y el mantenimiento del control sobre la radio.

Este pluralismo represivo, o limitado, que acaba en los confines de las ideologías políticas derrotadas en la guerra civil es el característico del período.

El paso de Adolfo Sánchez Bella por el Ministerio de Información y Turismo no aportará novedades sustanciales a este cuadro, pero sí alguno de los acontecimientos más relevantes en el terreno de la represión informativa. El cierre y posterior voladura del diario Madrid, que encarna la primera opción informativa inserta en las clases dominantes que se decanta en favor de un cambio de régimen de modo resuelto, junto con la suspensión de *Sábado Gráfico* por cuatro meses, constituyeron las expresiones más significativas de los límites de la tolerancia en esta etapa. Una etapa en la que, por contraste, se produce la consolidación o aparición de una prensa periódica (*Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Cambio*, *Guadiana*, *Posible*) que rompe el férreo monopolio establecido por las publicacio-

nes católicas, la oligarquía financiera y el propio Estado.

No obstante, la conceptualización de la prensa, junto a los restantes media, como «servicio público» durante la era Fraga deja paso a brotes de pluralismo restringido y se impone progresivamente un proceso de desplazamiento hacia zonas de transparencia informativa en las que las revistas democráticas desempeñarán el papel de ariete.

La transición democrática y el nuevo orden informativo.

Los acontecimientos que preceden y, en cierto modo, presagian la muerte de Franco y la crisis del régimen franquista son vividos desde el punto de vista informativo por un segmento del público lector de un modo que no se ajusta ya a las necesidades propagandísticas del régimen y a sus propósitos de perpetuación y continuismo. La muerte de Carrero, el fusilamiento de cinco militantes de ETA y el FRAP y la propia muerte del dictador concitan el postrer concierto de adhesiones de la prensa diaria incondicional, pero son ocasión, también, para la expresión de acentos de disentimiento en ciertos órganos de prensa escrita. Este período de rápido desgaste del régimen coincide por ello con el apogeo de la prensa democrática alternativa. En sólo unos meses, *Cambio 16* pasa de 13.000 ejemplares a 500.000, con lo que bate todos los récords periodísticos conocidos hasta entonces en España.

Tras la muerte del dictador se abre un período en el que la estrategia de «reforma desde arriba» y la estrategia de «presión desde abajo» (6), que confluirían por extenuación de ambas soluciones en la ruptura pactada, se patentizan en el ámbito informativo. José Oneto, director de *Cambio 16*, describe con particular vigor el fenómeno: «El sucesor de Carrero, Arias Navarro, inició probablemente sin querer una operación para desmontar la

dictadura. En su discurso de investidura, Arias Navarro se dejó llevar por las palabras y prometió una apertura al país. Los periodistas jaleamos su mensaje, nos inventamos casi el “espíritu del 12 de febrero”, hicimos como si creyésemos a fondo sus palabras y empezamos a usar la libertad anunciada antes de que el pregonero tuviera la menor intención de concederla (...). En la revista *Cambio 16* y en muchas otras inventamos un maniqueísmo burdo pero eficaz. Arias era el franquista bueno, el franquista liberal, y para defenderlo había que denunciar a los viejos tradicionalistas y a las arcaicas esencias del falangismo montaraz» (7).

Esta peculiar óptica del cambio, formulada aún antes de que se produjera la convergencia entre el impulso desde abajo y la reforma desde arriba, había de anticipar lo que serían las líneas de fuerza de la ruptura pactada: «Las publicaciones libres diseñamos en aquellos años ante el poder y la oposición las líneas generales del cambio de régimen. Quedó sellado así, sin que nadie lo dijese expresamente, que el régimen sería amnistiado y que nadie revisaría su historia» (8).

En mayo de 1976 aparece *El País*; en otoño del mismo año *Diario 16* y, poco más tarde, *Avui*, *Egin*, *Deia*..., que diversifican la oferta informativa escrita y rompen el monopolio de la prensa diaria que, hasta ese momento, detentaban los sectores más retardatarios de las clases dominantes nucleados por la Editorial Católica y varias empresas familiares de corte marcadamente conservador (*ABC* y *La Vanguardia*).

La radio y la televisión permanecieron en la primera mitad del período de transición excesivamente coartadas por las es-

casas posibilidades de seguimiento de los acontecimientos informativos. Las respectivas jornadas de luto nacional que siguieron a las muertes de Carrero y Franco

**Tras la muerte del dictador
las estrategias
de reforma y ruptura
se patentizan
en el ámbito informativo.**

afectaban especialmente a estos medios que veían inundadas sus programaciones por la presencia característica de la música clásica, reservada hasta el momento a ilustrar la celebración de la tradicional Semana Santa.

**Durante 1975
la marcha de la difusión
de la prensa diaria describe una línea
en permanente ascenso
que culminará a final de año.**

conversión de la televisión en arma de «propaganda democrática», aunque, eso sí, unilateral. Ansón, que siempre se consideró a sí mismo el autor de la victoria de

Suárez en 1977, fue el forjador de la nueva estructura empresarial de RTVE, que vio aumentada su plantilla desorbitadamente y conoció la época más florida de pluses y complementos. Los medios escritos comienzan en aquel tiempo su continuada campaña de crítica y vigilancia del medio estatal.

En radio se produjeron en aquellos años los primeros tímidos intentos de liberalización informativa. El espacio *Hora 25*, de la Cadena SER, que había nacido en 1971, se convirtió en la punta del iceberg bajo el cual se escondía la presión de todos los grupos detentadores de empresas radiofónicas que veían en la derogación de la legislación del monopolio informativo por parte de RNE el medio ideal para conseguir un doble objetivo: aumentar el interés hacia un medio en aquel tiempo bastante desprestigiado y conseguir un canal por el que transmitir a grandes cantidades de personas sus consignas diversas. En este empeño coincidían desde los intereses confluyentes en la potente Cadena SER hasta la Iglesia, que a través de la Cadena COPE pretendía llegar a otros sectores a los que no alcanzaba con los diarios de Editorial Católica.

Esta labor ha podido, en buena medida, contrarrestar los efectos que una televisión dirigida y controlada pudiera haber generado. Tal y como señalaban John Baggaley y Steve Duck, «el potencial negativo de las estrategias del medio puede ser contrarrestado por el expediente de instruir al público sobre los posibles efectos. Por peligroso que pueda ser el lado negativo de la investigación y desarrollo del medio, ambos deben claramente continuar, con la base de que el público necesita y tiene derecho a conocer cualesquiera efectos potenciales sobre los que debe ser advertido».

Por fin, el gobierno salido de las primeras elecciones libres permitió, a través del Real Decreto de 25 de octubre de 1977, la libertad de información general a las emisoras de radiodifusión privadas. Casos como el de aquel locutor de una emisora de FM de Madrid, que fue fulminantemente despedido por dar paso a las dos de la tarde al «Rollo Hablado de Radio Nacional», dejarían de repetirse.

La práctica totalidad de los profesionales de prensa, al igual que los de otros sectores especialmente condicionados por la actividad de la censura, compartían la previsión ilusoria de que con el cambio de régimen se produciría «automáticamente» un espectacular incremento en la difusión de la prensa. La franja de periodistas más comprometida en la lucha contra la dictadura confiaba además en que este cambio viniese acompañado de transformaciones apreciables en la estructura de poder informativo existente en España bajo el franquismo.

En televisión los cambios eran menos apreciables. El escándalo desencadenado tras la dimisión de los cuatro directores de los telediarios —Azcona, Sotillos, Macía y Gozalo— en enero de 1978 acabó con el único intento liberalizador, quizá más formal que de contenidos, que se conoció. La inicial subida de Rafael Ansón a la Dirección General comenzó la carrera de la

Tanto una como otra previsión se revelaron infundadas. El cambio político no supuso una alteración apreciable en las tiradas de la prensa diaria, aunque sí en otras publicaciones de carácter sensacio-

nalista y erótico que brotaron espectacularmente. En todo el decenio, la mayor difusión de prensa se sitúa en 1977, pero vuelve a descender al año siguiente, retornando a niveles similares a los de 1973. En particular Madrid y Barcelona, que llegan a totalizar en el año de las primeras elecciones libres 1.185.000 ejemplares, retroceden a la barrera del millón en 1978.

En cuanto a las aspiraciones de mayor control democrático de los trabajadores en la línea informativa de los rotativos o en la aparición de experiencias basadas en fórmulas cooperativas, como existen en otros países europeos o, al menos, en el surgimiento y estabilización de una prensa de izquierdas que equilibrara el espectro de la oferta informativa, el balance no puede ser más negativo. Tan sólo el afianzamiento de *El País* y del *Grupo 16*, que

comparecen ante el mercado con productos informativos enclavados en espacios de centro o centro-izquierda, pone un significativo contrapunto en el esquema de reparto del mercado periodístico.

Resulta instructivo el análisis, a este respecto, de las oscilaciones de la difusión de prensa en los años de la transición. Un primer ascenso se registra a raíz de la muerte de Carrero, prolongándose hasta febrero-marzo del año siguiente en que se produce el anuncio de una apertura política (Espíritu del 12 de febrero). A partir de ese punto la difusión inicia un nuevo descenso, para volver a recuperarse en la primera enfermedad de Franco.

Durante el 75, la marcha de la difusión de la prensa diaria describe una línea en permanente ascenso que culminará en el último trimestre del año, coincidiendo con el período de agonía del dictador, el fusilamiento de varios militantes de ETA y FRAP y la coronación de Juan Carlos I (9).

No es difícil interpretar este fenómeno

como el resultado del ambiente de incertidumbre creado por la desaparición inminente de la pieza clave del régimen dictatorial y por las necesidades consiguientes de orientación experimentadas por sectores amplios de la opinión pública «ilustrada».

Los elementos de novedad tras el cambio, a decir verdad, se reducen a la explosión del fenómeno de la prensa periódica sensacionalista (cuyo exponente más destacado es *Interviú*, que alcanzó tiradas cercanas al millón de ejemplares) y de las revistas eróticas.

Por lo demás, los nuevos rotativos de ámbito nacional no conquistan nuevos segmentos de seguidores hasta entonces alejados de la lectura de prensa diaria, sino que arrebatan parte de su público a las

Los elementos de novedad tras el cambio democrático se reducen a la explosión de la prensa periódica sensacionalista y de las revistas eróticas.

cabeceras tradicionales, que sufren en la erosión de aquellas franjas de sus lectores menos identificadas con su línea de acompañamiento renuente el cambio político.

Los perfiles de la nueva situación de la prensa escrita en España se agrupan entorno a tres grandes ejes:

1. Difusión de la prensa, en la que destaca como aspecto más relevante la continuidad de la composición del grupo social de consumidores de prensa diaria informativa, debido al hecho señalado por Miguel de Moragas de que «los hábitos de lectura no cambian con el cambio» (10), sino que los hábitos de lectura, la educación de los gustos y necesidades no son función del cambio político sino de otros elementos de organización social que permanecen intactos respecto de la España anterior a 1975. A lo sumo cabría hablar del papel legitimador del cambio que desempeña la prensa sensacionalista y erótica que funciona como único elemento de discontinuidad con respecto a la situación preexistente.

2. Cotas de libertad informativa en

una doble dimensión: supresión de las cortapisas administrativas procedentes del franquismo y desplazamiento de la represión al terreno judicial, que dará lugar a batallas políticas en torno a la libertad de expresión nucleadas en casos como el procesamiento de Miguel Angel Aguilar, Juan Luis Cebrián y a la ofensiva de la izquierda en favor de la democratización de RTVE.

Pero esta vertiente de la libertad de expresión de los media escritos existentes no debe ocultar el conflicto sordo y, las más de las veces, falto de expresión externa, que deriva del desfase entre el espectro ideológico real del país (manifestado en las convocatorias electorales en las que la izquierda se proclama mayoritaria) y una estructura de poder de los media en la que grupos minoritarios conectados con núcleos del poder económico y opciones políticas derechistas detentan el control de la aplastante mayoría del tiraje, tal como ponen de manifiesto los escasos estudios existentes (11).

En lo referente a los media no escritos, a finales de 1979 se aprueba, tras largas discusiones, el Estatuto de Radio-Televisión con un acuerdo de base por parte de todos los partidos. Un año después se constituía el primer Consejo de Administración y Fernando Castedo es nombrado director general, sucediendo a Fernando Arias-Salgado. RTVE vive un corto período —nueve meses— de cierta pluralidad y aperturismo. La presión de los sectores más conservadores de la UCD y de la derecha en general concluyen con la claudicación de Castedo, que acabará accediendo al cómodo retiro de la presidencia del Banco Hipotecario. Hombres como Eduardo Sotillos, que fue director de Radio Nacional, o José Luis Balbín, que ejercía como jefe de Programas Especiales de TVE, ocuparían por aquel entonces cargos de responsabilidad.

La etapa se cerró en el marco de una operación más amplia de escoramiento y voladura controlada desde el interior del partido en el gobierno, con el nombramiento para la dirección de RTVE de Carlos Robles Piquer, cuñado de Manuel Fraga, que en aquel entonces era Secretario de Estado de Asuntos Exteriores y que hoy desempeña cargos de responsabilidad en Alianza Popular. Este período se caracterizó por un estricto control de la televisión, quedando la radio en un segundo lugar.

El gobierno de UCD se apresuró en su último año de mandato en sacar adelante un viejo proyecto que desde 1979 estaba congelado: la concesión de nuevas emisoras de FM. La radiodifusión española se adaptaba así a la estructura existente en otros países, en los que las emisoras de FM habían desarrollado una interesante labor en el campo de las radios locales. El gobierno, teniendo una posible victoria socialista en los siguientes comicios, prefirió reservarse la concesión de un total de 240 emisoras, número, por otro lado, absolutamente arbitrario y que no atendía a ningún criterio determinado, ni a estudio previo alguno.

Aunque la legislación observaba la posible solicitud de dos tipos de emisoras, comerciales e institucionales, la concesión, de la que nunca se hizo pública una completa relación, se centró en empresas periodísticas de carácter comercial. De esta manera se evitó dar emisoras a la enorme cantidad de instituciones locales, asociaciones de vecinos, ayuntamientos y diputaciones —que las habían solicitado— por pensar que podían quedar en «malas manos». Ningún medio destacó el hecho, pues todos fueron compensados con algunas licencias en esta arbitraria lotería. Así sucedió que instituciones como la Universidad Nacional de Educación a Distancia, que solicitó la concesión de una cadena de carácter institucional, sin

**En la nueva situación
democrática destaca la continuidad
de la composición
del grupo social de consumidores
de prensa diaria.**

publicidad y de contenido cultural y educativo, fue atendida con cinco emisoras, cuatro de ellas en las Islas Canarias de menor tamaño y con menor población y una en la localidad de Villena (Alicante).

La izquierda no ha sabido promover medios de comunicación capaces de interesar a audiencias amplias.

Los grupos más beneficiados fueron, básicamente, tres: el consorcio Antena 3, en el que además de multitud de pequeñas empresas informativas se agrupaban algunos «grandes monstruos» como *ABC* —Prensa Española—, *La Vanguardia* —el grupo Godó—, *Interviú* —el grupo Zeta— y *Europa Press*. Radio 80, perteneciente a la Editorial Católica, y la cadena RATO, antes asociada a la SER y ahora independiente.

Un vacío en la izquierda.

Refiriéndose el desfase entre las preferencias e intereses sociales de los ciudadanos filandeses y el posicionamiento mayoritario de los medios de comunicación social, el fallecido presidente Kekkonen afirmó: «En Finlandia la alineación política de la prensa no está en correlación con el equilibrio del poder político en el Parlamento. En el momento actual existe una débil mayoría llamada burguesa. Sin embargo, la tirada de los diarios que sostienen el punto de vista burgués excede el 90 % de la tirada total de la prensa finlandesa».

Tal vez la afirmación haya perdido vigencia en Finlandia siete años después, pero adquiere perfecta validez aplicada a nuestro país. En España, la izquierda no ha sabido hasta el momento promover medios de comunicación capaces de interesar a audiencias amplias y que traten las informaciones de acuerdo con su inspiración. Aún conteniendo una dosis de exageración, la afirmación de Jorge M. Reverte de que «los órganos de la izquierda están en manos de la derecha», sí es ver-

dad que el espectro informativo español no reproduce, siquiera con aproximación, el abanico de posiciones políticas y de intereses sociales en juego, de modo que los periódicos más sensibles al punto de vista y a los argumentos de la izquierda política actúan más por empatía que por correspondencia estricta con el diseño estratégico de las fuerzas de izquierdas.

Esta pesada hipoteca, que no ha conseguido impedir el triunfo electoral socialista por razones que tienen más que ver —en lo relativo al funcionamiento de los media— con el suicidio informativo de la principal fuerza política de la derecha —la UCD— que con el despliegue informativo de la izquierda, se transforma en un vacío grave que aboca a la izquierda gobernante a la reproducción de los errores informativos de anteriores gobiernos.

Tras décadas de manipulación de los medios de comunicación estatales, las fuerzas políticas de la derecha y sus soportes sociales se orientan en una línea de defensa a ultranza del *neoliberalismo informativo*. El neoliberalismo en el terreno informativo, como en las restantes áreas en las que esta ideología se despliega, parte de la consideración del Estado como un ente perverso, un «mal necesario», por naturaleza al que opone el dinamismo y la complejidad de las iniciativas sociales. Los mismo exégetas de la filosofía de la «función social» y el «interés público» de los media durante el franquismo, razonan ahora las excelencias de la libertad de prensa entendida como malthusianismo que condena a los periódicos minoritarios, pero que recaba del Estado jugosas ayudas económicas que apuntalen el ejercicio de la libertad de expresión.

Para los conversos a la nueva doctrina, la libertad de expresión no es un derecho que derive del anterior de los ciudadanos a una información veraz y a la disposición de medios de comunicación que recojan

sus aspiraciones y actúen de instrumento conector entre los diversos sectores sociales para dar a conocer sus problemas y fomentar su progreso conjunto. Es, esencialmente, un derecho que emana del derecho de propiedad. Ello da pie a una visión de la libertad de prensa que empieza y se consume en la propiedad de los medios de comunicación tal como Kayser ha hecho ver en «Mort d'une liberté»: «Quien goza de la libertad de prensa son los propietarios de los periódicos y nadie más. La libertad de prensa así entendida es una propiedad». Ni los destinatarios de los media, ni los profesionales que los realizan parecen poseer otro derecho que el de refrendar su existencia mediante su adquisición diaria, los primeros, y el mantenimiento del vínculo profesional, los segundos.

La campaña en favor de las televisiones privadas y la *lotización* de las ondas radiofónicas, la persistente ofensiva ideológica en pro de la privatización de la cadena de periódicos pertenecientes a Medios de Comunicación Social del Estado, corre así paralela a la iniciativa desplegada por la derecha social por relegar al Estado al papel de árbitro del oligopolio compartido por los grandes propietarios informativos y poder financiero a través del mecanismo publicitario.

La elaboración de un marco jurídico basado en criterios *objetivos pero no inhibitorios* aparece, por tanto, como el gran reto al que deberá dar respuesta la izquierda gobernante. Decimos objetiva y no inhibitoria porque, como se han encargado de demostrar estudios recientes, los baremos establecidos hasta el momento y basados en las subvenciones para la compra de papel prensa, tarifas telefónicas y postales especiales, compensaciones a fabricantes de papel, etc., ocultan tras su apariencia de neutralidad un apoyo camuflado a las empresas de mayor tiraje. Estas se benefician, además, de clientelas

publicitarias más amplias y consumen, justamente por eso, mayores cantidades de papel dedicado en porcentajes muy elevados a la impresión de publicidad.

Sólo la introducción de criterios compensatorios de estas desigualdades de partida que premien, por ejemplo, el ejercicio de la libertad de expresión por parte de los profesionales periodísticos por la vía de los Estatutos de redacción existentes ya en ciertos diarios (12) pueden contrapesar estos baremos.

Se ha dicho que el estímulo de la difusión de los hábitos de lectura aparece como una tarea estratégica para una política que se proponga incrementar la demanda comunicativa (13). Pero este objetivo es difícilmente alcanzable mediante el amparo a la prensa con subvenciones estatales a fondo perdido. Una política de esas características debe tener como norte la ampliación de la base participativa de la

Para los conversos al neoliberalismo informativo, la libertad de expresión es un derecho que emana del derecho de propiedad.

democracia española y como palanca la elevación del interés de los ciudadanos por conocer e intervenir en su entorno: todo lo contrario de lo que se proponen

quiénes procuran fijarlos en su papel de receptores pasivos de la producción de los media. Es una labor a la vez educativa y política. En una etapa en que el desmoronamiento de los aparatos políticos de la derecha obliga a sus media a desempeñar un papel de vertebradores de la contraofensiva de los sectores conservadores (14), la inhibición informativa sería peor que un error, equivaldría a un suicidio.

Mientras, la práctica totalidad de las empresas constituidas para la explotación de emisoras de FM, lo han sido con un punto de mira considerablemente más elevado y que tiene su cota en la televisión privada, que se ha convertido en el nuevo caballo de batalla de los «neoliberales». La misma CEOE está directamente interesada en el tema, ya que ve un camino abierto para el desarrollo de sus programas comerciales e ideológicos.

El análisis de lo realizado en el campo de la radiodifusión indica, por otra parte, la ceguera de algunos grupos económico-informativos que, en un afán de conquis-

tar nuevas audiencias, se han introducido en riesgos comerciales de muy dudosa rentabilidad. Este dato viene a demostrar una vez más la falta de criterios racionales con los que se ha manejado de modo tradicional en nuestro país el «naciente» mundo de los medios audiovisuales.

La televisión estatal ha visto siempre limitadas sus posibilidades por la obstinación gubernamental en ejercer un estricto control, sin haber permitido en ningún momento una profesionalización real de los órganos directivos. Con ello se ha conseguido instaurar un doble mal, ya que ni se ha hecho nada efectivo ni, lógicamente, se ha dejado hacer. Este elemento ha servido en todo momento de bandera a los defensores de la televisión privada, que han identificado, malintencionadamente, calidad de programación e información veraz con la necesidad de gozar de una parcela en el espectro de ondas de televisión. En esta campaña, ciertos medios escritos han colaborado activamente en crear una sensación de que el fin del monopolio estatal es un proceso irreversible que desemboca en la libertad. Evidentemente, algunas empresas periodísticas son las más interesadas en controlar un medio que puede ser un competidor excesivamente fuerte, capaz de poner en peligro su propia subsistencia.

Pese a lo que se diga, lo cierto es que la televisión, desde un punto de vista estatal,

Lo cierto es que la televisión, desde un punto de vista estatal, se halla casi sin utilizar.

se halla casi sin utilizar. Nada serio se ha hecho, por ejemplo, en materia educativa y cultural. La televisión, aún pretendiendo dirigirse a «mayorías», ha dejado de

lado al conjunto de minorías mayoritarias que más la necesitaban. Los estudios del Instituto Oficial de Radiodifusión y Televisión han demostrado cómo en las áreas rurales españolas casi un 80 % de sus habitantes no dominan el lenguaje que se utiliza habitualmente en los informativos de TVE, pese a que éstos son su único medio de conexión con el mundo político y social del país. Palabras como «consenso», «autonomía», «inflación», «mercado común», carecen de significado o tienen otro bien distinto para este sector de población.

El panorama futuro descrito con tonos apocalípticos por autores como Schreiver o Toffler plantea serias amenazas para sociedades con una estructura comunicativa como la de España. Paul Valery explicaba cómo algunas sociedades tienden a avanzar con la cabeza vuelta hacia atrás, hacia el pasado. En este caso el reto es de tal magnitud que es necesario afrontarlo de cara. Para ello es preciso planificar previamente en qué puede consistir el nuevo orden informativo que ya se vislumbraba en los estudios de Nora y Minc en Francia o en el mismo informe McBride. Esta labor ha de acometerse desde una posición gubernamental, pues de lo que se trata no es ya de repartir los canales de información entre los distintos centros de poder, sino de integrar las dispersas políticas seguidas en relación a los media en un proyecto de libertad y emancipación hasta ahora inexistente.

(1) SECRETARIA GENERAL TECNICA: *Demanda cultural en España*. Ministerio de Cultura. 1978.

(2) J. M. MARAVALL: *La política de la transición*. Taurus, 1981. Pág. 93.

(3) Idem.

(4) JAVIER TERRON MONTERO: *La prensa de España durante el régimen de Franco*. Centro de Investigaciones Sociológicas. 1981. Págs. 200 y ss.

(5) JOSE PEREZ VILARIÑO: *Los periódicos ante las autonomías*. Akal. 1982. Pág. 30.

(6) MARAVALL: *Op. cit.* Págs. 18 y ss.

(7) JOSE ONETO: *La larga marcha de la transición*, en «Los medios de comunicación en la frontera democrática». Universidad Menéndez Pelayo. 1982. Comp. Miguel Angel Aguilar.

(8) Idem.

(9) MIGUEL DE MORAGAS: *Crisis de la prensa*

y cambio democrático, en «La prensa en España». Información Comercial Española, n.º 567. Noviembre 1980.

(10) Idem.

(11) Especialmente, ENRIQUE BUSTAMANTE: *Los amos de la información en España*. Akal, 1982. Págs. 245 y ss.

(12) JOSE F. BEAUMONT: *La participación de los periodistas en la línea informativa del medio*. ICE n.º 567. Noviembre 1980.

(13) MANUEL MARTIN SERRANO: *El uso de la comunicación por los españoles*. Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982. Págs. 77 y ss.

(14) Véase lo ocurrido en Francia con la prensa derechista y su protagonismo político en la reconstrucción del frente conservador tras la victoria de la Unión de la Izquierda y el estallido de la antigua mayoría. ENRIQUE BUSTAMANTE: *Entre el miedo y la fascinación*. Mayo. N.º 6. Marzo 1983.



**NUEVA
SOCIEDAD**

NUMERO 62 (SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1982)

ARTICULOS

Darcy Ribeiro: La nación latinoamericana.

Carlos J. Moneta: El conflicto de Malvinas: Algunas consideraciones sobre sus efectos en el marco regional e internacional.

Walter Guevara A.: El TIAR a la luz del conflicto de las Malvinas.

Leyla Bartet: La crisis polaca: Ideología y problema nacional.

Alexander Smolar: Viejo orden y revolución en Polonia.

Angelo Gennari: Creación de un contrapoder sindical frente a las compañías transnacionales.

Oscar Waiss: Socialismo y hegemonía.

Sergio Bitar-Eduardo Troncoso: Venezuela: Hacia una nueva estrategia industrial.

DOCUMENTOS

Vigencia de Bolívar en la era post-Malvinas. Pompeyo Márquez.

Cultura y Economía: Un mismo combate. Jack Lang.

Empresas transnacionales y desarrollo internacional. Uwe Holtz.

NOTICIAS - DATOS - INFORMES - RECENSIONES.

SUSCRIPCIONES

	<i>Anual</i>	<i>Bienal</i>
América del Norte/Asia/Europa	US \$ 25	US \$ 45
Argentina/Brasil/Colombia/Ecuador/México/Puerto Rico	US \$ 20	US \$ 35
Venezuela	Bs. 110	Bs. 200
Resto del mundo	US \$ 15	US \$ 25

**PAGOS: Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD:
Apartado 61.712 - Chacao - Caracas 1060-A - Venezuela**

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

ESPEJOS Y MUROS: CULTURA Y MUNICIPIO

Eduardo Delgado



3

La presencia de mayorías de izquierda en los gobiernos municipales ha llevado a un plano aparente y conspicuo el papel de la Función Pública Local en un ámbito del que había estado ausente de forma efectiva.

Esta asunción de responsabilidades activas en la promoción y difusión cultural no tiene nada que ver con el antagonismo pre-democrático ante el tema ni con el seguidismo que en política cultural se hizo en la primera etapa de la transición con respecto a las iniciativas de influyentes sectores privados.

Habiendo registrado una sensación global de que algo ha cambiado en la actitud

y los presupuestos municipales destinados al ámbito cultural, cabe pedir algunas matizaciones que sin alcanzar la categoría de balance, pueden servir para elaborar futuros criterios. A pesar de las dificultades para generalizar observaciones sobre el tema, habría que llegar a algún tipo de síntesis que permitiera alcanzar una perspectiva global a nivel del Estado español. Anotemos también que debemos utilizar aquí el término «cultura» en su sentido

más convencional y administrativo por más que seamos conscientes de las distintas capas de significado de este vocablo, especialmente en sus acepciones antropológica y filosófica.

Los municipios han contado con el apoyo y la colaboración de amplios sectores del ámbito cultural.

Ante la gestión de la izquierda en el ámbito cultural municipal hay que considerar, en primer lugar, que ha partido con una ventaja innegable: ha contado con el apoyo y la colaboración de amplios sectores del mundo artístico, pedagógico e intelectual tradicionalmente afines. Los propios ediles de izquierdas han contado entre sus filas con personas significadas culturalmente o, cuando menos, gentes que en su lucha democrática habían utilizado lenguajes culturales y creativos para hacer llegar su mensaje.

¿Cuántos concejales de la derecha han organizado en su vida un baile, un cineclub, una exposición, un recital, un grupo teatral?... Sin embargo, uno habría esperado tal vez resultados más brillantes de esta ventaja de salida. Un análisis muy personal y a vista de pájaro ofrece un panorama de dispersión de iniciativas, inseguridad en los criterios y deficiencias notables en la creación y asignación de recursos. Antes de explorar algunos de los problemas más significativos habría que intentar hacer un resumen de las connotaciones izquierda/derecha en la Administración Municipal de la Cultura.

Una observación general de programas y realizaciones en el primer mandato municipal democrático de la postguerra ofrece unos contrastes que se podrían resumir muy toscamente así:

IZQUIERDA

- a) Cultura como niveladora.
- b) Inclinación hacia la pedagogía de la creatividad.
- c) Cultura al servicio de un mejor conocimiento de la población y de su identidad.

d) Tendencia hacia los intereses estéticos contemporáneos.

e) Política cultural ligada a procesos de Descentralización y Par-

ticipación Ciudadana.

- f) Tendencia a considerar el barrio como una cierta «unidad» cultural.
- g) Intenta atender las necesidades de minorías étnicas o sub-culturales.
- h) Se halla próxima a la Educación Permanente.
- i) Establece pactos y convenios con entidades privadas.
- j) Crea infraestructuras estables de carácter polivalente: Casas de Cultura, Centros Cívicos..
- k) Promociona el uso de la calle como marco para la Cultura.
- l) Actuaciones culturales emanadas de distintas concejalías (juventud, servicios sociales...).
- m) Tendencia a considerar la Cultura como Servicio Personal.

DERECHA

- a) Mantiene la «Cultura» como signo diferencial.
- b) Inclinación hacia la difusión cultural.
- c) Cultura en la proyección exterior. «Ferias y Congresos».
- d) Tendencia hacia el Arte Clásico y el Folklore.
- e) Política cultural ligada a desarrollo de los núcleos urbanos.
- f) La ciudad única «totalidad» cultural.
- g) Atiende primordialmente la cultura dominante.
- h) Se halla próxima al Deporte.
- i) Subvenciona las entidades privadas.
- j) Crea infraestructuras especializadas: Bibliotecas, auditorios, museos...
- k) Potencia los actos en locales cerrados.

- l) Actuaciones culturales exclusivamente confiadas a un departamento.
- m) Tendencia a considerar la Cultura como Relaciones Públicas.

Correspondería a otro trabajo dar cuenta de las matizaciones que harían más abordable esta lista de contrastes. Trabajo harto difícil dado el poco tiempo con que se ha contado para aplicar políticas culturales coherentes, las peculiaridades de cada municipio y la ausencia de datos globales no ya fiables sino simplemente disponibles a nivel estatal sobre presupuestos, programas de inversión y realizaciones significativas.

Podemos, pues, intuir unas líneas de actuación y unos criterios; no obstante, a falta de (o en espera de) datos empíricos

que permitan a agencias oficiales de la Administración, la vida académica y la investigación en general elaborar análisis serios, sólo podemos especular sobre la naturaleza de los debates que han llevado a las líneas de actuación y a sus criterios. Los paradigmas esenciales que han presidido la actuación cultural de la izquierda en los municipios.

que permitan a agencias oficiales de la Administración, la vida académica y la investigación en general elaborar análisis serios, sólo podemos especular sobre la naturaleza de los debates que han llevado a las líneas de actuación y a sus criterios. Los paradigmas esenciales que han presidido la actuación cultural de la izquierda en los municipios.

Cultura Popular vs. Cultura de Elite

Este planteamiento es, sin duda, uno de los más populares y se ha utilizado para explicar diferencialmente las intenciones de una política cultural progresista. Se trata de una didáctica opción entre blanco y negro que echa mano de los clichés impuestos por la propia derecha. Este planteamiento viene a definir —de hecho— la cultura popular como la que producen las capas subordinadas para su autoconsumo. Lo que llamaríamos «cultura de subsistencia» plasmada en fiestas, romerías, celebraciones rurales o ruralizantes del ciclo productivo, folklore, zarzuela, gastronomía y ciertas formas de artesanía y pa-

trimonio. A esta «cultura popular» se opone la «cultura de élite», catalogada como de uso reservado a la burguesía y, por tanto, con un carácter superfluo. Entran aquí las formas clásicas del Arte Helénico, el teatro clásico, la ópera, la novela del siglo XIX, las estéticas vanguardistas, etc...

Sin embargo, los enclaves que emergen son claros, aunque la base de la dicotomía sea falsa. Falsa porque la noción de Cultura Popular deja de lado algo tan importante como la cultura de masas, ante la cual la Administración Local se ve aparentemente impotente. Por otro lado, al asociar el Arte con la cultura de élite, el argumento se hace cómplice del secuestro que las capas dominantes han perpetrado contra el propio Arte.

La necesidad de afirmar el enraizamiento del Ayuntamiento en su comunidad ha llevado a una primacía del producto local ante los «importados».

El resultado de esta confusión en la política cultural de la izquierda ha consistido en un estrechamiento de la franja de oferta cultural. Limitada a un lado por la cultura de masas (deporte de masas, medios de comunicación, modas, estilos, etc...) y al otro por el Arte profesional «de calidad», muchos Ayuntamientos se han quedado con una actuación cultural pobre: fiestas populares, folklore, pedagogía del tiempo libre en hobbies, talleres, exposiciones de artistas locales, apoyo a entidades y grupos teatrales del municipio, etc... Naturalmente podemos hallar numerosas excepciones a esta propuesta de norma, así como sería injusto achacar de pobreza conceptual a unos Ayuntamientos donde la pobreza ha sido de medios.

Cultura Local vs. Cultura Forastera

Esta segunda falsa dicotomía está íntimamente relacionada con la primera, sus consecuencias son parecidas y no privativas de la izquierda. La necesidad de afirmar el enraizamiento del Ayuntamiento en su comunidad o comunidades ha llevado

a una primacía del producto local ante los «importados», según una conceptualización tal vez válida en otros ámbitos del mercado pero no necesariamente válida en el de la cultura. Para la semántica del progresismo, la tercera parte del siglo XX ha traído en el hemisferio occidental una positiva connotación de lo local, lo comunitario, lo «del pueblo». Recordemos aquí que la palabra *pueblo*, en castellano tiene unas implicaciones que han maravillado a numerosos antropólogos por su ambigüedad cultural.

En la práctica de gestión muchos Ayuntamientos han utilizado la dicotomía local/foráneo para proveerse de una pauta de actuación clara y de fácil explicación. Sin embargo, la propia simplicidad del criterio ha acarreado una cierta parroquialización de las políticas culturales locales. No solamente se ha promovido la «cultura popular» sino que en actuaciones del ámbito artístico e intelectual los productos locales han merecido una notable prioridad aunque su calidad e interés se encontrara claramente por debajo de otros productos exógenos pero de fácil acceso. Así hemos visto exposiciones, piezas teatrales, audiciones musicales, ediciones de libros, revistas, etc..., con marchamo municipal o importante apoyo del ayuntamiento cuya mejor justificación de existencia era su calidad de «locales».

Una parte de esta dicotomía procede de las utopías de la autosuficiencia comunitaria en boga en los Estados Unidos y en el norte de Europa en los últimos lustros. Se trata de trasladar al barrio o al pueblo las nociones de autonomía que inspiradas en la militancia ecologista harían de cada comunidad un universo cultural completo. Detrás de la autosuficiencia, a menudo asoma el «chauvinismo» que, en términos culturales, suele traer consecuencias nefastas.

Algunos Ayuntamientos de gran potencia económica, también presa de esta di-

cotomía, han querido compensar los efectos del síndrome, «trayendo» precipitadamente grandes artistas extranjeros sin haberlos situado propiamente en su contexto adecuado.

Recuperación vs. Innovación

Aún relacionado con los dos anteriores apuntemos este tercer pecado de muchas políticas culturales; priorizar la rehabilitación de antiguos signos culturales antes que innovarlos. Es evidente que ambas cosas no son incompatibles y que en muchos municipios se ha seguido una política equilibradora. No obstante, me atrevo a apuntar que ante la duda, es decir, ante la asignación de recursos escasos a proyectos múltiples, los Ayuntamientos de esta etapa han visto con mejores ojos la recuperación de una fiesta, un autor, una tradición, un libro, un pintor, un músico, una pieza teatral..., que la difusión de sus homólogos contemporáneos. Con ello, *una vez más* se ha aplicado un criterio «ideológico» para tomar una decisión cultural. No voy a negar aquí la estrecha relación entre cultura e ideología. Aunque no es ese el argumento, los maestros Lévi-Strauss, Althusser, Laclau *et al* no me lo perdonarían. El concepto de «recuperación» es altamente volátil ya que implica juicios de valor historiográfico además de los estéticos o pedagógicos con lo que su carga de subjetividad puede ser insostenible. El síndrome de la recuperación se ha dado con especial virulencia en las comunidades autónomas donde ha existido un clima invitando a una cierta arqueología de símbolos para su exhibición en la muralla.

Por otra parte, y curiosamente, el carácter innovador que hemos visto en los dominios de muchos proyectos urbanísticos, sanitarios o asistenciales, no siempre se ha visto correspondido en los culturales. La falta de innovación en los lengua-

Priorizar la rehabilitación de antiguos signos culturales antes que innovarlos ha sido uno de los pecados de muchas políticas culturales.

jes culturales explícitos de la comunidad local se escuda a veces detrás de otra dicotomía: la del «ayuntamiento como iniciador» (en este caso innovador) o el «ayuntamiento como seguidor».

Iniciación de dinámicas vs. apoyo de dinámicas existentes: lo Público y lo Privado

Aquí sí que los Ayuntamientos de izquierdas se han visto en un aprieto. Si bien en temas de alcantarillado, recogida de basuras, iluminación de calles o asistencia a ancianos, es probable que nadie discuta el derecho al Ayuntamiento a llevar la iniciativa en las cuestiones culturales surge el fantasma del dirigismo. El fantasma más temido por la izquierda municipal. Cabe excluir aquí las intervenciones municipales en el ámbito del patrimonio cultural: bibliotecas, museos, archivos y el patrimonio histórico-artístico.

De hecho esta dicotomía se podría formular planteando la opción entre la realización de programas propios y la subvención o ayuda a propuestas de ciudadanos, entidades y grupos. Un problema que normalmente no se plantea en otros campos, puesto que raramente acuden al Consistorio ciudadanos solicitando que se les subvencione un proyecto particular de alcantarillado o de vigilancia nocturna.

El problema existe en aquellos casos donde el Ayuntamiento realiza una oferta cultural homóloga a la que entidades sociales locales están desarrollando o podrían desarrollar. En las zonas del Estado con un alto índice de asociacionismo cívico-cultural el riesgo es de acusaciones de competencia desleal y de dirigismo uniformizador. Siempre es posible llegar a soluciones de compromiso. Muchos Ayuntamientos han ensayado inteligentes fórmulas de convenio como alternativa

doble: a la subvención a fondo perdido y a la realización directa de iniciativas municipales. Otros han intentado combinar ambos métodos en el conjunto de su gestión. Muchos han improvisado. Aparte de las soluciones concretas que diferirán básicamente según la fuerza de la oferta socio-cultural comunitaria y las presiones políticas sobre la actuación del Consistorio, lo cierto es que numerosos Ayuntamientos preguntados por conflictos en sus políticas culturales, apuntarían al tema de las relaciones con la iniciativa privada como fuente de incómodos/contenciosos. Como en las anteriores dicotomías expuestas aquí, hay una parte de conflictividad objetiva y otra de cariz profundamente ideológico donde entra en juego plenamente el modelo de sociedad en uno

Poco a poco hay que trascender en el municipio la noción de cultura como patrimonio, saber o experiencia y avanzar hacia conceptos más globalizadores.

de sus aspectos más sensibles: el que toca al mecanismo de creación de significados. No obstante, los Ayuntamientos han demostrado su desinterés o cuando menos su incapacidad para abordar nuevos aspectos del problema. Por ejemplo, su actitud ante la industria, el comercio, la banca, los sindicatos, las organizaciones patronales en la actuación cultural pública en la comunidad. Aquí hay que hacer, entre otras, la excepción de las Cajas de Ahorro cuya actuación eminentemente local ha sido notable aunque distante ante las políticas culturales municipales. Contrariamente a lo que ocurre en otros países europeos, el sector productivo se mantiene alejado de cualquier compromiso cultural a pesar de los nuevos incentivos fiscales. Parece que los Ayuntamientos de izquierda han ignorado, cuando no eludido la responsabilidad de confrontar esas fuerzas con las necesidades de inversión cultural a escala local. Tal vez se trate simplemente de que no han sabido ganar su confianza.

Otro aspecto en la opción entre iniciativa municipal e iniciativa privada hace referencia a la necesidad de profesionalización en la gestión cultural. A menudo la

diferencia entre ambos campos de actuación se ha expresado en estos términos. En las grandes ciudades, se han encomendado los grandes proyectos culturales a

Al promocionar la vida local, los Ayuntamientos están poniendo las bases de una comunidad participativa y capaz de transformarse a sí misma.

funcionarios (o técnicos contratados). La iniciativa privada se ha seguido apoyando en el voluntariado. Este hecho ha generado también algunos problemas de conciencia a la Administración Municipal de Izquierda.

Podríamos seguir ofreciendo ejemplos de dicotomías o problemas conceptuales que han presidido el debate cultural en los Ayuntamientos de izquierda; sería interesante hacer una referencia al tema de la profesionalización y el voluntariado o la cuestión suscitada a veces tan enfáticamente entre equipamientos culturales especializados o polivalentes.

Como he dicho al principio, cada Ayuntamiento debe hacer su propio balance pero todavía es temprano para hacer un balance de Ayuntamientos. Mi opinión es que se ha adolecido de falta de medios, falta de experiencia y rigidez de criterios. El salto a unas comunidades locales de importante presencia cultural aún no se ha dado pero podemos apuntar a grandes progresos, especialmente en el ámbito de la cultura en la calle, las infraestructuras estables y los esfuerzos en la difusión de productos de calidad en las Artes del Espectáculo. Hoy el panorama del Estado español se halla salpicado de experiencias de difusión y dinamización cultural con apoyo municipal que hubiéramos considerado impensables hace diez años. En un futuro mandato, los Ayuntamientos de izquierdas deberían dedicarse a corregir más que a replantear los grandes temas, tratando de continuar las líneas de actuación hasta ahora iniciadas. También deberían hacerse fuertes ante los intentos —del Estado o de agencias de influencia— de imponer una metodología de acción cultural que hipoteque su liber-

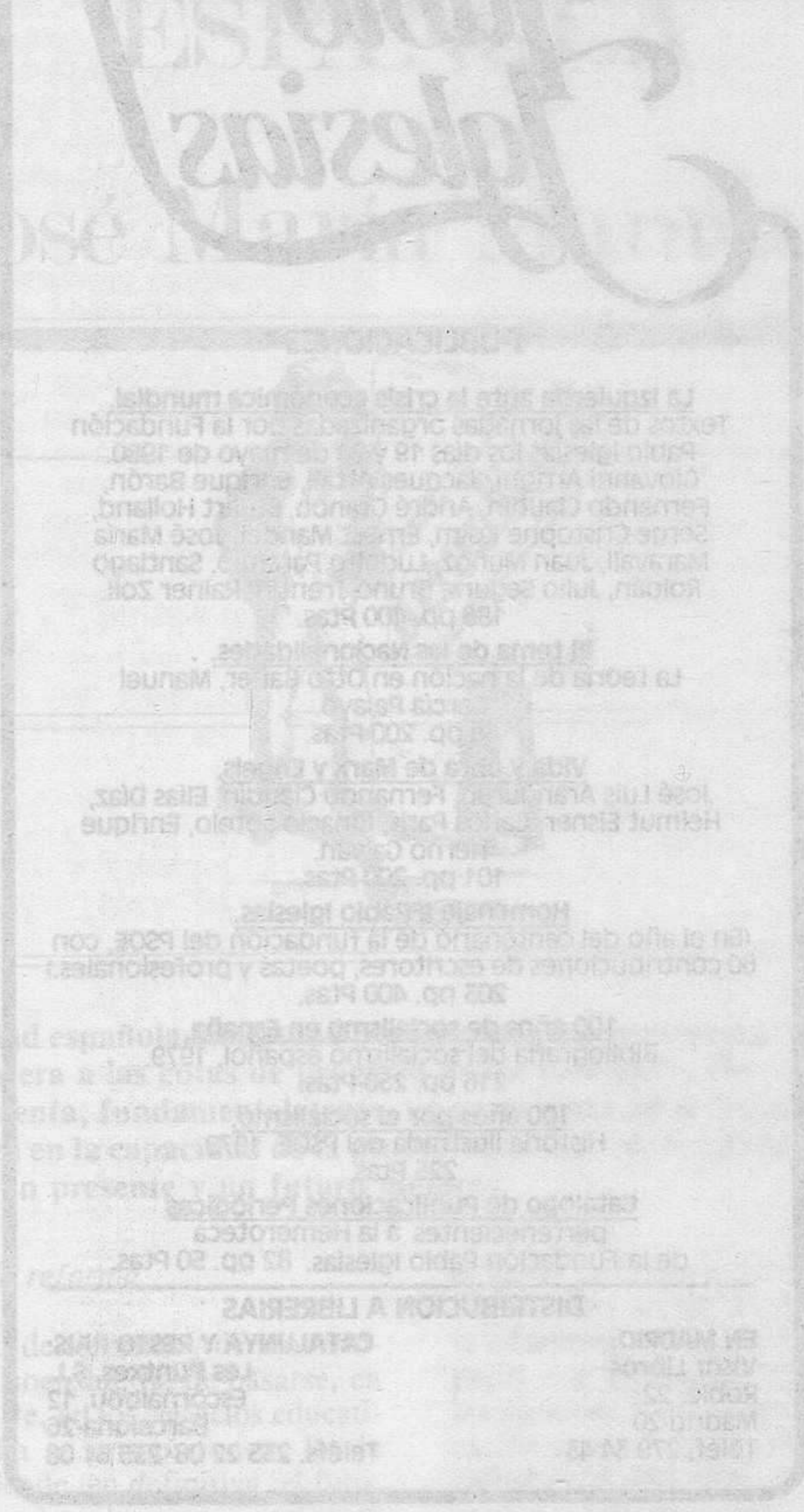
tad de acción. La proliferación de agencias de formación de animadores culturales y el auge de determinados modelos que se pretenden difundir como fórmulas

de actuación cultural, acechan contra la autonomía municipal y representan, a veces, un riesgo de dirigismo aún mayor que el que se quiere evitar.

Poco a poco hay que trascender en el municipio la noción de Cultura como patrimonio, saber o experiencia y avanzar hacia conceptos más globalizadores. Transformar la Cultura debe ser transformar la vida. Los sociólogos nos dicen hoy que aún en las grandes ciudades el barrio es la mejor escuela cultural de nuestros adolescentes. A través de la comunidad inmediata se difunden actitudes, estilos, modas, valores y significados. Estudios recientes sugieren que los grandes medios de comunicación de masas tal vez tengan menos influencia real de la que pretenden y que tal vez su manipulación consista en eso, en hacernos creer que poseen un poder subliminal imbatible. Al promocionar la vida local, ofreciendo oportunidades para que los ciudadanos se encuentren en situaciones de tregua social y productiva, que ensayen su sensibilidad para el Arte, la conversación, la fiesta y el ocio, los Ayuntamientos están poniendo las bases de una comunidad participativa y capaz de transformarse a sí misma. A través de las oportunidades locales, van a modificarse los modelos asociativos en base a las nuevas solidaridades del ciudadano moderno, van a cambiar las relaciones de identificación del individuo con su comunidad inmediata, van a alterarse los valores de los objetos culturales. Todo ello será posible si la participación cultural corresponde a la participación ciudadana. Si estimulamos a nuestros vecinos a que vivan su sensibilidad, su subjetividad y su creatividad, no podemos rechazar luego las iniciativas de libertad y bienestar que puedan surgir en sus actos.

Finalmente, una breve referencia a los medios de comunicación. La experiencia de las 64 emisoras de radio municipal que hoy existen en Catalunya demuestran la legalidad y viabilidad de su proyecto. Cualquier esfuerzo de actuación cultural

municipal debe ir unido a los canales de comunicación que garanticen la universalidad del mensaje, pero desde medios propios de la comunidad. Para que la aldea comunicativa del viejo MacLuhan sea Pueblo de verdad.



Fundación Pablo Iglesias

PUBLICACIONES

La izquierda ante la crisis económica mundial.

Textos de las jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980.

Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.
186 pp. 400 Ptas.

El tema de las Nacionalidades.

La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.
68 pp. 200 Ptas.

Vida y obra de Marx y Engels.

José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Elsner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.
101 pp. 200 Ptas.

Homenaje a Pablo Iglesias.

(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)
203 pp. 400 Ptas.

100 años de socialismo en España.

Bibliografía del socialismo español, 1979.
216 pp. 250 Ptas.

100 años por el socialismo.

Historia ilustrada del PSOE, 1979.
225 Ptas.

Catálogo de Publicaciones Periódicas

pertenecientes a la Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp. 50 Ptas.

DISTRIBUCION A LIBRERIAS

EN MADRID:
Visor Libros
Roble, 22
Madrid-20
Teléf. 279 34 43

CATALUNYA Y RESTO PAIS:
Les Puntxes, S.L.
Escornalbou, 12
Barcelona-26
Teléfs. 235 22 08-235 61 08

LA REFORMA DE LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA

José María Maravall



4

La sociedad española ha optado por un proyecto de reforma y modernización que la condujera a las cotas de progreso de las sociedades más avanzadas. Esta opción representa, fundamentalmente, una esperanza en el futuro, pero también una confianza en la capacidad de la propia sociedad y de los poderes públicos para construir un presente y un futuro mejores.

Las bases de la reforma

Un proyecto de reforma y de modernización de una sociedad ha de basarse, en muy buena parte, en los servicios educativos que en ella se proporcionen. De la educación depende, en definitiva, el futuro de cada miembro de nuestra sociedad;

es decir, las «oportunidades de vida» y su distribución social. Depende también de la educación el futuro de nuestro país; el papel que desempeñe en el concierto de las naciones, tanto en términos de su ubicación en el escenario económico internacional en el año 2000, que dependerá del capital de conocimiento científico-técni-

co, como en términos de la significación internacional de su cultura.

Es pues necesario modernizar el sistema educativo español: ponerlo a la altura de los tiempos. Y es igual de necesario, al menos, emprender una reforma en profundidad de la Universidad. De pocas formas se puede trabajar más por el futuro de nuestro país y de nuestros ciudadanos que levantando la Universidad al nivel al que debe estar.

La reforma de la Universidad ha sido una aspiración histórica de aquellos sectores comprometidos con el objetivo de una regeneración de la sociedad española y de sus instituciones. Y quizá no será ocioso recordar que fueron los estudiantes universitarios uno de los grupos sociales que más lucharon para implantar la democracia en España, y que fue la Universidad como institución quien a través de la formación de una conciencia abierta, tolerante y crítica apoyó decididamente ese proyecto que hoy hemos realizado. Pero incluso hoy día, la promoción de los niveles de calidad en la docencia y en la investigación, la democratización de la composición estudiantil y de los servicios educativos son exigencias que siguen estando radicalmente vigentes.

La reforma de la Universidad es una necesidad universalmente sentida, más aún en el seno de la propia comunidad universitaria; por ello, deben aclararse al máximo las dimensiones de la crisis. Paraphrasing Wittgenstein, definir el problema permite avanzar mucho en su solución. Por un efecto de contraste, se puede perfilar el modelo de Universidad alternativo, al que nos debemos acercar, a lo largo de un proceso gradual a medida que vayamos disponiendo de medios y recursos adicionales a través del esfuerzo de todos, de las instituciones estatales, de la comunidad universitaria, de la sociedad entera.

**La reforma de la Universidad
ha sido una aspiración
de los sectores comprometidos
con la regeneración de la sociedad
y sus instituciones.**

*La realidad
universitaria
y sus prioridades*

La Universidad que tenemos dista, en efecto, de ser la que los universitarios aspiran y exigen tener, la que la sociedad española necesita y la que el Gobierno Socialista se propone como modelo. Los profundos cambios experimentados por la sociedad española a lo largo de los últimos veinte años han tenido un impacto radical sobre la Universidad que, como Institución, no se ha adaptado suficientemente a ellos. Consideremos, como primer dato, el tremendo incremento de la demanda de educación superior: de 1960 a 1980, la Universidad española pasa de tener 71.000 alumnos a la cifra de 650.000; se multiplica así nueve veces. Aunque las tasas demográficas indican una mayor moderación de dicha demanda, para el curso 1985-86 se prevé que alcanzará los 850.000, y para el final de la década, los 970.000. La tasa de escolarización universitaria se situará así en un 17 % del grupo de edad de 18 a 25 años, mientras que en 1960 representaba poco más del 2 %. Y la proporción de estudiantes de enseñanza superior respecto a la población total es la más elevada de toda la CEE, con la excepción de Dinamarca. Es cierto que existe una relativa sobreestimación de los datos, debido al lamentable hecho académico de que los estudiantes permanecen en el sistema educativo más allá del período «normal», pero la proporción de la población acogida a la enseñanza superior ha significado, y significa, una presión dramática sobre la Universidad española y los servicios que ésta puede y debe proporcionar, no sólo en cantidad sino en calidad, a la sociedad española.

La política es siempre cuestión de prioridades; la política educativa también. Esto es así, sobre todo si se vive una fase histórica de estancamiento económico y de recursos limitados. En tal situación cabe preguntarse: ¿qué Universidad quiere la

sociedad española? Este país no puede vivir en el engaño que significa ignorar que el masivo incremento de la demanda universitaria exige un replanteamiento a fondo de cuantos recursos se pueden y se quieren asignar a la Universidad. Estos recursos estarán, sin duda, en función de las disponibilidades aquí y ahora, pero deberán estar en función también de qué tipo de Universidad queremos. Una alternativa desde luego puede consistir en optar por absorber en los centros universitarios a grandes colectivos de jóvenes, fundamentalmente procedentes de un sector específico de la sociedad, que fuera de tales centros arriesgan el paro (aunque también lo arriesgan después) y a los que se prestan unos servicios de calidad degradada. Otra alternativa por el contrario puede ser optar por unos servicios educativos de calidad, ajustando los medios a la población universitaria el nivel académico y

el reclutamiento democrático de ésta. No podemos olvidar nunca dos principios básicos: primero, que las Universidades tienen que ser centros de excelencia académica,

donde se ubica la investigación y la docencia superior, y que de ello depende en gran medida el futuro del país; segundo, que el acceso a la Universidad no puede reproducir el privilegio socio-económico, sino que debe depender de la capacidad y el esfuerzo, y que de ellos depende la distribución socialmente equitativa de las oportunidades de vida de los jóvenes.

Nos vemos así enfrentados a un doble reto de calidad y cantidad.

La evolución de la demanda

¿Qué características ha tenido la evolución de la demanda de enseñanza superior? Téngase en cuenta, para empezar, que el crecimiento mayor del alumnado se ha concentrado en los estudios de contenido humanístico, que se han incrementado más del doble que los científicos; que ha

afectado mucho más a las Facultades que a las Escuelas Técnicas Superiores; que se ha producido el aumento sobre todo en los estudios de ciclo largo (con la excepción de las Escuelas Universitarias de Formación del Profesorado). Ello indica, en resumen, dos cosas. En primer lugar, la conversión de un «sistema de élite» en un «sistema de expertos»; la Universidad española no se aproxima al modelo de la «multiversity» ni a la Universidad «profesionalizada». Su transformación en Universidad de masas se ha producido sobre el modelo tradicional. En segundo lugar, la demanda se ha concentrado en estudios costosos en tiempo y en esfuerzo socio-económico para la sociedad, sin que el hipotético «primer ciclo» haya cuajado suficientemente. Por añadidura, han aumentado proporcionalmente más los titulados que los alumnos matriculados, lo que, a su vez, plantea dos problemas: que

ello refleje una mayor lexitud en las exigencias académicas, ya que la mejor relación matrícula/aprobado no ha sido seguramente consecuencia de mayores faci-

lidades para enseñar bien; que ello signifique una agudización del paro de licenciados: el tránsito estudiantil por la Universidad se aligera, pero el desempleo a la salida se incrementa.

¿Cómo se ha adoptado el sistema universitario a esta demanda social de estudios superiores? Es sabido que el número de centros se amplía sustancialmente en estos años. En la última década se crean 122 Facultades, 133 Escuelas Universitarias, 11 Escuelas Técnicas Universitarias. De las 12 Universidades de hace 20 años se pasa a las 30 Universidades de la actualidad. El sistema universitario, por lo tanto, crece. Aunque aumentan proporcionalmente más los estudiantes en algunas Universidades nuevas (U. Autónoma de Madrid, U. Autónoma de Barcelona, U. de Alcalá de Henares, U. de Palma), sin embargo, esta cierta redistribución no evita que los números absolutos alcancen ci-

**El acceso a la Universidad
no puede reproducir el privilegio
socio-económico, sino que debe
depender de la capacidad
y el esfuerzo.**

fras muy altas —no sólo en el caso de la Complutense, sino que más de la mitad de nuestras Universidades sobrepasan el dintel considerado como máximo para una organización universitaria adecuada, los 15-20.000 estudiantes.

La planificación y los medios del Estado

La expansión del sistema universitario, en general, no ha respondido a una planificación adecuada, que tuviera en cuenta tres elementos: la demanda de plazas universitarias que se estaba dispuesto a asumir; los recursos materiales, y la calidad de los centros (bibliotecas, despachos, salas de lectura, seminarios, servicios de documentación y de análisis informático, laboratorios, etc.) y las salidas profesionales, el mercado de trabajo. Esta carencia de planificación la han sufrido los universitarios muy seriamente a lo largo de todo el proceso. No se pueden crear centros nuevos, ni se van a crear desde este momento, sin una adecuada planificación de necesidades y medios, sin sacar de su situación de penuria a tantos centros ya existentes.

Como sucede por desgracia en otras muchas áreas, los medios de que dispone el Estado español son muy precarios para poder suministrar más adecuadas prestaciones en el área de la enseñanza universitaria. Por ello, se hace preciso subrayar el carácter prioritario que deben tener estas prestaciones, e insistir en que debe ser tarea del Gobierno Socialista entero desarrollar una política social, cultural y educativa que nos coloque gradualmente en las cotas que otros países europeos han alcanzado gracias, fundamentalmente, al trabajo de gobiernos socialistas durante muchos años. Este esfuerzo dista hoy de ser fácil porque la insuficiencia de la financiación a la Universidad se ha ido agravando. Por ejemplo, entre 1970 y

1976 el gasto de la enseñanza superior se incrementó en un 60 % en términos reales, pero los estudiantes aumentaron en un 94 %. Y, desde esta última fecha, el gasto público corriente en la Universidad ha seguido un crecimiento lento. Según datos de la UNESCO, tales gastos representan en España una proporción del PNB inferior a la de cualquier país de la CEE: en Holanda es siete veces superior, pero en Italia (la situación más próxima) es el doble. Resulta inaplazable afrontar con firmeza y con la necesaria perspectiva temporal la tarea de la organización, los objetivos y los medios de nuestra Universidad.

Tasas y becas

Desde 1976, el lento incremento del gasto público corriente en enseñanza superior ha sido compensado por un aumento de las tasas de matrícula aparentemente muy elevado: un 450 %, mientras que la aportación del Estado al presupuesto de las Universidades y los sueldos pagados directamente por él crecían en un 300 %. De esta forma, las tasas han pasado, en seis años, de representar un 8 % de la financiación total de la Universidad a un 26 %, mientras que las transferencias corrientes del Estado ha disminuido su proporción de un 68 % a un 57 %. La financiación de la Universidad ha experimentado dos procesos: por un lado, se ha encarecido como servicio para los usuarios (el IPC ha subido considerablemente menos que las tasas); por otro lado, los usuarios pagan una proporción mayor del coste. Este incremento de las tasas es, de todas formas, menos escandaloso de lo que parece. Téngase presente que de 1960 a 1975 las tasas universitarias permanecieron inalteradas, de tal forma que hoy día

Las tasas bajas pueden extender, pero no necesariamente democratizar socialmente el acceso universitario.

lo que cuesta al estudiante la matrícula es, en términos reales, igual que lo que costaba en 1960.

El debate sobre la financiación de la

Universidad y sobre las tasas es, en realidad, un debate de fondo sobre la Universidad. Si se considera que la Universidad debe servir para una extensión del nivel

El gran desajuste entre la evolución de la sociedad y la adaptación de la Universidad se ha manifestado profundamente en el profesorado.

cultural del país en general, las tasas bajas se pueden justificar. Aún así debe tenerse en cuenta que el coste de oportunidad de estudiar en vez de trabajar dejará fuera de la Universidad, de todas formas, a jóvenes de familias sin medios, a no ser que dispongan de ayudas compensatorias antes, incluso, del momento de optar por cursar estudios universitarios (ya que el mayor filtraje social se produce en el paso de EGB a BUP). Las tasas bajas pueden extender, pero no necesariamente democratizar socialmente el acceso universitario, ni lo hacen depender sólo de la capacidad y el esfuerzo. Por añadidura, resulta inevitable preguntarse cuáles son los límites de lo que la Universidad puede abarcar, cuál es el volumen de recursos que el Estado puede asignar a la enseñanza universitaria, cuál es el nivel adecuado de calidad de la actividad educadora e investigadora de la Universidad.

La otra opción tiende a que las tasas se aproximen más, de forma gradual, al coste real. Se basan en el argumento de que, hoy por hoy, a través de los Presupuestos Generales del Estado y por tanto mediante la contribución de toda la sociedad, se financian los estudios superiores de jóvenes procedentes de familias que, en su mayor parte, pueden pagarse sus estudios. Ello es cierto solamente como descripción de la situación presente. Porque para que tal opción sea válida como política educativa deberá ir acompañada de reducciones selectivas de tasas y de un sistema de becas que haga posible que nadie con capacidad vea impedido su acceso a la Universidad por falta de medios. Como escribió Fernando de los Ríos hace muchos años, para que «ni la carencia de medios ni la necesidad de subvenir a las atenciones familiares sean óbice para que la vocación y la inteligencia logren madurez fe-

cunda». Para evitar también el despilfarro indiscriminado de recursos escasos en quien no los aprovecha porque no puede o no quiere.

Esta política de tasas y becas dirigida a promover la calidad y el acceso democrático y no sólo la cantidad, no se corresponde con la evolución seguida por las becas. Entre 1974 y 1980, el incremento de su volumen global ha sido, en pesetas constantes, igual al incremento del alumnado. Es cierto que uno de cada ocho estudiantes disfruta de una beca, pero: 1) la proporción disminuye a uno de cada trece si se excluyen las ayudas de libros, que representan un 41 % del total de ayudas; 2) las becas pierden valor real en su cuantía; 3) la excesiva proporción de becas destinadas a la financiación parcial de la residencia no promueve las oportunidades de los jóvenes procedentes de familias trabajadoras urbanas; 4) existe una excesiva heterogeneidad de tipos de ayudas, que dificulta una política racional de promoción educativa; 5) en el curso pasado se denegó una beca de cada cinco por falta de crédito. Por todo ello, una política adecuada de becas es elemento imprescindible para abordar con honestidad y realismo el grave problema de la financiación de la Universidad. Téngase en cuenta, y ésta es una reflexión relevante también para aquellos que no están vinculados a la enseñanza, que crear cien puestos escolares no cuesta más que crear dos puestos de trabajo.

El profesorado: Dedicación, remuneraciones y acceso

La reforma universitaria tiene ante sí, junto a los problemas que he expuesto, un reto cualitativo. Que lo que en ella se hace, se haga mejor —tanto la docencia como la investigación—. Este reto no depende solamente de las condiciones materiales de la enseñanza, aunque se halle profundamente condicionado por ellas.

Afecta al profesorado, a los planes de estudio, al doctorado, a la investigación y a la propia organización de la Universidad.

El grave desajuste entre la evolución de la sociedad y la adaptación de la Universidad se ha manifestado profundamente en el profesorado. Merece la pena subrayar con más precisión estos problemas del profesorado, que resultan más complejos de lo que en ocasiones parece. En primer lugar, el profesorado se ha incrementado multiplicándose por 1,6 a lo largo de este período de expansión del sistema universitario y la dotación actual de profesores en términos globales no es tan escasa. La ratio profesor/estudiante era en 1980 de 1/17, aunque estimando solamente a los docentes estrictos (catedráticos, agregados, adjuntos y encargados de curso) la ratio ascendía ya al 1/28. No es una tasa satisfactoria, pero no es deplorable desde

este punto de vista global. Ahora bien, su composición no es homogénea, ni por Universidades ni por áreas de estudios, ni por centros ni por asignaturas. Esta ina-

decuada distribución del profesorado se combina además con una proliferación injustificable de categorías docentes y con un peso importante del profesorado no numerario: así, existen incluso dentro de la misma Facultad departamentos desdoblados de profesores mientras en otros se produce una elevada concentración de profesorado no numerario. Estas características se agravan por la vinculación del profesor a una «asignatura» específica y muy delimitada, lo cual introduce una rigidez extremada que dificulta una ratio profesor/estudiante mejor y una asignación más adecuada de los recursos. La reducida polivalencia del profesorado crea problemas adicionales: currícula académicos inadecuados por su falta de flexibilidad y trabas al desarrollo científico.

El profesorado ha vivido, y vive, una situación confusa y llena de improvisacio-

nes. La formación y el acceso del profesorado constituyen un problema clave para la necesaria modernización de nuestra Universidad. Ahora bien, ello se refiere tanto a la oposición tradicional como a los controles promovidos sin control académico adecuado. El sistema de oposiciones se ha convertido en un complicado proceso burocrático que no selecciona estrictamente según los principios de publicidad, igualdad al acceso y mérito que deberían regir su funcionamiento; la contratación actual supone con demasiada frecuencia un mecanismo de cooptación por una designación escasa o nulamente contrastada en términos académicos. Las oportunidades de formación postgraduada son insuficientes y las posibilidades de intercambio académico con Universidades extranjeras son escasas, pese a su importancia para la calidad de nuestro profesorado joven. El tercer ciclo, la investigación, los estudios en otras Universida-

des, los intercambios extranjeros, tienen que ser potenciados como parte esencial de una urgente promoción académica del profesorado universitario.

La adscripción del profesorado a una asignatura limita su desarrollo académico e investigador, y su capacidad de innovación científica.

Este profesorado heterogéneo, que ha tenido insuficientes oportunidades de formación, que a la vez ha sufrido y se ha beneficiado de un sistema de acceso no racionalizado, vive unas condiciones de trabajo profundamente insatisfactorias. Lo son no solamente desde un punto de vista, sino desde el de los servicios que una Universidad moderna ha de prestar a su sociedad. Por ejemplo, en nuestra Universidad la dedicación exclusiva se halla penalizada. En efecto, el coste que para la sociedad representa una hora lectiva varía según la categoría académico-administrativa y según el régimen de dedicación del profesor. Ello resulta favorable para un profesorado que compatibilice la docencia con una práctica profesional. No lo es para un profesorado profesionalizado plenamente, como el que exige la sociedad española, desea la comunidad universita-

ria y se proponen promover los responsables socialistas en la educación. Las retribuciones, en los últimos años, han evolucionado en general negativamente, pero de forma más acentuada para el profesorado numerario, situándose el abanico retributivo en 2,6 (entre el Catedrático de Universidad con dedicación exclusiva y el Profesor Encargado con dedicación C). El abanico se ha estrechado; la mayor pérdida de poder adquisitivo ha sido para los Catedráticos Numerarios, seguidos por los Agregados y después por los Profesores Adjuntos. Hay que hacer notar que, a pesar de las muchas dificultades que he venido señalando, una proporción muy alta del profesorado universitario actual ha sabido completar su formación en Centros del extranjero y con un notable esfuerzo e, incluso, sacrificio personal está contribuyendo a elevar la calidad de la docencia y, sobre todo, de la investigación en España. La Universidad española no es, sin duda, la que queremos, pero no es tampoco la que muchos imaginan. Son muchos quienes ignoran, por ejemplo, que casi el 70 por 100 del profesorado numerario o interino tiene ya dedicación exclusiva a la Universidad o que el número de horas semanales de clase del conjunto constituido por catedráticos, agregados y adjuntos se sitúa en siete horas, en un punto intermedio, pues, entre la dedicación exclusiva y plena.

Todo ello pone bastante en cuestión la extensión del absentismo docente y permite pensar que la profesionalización del profesorado es oportuna y posible.

Pero la carrera docente no puede seguir reposando únicamente en la vocación y el sacrificio del profesorado, debe suponer una organización más radical de la docencia y un incremento de sus medios. El objetivo debe ser una plena profesionalización del profesorado, la dignificación de su figura y la aclaración de sus obligaciones. No existe todavía un perfil preciso de

la docencia universitaria en nuestro país, que delimite con claridad las fronteras del profesorado —la «faculty» en otras Universidades—. Este profesorado debe basarse en unas plantillas públicas y transparentes, que aclaren los medios docentes de cada Departamento, cada Facultad y cada Universidad. Así se podrá ajustar la enseñanza y la demanda de estudios universitarios. Este cuerpo de profesores, claramente delimitado, debe tener responsabilidad docente e investigadora; sus categorías internas deben, a la vez, racionalizarse y simplificarse. Ello no significa necesariamente una reducción dramática: la carrera docente y el propio rendimiento académico requieren niveles e incentivos.

La selección del profesorado debe desburocratizarse. Ello no significa que los controles de selección y promoción deben rebajarse; muy al contrario, hay que hacerlos más exigentes y rigurosos, garantizando siempre los principios de publicidad, de igualdad y de universalismo en el acceso a la función docente. Estos requisitos no se dan adecuadamente en las prácticas actuales de contratación; no los cumple tampoco un sistema de oposiciones que incluye sorteo de temas como los que definen los ejercicios cuarto, quinto y sexto para Cátedras de Universidad. En este delicado asunto conviene no dejarse seducir por la fuerza evocadora de las palabras —«Oposición» versus «contratación»— sino analizar su contenido: lo fundamental es buscar la selección de la calidad, de la capacidad investigadora y docente, de los méritos de un historial académico. Hay que seleccionar el Profesorado a lo largo de un proceso, con supervisiones y controles graduales. Hay que mantener pruebas públicas y flexibles, más ricas en su capacidad evaluadora, con mayor intercambio entre candidatos y

**La reforma cualitativa
de la Universidad
exige cambios profundos
en el Tercer
Ciclo.**

tribunal, Y, a partir de un cierto nivel y con un curriculum personal que lo justifique, debe quedar garantizada la estabilidad —que existe en todas partes, ya como

derecho del funcionario público ya como «tenure» docente. A este profesorado, finalmente, hay que darle unas condiciones de trabajo adecuadas y exigir que cumpla con su obligación de dedicación y de rigor académico. La profesionalización del profesorado exige, por último, estimular la dedicación exclusiva a la que ya he aludido.

La reforma entendida como promoción de la calidad tiene otra dimensión fundamental: el contenido de la enseñanza recogido en los planes de estudio, la ordenación del Tercer Ciclo y la necesaria vinculación entre docencia e investigación. Los planes de estudio tienen que ser más receptivos a las innovaciones de los conocimientos y deben introducirse «curricula» flexibles. Hoy día, la normativa sobre planes de estudio presenta serias lagunas y contradicciones; su incumplimiento es frecuente —el problema no es sólo de control eficaz, sino de rigidez en la regulación de los planes. La estricta adscripción del profesor al marco de una asignatura, definida muy estrechamente, limita el desarrollo académico e investigador del profesor y su capacidad de innovación científica. El ejemplo de otros sistemas universitarios, donde el profesorado dispone de un campo de competencia mayor y de una polivalencia muy superior nos es conocido. En este sentido, la potenciación de los departamentos tiene una importante razón adicional, en la medida en que agrupan asignaturas afines, sirven de plataforma para unir investigación y docencia, son las unidades básicas para la flexibilización de los planes de estudio y hacen posibles asignaciones más racionales de cursos a los profesores.

La reforma cualitativa de la Universidad española exige cambios profundos en el tercer ciclo. Los cursos de doctorado deben planificarse por los departamentos en función de líneas de investigación y de prioridades académicas claramente deli-

mitadas. La admisión al doctorado debe ser estrictamente selectiva; los postgraduados deben dedicarse plenamente a sus estudios en este ciclo fundamental en toda Universidad moderna, por lo que el Ministerio de Educación y Ciencia incrementará las becas en este nivel. La supervisión y la calificación de las tesis debe ser más exigente de lo que es en la actualidad; el título de Doctor debe representar un paso académico muy relevante, tras una aportación científica significativa. El tercer ciclo es de particular importancia, además, como comienzo del proceso de selección del profesorado y como terreno donde tiene particular relieve la dedicación investigadora que es consustancial con la figura del profesor universitario.

Investigación

La autonomía permitirá adaptar con más flexibilidad los planes de estudio a las necesidades sociales.

No es posible concebir una Universidad desconectada de la investigación. Aquí radica, pese al considerable esfuerzo de tantos profesores, uno de los puntos más débiles de nuestro sistema universitario. La reforma del Profesorado, la renovación del Tercer Ciclo, la potenciación de los departamentos, la creación de una infraestructura de investigación en la Universidad, deben contribuir a reforzar este aspecto de la vida universitaria. Promover la investigación requiere, sin duda, la asignación de un mayor volumen de recursos económicos y humanos a las Universidades así como que éstas dispongan de un marco de autonomía económica y presupuestaria, pero sobre todo una política de investigación requiere un programa de prioridades. Los recursos económicos destinados a investigación han aumentado en los últimos años, pese a su penuria comparativa con otros países. Lo que se requiere además es, por una parte, que se asigne según unos objetivos fundamentales de la investigación en nuestro país; por otra parte, que se coordinen los distintos ámbitos de iniciativa pública en

investigación científica. Algunas Universidades han establecido ya acuerdos con Organismos públicos de investigación, en una dirección que debe ser seguida.

El marco jurídico

Finalmente, la Universidad requiere un marco jurídico adecuado y unas condiciones de autonomía. Marco que tiene un cometido: Desarrollar y proteger el derecho de las Universidades recogido en el artículo 27.10 de nuestra Constitución. Ello representa deslindar en primer lugar su autonomía institucional respecto de las competencias de la Administración Central y de las Administraciones autónomas; en segundo lugar su autonomía jurídico-económica, para elaborar sus presupuestos, administrar su patrimonio y confeccionar sus estatutos; en tercer lugar, su autonomía académica, para definir sus programas de investigación y enseñanza, para seleccionar o promocionar su profesorado, dentro de los baremos objetivos que fije el MEC para determinación de las plantillas y dentro de los requisitos de publicidad, universidad, y mérito que deben estar asegurados. No olvidemos, finalmente, que la autonomía permitirá adaptar con más flexibilidad los planes de estudio a las necesidades sociales atacando así de frente el terrible estereotipo según el cual la Universidad es hoy una fábrica de parados. Pues la misión de la Universidad es el desarrollo y la transmisión colectiva del saber y de la cultura, algo pues adicional, aunque en parte coincidente con la formación de profesionales. El paro es, que duda cabe, un tremendo drama social; pero a la Universidad no le incumbe responsabilidad alguna, no sólo pospone la edad de ingreso en el paro, sino que eleva el nivel cultural de la sociedad que es el mayor capital y el mayor recurso de que puede disponer.

La regulación de la autonomía universitaria es elemento fundamental para la re-

forma, pero no basta para llevarla a cabo. La autonomía universitaria, por ejemplo, no puede significar la simple cristalización de la situación actual en el seno de las Universidades. He analizado un abanico de problemas centrales, que requieren una política coherente de reformas. Reformas que son necesarias y que son posibles; otros países las han efectuado con éxito: baste recordar, entre otros muchos ejemplos posibles, los estudios profundamente pesimistas de Boudon, Mayntz o Habermas respecto de Francia y la RFA, y advertir lo lejano que hoy parecen respecto de la actualidad universitaria de estos países. Nuestra Universidad debe aprovechar la nueva oportunidad de emprender la reforma que se le abre ahora.

La responsabilidad de la comunidad académica

Desde luego, tras la autonomía ya no cabrá evadir responsabilidades ni redimir los problemas a otras instancias. Este es un reto posible de afrontar y de superar: no hay razón para que la Universidad española no sea un terreno particularmente fértil para el desarrollo de la razón y la inteligencia. La profunda vocación, pese a todas las dificultades, de sectores muy importantes del profesorado, mostrada en su abanico de publicaciones, en su trabajo en áreas relevantes de la investigación en la mayor conexión con la comunidad académica internacional, permite confiar en que la Universidad española pueda vivir, si quiere y si la dejan, una renovación que la sitúe en el lugar debido entre las Universidades de los países avanzados. Si desterramos las tentaciones del fatalismo, de la inhibición, de la rutina o del gremialismo estrecho, si pensamos en la Universidad que requiere hoy una España moderna y democrática que tiene que efectuar un importante progreso cualitativo en esta fase de su historia, podremos conseguir entre todos colocarla a la altura de los tiempos.

FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina.

Más de 1.500 revistas y periódicos.

ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados.

Más de 50.000 documentos.

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

HORARIO:

Mañanas, de 10 a 2
Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes
MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.
MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Fundación Pablo Iglesias

CAMBIAR LA ESCUELA

Juan Delval



Si consideramos la escuela desde el punto de vista de lo que se aprende nos podemos dar cuenta rápidamente de que es una institución ineficaz pues los escolares, tras muchos años de permanencia en ella, no han aprendido ni una mínima parte de lo que se ha pretendido enseñarles y, sobre todo, tienen una escasa capacidad para aplicar las enseñanzas recibidas a la resolución de los problemas reales, de los problemas que se plantean fuera de las aulas.

Así se establece una dicotomía profunda entre lo que se aprende en la escuela y lo que se aprende fuera de ella y en muchos casos es esto último lo que se utiliza en la vida.

En los últimos años, los pedagogos, y el público en general, han comenzado a ha-

blar frecuentemente del «fracaso escolar» que se ha convertido en un tópico al referirse a la crisis de la educación. Efectivamente hay un gran número de chicos que no logran superar de forma adecuada los obstáculos que se ponen en su camino en la escuela y no consiguen obtener los títulos necesarios ni siquiera en la enseñanza

obligatoria. Ese «fracaso escolar» que ahora se detecta, no es nuevo, es simplemente el producto de exigencias más precisas respecto a lo que tienen que saber los

chicos, y producto también de que la enseñanza se ha extendido a capas sociales que antes no la recibían. Ambos factores, aumento y precisión de las exigencias respecto a lo que debe aprenderse y aumento del número de alumnos son los responsables del crecimiento absoluto del «fracaso escolar».

Pero ese «fracaso» es un fenómeno sin importancia, porque sólo es una apariencia, una manifestación externa, de un problema más profundo: el escuálido aprovechamiento de los años escolares desde el punto de vista de la cantidad y calidad de conocimientos que se adquieren. En efecto, si examinamos alumnos que han superado convenientemente las pruebas escolares, es decir, los que aprueban u obtienen buenas notas, encontramos que, desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, dejan mucho que desear. Los chicos, tras muchos años dentro del sistema de enseñanza saben muy poco de lo que se les ha enseñado y, por ello, algunos, en vez de hablar de fracaso escolar, hablan de fracaso de la escuela. Pero, esa expresión es también confusa y engañosa, pues referirse al fracaso de la escuela supone precisar fracaso desde qué punto de vista. Si examinamos las cosas con más detalle vemos que la escuela está bastante bien adaptada a su objetivo histórico y que, por tanto, no fracasa, pero que ese objetivo no es la transmisión del saber sino fomentar la obediencia a la autoridad y el respeto a las normas además de transmitir algunos conocimientos. Desde este punto de vista es preciso reconocer que la escuela ha tenido, y tiene, un éxito considerable.

Sería llamativo que una institución tan importante, que afecta a un número tan

**Ninguna otra organización social
es tan inútil
y tiene un funcionamiento
tan deficiente
como la escuela.**

grande de individuos y que no ha sido creada hoy precisamente, tenga un rendimiento tan escaso. Ninguna otra organización social es tan inútil y tiene un fun-

cionamiento tan deficiente como la escuela si se considera que ésta tiene como misión la instrucción y la transmisión de la cultura. Cualquier fábrica, o incluso la Administración en sus peores aspectos, funciona con un rendimiento mucho más alto que la escuela. Pero la razón del aparente fracaso de la escuela está en que la misión de ésta no es la que se pretende sino otra distinta. Las contradicciones, los movimientos por la reforma de la escuela, los enormes ríos de tinta empleados en tratar el tema de la crisis de la escuela son el resultado de no haber esclarecido que la escuela tiene históricamente una misión fundamental que es la de producir individuos sumisos y que acepten el orden social imperante sin hacer que se modifique. La misión de transmisión del saber es secundaria, y se ha introducido más tardíamente. La escuela obligatoria no ha nacido primordialmente para transmitir la cultura, sino que ésta es una función que algunos han tratado de darle posteriormente y que en todo caso ha sido secundaria. Toda la escuela está organizada para perpetuar el orden social y mantener la división en clases sociales, para que el orden social no se modifique. Esto se realiza de varias maneras aunque las dos principales son:

- a) Haciendo que la escuela perpetúe de hecho la división en clases sociales de la sociedad, es decir, promocionando más a los miembros de las clases dominantes.
- b) Transmitiendo a todos los individuos que asisten a ella, con independencia de su clase social, la idea de sumisión al orden existente y dificultando así la modificación del orden social. Vamos a detenernos brevemente en cada uno de estos aspectos.

Escuela y clases sociales

En los últimos años numerosos trabajos han puesto de manifiesto que la escuela única, igual en principio para todos, selecciona de hecho a los individuos de acuerdo con su origen de clase y tiene entonces una función opuesta a la que pretende. Por ejemplo, Baudelot y Establet (*La escuela capitalista en Francia.*, trad. cast. México. Siglo XXI. 1976) han mostrado, en un detenido análisis referido a Francia, como la escuela tiene la misión de repartir socialmente a los individuos de acuerdo con su origen de clase. Los individuos con un origen de clase obrero o campesino se dirigen fundamentalmente hacia enseñanzas cortas de tipo profesional, mientras que los hijos de la burguesía se dirigen hacia enseñanzas largas que terminan en la Universidad. De hecho estas

dos redes de la enseñanza son independientes y, aunque en teoría es posible, en la práctica no se da el transvase entre ellas. Este aspecto es suficientemente bien

conocido hoy como para que no valga la pena insistir en él, y resulta un lugar común señalar que los hijos de obreros y campesinos apenas acceden a los estudios universitarios, al mismo tiempo que estos estudios son, en la mayor parte de los casos, una condición para desempeñar funciones dirigentes en la sociedad.

La función conservadora de la escuela

Pero el aspecto más sutil y, por tanto, quizá el más importante, es el de cómo se transmite en la escuela a todos los individuos, con independencia de su origen de clase, unas ideas que tienden a la conservación del orden social y que justifican plenamente la función social que la escuela ha venido desempeñando. Dicho de una manera más directa: en la escuela se forman individuos para que, mayoritariamente, conserven el orden social.

Los procedimientos por los cuales esto

se realiza son complejos y de tipos variados. Uno de los aspectos primordiales es que la enseñanza que se proporciona tiende a convertir al chico que llega a la escuela como un buscador activo de conocimientos en un ser pasivo. Los conocimientos escolares están ya contruidos y lo único que tiene que hacer el alumno es incorporarlos, su papel en la construcción de conocimientos se reduce lo más posible. Se sabe bien, sin embargo, a través de numerosos estudios sobre la formación de conocimientos y el desarrollo intelectual, que el proceso de aprendizaje es esencialmente activo y que el individuo tiene que reconstruir en cada momento lo que se le transmite de acuerdo con sus propios mecanismos intelectuales. Pero resulta que el esfuerzo que se le exige en la escuela es, sobre todo, el de memorizar conocimientos ya contruidos ajenos y alejados y no

reflexionar sobre las cosas que tiene a su alrededor. Todo el saber se presenta como un producto inmutable y estático que el sujeto sólo tiene que reproducir. Para

reforzar esta actitud el tipo de pruebas de control del aprendizaje que se utilizan en la escuela son fundamentalmente repetitivas, exámenes en los que hay que reproducir con las menores desviaciones lo que ha dicho el profesor o dice el libro, frecuentemente sin entender nada. Muy a menudo los conocimientos que se le intentan transmitir sobrepasan la capacidad de comprensión del alumno lo cual contribuye igualmente a favorecer una actitud pasiva. En todos los terrenos, en el de las ciencias de la naturaleza o en el del conocimiento social, se le enseña fundamentalmente cómo es el mundo en que vive, cómo es el gobierno, cómo funcionan los servicios de correos o cómo son los teoremas matemáticos, pero no se favorece que el sujeto piense y menos que entienda no como las cosas son, sino como han sido y como podrían ser. El hecho de que el conocimiento escolar sea estático dificulta la comprensión del cambio histórico, social y en la propia naturaleza.

En la escuela se forman individuos para que, mayoritariamente, conserven el orden social.

En principio parecería que una de las misiones de la escuela sería promover el desarrollo intelectual de los alumnos, pero en realidad no es así. El desarrollo intelectual se produce con independencia de la escuela. No puede negarse, sin embargo, que el asistir a la escuela pone al alumno en contacto con un mundo de conocimientos y que le proporciona un determinado tipo de experiencias útiles. Allí realiza actividades que no haría fuera de la escuela y a las que no tienen acceso los que no van a ella. Esto es innegable. Pero lo que se le enseña no está encaminado primordialmente a favorecer ese desarrollo intelectual sino que éste se produce tanto en la escuela como fuera de ella pero, sobre todo, con independencia de lo que se le enseña.

Los contenidos escolares se olvidan pronto tras haber pasado el examen correspondiente pero dejan un pozo profundo y un mensaje permanente: existen cosas que deben saberse, que constituyen la verdad, y hay una autoridad representada allí por el maestro que es quien controla el saber y también el poder. Hay que someterse a esa autoridad que es quien tiene siempre la razón. Esta, y el que el mundo, sobre todo el mundo social, está constituido de una manera determinada, son las dos enseñanzas fundamentales que se adquieren en la escuela y que quedan profundamente marcadas. Morton Schatzman habla de que los padres y los educadores realizan sobre los niños una programación «de fábrica», que no puede alterarse fácilmente. Nos dice que incluye aquellos elementos en los que no se prevén cambios y que luego hay una programación «de operación» respecto a los elementos que pueden modificarse (*El asesinato del alma*. Madrid. Siglo XXI, 1977, pág. 30). La obediencia a la autoridad y el respeto al orden establecido constituyen una programación de fábrica que resulta enormemente difícil de modificar.

Una de las misiones de la escuela sería promover el desarrollo intelectual de los alumnos, pero no es así.

Para conseguir esto, el tipo de materias escolares que se enseñen tiene una importancia secundaria, lo esencial es cómo se enseñan. Durante años se ha seguido enseñando latín, que había dejado de ser un elemento de la cultura viva y de tener toda utilidad, pero se sostenía que contribuía a la disciplina mental. Y efectivamente, como todo lo que es difícil de aprender y cuya utilidad no se comprende, contribuía a consolidar en los escolares ese respeto a la autoridad que la escuela transmite. Las matemáticas se utilizan en un sentido parecido, aunque sean muy distintas, pues el alumno las aprende también como algo importante e incomprensible que tiene que recordar con gran esfuerzo. Como señaló un antropólogo francés, la verdad que los escolares atribuyen a los teoremas matemáticos no difiere de la que los jóvenes primitivos atribuyen a los secretos que se les revelan en los ritos de iniciación: en ambos casos se trata de verdades absolutas que simplemente hay que registrar. Pero lo más interesante es que el hecho de registrarlas constituye, en definitiva, un acto de sumisión a los mayores. Por este procedimiento los adultos, y en concreto los profesores, tienden a formar jóvenes que sean lo más parecidos a ellos mismos, tienden entonces a reproducirse y, por ende, a reproducir el sistema social. En estas condiciones es difícil que surjan individuos con ideas propias porque esas ideas han sido largamente combatidas. Los que surjan serán excepciones —como las mutaciones genéticas— que también el sistema necesita para su progreso.

A esto se une otro problema que contribuye también a la estabilidad social. Concebir un orden distinto del existente supone construir un mundo posible, diferente del real. Esto resulta más difícil que conocer lo existente y requiere instrumentos

intelectuales diferentes y más poderosos. En la teoría piagetiana se distingue entre el pensamiento concreto, sobre lo dado, y el pensamiento formal o pensamiento hi-

potético sobre lo posible. Sólo cuando se alcanza el estadio del pensamiento formal se puede concebir un orden diferente. Pero resulta que el uso del pensamiento for-

Aunque exista una dependencia e interrelación entre escuela y sociedad, esta dependencia no es total, absoluta y mecánica.

mal se ve muy restringido precisamente por razones de tipo social. Numerosas investigaciones han mostrado en los últimos años que la extensión y la utilización del pensamiento formal no es muy grande en individuos que en principio deberían poder usarlo y, en todo caso, en los problemas sociales parece más difícil servirse de él. Esto contribuye, sin duda, de una forma poderosa al mantenimiento del orden social ya que muchos individuos ni siquiera son capaces de comprender el funcionamiento del orden existente. Resulta, por tanto, mucho más difícil concebir la existencia de otros órdenes posibles.

Este proceso de uniformización se realiza sobre todos los individuos que se socializan. Hay, sin embargo, algunos que son capaces de superar las limitaciones de lo que se les ha enseñado y aplicar el pensamiento formal a diversos órdenes. En general son algunos de los individuos que han continuado estudiando hasta llegar al límite de los estudios posibles. Pero generalmente su trabajo sólo puede ser de tipo estrictamente científico y el trabajo científico no pone en peligro el orden social. El cambio social sólo podría producirse en el momento en que el número de individuos que deseara ese cambio, que tratara de imponer ese cambio, fuera muy numeroso. De lo contrario, lo que surgen son científicos que elaboran teorías sobre el propio orden social, pero que no son capaces de cambiarlo. Sólo podrían aplicarlas por la fuerza y la fuerza está en manos de otros. Así el peligro está perfectamente controlado y esos individuos son incluso indispensables para que se produzca el progreso de una forma controlada pues los que tienen en sus manos las decisiones no son los científicos sino los políticos. Por otra parte la mayoría de la población, formada en el respeto a la

autoridad y en el temor y la incompreensión ante el cambio, no desea que las cosas se modifiquen y se sienten mucho más seguros con las cosas como están.

La modificación de escuela

¿Qué posibilidades caben entonces de reformar la escuela y de que haya una escuela que pueda contribuir más decididamente al progreso social? Aquí las opiniones se dividen. Para algunos no hay posibilidades reales de modificar la escuela, que es una institución condenada por el tiempo y que debería desaparecer. Para otros pueden introducirse cambios e ir modificando su función represora.

Algunos sociólogos de la educación subrayan el hecho de que la escuela es un producto social, y que cada sociedad tiene la escuela que le corresponde, concluyendo, por tanto, que no es posible introducir reformas en ella que contribuyan a transformar la sociedad sino que habría que transformar la sociedad primero y así se produciría otro tipo de escuela y otro modo de transmisión del saber. Mientras no se produzcan esos cambios sociales la escuela no podrá modificarse, pues es un fiel reflejo de la estructura social, con sus divisiones en clases y sus luchas entre clases. Desde esta perspectiva existe un determinismo casi total.

Por otro lado, algunas personas, reflexionando sobre el fracaso de la escuela en su misión de impartir conocimientos y de contribuir a la liberación del hombre, proponen la supresión de las escuelas y la desescolarización. Este movimiento, que se inició durante los años 60, y tuvo su auge hacia el principio de los 70, constituye una importante crítica de la función de la escuela, pero no consigue aportar soluciones prácticas viables, y sus análisis desembocan siempre en posiciones irrealizables; sus aspectos principales más positi-

vos se refieren a la denuncia de la situación existente.

Sin embargo parece que la escuela va a continuar existiendo, al menos en un futuro previsible y, sin admitir una autonomía de la escuela, puede sostenerse que caben ciertas posibilidades de modificación de la situación social mediante el trabajo en la escuela. Aunque es patente que existe una dependencia clara y una interrelación entre la escuela y la sociedad, no resulta hoy admisible defender que se trata de una dependencia total, absoluta y mecánica, como nunca es mecánica la relación entre los fenómenos que se producen en el plano de la superestructura y de la infraestructura. Olvidan los que sostienen lo contrario que la conciencia es un elemento de cambio social, aunque esté determinada socialmente a su vez. Esto es lo que nos permite esperar que una modi-

ficación en la escuela tenga una influencia en la situación social, y ello es lo que justifica que se traten de introducir reformas en la escuela y que no haya que esperar

con los brazos cruzados a que la sociedad se modifique para modificar la escuela.

La vieja y la nueva escuela

La escuela que necesitamos para que sea un instrumento poderoso que contribuya al cambio social tiene que diferir en muchos aspectos de la escuela que existe pero tiene que ser distinta sobre todo en la orientación general. Esa escuela no debe servir para la producción de individuos sumisos ni para la simple transmisión de conocimientos concretos sino que su función ha de ser la de favorecer el desarrollo psicológico y social de los niños para contribuir a que lleguen a convertirse en adultos libres y autónomos dentro de la sociedad. Esto supone defender, en definitiva, la necesidad de que la relación entre la escuela y el desarrollo intelectual, afectivo y social sea muy estrecha ya que la escuela debe contribuir a ese desarrollo, lo cual

quiere decir, a su vez, que debe apoyarse sobre él.

Hacer ésto exige una escuela muy diferente de la que estamos acostumbrados y que se configuró para cumplir unas funciones muy distintas. Hay que dar un cambio de orientación a la escuela. Es cierto que muchas de las características de una escuela que contribuya al desarrollo y a la autonomía del niño pueden estarse aplicando ya puntualmente y podemos verlas en las escuelas actuales. Todo el movimiento de reforma y renovación de la escuela desde finales del siglo XIX, en el que han participado nombres tan ilustres como Dewey, Decroly, Montessori, Claparède, Makarenko, Freinet, Neill y tantos otros, ha contribuido a la introducción de cambios importantes en la escuela, cambios que desgraciadamente no se han extendido como hubiera sido de de-

sear, y una de las causas por la que no se han extendido es precisamente porque no ha cambiado la función de la escuela. Porque precisamente lo importante no es

**Lo importante
no es la utilización de unas
técnicas o prácticas
determinadas, sino
la orientación general.**

la utilización de unas técnicas o prácticas determinadas sino la orientación general y es aquí donde nos encontramos todavía lejos de conseguir esa escuela debido a que el peso de la función tradicional continúa siendo muy grande, aunque formalmente se hayan producido cambios.

Esta escuela está todavía por construir y, aunque tenemos numerosos atisbos, aún no existe un modelo acabado. La dificultad para construirla está en que al tener unas características distintas de aquellas a las que estamos acostumbrados no podemos medirla con los mismos criterios ni propiciar simplemente un cambio de ciertos aspectos de la escuela tradicional. En todo caso son los grandes principios que dirigen el desarrollo los que constituyen el telón de fondo sobre el que debe construirse esta escuela.

Una escuela que favorezca la autonomía y el desarrollo de los individuos se

opone en muchos aspectos no sólo a las escuelas tradicionales sino también a escuelas consideradas como modernas. Tomemos el ejemplo de escuelas «progresistas» que conceden una gran importancia a la enseñanza de la ciencia desde los primeros niveles, cosa que es, sin duda deseable. A menudo en esas escuelas el maestro tiene ya en la cabeza el conjunto de cosas que debe enseñar a los alumnos, cosa positiva en cierto sentido, pero también como tienen que aprenderlas. Sabe cuáles son los temas que quiere enseñar porque tiene como punto de referencia la disciplina de que se trate, la física o la biología, y lo que va hacer es intentar transmitirla a los niños y esto no es totalmente satisfactorio, cuando enseñamos a alumnos pequeños. Kamii y DeVries (*Physical knowledge in preschool education: Implications of Piaget's theory*. Prentice-Hall, 1978) señalan en un ejemplo concreto la contraposición entre esos dos tipos de escuela. Si se trata de enseñar lo que son los cristales, en la escuela basada en la enseñanza científica existen una serie de nociones que se intenta transmitir al chico y que se quiere conseguir que adquiera tal y como el maestro las conoce y tal y como aparecen en los libros de texto. En una palabra, se está intentando meter la ciencia adulta en la cabeza del niño. Por el contrario en una escuela para el desarrollo, el maestro explora con el niño los cristales y ambos aprenden en esa actividad. Aunque el maestro guía al niño, lo hace sobre todo en cómo realizar su trabajo más que en los contenidos que aprende o en lo que tiene que aprender. El niño investiga y el maestro le orienta sobre cómo puede aprender y cómo puede plantearse más y más problemas sobre los cristales, a partir de las situaciones que se están produciendo. El maestro sabe cosas sobre los cristales, pero no trata de meterlas directamente en la cabeza del niño sino procura éste las descubra e incluso que descubran ambos cosas nuevas. De este modo la actividad del niño es una auténtica investi-

gación que le va a llevar a conocimientos sobre los cristales que no estaban previstos de antemano en todos sus aspectos (aunque el maestro tenía unas líneas generales que le guiaban), pero también al conocimiento de otras muchas cosas que han ido surgiendo en el camino y además se da cuenta de que conocer cosas nuevas es un proceso que pueden realizar todos, y que también necesita el maestro.

En el nuevo tipo de escuela hacia el que nos tenemos que dirigir, la función del maestro es, pues, muy distinta que en la escuela tradicional y ésta es una de sus principales diferencias. El maestro no puede limitarse a la utilización de fórmulas o recetas sino que tiene que ser un creador constante que está continuamente atento al desarrollo de sus alumnos y que les proporciona las oportunidades para que aprendan. No puede dársele al maestro un conjunto de recetas fijas sino que es él mismo el que está creando nuevas situaciones para que los alumnos aprendan. La formación del maestro consiste entonces en hacerle capaz de crear esas nuevas situaciones y sacar el máximo partido de ellas para el beneficio de sus alumnos. El maestro no tiene que ser una persona con unos conocimientos extraordinarios, pero sí ha de tener gran sensibilidad hacia el aprendizaje y el desarrollo de sus alumnos y ser capaz de investigar y de aprender con ellos.

Así pues la escuela que propugnamos no sustituye unos conocimientos por otros ni se limita a aplicar unas nociones psicológicas determinadas, como pueden ser los estadios de Piaget, sino que cambia la actividad de los alumnos y la actividad del profesor, los objetivos de la educación y todo el trabajo que se realiza dentro del aula y que muchas veces hay que llevar fuera de ella ¹.

El maestro no puede limitarse a la utilización de fórmulas o recetas, sino que tiene que ser un creador constante.

¿Cómo llegar a una escuela diferente?

Basándonos en los conocimientos de

que disponemos actualmente sobre el desarrollo psicológico humano, sobre cómo se forman nuevos conocimientos y sobre el establecimiento de las relaciones sociales, así como sobre los progresos en la sociología de la educación y en la tecnología educativa, podemos empezar a vislumbrar un nuevo tipo de escuela que se aleje de las funciones que ha tenido tradicionalmente esta institución. Una escuela en la que el alumno aprenda por placer, a través del juego, de su propia actividad creativa y de la interacción con los compañeros y que le capacite para pensar y para comportarse de una forma autónoma. Estamos todavía lejos de conseguirlo plenamente y quizá por ello sean necesarias instituciones de características muy distinta a las de la escuela actual y más volcadas hacia el exterior que hacia ella misma. Pero en los primeros pasos tenemos que partir y actuar sobre la escuela.

Hay que intentar construir una escuela que contribuya al progreso social y a la liberación del hombre, no a su opresión.

Las resistencias para conseguirlo y para implantar este tipo de enseñanza son enormes y lo peor es que, a menudo, no son explícitas e incluso muchas veces son inconscientes. Esas resistencias son de todo tipo y provienen de muchos lugares. Todos nosotros, los adultos, tendemos a reproducir en la enseñanza las formas con que nos han enseñado a nosotros, y es fácil identificar la actividad en la escuela con un trabajo que ha de ser duro y tedioso. Por otra parte a los profesores y a los padres les gusta poder comprobar rápidamente los resultados del aprendizaje con pruebas claras y contundentes. Pero aprender a pensar, a desarrollar la capacidad de reflexionar sobre las cosas, a encontrar soluciones nuevas a problemas viejos o simplemente soluciones a problemas nuevos, son cosas que se comprueban con más dificultad que si el chico sabe hacer sumas, recuerda los nombres de los Reyes de Castilla o sabe recitar los tipos de palancas. Por eso no es difícil que cuando se está tratando de conseguir el desarrollo de esas capacidades más básicas los

padres, e incluso los profesores, se sientan decepcionados al ver que sus chicos no tienen aparentemente el rendimiento de otros que van a centros de tipo más tradicional. Pero además, las formas de enseñar verbales y autoritarias están muy arraigadas como para que podamos prescindir de ellas. Todo esto hace que sólo tenemos que descubrir todavía muchas cosas acerca de cómo tiene que ser esa escuela sino que vencer los grandes obstáculos que existen para poder implantarla.

Aunque disponemos ya de muchos elementos para cambiar la escuela, todavía quedan muchas cosas por estudiar. Por esto es necesario realizar un amplio esfuerzo investigando los mecanismos del

aprendizaje, la formación de conceptos y de las estructuras intelectuales, las relaciones sociales dentro del aula, los métodos de enseñar, las motivaciones del maestro, la construcción del curriculum, etc. Todos los esfuerzos que se realicen en este sentido y tratando de conseguir ese objetivo son, sin duda, beneficiosos.

Pero el gran problema está en llevar todos esos conocimientos a la práctica cotidiana de todas las escuelas y es aquí donde encontramos las mayores dificultades. Evidentemente son los profesores, aunque no sólo ellos, los que tienen que hacer realidad estos cambios en el trabajo de cada día, pero para ello tienen que recibir la formación necesaria y hay que proporcionarles los instrumentos de trabajo adecuados. Los profesores realizan una tarea extremadamente importante para el futuro de la sociedad y una tarea muy dura por la que no reciben, a menudo, suficientes compensaciones. Se han formado, además, en un tipo determinado de concepción de la escuela y hay que llevarles a que modifiquen no sólo sus ideas sino también sus actitudes, cosa que es más difícil de cambiar. Muchos de ellos son partidarios de un tipo diferente de escuela y un tipo diferente también de enseñanza,

pero no saben cómo hacerlo. Para ello necesitan los materiales adecuados que hay que construir, materiales de apoyo para el trabajo en el aula que ayuden a realizar la labor de cada día desde esta perspectiva.

La renovación pedagógica es una tarea larga, que hay que plantearse con una perspectiva temporal amplia, y que requiere un esfuerzo considerable teniendo en cuenta el elevado número de profesores. Muchos de ellos buscan, desde hace tiempo, nuevas formas de renovar su trabajo y no han encontrado una respuesta satisfactoria en la Administración educativa, lo cual explica el auge de los movimientos de renovación pedagógica que con carácter más o menos espontáneo han ido surgiendo. Pero la tarea de la forma-

ción y la actualización del profesorado y la investigación educativa y elaboración de materiales para el profesorado que se requieren previamente son empresa de una amplitud, dificultad y coste que requieren un apoyo material explícito a través de planes a largo plazo. Como decimos, la tarea es difícil y los obstáculos y resistencias son muchos, pero vale la pena intentar construir una escuela que contribuya al progreso social y a la liberación del hombre, y no a su opresión.

¹ Por ejemplo, los nuevos Programas Renovados que se empezaron a implantar hace algún tiempo por el Ministerio de Educación del gobierno anterior, utilizan algunos conceptos de la teoría de Piaget pero sin modificar para nada la situación de enseñanza y de trabajo dentro del aula.

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

NUMERO 10 (INVIERNO 1982)

J. R. Aramberri: El encanto y sus encrucijadas.

A. Santesmases: Los límites infranqueables.

L. Paramio-Jorge M. Reverte: Por una reforma moral e intelectual de España.

R. Lovelace: El fracaso electoral del PCE.

I. Tosa: Desde la izquierda por el cambio.

José M. Mohedano: La ocupación israelí de Gaza y Cisjordania.

Alice Mc Kee: La feminización de la pobreza.

E. Feher-A. Heller: Las antinomias de la paz.

F. Savater: Razones y sinrazón de la lógica militar.

José Nun: La rebelión del coro.

Carlos Asenjo: Cambio social y condiciones de trabajo.

Suscripción anual: 1.100 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha. Madrid-4

EL SISTEMA DE ENSEÑANZA Y EL CAMBIO SOCIAL

Ignacio Fernández de Castro



6

El sistema de enseñanza se encuentra a la deriva sacudido por la violencia del cambio. Se trata de una historia larga y negra en la que no se vislumbra un final feliz.

Cuando en 1931 el país parecía que iba a recobrar su pulso y la enseñanza encontrar su reforma para alcanzar los mínimos objetivos de generalidad, gratuidad y laicización necesarios para el asentamiento de una base de convivencia democrática ciudadana, cinco años más tarde, la brutal agresión del «alzamiento» nos devolvió a las cavernas y la emprendió a golpes de depuraciones y de contenidos doctrinarios

contra la enseñanza republicana que apenas había logrado levantar cabeza. Cuando en 1970 las necesidades del desarrollo económico se terminan imponiendo sobre un inmovilismo suicida, y la enseñanza se reforma tímidamente hacia lo «moderno» adaptándose a un proceso de movilidad ascendente por el imperativo del mercado de trabajo capitalista, cinco años más tarde, la incidencia de la crisis económica

empieza a cambiar todos los presupuestos y a colocar al sistema de enseñanza reformado ante su propio fracaso.

En 1983, con un gobierno socialista lleno de buenas intenciones y de «ética» hasta rebosar por todas las ventanas del Palacio de la Moncloa, nos encontramos con un sistema de enseñanza a la deriva que no ha llegado a ser ni laico, ni público, ni general, ni gratuito, ni democrático, ni eficaz, ni tampoco todo lo contrario, con un sistema que pide y reclama su reforma, sin que el cambio permita conocer cuál es la reforma que hoy el sistema y el país necesitan.

Existe la sospecha fundada de que si hoy completamos las dos últimas reformas que quedaron interrumpidas, y, al fin, llegamos a tener un sistema de enseñanza laico, público, eficaz y moderno, como el que nos hubiera sido necesario al final de la década de los años cincuenta, hoy el cambio profundo de la sociedad estaría reclamando su reforma, pues ya tal sistema no nos serviría de nada o para bien poquita cosa. Y este hacer las cosas siempre con un retraso de diez, veinte o cincuenta años es una maldición que parece que no nos la vamos a quitar de encima.

Me da miedo, lo confieso, que nuestros actuales reformadores de la enseñanza terminen teniendo éxito en su empeño de «hacer las cosas bien», y que consigan al fin poner nuestra enseñanza a la altura europea, que esto llegue cuando los europeos no sepan ya que hacerse con el mastodonte de unos sistemas que hoy hace aguas por todos los lados, y cuando se están devanando los sesos para modificarlos profundamente o, quizá, cuando ya lo hayan modificado para adaptarlo al nuevo estado de cosas.

La sorpresa siempre entra dentro de lo posible, pero por ahora nada permite pen-

sar que los objetivos de las reformas que se preveen sobrepasen una decorosa puesta al día de nuestro sistema en relación con aquello que ya en 1968 puso de manifiesto su desfase.

El componente más visible de la crisis por la que atraviesan los sistemas de enseñanza modernos, se manifiesta en la quiebra entre las salidas del sistema y las entradas en la vida activa a través del doble batiente de la puerta del mercado de trabajo y de la ganancia del capital. En un plano más profundo este componente señala la crisis que hoy afecta al significado de poder que en el orden social simbólico vigente en la modernidad, atribuye al trabajo productivo.

Las reformas de un sistema educativo que nació como uno de los instrumentos

En 1983 nos encontramos con un sistema de enseñanza a la deriva que pide y reclama su reforma.

para el asentamiento y consolidación del Estado burgués, se situaron como la respuesta necesaria de la sociedad a un progreso que descansaba sobre la especializa-

ción de la fuerza de trabajo y sobre la acumulación de la ganancia marginal que producía el permanente adelanto técnico en el proceso de producción. La multiplicación de los puestos de trabajo, la revalorización de la fuerza de trabajo por el proceso de su cada vez mayor calificación especializada, el consumo de masas que es su consecuencia, y la invención que cada día penetraba más profundamente en la conquista de la naturaleza y de sus fuerzas y energías, jalonadas por las guerras que aceleraron por la destrucción, la renovación de los equipos de producción, forzaron las reformas de los sistemas de enseñanza que se estructuraron en mecanismos de producción en serie de profesionales de todos los niveles y de todas las especialidades que reclamaba el progreso. Los canales educativos por los que discurrían los flujos de la vida de las nuevas generaciones incorporando conocimientos, habilidades, adiestramientos y hábitos de trabajo y de disciplina, aumentaban sus

capacidades para recibir a los que antes se encontraban excluidos —las mujeres y los hijos de las capas más bajas del proletariado— y cuya energía revalorizada estaba necesitando el desarrollo.

Un indicador espectacular de este proceso sobre el que se asientan las reformas de los sistemas de enseñanza, fue la colosal importación de mano de obra que realizó Europa después de la última guerra y de la que se benefició como exportador nuestro país a partir de los últimos años de la década de los cincuenta, exportación que, por otra parte, va a favorecer nuestro mucho más modesto y desequilibrado desarrollo de los sesenta, y a nuestra reforma educativa de 1970, tan poco oportunamente situada cuando la crisis va a cambiar la coyuntura en el mundo del desarrollo.

A partir de 1973, cambia el signo de los tiempos. La crisis del petróleo y de las materias primas desvela la profundidad y el alcance del cambio que ya se ha producido, y pone en evidencia la total dependencia de la producción, de las energías no humanas y el paralelo detrimento de la energía humana que, en el período anterior, se había sobrevalorado en el orden simbólico de las significaciones. Las importaciones de fuerza de trabajo cesan brutalmente y el flujo emigratorio cambia su sentido volviendo hacia su fuente de subdesarrollo. El paro inicia su camino ascendente sin que lo contengan las medidas de reducción de los tiempos de trabajo, el aumento de las vacaciones laborales, la reducción de las jornadas, el anticipo de las edades de la jubilación y del retiro, la prolongación de los años de las escolarizaciones obligatorias y el receso en el flujo de la incorporación de las mujeres al trabajo. El volumen de la producción material, sin embargo, no sólo no disminuye, sino que cada día se amplía en cantidad y en la extensión de los campos que abarca.

El componente más visible de la crisis se manifiesta en la quiebra entre las salidas del sistema y las entradas en la vida activa.

Los sistemas educativos constituidos como verdaderos colosos productores de profesionales, acusan el golpe del cambio de signo y conocen las primeras dificultades para la colocación de sus productos. Los efectos de estos cambios retroceden en ondas hacia la base de las estructuras educativas, produciendo consecuencias significativas: los recortes en las entradas en la vida activa inducen a estrechamientos en las salidas del sistema de enseñanza, estos estrechamientos endurecen los sistemas selectivos que abren los distintos canales por donde discurren los flujos, y estos endurecimientos aumentan los fracasos escolares en los distintos niveles, lo que, a su vez, desarrolla reacciones de defensa que en muchos casos se traducen en reforzamientos y complementos educativos que por su elevado precio sirven de instrumentos de selección a favor de los privilegiados y de los grupos dominantes, y la totalidad de los sistemas se reestructuran sobre la discriminación clasista que las reformas anteriores habían, hasta un cierto punto, abandonado.

El significado de crisis, y aún de crisis coyuntural, que se otorga a la nueva situación, significado que incluye la expectativa de un cambio que permita el relanzamiento de la economía que, a su vez, anime a la demanda de fuerza de trabajo, y que esta nueva situación haga decrecer el paro hasta alcanzar una situación óptima de pleno empleo, ha impedido, juntamente con las expectativas de las familias que esperan también que la crisis acabe, que se planteen reformas en profundidad de los sistemas de enseñanza, y aún que se arbitren fórmulas y aún pequeñas reformas para enfrentarse con una situación que se cree pasajera.

La crisis del valor trabajo, sin embargo, no es una crisis económica, sino que, por el contrario, es el resultado en el orden de la significación simbólica, del desarrollo económico basado precisamente

sobre este significado del trabajo productivo. Es el propio orden de significación burgués del que nace el capitalismo, y aún en una cierta medida su respuesta marxista,

el que entra en contradicción consigo mismo, como consecuencia de su registro material en cuanto orden de las cosas y de las relaciones sociales.

La complejidad de la crisis del valor trabajo puede, sin embargo, reducirse a dos esquemas para su comprensión operativa:

- Alcanzado un punto del desarrollo económico basado sobre el significado valor/trabajo productivo, punto en el cual el sistema de producción asume la reproducción en su integridad de la fuerza de trabajo consumida en el proceso, aparece la contradicción entre dos partes del capital social: la parte compleja cuya actividad consiste en producir bienes, y aquella otra, también compleja, que produce la fuerza de trabajo y crea su valor, contradicción que se manifiesta en el interior mismo de toda parte del capital: en tanto consumidor de fuerza de trabajo, y en tanto participante, en medidas diversas en el proceso de su producción, al producir los bienes y los servicios que la reproducen.

En este punto, la ganancia de cada capitalista productivo depende en una cierta medida de dos factores contradictorios: comprar la fuerza de trabajo lo más barata posible, conseguir que continúe el proceso de revalorización de la fuerza de trabajo, ya que de esta revalorización depende en una gran medida sus posibilidades de ampliación.

La contradicción se resuelve lanzando a todo el sistema a la utilización masiva, de energías naturales no humanas y de técnicas de automatización cada vez más complicadas, sustitutorias de la energía humana.

- El segundo esquema desarrolla las consecuencias del anterior:

Los sistemas educativos, constituidos como verdaderos colosos productores de profesionales, acusan el golpe de la crisis del petróleo.

Por una parte, el proceso de revalorización de la fuerza de trabajo tiene que ser forzosamente paralelo a cualquier aumento de la producción material de bienes y servicios.

Por otra, para que el proceso de revalorización sea posible, se exige que la participación del consumo de energía humana —fuerza de trabajo— disminuya progresivamente en la producción material, lo que supone una disminución efectiva de la participación de esta energía en el proceso de formación del valor de lo producido.

De esta forma, el registro material, el orden de las cosas y de las personas entra en una contradicción cada día más aguda, con el significado valor/trabajo que aparece en el orden social simbólico. En el primero, en el orden del registro material, el trabajo humano productivo sufre un proceso material de desvalorización (menor participación en la formación de los valores materiales producidos); en el segundo, en el orden de los significados simbólicos, el trabajo humano productivo continúa su forzado proceso de revalorización.

Dejando a un lado la consecuencia de esta dinámica, que se traduce en el colosal trasvase de plusvalía que se viene produciendo desde el sector de producción industrial al sector servicios, y en su efecto sobre el endeudamiento cada vez más evidente del sector industrial, causa primera de los aumentos de los tipos de interés que alcanza el dinero y del auge del capital financiero, se puede constatar el paralelo aumento *del valor de la hora de trabajo* y la enorme *reducción del número de horas de trabajo* necesarias para la producción de la misma cantidad material de bienes, lo que nos lleva al fondo de la crisis del valor/trabajo.

La vida no valorada aumenta como contrapartida, y su embolsamiento constituye el núcleo del problema al que tiene

que enfrentarse toda reforma del sistema educativo.

Cualquier persona que sienta curiosidad y una cierta afición por los datos estadísticos, puede comprobar la tendencia en nuestro país a la disminución de las horas de trabajo valoradas que cada año se utilizan para la producción de bienes y de servicios, y cómo esta reducción no supone una disminución del volumen de lo producido. También puede comprobar cómo el número de horas en que se traduce la vida de la población de nuestro país aumenta también cada año como consecuencia del crecimiento de la población. Si completa sus datos poniendo en relación estas dos series, llega fácilmente a la conclusión de que la proporción entre las horas de trabajo (valoradas) y las horas de vida (no valoradas), es no sólo extremadamente baja, sólo se valora una cifra que no llega al 10 % de las horas de vida, sino también que esta proporción disminuye todos los años.

El sobrante de vida, tomando como criterio de su valoración el trabajo productivo, es un fenómeno visible y resentido por la población. Cada día *la juventud* se alarga y se alarga la que hoy se llama *tercera edad*, períodos que califican a grupos de edad excluidos del trabajo, y dentro del período activo *adulto* se reduce sustancialmente el tiempo de trabajo: el paro, la reducción de la jornada de trabajo, el aumento de los períodos de vacaciones. La intensidad misma del consumo de energía vital durante la jornada de trabajo también ha disminuido visiblemente.

Por otra parte, parece evidente que a este sobrante de tiempo de vida, que caracteriza a las sociedades modernas, se añade el fenómeno paralelo y concurrente de que el tiempo de vida que no se consume en el trabajo productivo se está vaciando de actividad y transformándose en una actitud *pasiva* de consumo. Esas rela-

tivamente pequeñas horas de trabajo producen hoy, y cada día en mayor medida, lo que antaño constituía el objeto de la actividad de las horas de vida no valorada.

Esta situación plantea problemas muy serios y crecientes debidos todos ellos al empecinamiento del orden social simbólico en mantener el trabajo de producción como criterio de valoración del tiempo de vida: La distribución del tiempo de trabajo cada vez más escaso entre una población cada vez más numerosa; la distribución desigual de la valoración de este tiempo: hay horas que valen mucho, otras que apenas tienen valor; la necesidad de arbitrar fondos cada vez mayores para sostener, aunque de manera muy precaria, la vida no valorada: las pensiones, los subsidios de paro, las becas y ayudas de todo tipo, constituyen tres ejes de penetración en el análisis de los problemas técnicos y de las soluciones que hoy se plantean, pero a su lado aparecen elementos alarmantes que perturban las relaciones de convivencia: el incremento de la delincuencia y especialmente la juvenil, la extensión del tráfico y del consumo de drogas duras, el renacimiento del interés por cuerpos doctrinales y aún actitudes místicas extrañas y ajenas al racionalismo imperante en la etapa precedente, la aparición de un nomadismo errático sin objeto coherente y de depresiones y abulias que llegan a alcanzar cotas de epidemias sociales jalonadas por enfermedades mentales y suicidios, y otros muchos fenómenos semejantes, generan reacciones agresivas de defensa en los grupos sociales «bien pensantes» que hoy también incluyen grupos extensos de asalariados y obreros, relativamente privilegiados frente a todos los que el sistema embolsa y margina.

El sistema de enseñanza se ve rudamente afectado por esta situación que caracteriza a las sociedades modernas.

El sistema de enseñanza estructurado por su última reforma

El embolsamiento de la vida no valorada constituye el núcleo del problema al que tiene que enfrentarse toda reforma del sistema educativo.

para responder a las necesidades del mercado de trabajo y situado hoy frente al progresivo embolsamiento de la vida que sobra, *reclama una profunda reforma imaginativa.*

La ebullición de vida que se observa en el embolsamiento, las potencialidades que el sistema social no virtualiza y que se dispersan en comportamientos que los eficaces mecanismos de control y de represión social no logra evitar, están reclamando del sistema de enseñanza una actividad distinta a la que puede derivarse de unas medidas y reformas que sustancialmente se concretan en alargar la escolaridad para aumentar el tiempo de aparente control sobre una juventud sin empleo, y a corregir defectos de funcionamiento reduciendo la relación profesor/alumnos y colocándola en un 1/30 decoroso, mejorando la formación de los profesores, los contenidos de los programas, la calidad didáctica y pedagógica de los cursos, aumentando y modernizando los materiales y aún el número y la organización de los espacios escolares, como si el problema no estuviera situado en otra parte.

«El hacer bien las cosas» no siempre es la solución adecuada, sobre todo cuando las cosas que hay que hacer constituyen, o pueden constituir, un disparate. El *cambio* que hoy puede despertar esperanzas y aún entusiasmos, no puede limitarse a hacer funcionar lo que antes no funcionaba, sino que incluye el cuestionarse si es necesario *cambiar* el objetivo del funcionamiento.

Si el sistema de enseñanza llega a funcionar mejor cada día gracias a los esfuerzos de los responsables de la política educativa, a la colaboración de los enseñantes, a la buena voluntad de los padres y aún de los propios alumnos, los efectos previsibles son, por una parte, aumentar el despilfarro del sistema ya que revalorizaría la vida sobrante embolsada, valor añadido que no podría «realizarse» en el

mercado de trabajo; por otra, arrasar en el embolsamiento todas las potencialidades no virtualizadas, dando un duro golpe a toda posibilidad de cambio en profundidad que en esas potencialidades, sin embargo, existen. Y es este último efecto el que me parece más grave.

El niño, al igual que todo ser vivo, encierra en sí mismo la capacidad de autodesarrollarse, de autorregenerarse enfrentándose con éxito al paralelo proceso degenerativo en que consiste precisamente la vida. Esto supone una capacidad potencial de significación del medio en relación a así mismo, a su autorreferencia genética, que concluye la capacidad también potencial de establecer un programa y una estrategia de comportamientos y establecer las relaciones de sociabilidad y cooperación que tanto el programa como la es-

El sistema de enseñanza estructurado por su última reforma para responder a las necesidades del mercado de trabajo reclama una profunda reforma imaginativa.

trategia exijan. En definitiva, todo niño tiene la potencialidad de *ser* en el doble aspecto de: ser sí mismo, distinto y excluyente de todo otro ser y del medio, y ser hom-

bre, miembro de la especie, portador de los caracteres genéticos genéricos que distinguen a nuestra especie del resto de las que constituyen la vida. Cuando consideramos la vida que bulle en el embolsamiento donde queda marginada como sobrante en nuestra sociedad, nos estamos refiriendo a esas potencialidades que proceden de esa calidad de ser vivo que tiene toda persona por el solo hecho de existir.

Las asociaciones de humanos, sus formas estables de sociabilidad que sobreviven a la vida de sus miembros, constituyen seres vivos complejos, organizaciones de vida distintas y distinguibles de los seres vivos, personas que las componen, seres vivos que tienen también en sí mismas los elementos esenciales que les hacen capaces de autorregenerarse enfrentándose con éxito a su paralelo proceso degenerativo en que, inevitablemente, consiste la vida. Esto supone que las sociedades en cuanto seres vivos, tienen la potencia o

poder capaz de significar al medio en relación a así misma, a su autorreferencia —en este caso cultura—, de realizar los programas y las estrategias, así como la capacidad de toma de decisiones sobre comportamientos sociales que transformen y modifiquen el medio para convertirlo en los elementos que la regeneran. Las sociedades/Estado son ejemplares de este tipo complejo de seres vivos.

El niño nace en un medio socializado, y la sociedad en la que crece y va a desarrollarse y desde su nacimiento, procede cuidadosamente y con un gran aparato de medios a virtualizar del conjunto de sus potencialidades, sólo aquellas que estén significadas como necesarias para la vida y regeneración del ser social, atrofiando el resto. La participación activa del sistema de enseñanza en este proceso de virtualización y de atrofia no puede ignorarse aunque no sea el único. La importancia que en este proceso tiene en nuestras sociedades «modernas» el significado del valor/trabajo productivo, se manifiesta en que sustituye en el niño la necesidad originaria de ser sí mismo y sobrevivir siéndolo, por la de *ser profesional* y, por lo tanto, ser significado como valor, y sustituye la identificación correspondiente de su realización personal por la realización de su valor en el trabajo.

Dejando a un lado los nada desdeñables daños que ocasiona en las potencialidades genéticas de los niños el proceso de su sociabilización en la que participa el sistema de enseñanza, parece indudable que cualquier posibilidad de cambio de la sociedad, cuando se presenta una crisis profunda de sus valores, tal como ocurre en los momentos actuales (la crisis del valor/trabajo que hemos expuesto), reside en esas potencialidades no virtualizadas y aún reprimidas de sus miembros. Los ejemplos históricos son numerosos y concluyentes, los más cercanos nos los han ofrecido la burguesía y el proletariado,

El cambio que hoy puede despertar esperanzas y aún entusiasmos no puede limitarse a hacer funcionar lo que antes no funcionaba.

protagonistas de las dos últimas grandes revoluciones en la cultura de Occidente, que han virtualizado las potencialidades de estos dos grupos sociales y precisamente sobre la dominación del significado valor/trabajo que hoy se encuentra en crisis. El sistema de enseñanza ha sido un instrumento eficaz en estos cambios por que supo a través de su implantación en los estados burgueses y de sus posteriores reformas, enfrentarse con esas potencialidades no virtualizadas por las formas sociales anteriores, pero presentes en los grupos sociales dominados y reprimidos en las sociedades preburguesas, virtualizándolas a través del nuevo significado del poder que se otorga desde entonces al valor/trabajo, pero al hacerlo y casi inmediatamente reprimió otras potencialidades, potencialidades que hoy aparecen en el embolsamiento del sobrante de vida reclamando su virtualización en el nuevo cambio. Ahí se encuentra precisamente el problema de la reforma del sistema de enseñanza si se pretende que sirva nuevamente de instrumento del cambio social.

El embolsamiento puede convertirse en bucle recursivo, capaz de organizarse para autorregenerarse y sobrevivir al proceso inevitable de su degeneración progresiva.

La función actual del sistema de enseñanza en relación con la vida que se embolsa por el sistema social debido a su incapacidad de consumirla con los criterios derivados de su significación, se enmarca entre la de proporcionar, como dice Alberto Moncada, un espacio/tiempo de aparcamiento organizado, y la más matizada de estirar en el tiempo la eficacia del mecanismo clásico de integración social que consiste en la demora permanente del cumplimiento del deseo por la presencia de la promesa y cuyo resultado es trabajar y afanarse para el cumplimiento del proyecto del padre (poder). La oferta educativa en su conjunto funciona en las socie-

dades modernas como *la promesa* que reclama el permanente sacrificio del presente para la construcción del futuro, a medida de que el futuro se aleja y se endurece y se dificulta el esfuerzo (sacrificio) exigido es más considerable y más prolongado.

El rechazo actual de los alumnos y de los estudiantes al sistema de enseñanza, la presencia alarmante del aumento de los fracasos escolares en todos los niveles y de los abandonos, la multiplicación de las rupturas de la convivencia organizada por los sistemas sociales entre las diferentes partes agrupadas según su valoración o no valoración por el orden de significación simbólico, la colosal explosión de formas de relación y de actividad marginales, al lado de movimientos crecientes de protestas contra los ejes de la estructura del sistema: el patriarcado, el progreso tecnológico contaminante, la guerra..., indican que en la gran bolsa donde se almacenan las potencialidades no virtuali-

zadas de la vida, están apareciendo turbulencias y remolinos que anuncian que hoy es posible el cambio, que la vida embolsada puede autoorganizarse y la bolsa convertirse en bucle recursivo que se enfrente como sistema alternativo al sistema social vigente.

El sistema de enseñanza como factor del cambio, puede encontrar la reforma que necesita abriendo su espacio organizado a las potencialidades no virtualizadas para facilitar que encuentren en sus formas autónomas de sociabilidad, la autorreferencia, —cultura inventada por el análisis crítico, o nueva lectura, de la cultura autorreferente del orden vigente— que les permita constituirse en bucle alternativo donde el cambio profundo de la sociedad se manifieste tanto en la multiplicación de las diferencias como en la cooperación de lo diferente para que la especie pueda sobrevivir en el progreso de la libertad de sus miembros.

CONFLICTOS CULTURALES IBEROAMERICANOS

Juan Rulfo



Antes que nada, conven-
dría señalar la necesidad así
como la importancia de Espa-
ña dentro del consenso cultu-
ral europeo e hispanoamerica-
no. Ningún otro pueblo latino
del Viejo Continente, tales co-
mo Francia, Italia o Ruma-
nia, tienen actualmente las
posibilidades y el interés hacia
los países que, desde el Sur del
Río Bravo hasta el Estrecho
de Magallanes, puede abarcar
la Península Ibérica.

Si en la segunda mitad del
siglo XIX, cuando surgen ple-
namente en la América hispa-
na y portuguesa la literatura,
la música, así como las artes
plásticas propias, éstas se pro-
ducen después de prolongada
la lucha contra las corrientes
parnasianas y simbolistas que
impuso Francia en el ámbito
universal. Con las dos últimas
etapas del romanticismo mue-
re al fin esa influencia que re-
trasó demasiado en nuestra

América el proceso de identi-
dad nacional. Y esa búsqueda
y encuentro con la llamada
identidad nacional no es sino
el retorno a nuestra propia
lengua. A ese lenguaje here-
dado por nuestros antepasa-
dos iberos.

Cierto que en ese trayecto
se intentaron otras rutas, co-
mo la anglosajona, las cultu-
ras eslavas o las nórdicas; no
sin negar que múltiples auto-
res de esas lenguas diversas
fueron dados a conocer por
España misma y que, también
es verdad, si no desplazaron a
los escritores españoles de la
generación del 68 y del 98, sí
disminuyeron su importancia.

Todavía, por los años 30,
cuando en México, por ejem-
plo, se creó la literatura de la
Revolución, quizá la más váli-
da y trascendente que ha dado
mi país, un grupo de intelectu-
ales llamados «los contem-
poráneos», los cuales escri-
bían y hablaban en francés,
utilizaron sus mejores esfuer-
zos para imponer normas aje-
nas a nuestra idiosincrasia
con el fin de desprestigiar a
quienes, por primera vez, tra-
taban temas y problemas na-
cionales. Además, para ma-
yor desgracia, enriquecían en
sus términos la lengua es-
pañola.

Esto no pretende negar que
dentro del grupo de «los con-
temporáneos» hubiera gente
valiosa, ya que de ellos surgió
Muerte sin fin, de José Goros-
tiza, tal vez el mejor poeta
mexicano del presente siglo.

La cultura mexicana, no
obstante, permaneció al gare-
te por algún tiempo. No fue
sino hasta la llegada de los re-
fugiados españoles en 1940
que tomó un impulso nuevo e
irreversible, pues tuvimos la
fortuna de contar con los más
prestigiosos poetas, novelistas

La búsqueda y el encuentro con la llamada identidad nacional no es sino el retorno a nuestra propia lengua.

y ensayistas de España. Sus nombres, así como sus obras, ya nos eran familiares; pero el contacto con tan valiosos personajes de las letras y las artes nos dio una visión muy amplia del mundo hispánico. Además de su presencia, se abrieron editoriales, se editaron revistas literarias y, en torno a la «Casa de España en México», actualmente «Colegio de México», dirigida por Alfonso Reyes, se congregaron maestros y ensayistas de alto prestigio. Conviene señalar que bajo su impulso, aunque formada por el mexicano Daniel Cosío Villegas, nació el «Fondo de Cultura Económica», el cual congregó a numerosos colaboradores españoles, y es, hasta la fecha, la casa editorial de mayor consistencia en Hispanoamérica. Fue, hasta cierto sentido y guardando las debidas proporciones, una heredera de la labor desarrollada en España por José Ortega y Gasset, aunque nunca comparable con la *Revista de Occidente*, pues resulta obvio que ninguna empresa la podía superar en importancia.

Es, pues, imposible negar el desarrollo cultural realizado por España en Iberoamérica durante el pasado. Actualizar ese desarrollo en el presente y para el futuro sería no sólo necesario sino imperativo para ambas partes.

Naturalmente, los problemas sociales y económicos por los que atraviesan los países iberoamericanos en estos tiempos, al igual que las pre-

siones políticas de los Estados Unidos, no pueden ser soslayadas: la guerra en Centroamérica; las dictaduras militares en el Cono Sur; las débiles democracias andinas y, sobre todo, el hecho de que consideren el Sur del Continente como su patio trasero, no deja de tener efectos negativos en todos nuestros países.

España es la única nación europea que puede, y debe, afianzar su influencia en Latinoamérica, pues los intentos que allá se han hecho fracasaron desde la base. Uno de ellos, en el cual participé en su organización, fue la creación de la «Comunidad de Escritores Latinoamericanos», similar a la «Comunidad de Escritores Europeos» que, a iniciativa del poeta italiano Ungaretti, por entonces Presidente de dicha Comunidad, se proyectó en 1965 durante el Congreso del Tercer Mundo celebrado en Génova.

Se escogió a México como sede de ese primer Congreso y se nombró Presidente al poeta Carlos Pellicer, y como Vicepresidente a los escritores Joao Guimaraes Rossa, de Brasil, y a Miguel Angel Asturias, de Guatemala. Se convocó a todas las Asociaciones de Escritores Iberoamericanos; pero a pesar de que asistieron a dicho encuentro los intelectuales más representativos, al I Congreso, celebrado en las ciudades de México, Guanajuato y Guadalajara, no tardaron en surgir dificultades y opiniones ideológicas adversas. Estas divergencias aún

subsisten y quizá en mayor grado que entonces, pues actualmente los dos bandos han demostrado una incompatibilidad radical. Esto motivó que en el Congreso «Horizonte 82» de Berlín, efectuado en junio del año pasado, el notable sociólogo, antropólogo, etnólogo y novelista brasileiro Darcy Riveiro, catalogara a los intelectuales de Iberoamérica entre *indignos* e *indignados*. No es necesario dar a conocer quiénes son unos y otros, puesto que sus nombres todos, aquí y en América, saben de su actuación y cómo proceden. A los *indignos* se les ha calificado como «celestinos de Reagan» en varias publicaciones. En cambio, los *indignados*, que forman mayoría, son aquellos que protestan contra la injusticia, la miseria y la marginación que viven nuestros pueblos.

Esta circunstancia, triste y aún latente en nuestros pueblos, sólo puede resolverla España, madre patria de ese Continente al que legó su cultura, su lengua y a los grandes humanistas como Vitoria, Fray Bartolomé de las Casas, Fray Diego Durán, Zumárraga y tantos y tantos otros forjadores de nuestra existencia.

La tribuna que hoy ofrece Madrid por conducto del Instituto de Cooperación Iberoamericana tiene suficiente capacidad y prestigio para tornarse no sólo en Foro de opinión, sino en un catalizador contra todo lo que menoscaba nuestra integridad y el derecho a la cultura como un camino que conduzca y promueva la unidad de nuestros pueblos hacia las causas justas y, por lo tanto, a la libertad.

Comunicación presentada a «Iberoamérica: Encuentro en la Democracia», celebrado en el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid, abril de 1983.

LA CRISIS DEL MARXISMO Y AMERICA LATINA

E. Gomáriz-C. Franco
J. Aricó-A.G. Frank

análisis y debate



1

Para conmemorar el centenario de la muerte de Karl Marx se celebró el 14 de marzo de 1983 un Congreso de ciencia política en Tréveris, su ciudad natal, sobre el tema *Marx en Asia, Africa y América Latina*. El contenido de este encuentro, al que asistieron políticos y estudiosos de las ciencias sociales de los cinco continentes, giró desde trabajos monográficos sobre las observaciones que hiciera Marx acerca de las distintas áreas dependientes, al estudio del estado del pensamiento marxista en la actualidad. En tal sentido, el Congreso se inclinó progresivamente hacia el examen de si la discusión sobre la crisis del marxismo es algo que ocupa sólo a los europeos o tiene alguna relevancia en el Hemisferio Sur. Todas las observaciones que recuerdo hechas por analistas de países «periféricos» coincidieron en delimitar a Europa la discusión sobre la crisis del marxismo.

Con la intención de hablar en particular del caso latinoamericano, propuse a José Aricó, el hombre de las ediciones *Pasado y Presente*, autor del reciente trabajo *Marx y*

América Latina (Alianza Editorial Mexicana, 1982) una conversación con otros autores interesados en el tema. Y así fue como, en su habitación del hotel, nos reunimos una noche con el peruano Carlos Franco, coordinador del CEDEP, director de la revista *Socialismo y participación* y antiguo asesor del gobierno Velasco, y con André Gunder Frank, el especialista en estudios sobre el desarrollo y autor de la voluminosa *La crisis mundial* (Bruguera. Barcelona, 1980). De la conversación entre los cuatro, que comenzó por la crisis ideológica pero acabó profundizando en las dificultades que la crisis económica ante las aperturas democráticas que se apuntan en el continente, dan resumida cuenta las siguientes líneas.

Enrique Gomáriz.—En la izquierda europea está teniendo lugar, desde mediados de la década pasada, una serie de cambios en el ámbito de la teoría política, del que destaca la discusión sobre la crisis del marxismo. Cabría preguntarse si algo parecido está sucediendo en el continente latinoamericano. Incluso dicho de una forma más eurocentrista, ¿está teniendo algún reflejo en América Latina la discusión que sobre la crisis del marxismo se desarrolla fundamentalmente en Europa?

Carlos Franco.—Yo creo que la discusión sobre la crisis del marxismo está afectando a algunos círculos de la intelectualidad latinoamericana —en Perú desde hace tres o cuatro años— y mucho menos a los partidos de la izquierda marxista, casi siempre de origen leninista. En Perú esta discusión se inicia con una suerte de cuestionamiento de la identificación del socialismo con el poder omnímodo del Estado y prosigue con la puesta en cuestión de la noción de partido, especialmente si se trata de un partido de clase o un partido que integre diversos contingentes sociales. Finalmente, se desarrolla en torno a los temas conocidos de la relación entre democracia y socialismo.

De todas formas, yo creo que la crisis del marxismo ortodoxo tiene en América Latina un camino ya viejo. Me refiero a lo siguiente: desde los años treinta se plantea una discusión (Mariátegui y Haya en Perú) donde los polos son el marxismo-leninismo dictado por la III Internacional y la posibilidad de reformular el pensamiento marxista sobre la base de un enraizamiento nacional del discurso teórico. Yo no sé si esto guarda relación con elaboraciones posteriores, como es el caso de la Teoría de la Dependencia.

José Aricó.—No podría decir que el debate sobre la crisis del marxismo haya penetrado en Argentina, ni tampoco en la izquierda mexicana, que son los dos lugares que conozco mejor. Naturalmente, esta discusión tuvo un reflejo en el mundo académico y eso se manifiesta en los tres coloquios a los que yo asistí: el debate de Puebla, el de Morelia y el de Guajaca. Pero ese reflejo quedó encerrado en el ámbito universitario y no se ha prolongado —al menos de forma explícita— dentro de las organizaciones políticas. En este terreno podría afirmarse que existen rupturas de la ortodoxia, por ejemplo en el caso del MAS de Venezuela o Chile, donde investigadores relacionados con el Partido Socialista han ahondado sobre los problemas del partido y del modelo de socialismo. Ahora bien, estos avances no creo que se puedan ligar a una reflexión sobre la crisis del marxismo.

André Gunder Frank.—Hace algunos años le decía a mi compañera chilena que el término «eurocomunismo» —que aparece en Europa no mucho antes que la discusión sobre el marxismo— es completamente incorrecto, porque el fenómeno a que se puede referir empezó hace muchos años en América Latina y debería llamarse entonces «latinocomunismo». Cuando se habla de la experiencia del MAS en Venezuela, yo creo que en sus orígenes se plantearon las cosas que muy posteriormente se vino a llamar eurocomunismo. Pero la relación más directa se ve en otro hecho: no es por casualidad que Berlinguer haya planteado el compromiso histórico después de lo que pasó en Chile. In-

cluso se me ocurre si no habría que replantear tu pregunta e investigar cuál fue la influencia latinoamericana en los debates políticos europeos que han llevado a la discusión sobre la crisis del marxismo.

Enrique Gomáriz.—En efecto, yo creo que en Europa la crisis del marxismo sigue el abandono de los grandes partidos comunistas de los presupuestos leninistas, aunque el abandono explícito del leninismo no se haga sino más tarde. Cabría preguntarse si ese proceso no sigue sus propios cauces en América Latina. Porque es cierto que si se hiciera la historia del pensamiento marxista en América Latina encontraríamos procesos más complejos. Yo creo que desde un principio —aunque esto se muestre más explícitamente durante la crisis de los años treinta— se plantea una interrelación del marxismo con el nacionalismo que, naturalmente, dura hasta hoy (y el caso del MIR boliviano me parece evidente). Después, en la década de los sesenta tiene lugar un marxismo-leninismo alternativo al de los Partidos Comunistas. Un marxismo-leninismo que se hace guerrilla o se reclama antiestalinista, y un ejemplo de esto último —además de los pequeños grupos en cada país— lo tenemos en Chile con el Partido Socialista. El PS chileno se ha reclamado del leninismo hasta hace un año o poco más. Y luego vendría ese tercer momento que se manifiesta sobre todo en la experiencia del MAS y ahora, últimamente, en el proceso de convergencia del socialismo chileno. Ahora bien, si como decís, la discusión sobre la crisis del marxismo se ha presentado claramente en las organizaciones de izquierda, ¿podría suceder que en éstas el abandono del leninismo se hiciera sin provocar esa discusión surgida en Europa y asistiéramos a una especie de marxismo renovado latinoamericano?

Carlos Franco.—Ese proceso es posible, pero si se produce lo hará de una forma muy dispar, porque en América Latina cada región tiene marcadas especificidades. Yo creo que en Venezuela sí puede hablarse de que el MAS habría abandonado el leninismo para iniciar un proceso renovador. Tengo la impresión de que en Brasil ha habido un cuestionamiento severo del leninismo, al menos en dos grandes partidos de izquierda. Pero, por ejemplo, en el caso de Perú eso no está tan claro: los intentos renovadores —por ejemplo, los partidos que se reclaman mariateguistas— siguen planteándose su evolución dentro de los límites del marxismo-leninismo, o al menos siguen reclamándose marxistas-leninistas.

José Aricó.—En principio yo creo que hay que ser cuidadosos con la idea de la relación entre abandono del leninismo y crisis del marxismo, tanto en Europa como en América Latina, porque aunque son fenómenos de una misma coyuntura, no está tan claro que exista entre ellos un signo de correspondencia. Y, por otra parte, si a pesar de las especificidades de cada área, nos atrevemos a pensar en un sentido continental, entonces hay que concluir que América Latina es un continente «objetivamente leninista», un continente soreliano y leninista. Porque a nivel continental se sigue creyendo que solamente una organización fuerte, con capacidad de fusión con las masas, puede organizar la conquista del Estado, sin la cual, no hay transformaciones posibles. Y creo que ésta es la concepción hegemónica todavía a lo largo de todo el continente, excepto en los focos que mencionamos y que, a mi juicio, la separación de esta forma leninista de la política tiene más que ver con crisis de estrategia internas, que con una profunda reflexión teórica.

Carlos Franco.—Bueno, eso es otra cosa. Naturalmente, yo creo que hay bastante de verdad en la idea de que las condiciones socio-económicas latinoamericanas tienen un peso en esa «continentalidad leninista», incluso si no está claro que esa opción leninista acabe por dar salidas a su propia crisis. Pero en un continente en el que la mayoría de la población no tiene satisfechas sus necesidades básicas, es evidente que las condiciones intelectuales, culturales, etc., para plantearse otro tipo de cosas que tienen que ver con el

socialismo democrático, no son muy amplias. Por tanto, las vanguardias políticas o los grupos intelectuales tienden a parecerse mucho más a los intelectuales rusos de principios de siglo, en cuanto a sus presupuestos de partida, que a los correspondientes a una Europa cuya fundamental preocupación es el deterioro del nivel de vida y de la calidad de la vida.

André Gunder Frank.—Ahora que veo América Latina desde Europa, creo que cualquier análisis sobre las crisis ideológicas tiene que tener en cuenta tres elementos que diferencian notablemente la situación europea de la latinoamericana. El primero sería el de la correspondencia que aún tiene en Latinoamérica la visión leninista con la situación socio-económica. Otro elemento sería que —sea por cuestión de principio o por necesidades geo-políticas— la Unión Soviética es todavía considerada como el aliado natural de los movimientos de liberación. Algo que, desde luego, no puede verse así desde Europa. Y en tercer lugar, el hecho de que hoy exista una diferenciación fundamental en América Latina, desde el punto de vista político: del canal de Panamá hacia arriba se vive una euforia revolucionaria que nada tiene que ver con el replanteamiento de las cosas que se dan en Sudamérica para encontrar vías de apertura.

Enrique Gomáriz.—Bueno, habría que preguntarse qué elementos nuevos se dan en ese proceso revolucionario que está sucediendo al norte del Canal de Panamá, porque los dirigentes sandinistas aseguran que no están importando el modelo cubano, sino que mantendrán el modelo pluralista originario. Naturalmente, también habrá que ver cuál es la evolución real de la situación. En todo caso, la pregunta puede precisarse: ¿existe en Sudamérica un proceso de surgimiento de focos que replanteen cuestiones ideológicas y tiendan a la liquidación de esa «uniformidad leninista» de que habla Aricó?

José Aricó.—Si la pregunta se refiere a si existe una tendencia global de sustitución del leninismo, yo creo que no. Y repito que cuando yo digo leninismo no me refiero únicamente a los que se reclaman marxistas-leninistas, sino a una forma de concebir la lucha política. Las organizaciones marxistas o no marxistas latinoamericanas, que se plantean objetivos concretos de poder, son leninistas porque los presupuestos leninistas son los que les ofrecen una estructura doctrinaria, teórica y organizativa que corresponde bastante aproximadamente a sus necesidades. En este sentido puede afirmarse que el leninismo es una suerte de metáfora, es decir, que resultaría difícil encontrar con precisión a Lenin en sus planteamientos. Y eso también vale para los procesos centroamericanos. El discurso de los nicaragüenses es un ejemplo: no dudan en definirse marxistas, pero no se definen leninistas. Sin embargo, en su discurso —en el del representante sandinista a este Congreso— se deduce toda una estructura leninista de concepción del poder, de su relación con las masas, de prefiguración de las instituciones políticas. Entonces no se trata de ver el problema como una dificultad de revisión en el plano de la ideología, sino desde el punto de vista de la acción política. Y en ese sentido yo diría que existe un protoleninismo en muchas organizaciones anteriores: por ejemplo, creo que Haya de la Torre es un político mucho más leninista que Mariátegui, por su forma de concebir el poder, la conquista del poder, la organización de las masas, su instrumentalización, etc.

Mi conclusión respecto de tu pregunta sería: mientras no existan sistemas políticos estables, instituciones que funcionen, procesos de alternancia en el poder, control de las instituciones militares, no existirán en América Latina las condiciones para reconducir esa «continentalidad leninista».

Los replanteamientos que se dan tienen lugar en una franja de intelectuales, con una relación débil con los partidos de izquierda, y en algunos grupos pequeños que se han dado cuenta que no da para más la línea tradicional. Pero la mayoría de las organizaciones

políticas siguen dentro de los límites del leninismo, entendiendo el leninismo en estrictos términos históricos. Es decir, el desarrollo de algunos presupuestos de Lenin como totalización de su teoría, que, como sabemos, es algo que se dio después de la muerte del propio Lenin.

Carlos Franco.—Yo matizaría algo esa respuesta. Es cierto que no puede hablarse aún de una tendencia significativa de sustitución del leninismo, pero hay algunos puntos interesantes, como son el MAS y quizá, aunque lo conozco poco, el proceso en algunos sectores de la izquierda chilena. Pero respecto del futuro yo tengo una hipótesis de trabajo. A mí me parece que cuanto más heterogéneas son las condiciones de vida dentro de cada sociedad latinoamericana, más posibilidades hay de cuestionar las fórmulas tradicionales de hacer política. Ejemplos de esto se me ocurre que son Brasil y Perú.

Enrique Gomáriz.—Esa afirmación sobre las formas heterogéneas de vida social me hace pensar en que la discusión sobre la crisis del marxismo se inscribe en Europa en la coyuntura donde surgen los nuevos movimientos sociales: el feminista, el pacifista, el ecologista. Cabría preguntarse si existe en América Latina algún brote de estos planteamientos o, al menos, de alguno de ellos, por ejemplo el feminista que, como en Europa, llegue a suscitar la discusión sobre los sujetos históricos...

Carlos Franco.—Yo diría que en el caso peruano sí hay en ciertos sectores una preocupación por ir más allá del ámbito tradicional de la política. De la política como una cuestión pública de lucha por el poder del Estado. Esta preocupación se vincula con el feminismo, pero no con la problemática ecológica...

José Aricó.—Se vincula en Perú con el feminismo porque ustedes tienen un movimiento feminista más o menos fuerte, y no tienen ningún movimiento ecologista. Y eso hace que las organizaciones políticas tengan algún reconocimiento hacia un feminismo basado en Flora Tristán, aunque la tendencia a coartarlo siga presente. En todo caso, creo que la discusión sobre los nuevos sujetos históricos no está presente, incluso en Perú.

Carlos Franco.—Lo que sucede en Perú es una diversificación de demandas provocadas más bien por la naturaleza de la crisis económica: parece que los partidos son incapaces de asumir la representación de fuerzas dispares, como el movimiento de mujeres, de barriadas, e incluso el movimiento campesino, que comienza a organizarse sin liderazgos políticos. Esto no genera la cuestión de los sujetos sociales, pero de hecho pluraliza la cantidad de agentes sociales que se perciben de forma autónoma. Este hecho tiene consecuencias en el discurso de las organizaciones políticas, lo permea, aunque no plantee una discusión sobre los sujetos sociales.

Enrique Gomáriz.—Creo que algún proceso similar está apareciendo en Brasil, y habría que ver qué sucederá en Argentina...

José Aricó.—Pues es posible que esto ocurra con fuerza en los próximos años, porque en Argentina hay una mayor crisis de representatividad de las organizaciones políticas y ya hay una emergencia de formas de protesta popular autónomas que, naturalmente, se han visto condicionadas por el tipo de lucha que impone un gobierno autoritario. Y estoy hablando también del movimiento juvenil a favor del rock argentino. Pero si desaparece el gobierno autoritario es posible que se den fórmulas autónomas a partir de movimientos ya existentes, como el de las Madres de Mayo, que hoy parece un movimiento ejemplar en cuanto a su autonomía y su utilización de la resistencia popular.

Enrique Gomáriz.—Me gustaría tocar otro de los elementos mencionados por Andrés: la visión de los países del Este. ¿Existe algún tipo de evolución en la izquierda latinoamericana respecto de la naturaleza de los sistemas del Este?

André Gunder Frank.—Yo creo que de nuevo hay que tener bien presente la división geográfica. Del Canal de Panamá hacia el Norte, por euforia revolucionaria y por otras razones, los países del Este siguen siendo aliados, mientras que no está tan claro que eso suceda por debajo del Canal de Panamá, al menos yo no me imagino que alguien en Argentina piense que la URSS es un aliado estratégico de la liberación.

Carlos Franco.—Y también tener presente de nuevo el factor objetivo: la situación geo-política. En este sentido yo recuerdo una conversación tenida con Velasco, que era un jefe militar reformista pero, evidentemente, muy distante de nada que tuviera que ver con posiciones comunistas, y que, sin embargo, me dijo: «Hagamos una crítica de la Unión Soviética, pero sin poner en peligro las posibilidades de que sirva de contrapeso a una eventual acción norteamericana». Esto es un problema real, más allá de las ideologías: para los latinoamericanos es necesario usar los contrapesos posibles dada su proximidad geográfica con la otra superpotencia. Y esto no está en contradicción con la posibilidad de que los PC traten de integrar algunos elementos del discurso eurocomunista sobre este tema, aunque también esto me parece una integración instrumental.

André Gunder Frank.—En todo caso, se dan cambios muy fluidos. Por ejemplo, en Chile. El MIR chileno nació y luchó durante una década con una independencia de la URSS y de la política que ella representa, y ahora se ha dado vuelta totalmente. Ha caminado, en ese sentido, al contrario que la convergencia de los socialistas...

Carlos Franco.—Yo creo que la Unión Soviética tiene cada vez menos simpatías entre la militancia de izquierdas, pero en América Latina el problema no es la URSS, sino Cuba y su apoyo a Nicaragua, El Salvador, etc.

Enrique Gomáriz.—Pero a mediados de los setenta, cuando yo fui, había en muchos sectores de la izquierda latinoamericana una especie de replanteamiento, que se resumía en la idea: «no tocaremos a los cubanos públicamente, pero no estamos de acuerdo con ellos»... ¿Esto ha tenido alguna evolución?

Carlos Franco.—En cualquier caso, no hay ninguna discusión pública sobre la situación cubana...

José Aricó.—Es que la dimensión ideológica y política del anti-imperialismo es algo que tiene una fuerte presencia en América Latina (algo que en Europa apenas existe). El anti-imperialismo desde América Latina tiende a dividir el mundo en dos partes: el imperialismo que nos domina a nosotros y el resto del mundo. Y uno puede no tener mucho aprecio por los soviéticos, pero si te apoyan económica y políticamente, no vas a decir que no a su ayuda, aunque esto te cueste disminuir el volumen de tu crítica. Y no estoy hablando en abstracto, pueden ponerse muchos ejemplos. La guerra de las Malvinas puede haber sido una barbaridad de militares desorientados, pero sirvió para ver posicionamientos geo-estratégicos. Y del lado de Argentina sólo estuvieron latinoamericanos, algunos países del Tercer Mundo y decididamente Cuba y la Unión Soviética. Y si eso se traslada al terreno material, la situación es más clara: los latinoamericanos pueden esperar apoyo de Cuba y la URSS, pero no de Europa, o muchísimo menos...

André Gunder Frank.—De eso yo no estoy tan seguro. En el inmediato pasado fue la socialdemocracia alemana quien apoyó materialmente a Centroamérica, antes que la URSS. Desde otro plano, yo veo —y acabo de escribir un libro sobre esto— que pueden

darse contradicciones cada vez mayores entre Estados Unidos y Europa Occidental en el plano económico, político y estratégico. Y creo que una de las manifestaciones —al principio también fue causa— se dará respecto a la relación con el Tercer Mundo. Entonces yo sí creo en la posibilidad de apoyos europeos a movimientos de liberación. Otra cosa es si serán más o menos beneficiosos que los que proceden de la URSS...

Enrique Gomáriz.—Pero, de todas formas, lo que sucede es que ese apoyo de Cuba y los países del Este puede impedir el replanteamiento del modelo político y eso también explicaría la afirmación de Aricó sobre la «continentalidad leninista». ¿No cabe en ningún momento la posibilidad de entender estos apoyos como algo independiente de la necesidad de buscar un proyecto socialista, democrático e independiente?

José Aricó.—Bueno, es evidente que el apoyo cubano y soviético tiene un peso importante en la discusión pública sobre los modelos políticos. También hay que decir que lo que ofrece la socialdemocracia europea como alternativa tiene muchos peros. Ahora bien, yo creo que es posible la búsqueda de un replanteamiento de la política tradicional, pero lo que digo es que eso implica un replanteamiento teórico muy profundo. Y hoy lo que hay es el cambio que deriva de experiencias concretas, de crisis, de forzamientos por la propia crisis económica. Pero sin ir acompañado de un proceso de reflexión general sobre los modelos de sociedad e, incluso, las transformaciones que habría que encarar desde otro punto de vista. Esto no aparece como la discusión abierta que se podría dar.

Enrique Gomáriz.—A mí me parece que eso ya se está dando ligado a la forma nueva de encarar el proceso de salida de la dictadura. Al menos eso me parece que está sucediendo dentro de Chile. El viejo grupo de la FLACSO y de convergencia socialista tiene una posición bastante avanzada sobre las consecuencias de una apertura política hecha desde la necesidad de buscar instituciones democráticas estables. Es decir, me parece que están hincándole el diente a la fórmula del socialismo democrático, con todas sus consecuencias. Y esto no tiene que ver con el hecho de que quizá este grupo no tenga mucho que decir sobre las acciones concretas para tirar ahora a Pinochet, pero sí tienen una imagen bastante clara de cómo hay que encarar la apertura, desde una reflexión sobre el socialismo democrático.

José Aricó.—Lo que sucede es que en América Latina se desconfía un poco de los planteamientos hechos desde la completa ilegalidad. Hay que ver luego, cuando se está en la legalidad, qué densidad teórica tiene ese replanteamiento en el conjunto de la izquierda, y no sólo en un sector de intelectuales. Porque si no existe esa discusión teórica amplia, todo se reduce a una posición política atada a unas circunstancias determinadas. Yo he escuchado a gente como Faletto y, evidentemente, ellos están pensando en otras cosas, es cierto que tienen relación con las organizaciones socialistas y es posible que eso se refleje en un futuro dentro de tales organizaciones. Pero habría que ver en qué medida. Y no son un grupo muy amplio. El resto son operaciones tácticas de programas democráticos. Yo he discutido con gente de Convergencia Democrática en México, incluso con profesores de CD que dan clases en la UNAM y que enseñan Lenin sobre la base del Estado y la Revolución. ¿Cómo se compagina lo uno con lo otro? Pues yo no lo sé. Pero esa contradicción existe y ése es el dato. Hay que fijarse en las revistas, donde prolifera un discurso democrático, pero yo creo que no hay una discusión teórica detrás, ni una nueva concepción del Estado, ni una reflexión nueva sobre los sistemas políticos. Se trata de un discurso democrático como producto de unas situaciones dadas, más que como un cambio ideológico profundo.

Carlos Franco.—En esto sí estoy de acuerdo. Incluso creyendo que existen algunos focos de reflexión más profunda. Pero el discurso democrático no puede interpretarse

como producto de cambios de pensamiento profundos. Yo creo que no existen cambios incluso en temas más inmediatos, como es el de la relación con las Fuerzas Armadas. De Panamá hacia el Sur ya hay suficiente experiencia como para concluir que los procesos de cambio pueden adoptar muchas formas, pero no pueden hacerse *en contra* de las Fuerzas Armadas. Es decir, hay que encontrar una fórmula de relación con los militares, aunque para ello la izquierda deberá asumir como suyos los problemas de la seguridad y la defensa, los problemas de la tecnología militar en relación con el desarrollo de la industria nacional. Tales problemas no pasan por la mente de los militantes de izquierda, que ya han llegado a la idea de que la transición democrática deberá comportar alguna suerte de acuerdo con los empresarios. El problema es que ninguna transición es posible en América Latina, al sur de Panamá, sin tomar en cuenta la cuestión militar.

Enrique Gomáriz.—Me parece que en Brasil todas estas cuestiones están asumidas por las fuerzas de cambio. Creo que en Brasil el conjunto de la apertura ha sido repensada. Algunos dicen que teniendo en cuenta el modelo español: una apertura democrática que se *negocia* entre el bloque dominante y los representantes de unas fuerzas sociales que presionan con el movimiento de masas. Y si esto se ha repensado en Brasil, puede suceder también en otros países del cono sur.

Carlos Franco.—Respecto al problema militar, es cierto que en Brasil hay quien está convencido —yo he conversado con Cardoso al respecto— de la conveniencia de que, inmediatamente después de las elecciones, se vuelva a conversar con las Fuerzas Armadas. Pero creo que esto pasa en algunos sectores brasileños y mucho menos en el resto del continente.

José Aricó.— Pero creo que se están abriendo posibilidades para ello, aunque muy lentamente. En Argentina radicales y peronistas están discutiendo sobre la cuestión militar, aunque de forma primaria: cómo hacer para mantener quieto al Ejército y permitir el asentamiento del gobierno democrático. Esto también se están planteando en la sociedad: comienzan a salir artículos sobre la reconstitución del Ejército. Yo creo que la profundización en los temas militares están aún por hacerse y que las organizaciones políticas están por detrás de las necesidades objetivas a este respecto.

De todas formas, yo tampoco estoy seguro de que la izquierda pase las pruebas en este tipo de temas. Ahí está el asunto de Sendero Luminoso, en torno al cual la izquierda latinoamericana ha reaccionado como siempre: rechaza la operación de Sendero Luminoso pero la «entiende». Pero yo creo que si rechazas a Sendero Luminoso deben pensar en las consecuencias que tiene una organización así dentro de un sistema donde hay instituciones, gobierno y posibilidades de actuación política. Y si se entiende bien esto, se entenderá mejor la cuestión del Ejército. En el fondo el mejor test sobre los cambios ideológicos de la izquierda está ahí: ¿Qué hace la izquierda marxista-leninista en un sistema legal y democrático, cuando surge un cuestionamiento de ese sistema por una organización armada que se reclama marxista-leninista?

Enrique Gomáriz.—Entonces, hay que suponer que el test de Sendero Luminoso evidencia que para la gran mayoría de la izquierda, el sistema democrático, el Parlamento, es simplemente una cosa a utilizar durante la apertura sin más valor intrínseco...

José Aricó.—En efecto, yo creo que la izquierda latinoamericana no comprende que el valor sustantivo de la salida democrática, en la medida de que está asentada sobre el sistema de partidos, el voto popular y la fuerte presencia de la izquierda en las Cámaras. No comprende el valor en sí del sistema democrático a conquistar, sino que lo ve como algo transitorio; no contempla el mantenimiento de esas instituciones sino que piensa en

su transformación radical. Entonces, frente a asuntos como el de Sendero Luminoso la actitud es de rechazo de SL, al tiempo que enérgica condena al Ejército, con lo cual el problema queda sin resolver. Creo haber visto a un dirigente político que proponía en un reportaje que se procediera a la instalación en Ayacucho —centro de Sendero Luminoso— de un gobierno democrático que diera pan, trabajo, electricidad, salario, vivienda, y que de esa manera se absorbía, se difuminaba Sendero Luminoso. Como si SL fuera la expresión directa de la ausencia de todas esas cosas. Algo muy poco claro, porque entonces no sería posible entender la lucha en Alemania o en Italia. El fenómeno de la violencia hay que comprenderlo desde otra perspectiva: contradicciones dentro del sistema político-social. Pero el entendimiento que hace la izquierda en América Latina, parte de un menosprecio evidente por el valor consustancial del sistema democrático. Eso sigue pasando en la izquierda argentina y a mí me parece tremendamente peligroso.

André Gunder Frank.—Yo creo que aquí habría que integrar los problemas económicos. Es decir, esa inestabilidad política que para muchos es debido a que no existe mucho espacio económico para regímenes estables. No puede decirse que es por la vía parlamentaria que la economía mundial marcha bien, aunque yo creo que la fórmula insurreccional tampoco tiene un proyecto claro. Habría que ver país por país. Creo que en Chile, Argentina y ni siquiera Brasil tienen un proyecto económico-social que realmente se enfrente a la crisis actual. En pocas palabras, yo creo que desde que se optó por la llamada promoción de exportaciones en vez de la sustitución de importaciones, eso limita la estabilidad política del sistema democrático-burgués, así como la de los regímenes alternativos y que yo sepa nadie parece tener un proyecto sólido para enfrentar la crisis económica.

Enrique Gomáriz.—Dicho de otra forma: la devaluación de los sistemas democráticos también tendría que ver con la duda que tiene la izquierda de que exista espacio económico para mantenerlos. Cabría preguntarse si existe alguna forma de enfrentar la crisis que permita la creación de ese espacio socio-económico necesario.

José Aricó.—Pues yo no sé si las aperturas que se apuntan tendrán o no espacio económico. Pero sí que abrirán un espacio político para discutir ampliamente cómo enfrentar la crisis y que los partidos se den cuenta que sus programas no suponen una actualización de ideas, sino que están anclados en coyunturas anteriores.

André Gunder Frank.—Pues yo creo que puede haber ese espacio político que dices, pero sucede que lo que pase en el plano económico no tiene que ver con la discusión política de esos países, ni siquiera con su movimiento social, sino con cambios que se operaran en el ámbito mundial, sobre los cuales no tendrán control las fuerzas políticas de Argentina o de Perú. Incluso si una crisis del sistema mundial —por ejemplo, del sistema financiero— pudiera favorecer la ampliación del espacio de actuación nacional.

Enrique Gomáriz.—Bueno, tú has escrito bastante sobre la crisis mundial, sosteniendo siempre la idea de que al Hemisferio Sur no le queda mucho espacio económico. ¿Sigues manteniendo esa tesis?

André Gunder Frank.—Sí. Y creo que eso será así hasta que se produzca un resquebrajamiento del sistema mundial, algo que no me parece imposible. En todo caso, yo creo que si la izquierda no tiene proyecto económico, tampoco lo tiene ahora la derecha, y por eso se está planteando cambiar de modelo. A partir de ahí se está preguntando si deja entrar en el juego político a las fuerzas que ha dejado fuera hace diez años.

José Aricó.—Eso es cierto: la derecha modifica su política no por la presión de la izquierda, sino por la presión de la crisis. Bien, pues en ese cuadro es en el que hay que pensar salidas. Dicho brevemente: si se nos cuestiona una cantidad de cosas, patrones de

consumo, tipos de industria, formas de distribución de recursos, entonces habrá que pensar en términos radicalmente nuevos para la izquierda. En términos, como diría Berlinguer, del «concepto de austeridad», porque si no pensamos en esos términos no sé cómo podremos encarar la crisis.

Enrique Gomáriz.—Pero si uno sigue el argumento de André sobre los factores internacionales como determinantes, entonces tendremos un movimiento más del péndulo histórico latinoamericano: como los regímenes de dictadura imperantes agotan su modelo económico, la derecha social que apoyó la formación de esos regímenes, piensa «vayamos a la apertura democrática e impliquemos en un proceso de negociación a las fuerzas de izquierda», buscando la recuperación del mercado interno en combinación con una cierta mejoría de la situación mundial. Pero como esa coyuntura no será tan amplia, los nuevos regímenes democráticos no tendrán suficiente espacio económico, y poco tiempo después la derecha volverá a pensar en términos de dictadura. Con lo que tendremos recorrido todo el ciclo. Uno más del movimiento intermitente de cierres y aperturas que hace tiempo muestra el continente.

José Aricó.—Puede ser, pero para ello es necesario que todos jueguen el juego, y hoy las situaciones son muy distintas. Por ejemplo, en Argentina la necesidad de pensar en términos diferentes parte de hechos como el siguiente: la clase obrera industrial que era de un millón ochocientos mil trabajadores, ha quedado reducida a menos de novecientos mil. Se ha liquidado la mitad de una clase social. ¿Se puede reconstruir de la misma manera que se formó? ¿Se siguen fabricando zapatillas? ¿Se siguen fabricando automóviles? Las cuestiones son demasiado gruesas como para que no se haga un replanteamiento radical de las políticas de la izquierda.

Enrique Gomáriz.—O sea que llegamos a una conclusión no muy alegre: la izquierda latinoamericana, al sur del Canal de Panamá, se encuentra ante la alternativa de, o una dictadura militar que tiene de malo lo económico y lo político, o bien una apertura democrática que nos obliga a asumir la necesidad de apretarnos brutalmente el cinturón para enfrentar la crisis y mantener como sea el sistema democrático, olvidándonos de cualquier tipo de «alegrías» de cambios socialistas, como se plantearon en el pasado. ¿Es esa la situación?

José Aricó.—Sí, lo es.

Carlos Franco.—Sí, esa es la situación.

André Gunder Frank.—Podemos estar de acuerdo en eso, pero esas políticas son de defensa de la crisis, sin garantía de que sean exitosas y, desde luego, nada tienen que ver con políticas de cambio al socialismo. Aunque quizá yo sea el más pesimista.

Discusión organizada en Tréveris durante el Congreso conmemorativo del Centenario de Marx, por Enrique Gomáriz, con Carlos Franco, José Aricó y André Gunder Frank.

MARX Y AMERICA LATINA

José Aricó

análisis y debate



2

La inserción del marxismo en la cultura política latinoamericana es un tema aún no suficientemente explorado y que suscita un conjunto de problemas de difícil resolución por cuanto abarca una extensa constelación de perspectivas diferentes en términos de teorías y de doctrinas y de programas de acción. Esta circunstancia, que no creo que sea diferente de lo que ocurre en el resto del mundo, entre nosotros se complica porque, en muchos casos, partidos políticos o movimientos nacionales que reservan enfáticamente para sí el calificativo de «marxistas» deberían con mayor razón ser considerados expresiones más o menos modernizadas de antiguas corrientes democráticas latinoamericanas, antes que formaciones ideológicas adheridas estrictamente al pensamiento de Marx o a las corrientes que de él se desprendieron.

Una dificultad inicial, y no por esto la menos importante, reside en el escaso interés (para no hablar todavía de soslayamiento prejuicioso) que los fundadores del marxismo,

y más en particular el propio Marx, prestaron a esa suerte de «confín» del mundo europeo que el colonialismo de ultramar hizo en América. Y este hecho acabó gravitando negativamente sobre el teórico del subcontinente en la tradición socialista. En primer lugar, porque a diferencia de lo ocurrido en aquellos países donde el marxismo pudo ser de manera significativa la teoría y la práctica de un movimiento social de carácter fundamentalmente obrero, entre nosotros sus intentos de «traducción» no pudieron medirse críticamente con una herencia teórica «fuerte» como la del propio Marx, ni con elaboraciones equivalentes por su importancia teórica y política a las que él hizo de las diversas realidades nacionales europeas. Ausente una relación original con la complejidad de las categorías analíticas del pensamiento marxiano, y con su potencial cognoscitivo aplicado a formaciones nacionales concretas, el marxismo fue en América Latina, salvo muy escasas excepciones, una réplica empobrecida de esa ideología del desarrollo y de la modernización canonizada como marxista por la Segunda y Tercera Internacional.

Pero el «menosprecio» de Marx por la América hispana, o mejor dicho, su indiferencia frente al problema de la naturaleza específica de las sociedades nacionales constituidas a partir del derrumbe del colonialismo español y portugués, en una etapa de su reflexión en la que paradójicamente abordó con mayor amplitud y apertura crítica el mundo no europeo, tuvo también consecuencias negativas por razones de orden estrictamente teórico. Forzado por el perfil fuertemente antihegeliano que adoptó polémicamente su consideración del estado moderno, Marx se sintió inclinado a negar *teóricamente* todo posible rol autónomo del estado político, idea ésta que, sin embargo, constituía el eje en torno al cual se estructuró su proyecto inicial de crítica de la política y del estado. Al extender indebidamente al mundo no europeo la crítica del modelo hegeliano de un estado político como forma suprema y fundante de la comunidad ética, Marx debía ser conducido, por la propia lógica de su análisis, a desconocer en el estado toda capacidad de fundación o de «producción» de la sociedad civil y, por extensión y analogía, cualquier influencia desmedida sobre los procesos de constitución o fundación de una nación.

A partir de estos supuestos, que en el caso de sus trabajos sobre América Latina nunca estuvieron claramente explicitados, aunque pueden ser deducidos del análisis que hizo, por ejemplo, de la figura de Simón Bolívar, Marx se rehusó a conceder espesor histórico, alguna determinación real, a los estados-naciones latinoamericanos y al conjunto de los procesos ideológicos, culturales, políticos y militares que los generaban. Al privilegiar el carácter arbitrario, absurdo e irracional de tales procesos en la América hispana, Marx concluye haciendo un razonamiento semejante al de Hegel y con consecuencias similares. Porque si este último excluyó a América de su filosofía de la historia al transferirla al futuro, Marx simplemente la soslayó.

La idea de un continente «atrasado» que sólo podía lograr la modernidad a través de un acelerado proceso de aproximación y de identificación con Europa —paradigma fundante de todo el pensamiento latinoamericano del siglo pasado y aún presente— estaba instalada en la matriz misma del pensamiento de Marx. La exhumación de sus escritos sobre Rusia y otros países «anómalos» con respecto a las formas occidentales de constitución del mundo burgués, muestra que esa idea ya había sido impugnada por el propio Marx, quien comprometió buena parte de sus esfuerzos en la dilucidación de los caminos que pudieran evitar a determinados países los horrores del capitalismo. Sin embargo, su pensamiento siempre renuente a dejarse encerrar en ortodoxias sistematizadoras, sus deslizamientos y descentramientos de manías teoricistas, se cristalizó en la tradición marxista bajo la forma de una ideología fuertemente «eurocéntrica». La inserción de esta tradición en la realidad latinoamericana no hizo sino acentuar, con el prestigio que acordaba su presunta «cientificidad», la arraigada convicción de una identidad con Europa que permitía confiar en una evolución futura que suturase en un tiempo previsible los desniveles existentes. La «anomalía» latinoamericana tendió a ser vista por los so-

cialistas de formación marxista como una atipicidad transitoria, una desviación de un esquema hipostatizado de capitalismo y de relaciones entre las clases adoptado como modelo «clásico». Pero en la medida en que un razonamiento analógico como el aquí esbozado es, por su propia naturaleza, de carácter contrafáctico, las interpretaciones basadas en la identidad de América con Europa, o más ambiguamente con Occidente, de la que los marxistas latinoamericanos —excepto el caso atípico del peruano Mariátegui— se convirtieron en los más fervientes portavoces, no representaban en realidad otra cosa que transfiguraciones ideológicas de propuestas políticas modernizantes. De ahí entonces que la dilucidación del carácter histórico de las sociedades latinoamericanas, elemento imprescindible para fundar desde una perspectiva marxista las propuestas de transformación, estuviera fuertemente teñida de esta perspectiva *eurocéntrica*. A fin de cuentas, no era tanto la realidad efectiva, como la estrategia a implementar para modificarla en un sentido previamente establecido, lo que tendió a predominar en la forma teórica, ideológica y política adoptada por el marxismo en Hispanoamérica.

Sin embargo, creo que no resultaría de utilidad alguna detenernos en el reconocimiento del «menosprecio», de la indiferencia o del soslayamiento de la especificidad americana en el pensamiento de Marx. Por el contrario, pienso que reflexionar sobre esta «laguna» puede ser una forma teóricamente relevante y políticamente productiva de contrastar nuevamente la validez del cuerpo teórico de Marx en su examen de las sociedades no típicamente burguesas. Si hoy tenemos evidencias plenas de que los textos de Marx y Engels referidos en forma directa o indirecta a América Latina son más abundantes de lo que habitualmente se cree, y que la actitud que adoptaron frente a nuestra realidad de ningún modo puede ser identificada por completo con la benevolencia con que admitieron, en una primera etapa de sus vidas, la invasión de México por Estados Unidos, cuando hablamos de *indiferencia* evidentemente estamos refiriéndonos a otra cosa. No queremos decir que Marx no percibió la existencia de esta parte del mundo ya en su época en buena parte incorporada al mercado mundial capitalista, sino que la consideró *desde una perspectiva* hoy cuestionable. Lo que interesa, por ésto, es preguntarnos por las razones que condujeron a Marx a hacer de América Latina una «realidad soslayada», es decir, una realidad ocultada en el mismo acto de referirse a ella.

Para avanzar en la dilucidación del problema creo que lo más pertinente es analizar la *forma* en que América Latina aparece en los textos de Marx —por ejemplo, en el panfleto desmedidamente negativo sobre la figura de Bolívar—, forma que, en mi opinión, no puede ser explicada en su propia positividad, como fue hasta ahora el camino emprendido por quienes se preocuparon por este problema. Para explicarme mejor, no interesa tanto saber si Marx tenía o no razón ante Bolívar, sino *por qué* tendía a verlo de la manera en que lo vio.

Para abordar este problema es preciso despejar antes una serie de explicaciones que, en mi opinión, más que tales son simplemente hechos que requieren a su vez ser explicados. Veamos algunos ejemplos de las explicaciones más usuales:

1. *La superficialidad del periodista*. Basados en una distinción que me parece incorrecta entre el Marx «científico» y el Marx «político», es casi una frase hecha: la afirmación de que muchos de los trabajos de Marx sobre la política y la diplomacia mundial, al provenir de artículos periodísticos con los que lograba subvenir en parte a sus necesidades económicas personales, no tienen valor teórico. Son, por tanto, trabajos ocasionales que pueden ser dejados de lado en el estudio de la real naturaleza de su programa científico. Y de alguna manera, ésto fue lo que ocurrió por lo menos hasta años recientes. Pero si recordamos que la abrumadora mayoría de sus textos sobre el mundo no europeo, o mejor dicho, sobre el mundo no capitalístico-céntrico, fueron escritos periodísticos, si aceptamos tal afirmación deberíamos concluir que Marx prácticamente no dedicó una

reflexión *sustantiva* al problema de las formas particulares que adoptaba el proceso de devenir del capitalismo occidental. Sus trabajos sobre Rusia, el mundo eslavo, China y la India, Turquía, la revolución en España, y hasta la cuestión irlandesa, no nos enseñarían nada equivalente al modo en que analizó formaciones sociales tan concretas como Inglaterra, Francia o Alemania. Esta explicación resulta, en mi opinión, una tontería que utilizada por quienes no admiten la presencia de fuertes tensiones internas en el pensamiento de Marx, lo fragmentaban en un ser biforme que hace ciencia a la mañana y escribe liviandades a la tarde. Basta comparar sus escritos periodísticos sobre Irlanda con las páginas dedicadas a la acumulación originaria del capital en su obra teórica más importante para comprender hasta dónde entre ambos textos existe una realimentación recíproca. Lo cual, como se comprende, resulta lógico, natural e inevitable.

2. *El «desconocimiento» del historiador.* Esta es otra razón aducida con cierta frecuencia. No puede negarse que una afirmación tal resulta difícilmente refutable por la razón obvia de que siempre resulta aplicable. En cierto modo la renovación y el desarrollo de los estudios históricos coloca a todo investigador en la situación de «desconocer» informaciones. Es más, prolongando este razonamiento podríamos llegar a la conclusión —que no valdría la pena discutir aquí— de que la propia historia, como narración de los hechos de los hombres, es de algún modo tarea imposible. Pero la rigurosidad, el enfermizo exceso de celo, la insaciable capacidad de lectura y de reflexión de Marx, que aún provoca en nosotros admiración, respeto y, ¿por qué no?, mucho de envidia, nos lleva a rechazar el privilegiamiento de su ignorancia. Para aclarar los temas que abordó Marx se proveyó de una impresionante cantidad de libros y documentos, que ayudado por las diversas lenguas que dominaba, le permitían disponer de una información excepcional para su época. Véase, por ejemplo, el listado de libros que consultó para escribir sobre España, y el referido al estudio que encaró desde los años setenta sobre las formas comunitarias en Asia, Africa y América para cuestionar la afirmación del supuesto «desconocimiento» de Marx sobre las realidades de las que intentaba dar cuenta.

3. *Las limitaciones del metodólogo.* Esta objeción quizá tenga más peso, pero sólo a condición de que en lugar de aplicársela a Marx, se la utilice para analizar la limitación del «marxismo», tal como se confirmó teóricamente desde fines del siglo pasado. Si el marxismo enfatizó la supuesta división de la realidad en «base» y «superestructura» —que, por supuesto, arranca de Marx, pero tiene en él otras connotaciones—, y sostuvo que las formaciones sociales sólo podían ser analizadas *arrancando* de la infraestructura, es lógico pensar que el método resultaba difícilmente aplicable a sociedades cuya estructuración de clase era gelatinosa y organizadas en torno al poder opresivo del Estado, por ejemplo. Sin embargo, si analizamos los escritos de Marx sobre España, o sobre Rusia, estaremos frente a un pensador que parece adoptar un camino inverso, y es precisamente esta circunstancia lo que provoca en muchos marxistas perplejidad y desconcierto. Como afirma Sacristán con respecto a sus trabajos sobre España, el método de Marx, notablemente evidenciado en los textos «políticos» es «proceder en la explicación de un fenómeno político de tal modo que el análisis agote todas las instancias sobreestructurales antes de apelar a las instancias económico-sociales fundamentales. Así se evita que éstas se conviertan en *Dei ex machina* desprovistas de adecuada función heurística. Esa regla supone un principio epistemológico que podría formularse así: el orden del análisis en la investigación es inverso del orden de fundamentación real admitido por el método».

Y esto es lo que afirma precisamente Marx en una nota de *El Capital* cuando dice que sería una tarea vana partir de las relaciones de producción capitalista para explicar el cielo religioso, y pregona el método inverso para indagar su terrenalidad.

4. La última, y no por ello menos importante, explicación del soslayamiento de Marx se basa en un supuesto desprecio «eurocéntrico». Dejemos de lado la noción más

pobre de este concepto que se funda en la idea de una suerte de «ininteligibilidad» del mundo no europeo por parte de los europeos. Es una idea profundamente arraigada en América Latina, en cuanto mundo de naciones en búsqueda de una identidad propia. Tratemos de indagar en la fundamentación que el concepto de «eurocentrismo» recibe por parte de estudiosos colocados en una perspectiva socialista que no admiten las consecuencias romántico-nacionalistas que aquella visión pedestre de eurocentrismo conlleva. Tales estudiosos parten del hecho indiscutible que Marx fue un pensador de su tiempo y que estaba poseído, como es lógico, de una creencia, nunca puesta en cuestión, en el progreso, en la necesidad de dominio del hombre sobre la naturaleza, en la revalorización de la tecnología productiva y en una laicización de la visión judeo-cristiana de la historia. A partir de ese basamento cultural, definido como «paradigma eurocéntrico», Marx había construido un sistema categorial, basado en las determinantes contradicciones de clase que lo llevó necesariamente a excluir aquellas realidades que escapaban al modelo la contradicción que emergía entre un modelo teórico-abstracto y una situación irreductible a sus parámetros esenciales explicaría por tanto la exclusión de América. Marx no podía ver detrás del caos del azar y de la irracionalidad, el proceso de devenir naciones de los pueblos latinoamericanos, porque su perspectiva capitalístico-céntrica se lo vedaba. Una construcción teórica como la suya, basada en la modalidad particular que adquirió la relación estado-nación en Europa, determinaba necesariamente una concepción de la política, del estado, de las clases, y más en general del curso histórico en los procesos que no encontraba réplica cabal en América Latina.

Confieso que esta explicación no me satisface por varias razones, la principal es la de que acaba reduciendo a Marx a un pensador esclavo de su teoría y, a ésta en un sistema cerrado impermeable a la irrupción de la historia. Creo encontrar en Marx fuertes descentramientos de sus hipótesis que no podrían ser entendidas y evaluadas en su real significación si aceptáramos tal explicación. Cito solamente algunos casos:

- a) El viraje estratégico de los años sesenta en torno al privilegiamiento de la independencia de Irlanda como elemento motriz de la revolución en Inglaterra;
- b) el rechazo explícito en los años setenta de la idea de un camino unilineal de la historia basado en la expansión capitalista;
- c) el reconocimiento de la potencialidad de la comuna agraria como vía no capitalista para el advenimiento de una sociedad socialista;
- d) el privilegiamiento de la *autonomía* de la política en sus análisis concretos, privilegiamiento que impregna fuertemente todos sus escritos políticos desde los años cincuenta.

Pienso que cualquier estudio que se haga sobre la obra de Marx debe, necesariamente, ser capaz de integrar estos hechos que parecen contradecir una lectura en clave «sistémica» de tal obra.

Es en esta y otras razones que creo encontrar en la diatriba de Marx contra Bolívar elementos para fundar una interpretación que privilegia la presencia en sus reflexiones de una previa y prejuiciosa *actitud política* que desvió su mirada, la caracterización de Bolívar como delator, oportunista, incapaz, mal estratega militar y dictador, y su identificación con el haitiano Souluque, encontraba luego el tercer término de comparación en el denostado Luis Bonaparte contra cuyo régimen Marx dedicó gran parte de sus energías y reflexiones.

Este prejuicio político tan acentuado en Marx motivó la resurrección en su pensamiento de la idea hegeliana de «pueblos sin historia» —en un momento de evidente superación para otras áreas de análisis—, como base de su caracterización del proceso latinoamericano, es decir, la consideración de los pueblos de la región latinoamericana co-

mo conglomerados humanos carentes de potencialidad propia y podríamos decir, de la masa «crítica» necesaria para la constitución de una nación legitimada en sus derechos de existencia.

Paralelamente, con la resurrección positiva de esta idea hegeliana se exacerbó su aversión al postulado de Hegel acerca del papel del Estado como instancia productora de la sociedad civil en la medida en que el supuesto era la inexistencia de la nación, Marx no podía visualizar de otra forma que como presencia omnímoda y no racional —también en sentido hegeliano— del Estado sobre los esbozos de sociedad civil a los procesos en curso en América Latina a partir de la independencia, procesos en los que el Estado cumplía, indudablemente, un papel decisivo en la modelación de la sociedad. Marx no pudo visualizar en ellos la presencia de una lucha de clases definitoria de su «movimiento real» y, por tanto, fundante en su sistematización lógico-histórica. A partir de lo cual no pudo caracterizar correctamente esta realidad que se le presentaba en un estado claramente magmático.

Las condiciones de constitución de los Estados latinoamericanos y las primeras etapas de su desarrollo independiente, eran tan excéntricas de los postulados de Marx respecto de la relación entre Estado y sociedad civil —a partir del rechazo del principio hegeliano de la primacía otorgada al Estado— que sólo podrán ser entendidas con un tipo de razonamiento como el que utiliza para el caso de España o del asiaticismo ruso-mongol, pero en la medida en que tendió a considerarlas como la potenciación sin contrapartida del bonapartismo y de la reacción europea, el resultado fue su soslayamiento.

América Latina no aparece como tal en Marx, no porque la modalidad particular de la relación Estado nación-Estado en Europa desvíe su mirada, ni porque su concepción de la política y del Estado excluya la admisión de lo diverso, ni tampoco porque la perspectiva desde la cual analiza los procesos lo conduzca a no comprender a sociedades ajenas a las virtualidades explicativas de su método. Ninguna de estas consideraciones, por más presentes que estén en Marx y que influyan sobre su manera de situarse frente a la realidad, me parecen suficientes por sí mismas para explicar el fenómeno. Todas ellas menosprecian, curiosamente, la perspectiva política desde la cual Marx analiza el contexto internacional, al mismo tiempo que enfatizan la supuesta ausencia de la «autonomía de lo político» como una consecuencia inevitable de la rigidez de su método interpretativo. No eran esquemas teóricos definidos, sino más bien *opciones estratégicas* consideradas como favorables a la revolución, lo que llevaba a Marx a privilegiar campos o a jerarquizar fuerzas. La matriz de su pensamiento no era, por tanto, el conocimiento del carácter progresivo del capitalismo sino la posibilidad que éste abría de la revolución. Es la revolución el sitio desde el cual se caracteriza la «modernidad» o «atraso» de los movimientos de lo real. Y porque esto es así, la bendición o maldición marxiana cae de manera aparentemente caprichosa sobre los hechos. Aceptando el carácter «progresivo» del capitalismo, es la Inglaterra «moderna» la que resulta denostada por Marx a causa de su entendimiento con el baluarte reaccionario del zarismo. El contexto internacional no puede ser analizado, en consecuencia, única y exclusivamente a partir de la confianza —innegable en Marx— del determinismo de las fuerzas productivas. Requiere de otras formas de aproximación que permitan visualizar aquellas fuerzas que, puestas en movimiento por la dinámica trastocadora del capital, tiendan a derruir todo lo que sofoca el libre desenvolvimiento de los impulsos de la sociedad civil. Porque el desarrollo del modo capitalista de producción sucede sobre un mundo profundamente diverso y diferenciado, tratar de mostrar y de mutar la proteiforme realidad de éste obliga a dejar de lado cualquier pretensión de unificarlo de manera abstracta y formal y abrirse a una perspectiva micrológica y fragmentaria. En la enumeración material de lo que es verdaderamente está encerrada la posibilidad de aferrar la realidad histórica concreta para potenciar

una práctica transformadora. Es desde la política, desde la admisión de la diversidad de lo real, desde la presentación de los elementos contiguos de mala historia social de su tiempo, como Marx intenta fundar una lectura que descubra en los insterticios de las sociedades los huecos por donde se filtre la dinámica revolucionaria de la sociedad civil. Tal es la razón de por qué sus análisis de «casos» nacionales no parecen obedecer a «procesos globales», «mediaciones» o «totalizaciones» que den un sentido único, un orden de regularidad, a sus movimientos. Por cuanto no existe en él una teoría sustantiva de la «cuestión nacional», los momentos nacionales son sólo variables de una política de destrucción de todo aquello que bloquea el desarrollo del progreso, de la democracia y de la revolución. *En última instancia, las naciones que realmente interesan a Marx son las que desde su perspectiva, pueden desempeñar tal función histórica.*

Como América Latina fue considerada por él desde la perspectiva de su real o supuesta función de freno de la revolución española, o como Hinterland de la expansión bonapartista, su mirada estuvo fuertemente refractada por un juicio político adverso; procedimiento éste que se torna muy evidente e irritante en su escrito sobre Bolívar. El hecho de que a partir del reconocimiento de una perspectiva que se transformó en un verdadero *prejuicio político* podamos rastrear luego hasta qué punto tal prejuicio se alimentó de aromas ideológicos, de concepciones teóricas y de ideas originadas en su formación ideológica y cultural, no invalida la necesidad de privilegiar una dirección de búsqueda acorde con el sentido mismo de la obra de Marx.

La descalificación de Bolívar implicó un riesgo que Marx fue incapaz de sortear y del que nunca tuvo plena conciencia. Ese riesgo fue la incomprensión del movimiento latinoamericano en su conjunto. No es casual que dejándose llevar por su odio al autoritarismo bolivariano, concebido como una dictadura educativa impuesta coercitivamente a masas que no parecían estar maduras para una sociedad democrática, Marx haya dejado de considerar lo que su propio método lo impulsaba a buscar en otros fenómenos sociales que analizó: la dinámica real de las fuerzas sociales. Resulta así sorprendente que no haya prestado atención alguna a las referencias acerca de la actitud de los distintos sectores sociales latinoamericanos ante la guerra de independencia, las rebeliones campesinas o rurales contra las élites criollas que dirigían la política de revolución, la endeblez de las apoyaturas políticas de dichas élites entre los sectores populares de la población, y más en particular entre los negros, los indios, quienes tendían a sostener la causa de los españoles; el alcance de la abolición del pongo y de la mita, la distinta característica de las guerras de independencia donde las élites urbanas habían logrado mantener el control del proceso evitando el peligro de una abierta confrontación entre pobres y ricos, y México, donde la revolución comenzó siendo una rebelión generalizada de campesinos e indígenas.

Marx no entendió que si el movimiento independizador estaba enfrentado a tan complejas y peligrosas alternativas, la *forma* bonapartista y autoritaria del proyecto bolivariano no expresaba simplemente, como pensó, las características personales de un individuo sino la debilidad de un grupo social avanzado que, en un contexto internacional y continental caracterizado por el ascenso de la contrarrevolución, sólo pudo proyectar la construcción de una gran nación moderna a partir de la presencia de un estado fuerte, legitimado por un estamento profesional e intelectual que por sus propias virtudes fuera capaz de conformar una opinión pública favorable al sistema, y por un ejército dispuesto a sofocar el constante impulso subversivo de las masas populares. Por lo que podemos afirmar que, traicionando lo que constituía la esencia de su manera de analizar los procesos sociales, Marx sustantivó en la persona de Bolívar lo que se negó de hecho a analizar en la realidad latinoamericana: las fuerzas sociales que provocaron su auge y decadencia. De modo idealista, el movimiento real fue sustituido por las desventuras de un falso héroe.

Es por todo este razonamiento, apresuradamente esbozado, que creo que resulta pobre, limitado e inconducente asignar al supuesto europeísmo de Marx su paradójico soslayamiento de la realidad latinoamericana. La presencia obnubilante de los fenómenos del populismo que caracterizan la historia de los países americanos en el siglo XX llevó curiosamente a identificar eurocentrismo con resistencia a toda forma de bonapartismo o de autoritarismo. El resultado fue una fragmentación cada vez más acentuada del pensamiento de izquierda, dividido entre una aceptación del autoritarismo como costo ineludible de todo proceso de democratización de las masas, y un liberalismo aristocratizante como único resguardo posible de toda sociedad futura, aún al precio de enajenarse el apoyo de las masas. Aceptar la calificación de eurocéntrico implica en este caso cuestionar ese filón democrático, nacional y popular que constituye una parte inescindible del pensamiento de Marx. Si es innegable que el proceso de constitución de las naciones latinoamericanas se realizó en gran parte a espaldas y en contra de la voluntad de las masas populares, cuestionar la idea cara a la Segunda y a la Tercera Internacional de la progresividad en sí del desarrollo de las fuerzas productivas y de las formaciones estatales, significa, de hecho, reencontrarse con ese filón democrático y popular del marxismo. Y es por esto que problematizar las razones de la resistencia de Marx a incorporar a su pensamiento la realidad del devenir estado de las formaciones sociales latinoamericanas no sea un mero problema historiográfico o un vacuo ejercicio de marxología, sino una más de las múltiples formas que puede y debe adoptar el marxismo para cuestionarse a sí mismo.

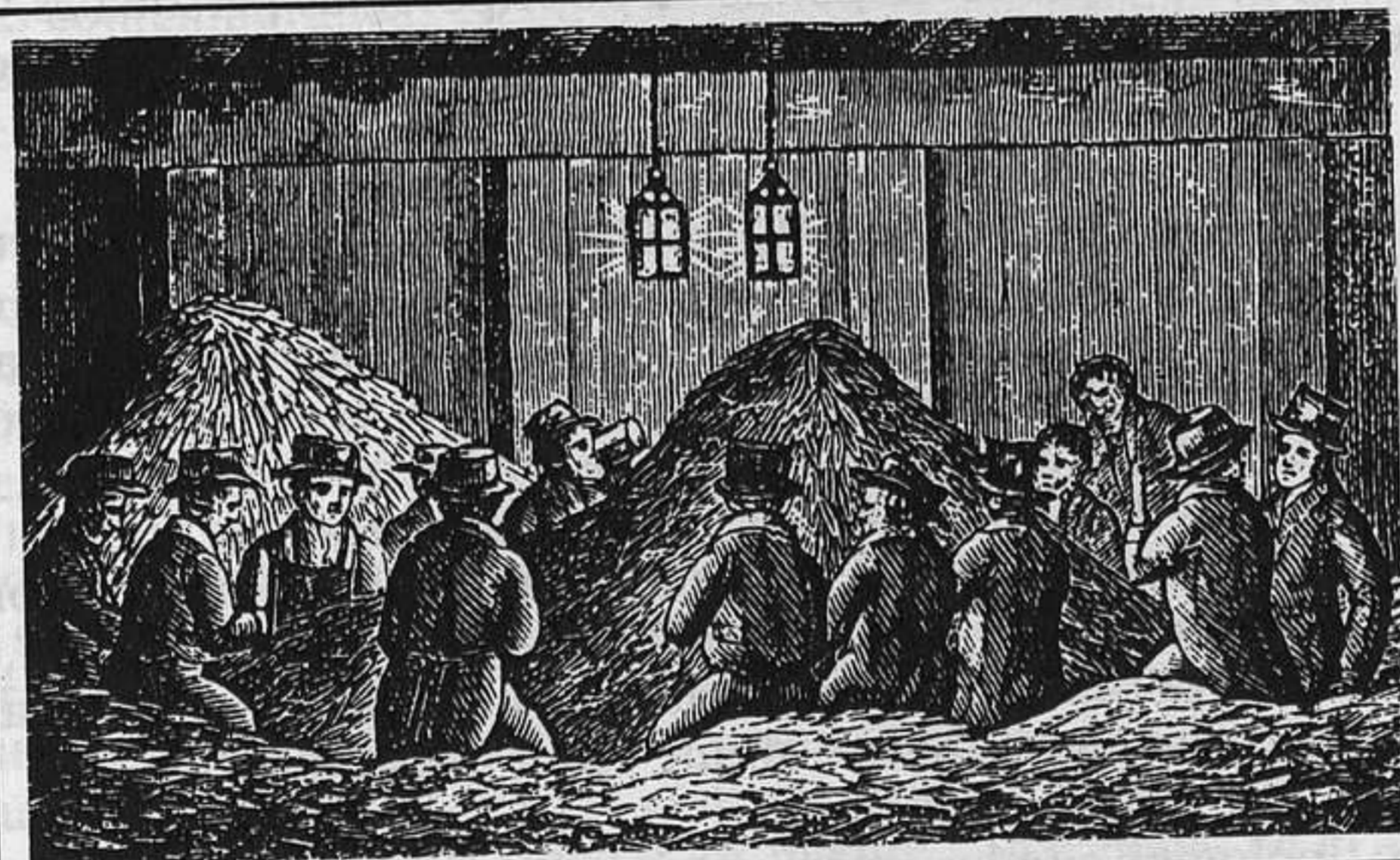
Creo además que el hecho de que en el presente y en momentos de crisis de las concepciones autoritarias y burocráticas, el marxismo como filosofía de estado atraviese una grave crisis y el filón democrático y antiautoritario vuelva a emerger con una fuerza tal como para reclamar todo un reordenamiento de la teoría y de la práctica política muestra la vitalidad de una doctrina aún capaz de sostener una confrontación productiva con la realidad y con la cultura contemporáneas.

(*) Ponencia presentada al Congreso «Marx en Asia, Africa y América Latina», celebrada en Tréveris para conmemorar el centenario de la muerte de Marx.

LAS RELACIONES ENTRE LAS CULTURAS

Josep María Castellet

análisis y debate



3

La cultura como lucha por la identidad.

El mundo se ha hecho pequeño, en medio del desorden y el caos. Los medios masivos de comunicación de esta última cuarta parte del siglo nos bombardean diariamente con un montón de noticias de difícil asimilación. Imperan las informaciones políticas que, leídas en periódicos y revistas, u oídas y vistas a través de la radio o la televisión, nos ofrecen una fastuosa y patética representación de ópera, entre dramática y bufa, en un escenario dividido en múltiples espacios donde alternativamente se encienden y apagan las luces, y vemos toda clase de imágenes, sobre todo violentas —y alternadas con abundantes «spots» publicitarios— en las cuales dominan los individuos y las multitudes —los pueblos— empujados de un lado a otro, en actitud de revuelta o de resignada aceptación, por los hechos que, ineluctablemente, han configurado la historia de la humanidad, y configuran, ahora, la suya.

La lectura simultánea de estas representaciones es más bien visual y sensitiva que intelectual. Desplazados del pequeño reducto de nuestras vidas cotidianas, no tenemos capacidad para una interpretación intelectual y global de lo que pasa. La atención nos es solicitada por un sonido o por una imagen cualquiera, antes de que hayamos podido asimilar la anterior. Espectadores y protagonistas —ya que nosotros mismos somos episódicamente actores de esta ópera grandiosa— mientras que oímos y observamos, nos oyen y nos observan y sentimos la inestabilidad del desplazamiento pasivo que nos hace ir de un lado a otro, de las butacas al escenario de este gran teatro del mundo.

Nadie como el hombre contemporáneo, a lo largo de la historia, ha podido contemplar este espectáculo dantesco y grotesco, y nadie tampoco, como él, ha sido la víctima consciente de este desconcierto informe del que somos prisioneros. En nombre de un internacionalismo solidario y verdadero, pero que sobrepasa nuestras fuerzas individuales, o en el de un cosmopolitismo disgregador que bajo la piel del cordero nos ofrece la posibilidad de uniformismo de las multinacionales de la información, de cualquier producto comercial, estamos llamados a participar en la exhibición y voluntaria o involuntariamente estamos presentes.

Sin embargo, desde hace unos años, observamos una cierta fatiga por parte de la masa más consciente de estos actores/espectadores que somos todos nosotros. La interpretación de este cansancio, de fácil diagnóstico, tiene diversas lecturas, de las cuales las más habituales son el «pasotismo», por una parte, y el refugio en la intimidad, por la otra. Bien visto, son fenómenos que corresponden a dos tipologías personales y culturales distintas, bastante definidas en el mundo actual coincidentes en los comienzos de una actitud de rechazo.

La primera de ellas no es sólo característica, como se acostumbra a entender, del mundo juvenil. Afecta a una parte importante de una población alienada por el consumismo, por la satisfacción de los placeres inmediatos, por el sentimiento imperante de la necesidad de evasión de un trabajo rutinario e impersonal, por el desengaño político de las palabras vacías o de la corrupción, es un estado de ánimo que se extiende, cada vez más, entre los estratos sociales de cultura débil, es decir, entre personas que no tienen las alternativas más o menos sólidas del cultivo de la personalidad o, en una palabra en desuso, del espíritu. No son responsables, generalmente, de esta situación, la cual, incluso, se les hace difícil de entender por la falta de costumbre de un lenguaje que les hable de libertad personal, en lugar de las necesidades, al que están acostumbrados.

La segunda de las tipologías citadas, más restringida pero no menos significativa, comprende estratos de la población a los que unas raíces históricas o sociales o una determinada sensibilidad cultural, aunque no estén profundizadas, les permiten comprender que el espacio de libertad personal existe siempre, a pesar de que vivan las mismas presiones o el peso social que conducen al «pasotismo», es decir, a la indiferencia personal y colectiva de la otra capa de la sociedad que acabamos de citar. Harían falta estudios de psicología social y antropología cultural, además del conocimiento de la idiosincrasia de cada uno, con tal de determinar las reacciones que conducen a uno u otro planteamiento de la situación. En todo caso, lo cierto es que nos encontramos en un estadio de crisis de la sociedad, una parte importante de la cual rechaza los modelos establecidos.

Según la psicología social, la identidad desempeña un papel fundamental determinante para nuestra interacción con los otros. Este concepto tan utilizado hoy —por todas partes encontramos almas perdidas a la busca de sus señas de identidad y descubrimos que a nosotros nos pasa lo mismo— vendría a ser el denominador común de la traducción cultural de la crisis de la sociedad, independientemente de otros factores como pueden ser los económicos o los que se refieren a la estructura social que estos determinan.

Para lo que ahora nos interesa, debemos detenernos un momento en el malestar del hombre contemporáneo respecto a su identidad. Desbordado, como hemos dicho, por una acumulación indigerible de información, violentado por unos hábitos de vida que rompen cualquier posibilidad de retomar contacto con el ritmo de la naturaleza, especialmente en las grandes áreas industriales y, finalmente, desplazado brutalmente de creencias, tradiciones, herencias culturales, etc., las mujeres y los hombres de hoy se sienten trastornados interiormente, notan que les faltan las raíces, no tienen puntos de referencia sólidos y, en definitiva, se saben inseguros. Quiero decir, antes de seguir, que el problema de la personalidad es infinitamente complejo y que no intento más que dar una visión social, tal y como se manifiesta en la interrelación humana. Pero es precisamente ésta la que nos interesa, porque sólo sobre datos colectivos podemos hacer planteamientos comunitarios, es decir, tratar de problemas que nos afectan a todos.

Es en este sentido en el que hemos hablado de manifestaciones colectivas, que se hacen patentes en las tipologías que hemos citado y que deberían preocupar profundamente a los dirigentes políticos que luchan, aparentemente, por el bienestar de sus pueblos. A una retracción de la cosa pública se debería poder dar una respuesta política que, en este caso, es de política cultural.

En efecto, la soledad, el desplazamiento o la incomodidad de la gente de hoy, ya que no soluciones inmediatas, tiene una profilaxis social que puede evitar empeoramientos posteriores, a la vez que puede ayudar a la prevención del malestar al que hemos hecho alusión. Se trata de volver a situar —tarea nada fácil— a las mujeres y los hombres de las sociedades contemporáneas en un contexto en el que puedan desarrollar su personalidad sin sentirse sometidos a presiones irresistibles o violaciones constantes o a la desnaturalización de sus relaciones consigo mismo y con la sociedad.

Esta vuelta a un sitio habitable ha de permitir, si no la reconciliación consigo mismos —hecho de carácter individual, que escapa a la acción de gobierno—, sí la reconciliación con la sociedad y, en consecuencia, conducir a una remodelación de ésta mediante un renovado interés colectivo —y ésta sí debería ser una de las actividades preferentes de una acción de gobierno.

¿Por qué decimos que ésta es una tarea de tipo cultural, de política cultural? Evidentemente, si repasamos los factores que han dado lugar a la situación actual, podríamos encontrar algunos intereses económicos y políticos, es decir, de división social, pero los medios utilizados (la información, la comunicación, la enseñanza, etc.) son, evidentemente, culturales, como lo son las consecuencias (disgregación, alienación, desarraigo, etcétera). A estas últimas, sin olvidar los medios —los cuales en la época contemporánea son decisivos— y a algunos de los factores causales, dedicaremos las páginas siguientes.

En un sentido amplio, el concepto de cultura es determinante hoy para una evolución que proviene de la contraposición entre el mundo de la naturaleza y el del espíritu. Pero se transforma a lo largo del tiempo, y especialmente en los últimos siglos —que es cuando todo el mundo toma identidad— y deriva, gracias a la antropología cultural, hacia una concepción muy amplia que podríamos definir, en palabras de Tylor, diciendo que cultura

«es una totalidad compleja que incluye los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres y cualquier otro hábito, características y capacidades adquiridas por el hombre como miembro de una sociedad».

En consecuencia, diríamos ahora, en el momento en que las mujeres y los hombres de hoy se sienten desplazados de este vasto entorno social, es cuando pierden pie y su personalidad vacila.

Taylor habla de sociedad: es un término preciso y, a la vez, muy vago. Sociedad puede equivaler a una comunidad natural o a un conjunto de comunidades que se han formado a lo largo de la historia, por afinidades electivas, hasta constituir una nación. También el término de nación es vago y controvertido. En todo caso, de lo que se trata es del sentimiento comunitario coherente —incluso en sus contradicciones— que lleva a un conjunto social a definirse mediante determinadas creencias, costumbres, derechos y creaciones culturales como un todo unitario que le diferencian, pero no necesariamente lo contraponen, a otros conjuntos sociales, cuya evolución les ha llevado a la conformación de comunidades diferenciadas. Una rápida mirada sobre el mundo histórico y el contemporáneo nos lleva a la conclusión de que esta pluralidad es un hecho indiscutible y definidor de una humanidad, cuya característica esencial es precisamente el hecho de una convivencia difícil por la variedad de razas, de creencias, de desniveles sociales, etc., en los que intervienen factores antropológicos, geográficos, históricos, económicos, religiosos y, como resumen de todos, culturales, que son, finalmente, los que les dan cohesión.

La identidad colectiva nos viene dada así por un sentimiento unitario y la voluntad de pertenencia a una comunidad. Prefiero esta concepción subjetiva a una definición pretendidamente objetiva y externa porque me parece más real. Y, sobre todo, más realista que la conformación de fronteras políticas entre Estados, las cuales muchas veces provocan divisiones artificiales. Sin embargo, no se trata de menospreciar la racionalización de sentimientos y voluntades, sino al contrario, del intento de estudiar qué es lo que conforma una sensibilidad colectiva en la que las personas se reencuentran ellas mismas, se reconcilian con su entorno social, se sienten parte activa de una comunidad y, en definitiva, no tienen la necesidad de marginarse —traspasando fronteras o interiorizándose— de la sociedad. La identidad, finalmente, proviene de la libertad de escoger dentro de un marco cuya dimensión es alcanzable por el individuo, es decir, un espacio familiar donde poder desarrollar la personalidad de cada uno, a partir de unas coordenadas históricas, lingüísticas y culturales determinadas.

El malestar de las mujeres y los hombres contemporáneos tiene, así, un campo donde resolverse o, mejor dicho, un terreno desde donde plantearse los problemas de su intranquilidad y de su inestabilidad: se trata del mundo de la cultura, entendida, evidentemente, como una totalidad que arranca de la vida cotidiana para alcanzar una calidad de vida de la que forman parte las creaciones individuales y colectivas que cada uno quiera escoger y para las que estén capacitados. En las sociedades avanzadas, a las que pertenecemos si bien no por nivel económico, el problema no se plantea ya en un crecimiento desordenado de la riqueza, sino en su reajuste, en su mejor distribución y en su utilización como tal de crear espacios habitables, humanamente hablando. Ampliamente entendido, el concepto de cultura integra la capacidad creativa de cada uno, contra la disgregación intelectual, la alienación de la personalidad, la manifestación del individuo.

Problemas de la relación entre las culturas.

He creído necesario este largo preámbulo porque sin él no se entienden, posiblemente, las reivindicaciones de las culturas nacionales minoritarias o restringidas, ni la necesidad, hoy creciente, incluso en las culturas hegemónicas, de reducir a escala humana el ámbito de desarrollo personal. En las culturas de ámbito restringido, los individuos se sienten generalmente oprimidos, ahogados por la imposición de formas de vida o de obligatorias afinidades en un mundo al cual se suele imponer una determinada homogeneidad ideológica, política o de modelos culturales. En las hegemónicas, casi siempre en lucha entre ellas, el peso o el poder del Estado y el esfuerzo para mantenerse como potencias mundiales, acaba por aplastar también a los propios súbditos y una parte de la población, que puede sentirse, incluso, moralmente culpabilizada, opta por el desinterés de

la cosa pública y busca desentenderse por medio de la interiorización o de cualquier tipo de evasión. Diríamos que sólo algunos Estados demográficamente secundarios y de alto nivel de vida (los países escandinavos, Suiza, etc.) o algunas regiones europeas en situación de Estados federales o de otra descentralización (Alemania, Inglaterra, etc.) han tenido la capacidad de reflexionar sobre la dimensión y la coherencia idóneas con tal de imaginar una posibilidad de convivencia basada en el cultivo de modelos culturales no demasiado alejados de la evolución natural de unas tradiciones que les son propias, a pesar de, por ejemplo y por tratarse del mundo occidental, una inevitable norteamericanización.

Son, precisamente, estos los países de más alta elaboración de lo que hoy se entiende por política cultural, es decir, de una propuesta de vida cultural que partiendo de la calidad de vida permita el desarrollo de la creatividad en sociedades poco represivas y en consecuencia, motivadoras de la creatividad de los individuos. La mayor parte de las investigaciones hechas hasta ahora sobre la posibilidad de construir sociedades culturales provienen de los países escandinavos donde toda la problemática que estamos tratando ya no es sólo experimental, sino que ha penetrado en el cuerpo social como una necesidad o, para los gobernantes, como una exigencia.

Fíjense que me estoy refiriendo a países desarrollados, pero pequeños, de demografía débil. Se trata, entonces, de países donde es más fácil alcanzar una homogeneidad cultural que en los grandes Estados. Por otra parte, sin embargo, se trata de países que por sus dimensiones sociales no pueden abastecer la totalidad de una producción cultural suficiente para todas las necesidades. Pienso, especialmente, en la gran industria cultural (cinematografía, editoriales, televisión, etc.), la cual, generalmente, sólo se puede dar en países no sólo de gran demografía, sino de un alto nivel de desarrollo económico y tecnológico. Surge así la necesidad de «préstamo cultural» inevitable para los países pequeños y que sólo pueden ofrecer los grandes generadores, estadísticamente hablando, de cultura manufacturada.

Es obvio que en este «préstamo cultural» reside uno de los grandes peligros de las relaciones entre los pueblos de dimensiones diferentes, es decir, el de la colonización cultural. Incluso prescindiendo del problema de las ideologías, es evidente que los Estados Unidos o la Unión Soviética, en cada uno de sus ámbitos de expansión, exportan productos de la cultura industrial que acaban siendo modelos culturales para países que originariamente tienen otros y, en la mayor parte de los casos, no solamente diferentes sino contrapuestos. El hecho más evidente se produce en los países del tercer mundo, de débil densidad cultural, en los cuales el «préstamo necesario» acaba convirtiéndose en penetración inexorable de otras culturas que originan un proceso de colonización contra el que los gobiernos, en el mejor de los casos, no tienen más que una posibilidad defensiva de actuación intentando reforzar las culturas autóctonas.

Menciono este caso evidente como motivo de reflexión sobre el que podríamos llamar el drama de la desidentificación al que está sometida buena parte de la humanidad de hoy. Es decir, que a los problemas citados en las primeras páginas y referidos, en general, a las sociedades occidentales, hay que añadir el de la impotencia de los países pobres para huir de un colonialismo acaparador. Lo peor es que en estos momentos no se ve una salida viable para estos países, por otra parte dominados mayoritariamente por dictaduras que representan a una clase dominante cuyos intereses no son evidentemente culturales, sino económicos y en beneficio sólo de ellos mismos.

Volvamos, sin embargo, a aquellas sociedades desarrolladas que, de todas formas, no pueden abarcar la totalidad de las necesidades culturales de sus pueblos. En estos países, el concepto del «préstamo cultural» no es, necesariamente, empobrecedor. Desde

una sólida base nacional, el contacto entre culturas —aunque estadísticamente se produce siempre con una gran diferencia a favor del país más potente— puede resultar, y resulta, en la mayor parte de los casos, enriquecedor. Hablo, evidentemente, de los contactos de un mínimo nivel cultural: los productos subculturales tan frecuentes y de exportación masiva no aportan nada a nadie. La cuestión, entonces, recae siempre, para los países pequeños, en su fortaleza originaria, en el conocimiento de la realidad y de los peligros que la intercomunicación puede producir y en la voluntad de pueblos y gobernantes de mantener, desarrollar y fortalecer las raíces culturales propias.

En cuanto al resto, nadie duda de que la relación entre culturas no solamente es necesaria desde el punto de vista del mutuo enriquecimiento, sino el fundamento mismo del concepto de cultura: formación espiritual, comunicación con los otros, ampliación de las vivencias, reelaboración de la experiencia ajena, conocimiento del mundo, sentido del pluralismo, profundización en la libertad, etc. Cultura y humanismo aparecen así en su más amplia dimensión como manifestación de solidaridad de la condición humana.

Algunos problemas de la cultura catalana.

Hemos intentado ahora esbozar, en una primera parte, las inquietudes de una humanidad que tiende a la busca de una identidad que progresivamente se le niega a causa del peculiar desarrollo de nuestro siglo y, en una segunda parte, dibujar algunos de los problemas que pueden plantearse en el contacto entre culturas de fuerza diferente. Lo hemos hecho así porque no podemos, ni queremos, considerar los problemas de la cultura catalana como específicos y aislados del contexto universal. Nuestros problemas tienen, ciertamente, unas peculiaridades distintivas, pero son problemas que separados de los del mundo general —tendencia a hacerlo en la que incurren muchos de nuestros compatriotas— pierden valor y fuerza por un exceso de localización y, en muchas ocasiones, por un sentimentalismo descontrolado que no tiene en cuenta la realidad global en la que estamos inmersos y, en consecuencia, los empequeñecen, los particularizan y, contra su voluntad los convierten en relativamente insignificantes.

Contrariamente, enmarcar estos problemas en la problemática general de una humanidad que en diversos grados y matices padece una crisis cultural generalizada, nos permite ver hasta qué punto compartimos una situación más vasta, cuáles son las peculiaridades distintivas de nuestra cultura y cuáles son los remedios o las posibles soluciones que, por similitud, analogía o coincidencia podemos aplicar a nuestra situación.

Desde este punto de vista, quiero comenzar diciendo que el malestar general de la cultura catalana consiste, básicamente, en el hecho de ser una cultura potencialmente completa que, por razones históricas conocidas de todos, no ha acabado de desarrollarse como habría podido hacerlo en circunstancias de libertad absoluta. Con esto, y con todos los respetos, quiero desmarcar definitivamente esta cultura de todas aquellas llamadas minoritarias que, o bien son residuales o bien su capacidad de respuesta —por las razones que sean— ante el reto de la contemporaneidad ha llegado a ser imposible.

Contrariamente, la cultura catalana cuenta con una potencialidad creadora que abarca casi todos los espacios culturales. Todos ellos son cultivados por los creadores y todos ellos tienen un público consumidor, el cual es, por otra parte, un elemento activo de participación o exigencia. Por otra parte, el hecho de tratarse de una sociedad avanzada ofrece la posibilidad de un cierto nivel de calidad de vida, hecho cultural en un sentido muy amplio de la palabra. Ahora: el desarrollo de esta cultura encuentra, todavía hoy, unas dificultades que crean el malestar mencionado. Estas dificultades son, básicamente, de tres clases: 1) El déficit histórico general agravado por los años del franquismo.

2) La anormalidad todavía hoy vigente. 3) El ámbito restringido que necesita del «préstamo cultural» y las circunstancias anormales en las que éste se produce.

No es ningún secreto para nadie que toda cultura tiende a ser autosuficiente en los límites propios de su territorio por razones de coherencia nacional. Esta autosuficiencia es funcional y no excluye, sino al contrario, la necesidad de contactos con otras culturas, como he dicho más arriba. La autosuficiencia funcional quiere decir que los instrumentos de creación, difusión y consumo de la cultura han de ser propios y sin ingerencias ajenas: esto puede dar culturas grandes, expansivas o no, o culturas de ámbito restringido, que deberán decidir ellas mismas su política de desarrollo, sus opciones de «préstamo cultural» y su estrategia de defensa ante otras culturas cuantitativamente más considerables o decididamente expansionistas o colonialistas.

El malestar de la cultura catalana proviene, así, de la falta de autosuficiencia funcional cuando, potencialmente, reúne los requisitos para tenerla. Hace falta examinar, entonces, sumariamente, las tres dificultades que se lo impiden.

Hemos hablado, en primer lugar, del déficit histórico general agravado por los años del franquismo. En este apartado entran todas las deficiencias de una cultura sin Estado —en el sentido moderno de la palabra— que vele por un armónico y homogéneo desarrollo cultural, empezando por la enseñanza de la lengua, de la historia y, en general, de la cultura propias del país. Sería ilustrativo, en este sentido, hacer un resumen de lo que ha sucedido desde el Renacimiento hasta ahora para recuperar lengua y cultura y para devolverlas a su legítimo propietario, el pueblo. Es la historia del catalanismo político y de sus reivindicaciones hasta llegar a la consecución de la Mancomunidad, primero, y del Estatuto de Autonomía, bajo la II República española, después. Es una larga fase de creación institucional, gracias a la cual, en el siglo XX, Cataluña recupera una personalidad pública que le había sido negada por el Estado español a partir de los Decretos de Nueva Planta en el siglo XVIII. También gracias a estos logros, a pesar de la larga travesía del desierto en la época franquista, es posible la recuperación actual, con todas las imperfecciones que mencionaremos a continuación. En todo caso, el déficit al que nos referíamos es básicamente el de las consecuencias de la discontinuidad del que debería haber sido un proceso de construcción, de elaboración y de desarrollo normales en cualquier civilización occidental con una vida económica y social que ha seguido —a la cabeza en la Península Ibérica— las etapas del crecimiento industrial y sus consecuencias sociológicas.

En segundo lugar, hay que hablar de la anormalidad todavía vigente, después de la aprobación y puesta en marcha del segundo Estatuto de Autonomía. Esta anormalidad comporta aspectos diferentes que enumeraremos sin afán de agotarlos, pero sí de señalar los que nos parecen más importantes, comenzando por la continuación del déficit cultural crónico dadas las circunstancias educacionales de la mayor parte de la población, es decir, la que estudió bajo el franquismo, y las dificultades con las que ha arrancado la nueva escuela autonómica. Hay que añadir que, a pesar de que el Estatuto actual establece la total transferencia de las competencias de cultura, debido a la débil estructura y a los escasos medios económicos del Ministerio correspondiente del Estado central, las insuficiencias, en este sentido, son considerables en relación con las necesidades de una sociedad desarrollada como lo es la nuestra. Por otra parte, a pesar de lo que prevé el Estatuto, en el momento de redactar estas líneas sólo se han podido dar los primeros pasos legales para la creación de un canal catalán de televisión, hecho hoy imprescindible para poder consolidar una cultura, la cual, como todas, reposa en una parte considerable en los medios de comunicación. También respecto a estos últimos hay que citar los déficits de publicaciones periódicas y su escasa repercusión en la sociedad. Del mismo modo, a pesar del crecimiento editorial en catalán, las ediciones son todavía insuficientes, espe-

cialmente los textos científicos y, en general, todo lo que se refiere al mundo de la enseñanza. La recuperación cultural en todos estos campos es sólo parcial —como lo es en la mayor parte de los otros— y el problema se plantea no solamente en el plazo necesario para conseguir la normalización, sino en el grado en el que sea posible llegar a un «status» mínimamente satisfactorio. No hay que olvidar, además, dos hechos que sobrepasan los límites de estas páginas. El primero es el de la convivencia de dos lenguas —más bien que de dos culturas, diría yo— en los grandes centros industriales de Cataluña. El otro, todavía más delicado de tratar, es el de que la cultura catalana no se acaba en los límites geográficos del Principado, sino que se extiende al ámbito de los Países Catalanes, cada uno de ellos con sus propias peculiaridades: no hay que olvidarlo, porque la cultura es indivisible, aunque la política lo intente.

Son dos hechos ciertamente perturbadores porque traspasan las capacidades de análisis de una cultura que además de no ser autosuficiente, topa con problemas graves que tienen vertientes sociolingüísticas, por una parte, y sociológicas y políticas, por la otra. En cualquier caso, se trata de situaciones cuyo estudio exige tener las ideas muy claras y no dejarse llevar por voluntarismos, entusiasmos o decepciones precipitados. Sólo un tratamiento sereno y a la vez firme puede ayudar a clarificar este tipo de situación no inólitas pero sí conflictivas.

Finalmente, hemos hablado de las culturas de ámbito restringido que necesitan el «préstamo cultural» y de la anormalidad, también, en que se produce. Este es ya un asunto abiertamente adecuado a lo que hoy nos ocupa y hay que mencionarlo con especial atención. En efecto, mi impresión es que el tema se extiende, generalmente, de una manera simplista, es decir, que en la medida en que la cultura catalana tiene problemas para ampliar sus límites hay, automáticamente, una sustitución que es la de la cultura llamada castellana o española. A mi entender, este planteamiento no es correcto y, además, es peligroso por lo que puede representar de enfrentamiento de dos culturas cuando en realidad se trata de un trasvase en el que los medios de comunicación en lengua castellana son un medio utilizado por culturas foráneas con más fuerza o capacidad de penetración que la española.

No olvidemos que la cultura española, en su globalidad, ha salido fuertemente disminuida de la etapa franquista. No es, contra lo que muchos españoles dicen, una de las culturas hegemónicas en el mundo actual. Incluso, en algunos temas específicos de su extensa área lingüística, como puede ser la literatura, el raudal de la creación surge más de América latina que de la misma España. Científica y tecnológicamente, es un país en estado de dependencia, como tantos otros en el mundo. Es necesario, entonces, matizar debidamente cuando hablamos de «préstamo cultural» lo que es específicamente español y lo que nos llega directamente o por medio de la televisión, de publicaciones o de la enseñanza de la lengua castellana, pero de procedencia extranjera. En esta situación, el problema para la cultura catalana es que, hasta ahora, no ha podido proponerse ni escoger el tipo de «préstamo cultural» más adecuado para sus necesidades, hecho que significa otros dos más graves: el primero, que no ha tenido opción, y el segundo, que todavía no ha establecido un balance claro de hasta dónde llega su potencialidad, cuáles son sus déficits verdaderos y cuáles las necesidades —y de qué calidad— para poder escoger entre las diversas ofertas de préstamos que se le ofrecen.

Para aclarar, puede ser, lo que quiero decir, se me ocurre intentar ejemplificarlo en un futuro, en este momento, pero que el gobierno de Cataluña ha de tener en cuenta ya desde ahora. Se trata de la televisión. En un horario completo, es decir, de varias horas de emisión —y de emisión en competencias con canales estatales, y probablemente, con privados—, habrá que recurrir a versiones catalanas de programas extranjeros para completar la programación propia. La decisión de la elección, tanto de documentales co-

mo de películas, tanto de retransmisiones deportivas como de grandes series populares, tendría que hacerse con criterios basados en las necesidades culturales autóctonas, las cuales probablemente no coincidirán con las necesidades de otras nacionalidades del Estado o de los intereses generales de la política cultural del Gobierno central. De una buena elección, la cultura autóctona podrá salir beneficiada. De una mala elección, aún más colonizada. Todo lo que sea una aportación de valores universales enriquecerá nuestra cultura, de la misma forma que todo lo que sea una incorporación a las subculturas de las multinacionales de la información, la debilitará. En ningún caso, sin embargo, quiero decir con esto que se trate de promover una política de élite. Lo que quiero decir es que la oferta cultural hoy es lo bastante amplia como para poder saber escoger entre los subproductos —como tiene el hábito de hacerlo hasta ahora la Televisión Española— y los productos populares de nivel estético mínimo o suficiente. Todos sabemos los intereses económicos que se mueven detrás de determinadas producciones y los culturales que promueven otras. El reto del acierto es o será, en este caso, decisivo.

Con tal de acabar estas reflexiones sobre el tema, digamos, para nuestro objeto de hoy, que el «préstamo cultural» sólo puede ser escogido en libertad y nunca impuesto y que en la interrelación entre culturas no puede haber tuteladas o protegidas sin que sobre ellas planee la sombra del paternalismo o del colonialismo. A pesar de las diferencias derivadas de la potencia demográfica o económica, el diálogo de la culturas ha de establecerse en libertad, en igualdad, con respeto y sobre la base de un mínimo conocimiento mutuo. Por otra parte, la palabra CULTURA se ha de tomar en el sentido más amplio: la cultura no es sólo la suma de creaciones artísticas de un pueblo, sino también el núcleo irreductible de sus costumbres y de su talante decantados a lo largo de la historia, es decir, de su personalidad, de su proyecto colectivo como sociedad libre que busca conectar con otras sociedades libres, cuyas culturas enriquecerán, mediante las diferencias, la cultura propia.

Las relaciones entre las diversas culturas del Estado español.

El Estado español, suma de pueblos diversos, goza de la ventaja o de la desgracia —todos son puntos de vista— de poseer culturas altamente diferenciadas a través de un proceso histórico de decantación, a pesar de los esfuerzos de los partidarios del unitarismo y el centralismo para ahogar y, en algunos momentos, aniquilar, las de las nacionalidades históricas —catalana, vasca o gallega— o, en general, las llamadas periféricas, en favor de lo que llamamos cultura castellana o que más propiamente debería llamarse cultura española unitarista. Entrar en la descripción y el análisis de los acontecimientos históricos que han conducido a una situación de conflictividad cultural tan acusada en algunos períodos —como el más reciente, el del franquismo— es intentar explicar la historia de España, hecho que excede, evidentemente, el espacio de estas páginas.

En todo caso, nos encontramos hoy en una situación peculiar dentro del Estado. Es más, puestos a comparar conflictos entre culturas ni siquiera podemos unificar los problemas que plantean cada una de las culturas peninsulares porque son radicalmente diferentes entre ellas. De todas formas, no quiero hablar más que desde un punto de vista catalán por la falta de conocimiento profundizado de las situaciones específicas de las otras culturas, dato que no deja de ser significativo por la falta de iniciación que la enseñanza del Estado ha dado a generaciones y generaciones de ciudadanos respecto a «la riqueza de las culturas españolas».

No es, sin embargo, mediante ironías o sarcasmos como quiero entrar en el tema de las relaciones entre las diversas culturas del Estado. Tampoco, desde el punto de vista de

la queja sistemática a la que los catalanes somos tan aficionados. El asunto tiene planteamientos políticos y, en cierta forma científicos, que nos ahorran recurrir al tópico.

En efecto, si partimos de la situación político-jurídica actual nos encontramos con que vivimos —más o menos bien aplicado— bajo un régimen constitucional del que forman parte diversos estatutos de autonomía, uno de los cuales es el de Cataluña. En el preámbulo de la Constitución se habla de la protección a las «culturas y tradiciones, lenguas e instituciones» de los pueblos de España. Por otra parte, el apartado 4 del artículo 9 del título primero del Estatuto otorga como competencia a la Generalitat la «cultura». Parece entonces que la voluntad del legislador afirma la necesidad de protección de las culturas que hasta el año 1978 no tenían un reconocimiento jurídico especial y, por otra parte, y este es un hecho importante, entre las competencias exclusivas de la Generalitat establece la de la cultura, con esta sola palabra. El hecho es significativo porque voluntariamente reconoce la autonomía absoluta de ésta, paso decisivo para poder contemplar como consecuencia del diálogo de las culturas en igualdad de condiciones, por lo menos las jurídicas. De todas formas, la «cultura», con este solo nombre, se ve desde una perspectiva tradicional, ya que, por ejemplo, los medios de comunicación y la televisión quedan fuera de las competencias exclusivas de la Generalitat y esta última se cita sólo en la disposición transitoria octava en la que se prevé «en régimen de concesión a la Generalitat la utilización de un tercer canal, de titularidad estatal», sin fecha de puesta en marcha.

Si admitimos el principio de la voluntad del legislador, constitucionalmente hablando, el diálogo, la relación o el contacto de las culturas es factible desde una independencia y una igualdad teóricas. Veamos, sin embargo, lo que sucede en la realidad.

En el Estado español conviven diversas culturas con un grado diferente de desarrollo. El hecho más chocante, de todas formas, es el desconocimiento mutuo, a causa de los defectos o falsedades de la cultura que se enseña como «española» respecto a las periféricas. Este desconocimiento parte del hecho de que la historia de España se enseña, todavía, de una manera parcial y generalmente falsa. Una de las pocas conclusiones a las que llegó el «Encuentro de intelectuales» sobre las relaciones de las culturas castellana y catalana (Sitges, diciembre 1981) fue la de la necesidad urgente de revisión de los textos de historia de España para dar a conocer una versión fehaciente de ésta. Ciertamente, puede haber interpretaciones diferentes entre algunos historiadores: lo que no se puede hacer es omitir o falsear, que es lo que sucede todavía hoy.

Sobre la base de esta enseñanza esencial, hay que montar la enseñanza de las culturas, estableciendo las diferencias y peculiaridades. Esta enseñanza no hace falta que sea exhaustiva: pero hay que explicar el ámbito y el alcance de cada una, el desarrollo autónomo, los puntos de contacto, las grandes corrientes diferenciadoras, los momentos hegemónicos y las decadencias y los motivos y las causas de estos últimos. Esta historia de la cultura, hay que decirlo todo, no se enseña, entre muchas otras cosas, porque nadie se lo ha propuesto. La consecuencia real es la incomunicación, entre otras muchas cosas, también, por la más pura ignorancia.

Personalmente me ha preocupado siempre que cuando se intenta, como lo hizo en Sitges el profesor Joaquín Molas, hablar de las relaciones entre culturas —en aquel caso la castellana y la catalana—, a pesar del conocimiento y la erudición del ponente, sólo se pueda recurrir, básicamente, a relaciones personales, a contactos esporádicos, a relaciones interrumpidas, una y otra vez. Lo que significa, como quedó patente en la intervención de Joaquín Molas, que el problema es el de la no-relación de las culturas, a pesar del reconocimiento por parte de individualidades muy relevantes de algunos aspectos parciales de éstas, la literatura o la pintura, por ejemplo.

Se me dirá, de todas formas, y no podré negarlo del todo, que una de las culturas —la hegemónica, por razones políticas— sí que se enseña a los escolares del Estado. Pero incluso ésta está mal enseñada, al menos por dos motivos. El primero es por el bajo nivel de la enseñanza de la historia de la cultura española. Y el segundo, porque representa una simplificación y una falsificación la atribución de un carácter unitario a lo que es no solamente una suma de culturas, sino en muchos casos una relación dialéctica o conflictiva entre ellas.

Cito el caso de la enseñanza, sobre el que se debería profundizar mucho más, porque es básico para una futura y posible interrelación cultural. Si desde la escuela no se enseña la pluralidad de culturas del Estado, es muy difícil que, más adelante, los ciudadanos tengan conciencia de esta diversidad o, en todo caso, se limitarán a identificar cultura con lengua, con lo que el hecho diferencial se reducirá a las literaturas, las cuales, a causa de su calificación de «regionales», «minoritarias» o «periféricas», no son precisamente presentadas sugestivamente frente a la cultura «estatal», «mayoritaria» o «central», que se identifica, en definitiva, con la de la capital, es decir, en este caso, con la madrileña.

Ahora, si bien la enseñanza es básica para la comprensión del fenómeno originario de la pluralidad, el Estado debe dar soporte a la continuidad del conocimiento mutuo, por imperativo constitucional. En efecto, el apartado segundo del artículo 149 de la Constitución dice textualmente:

«Sin perjuicio de las competencias que podrán asumir las Comunidades Autónomas, el Estado considerará el servicio de la cultura como deber y atribución esencial y facilitará la comunicación cultural entre las Comunidades Autónomas, de acuerdo con ellas.»

El problema es que casi cuatro años después de promulgada la Constitución desconocemos que los diversos Gobiernos centrales que ha habido hayan puesto en práctica este mandato, excepto en la concesión de unos pobres premios de traducción de obras literarias entre las distintas lenguas del Estado.

Sin embargo, éste dispone de todos los medios para llevar a cabo «un deber y atribución especial» como el mencionado en la Constitución, desde la utilización de la televisión hasta la promoción de congresos, debates, exposiciones, etc., con tal de facilitar no solamente el conocimiento mutuo, sino para dar, finalmente, paso a la comprensión de la historia de la pluralidad cultural como hecho imprescindible para una convivencia posible y en profundidad de los pueblos hispánicos. La inexistencia de una política de este cariz hace pensar no solamente en la gravedad de la omisión —donde están justificadas todas las sospechas—, sino que la voluntad del legislador —en este caso plural por la composición de los grupos que elaboraron la Constitución— no ha sido comprendida ni, sobre todo, compartida por los Gobiernos que habían de aplicarla.

Hay que hacer aquí una breve reflexión sobre la libertad que ha de presidir el contacto o el intercambio cultural. Hay, por una parte, la necesidad y la obligación del Estado de velar, desde la enseñanza hasta los medios de comunicación de su titularidad o en las iniciativas de promoción, por una adecuada política de pluralidad democrática. Por otra parte, atendiendo a los datos fundamentales de la definición de Estado que emana de la Constitución, ha de haber una libertad absoluta de elección y una iniciativa privada de selección de los materiales culturales que interesan a los miembros de otras comunidades. He dicho, otras veces, que lo que me preocupa es el desconocimiento global de la cultura catalana en tanto que entidad autónoma y no que los no catalano-hablantes hayan de conocer día a día y puntualmente todo lo que se crea en Cataluña, porque no to-

do trasciende unos respetables límites de valores medios o locales. De la misma forma, no es necesario para un lector o un espectador catalán seguir al día las creaciones de otras nacionalidades, ni siquiera las madrileñas, mientras no alcancen un cierto grado de universalidad. El contacto entre culturas debería producirse entre las grandes obras de la tradición de cada una de ellas, entre los valores innovadores, entre las obras que aporten virtudes de una cierta trascendencia capaz de enriquecer a las otras culturas, como ha de ser el caso con cualquier obra extranjera de alcance universal. Insisto, entonces, que es el reconocimiento en libertad de culturas plurales y diferenciadas lo que importa: logrado esto, el resto se ha de producir mediante una mejor información y de una elección libre. Nadie puede imponer a otro su cultura bajo ninguna excusa, ni siquiera la del «préstamo cultural», situación ambigua en los planteamientos prácticos de la actual situación española.

Llegamos, así, a las conclusiones personales y provisionales, de la relación entre las culturas del Estado que he intentado definir, en los siguientes puntos.

En primer lugar, hay que resituar la cuestión en un marco general y universal que es el de los contactos, penetraciones, hegemónicos o colonialismo en las relaciones entre las culturas: éste es un hecho esencial con tal de dar altura al debate y poder aprovechar las experiencias ajenas.

En segundo lugar, hay que intentar definir el ámbito creativo autóctono de cada una de las culturas del Estado, y conocer la potencialidad creativa y de cohesión social que pueden tener en un clima de libertad democrática y de respeto absoluto de cada una con las otras.

En tercer lugar, hay que distinguir lo que es el «préstamo cultural» respecto a las culturas de ámbito restringido, de lo que es «imposición cultural» desde las esferas gubernamentales. Las comunidades autónomas y, especialmente, las nacionalidades históricas deberían saber precisar los límites exactos a partir de los cuales una suplencia provisional puede convertirse en colonización. Cuestiones como las de la enseñanza o la televisión son aquí decisivas. En este sentido, y en el caso de Cataluña, hay que comenzar por definir, por nuestra parte, una idea coherente de cultura nacional dentro de la diversidad, es decir, revisar planteamientos que se arrastran desde el pasado y que, todavía hoy, dividen a la comunidad catalana, demasiado proclive, a lo mejor por una actitud de defensa, a las exclusiones o a los maniqueísmos. Una cultura es más fuerte cuando sabe asimilar y las convierte en propias las corrientes más diversas y contradictorias que la definen.

Finalmente, hay que lanzarse a la aventura del diálogo, desde la profundización de cada una de las culturas, sin esperar contrapartidas generosas ni comprensiones excesivas. En definitiva, la ganancia cultural será de aquellos que sepan sacar provecho de la intelección, plural y compleja, de las personalidades colectivas de los pueblos del Estado mediante sus aportaciones creadoras. Comprender y saber explicarse: he aquí una tarea cultural y todavía más, hoy, un reto para la consolidación de cada uno de los pueblos en la comunicación y el respeto mutuos.

POLITICA Y CULTURA EN EL FINAL DEL FRANQUISMO

Elias Díaz

análisis y debate



4

El pensamiento español en la primera mitad de los años setenta estaba ya intentando lograr y consolidar, con las limitaciones e insuficiencias propias de tantos años de dictadura y represión política e intelectual, algunas importantes conquistas culturales y sociales, la mayor parte de ellas con claros antecedentes en momentos anteriores y desde el final mismo de la guerra civil. Principalmente las siguientes: a) una necesaria reconstrucción de la razón, frente al anti-intelectualismo tradicional, pero también, con diferentes caracteres, como crítica más depurada ante los posteriores diversos irracionalismos de todo tipo; b) una cultura vinculada y orientada a la común conquista de la libertad y también de una real liberación humana; c) una recuperación del mejor pensamiento liberal, democrático y socialista español anterior a esa fecha; d) la definitiva superación de la ruptura con el exilio producido por la guerra civil y la reconstrucción de una verdadera comunidad intelectual con él; e) la casi total ruptura del aislamiento cultural y político español de todos esos años; f) el descubrimiento, para muchos, y la potenciación de la pluralidad lingüística y cultural de las regiones y nacionalidades que componen España.

En un libro que publiqué en 1974 en la Editorial Cuadernos para el Diálogo, traté ya de sintetizar los principales acontecimientos, autores, obras, hechos culturales, líneas de pensamiento, etc. actuantes en esas mencionadas direcciones durante la larga era franquista. A él, pues, me remito para lo acaecido hasta el final mismo de 1973¹. En estas breves páginas de ahora trato precisamente de completar, de algún modo, esa historia política y cultural (ambas dimensiones en conexión siempre compleja pero indudable) con lo acaecido en esos tensos y expectantes años de 1974 y 1975 en que se adivinaba ya la conclusión final de toda una época².

El resumen de los principales hechos de entonces tendría que comenzar con el de la formación, por encargo de Franco, del gobierno Arias Navarro (2 de enero de 1974) tras el atentado del 20 de diciembre de 1973 que costó la vida al Presidente Carrero Blanco, atentado llevado a cabo por un comando de la organización ETA³. El nuevo Presidente del Gobierno pronuncia semanas después ante las Cortes el discurso, supuestamente aperturista, que da lugar al entonces famoso «espíritu del 12 de febrero», espíritu considerado como totalmente evanescente e insuficiente por las fuerzas democráticas y, además, enseguida frustrado por la presión de los grupos ultraderechistas del régimen (el denominado «bunker»), siempre animados e impulsados por el propio Jefe del Estado y su más cercano entorno. Se produce, no obstante, en esos momentos un apreciable mayor margen de libertad de expresión en la prensa (con Pío Cabanillas como Ministro de Información) y también en la actividad de algunas moderadas «asociaciones» políticas. El 24 de febrero surge ya, sin embargo, el primer gran conflicto: el suscitado entre el gobierno y el obispo de Bilbao, monseñor Añoveros, con arresto domiciliario de éste, por una muy moderada homilía del obispo en favor del uso de la lengua vasca. Carr y Fusi han recordado cómo «el caso Añoveros empeoró gravísimamente las ya malas relaciones Iglesia-Estado. El episcopado español y el Vaticano apoyaron al obispo de Bilbao. Se dijo que el Papa tenía preparada la excomunión de Franco y del Gobierno en caso de que éste decidiera expulsar de España a monseñor Añoveros. Arias hubo de rectificar y retirar cualquier sanción contra el obispo de Bilbao; pero —señalan aquellos— el desgaste sufrido por su gobierno fue enorme»⁴. Aún mayor desgaste, descrédito e indignación produjo la ejecución (2 de marzo) del anarquista catalán Salvador Puig Antich⁵. Acciones estatales de este tan negativo carácter facilitaron y dieron lugar a un considerable aumento de la actividad terrorista (seguida, por supuesto, de nuevas medidas de represión dictatorial y de situaciones de «excepción»), activismo que culminaría en ese año con la trágica y criminal explosión, con once muertos, en la calle del Correo de Madrid, el día 13 de septiembre, obra también, probablemente, de un comando de ETA⁶.

La «Revolución de los claveles» en Portugal (25 de abril de 1974) constituyó, entre los demócratas españoles, un importante factor de renovada y cercana esperanza, a la vez que una espléndida oportunidad para una progresiva movilización y toma de conciencia de carácter popular: partidos políticos, símbolos y libertades, allí legales, aquí continuaban estando prohibidos. Entre los «ultras» hispánicos el sentimiento fue de temerosa reacción de defensa y cierre. La situación portuguesa estuvo muy presente entre nosotros en esos momentos, produciendo muy significativas y plurales repercusiones en nuestro panorama político y cultural. Nadie pensaba aquí, por supuesto, en una revolución de ese signo hecha por el Ejército, pero sí se exigían y desde siempre esos mismos objetivos y efectos democratizadores. Incluso el ibérico «orgullo nacional» se veía herido; ya no eran sólo los ingleses o los franceses: «hasta» Portugal se adelantaba a España en conseguir la democracia; después sería Grecia (el 23 de julio) poniendo fin a una dictadura militar de siete años. De repente, se descubría con simpatía al vecino y hermano Portugal, con quien —todos lo reconocemos— vivíamos (y vivimos) casi totalmente de espaldas. Ello produjo también una muy estimable, necesaria, literatura; se publicaron entonces, entre otros, los libros de Luis Carandell y Eduardo Barrenechea, *Portugal, sí*

(Cuadernos para el Diálogo, 1974); el propio Barrenechea con Antonio Pintado habían publicado en 1972 y en la misma editorial *La raya de Portugal. La frontera del subdesarrollo*; otros escritos de esos momentos —todos de 1974— fueron los de Juan Maestre: *Portugal, medio siglo de dictadura* (Cuadernos para el Diálogo, Colección Los Suplementos); Eduardo G. Rico: *La caída del fascismo portugués* (Ed. ZYX), o Xavier Roig: *Portugal: la muerte de un fascismo* (Ed. Laia) ⁷.

El debate, ampliado, de la izquierda sobre Portugal vino, pues, a dar en seguida lugar a frecuentes y muy significativas polémicas en torno a las vías de acceso en Europa a una democracia avanzada. Recojo aquí únicamente como símbolo la que se publicó por entonces en las páginas de «Cuadernos para el Diálogo» (revista de la que, como se ve y por haberla vivido desde dentro, me estoy sirviendo muy ampliamente aquí para este resumen sobre los años 1974-1975): se inició dicha sucinta polémica con un artículo de Jordi Borja y Josep Ramoneda: *Socialistas y comunistas en Europa occidental* (núm. 140, mayo 1975), en el que se propugnaba la unidad de la izquierda pero desde presupuestos más cercanos a los planteamientos comunistas y también a los del PC Portugués, siendo contestado con dureza y acierto por un colectivo de militantes del PSOE en el trabajo *Respuesta socialista a un artículo dogmático* (núm. 141, junio 1975), donde se calificaba de «neoestalinista» la actitud de tal «dogmático artículo» ⁸. Se publicaron también dentro de esa polémica (y en el mencionado núm. 144 de septiembre de 1975) las interesantes puntualizaciones socialistas —pero entonces no todavía en el PSOE— de Reyes Mate y Enrique Barón sobre *Comunistas y socialistas en Europa*.

En el esperanzador verano del 74 se replantea de nuevo, y con mayor intensidad en el panorama político español el tema, por un lado, de la sucesión en la Jefatura del Estado (don Juan nunca había renunciado a sus derechos de rey) y, en otros sectores, el de la necesidad de una definitiva transmisión de poderes al príncipe don Juan Carlos, cuando el 9 de julio el general Franco es internado en una clínica aquejado de un grave ataque de tromboflebitis. Fue el gran preaviso del definitivo final que produjo activa y expectante conmoción en todas las esferas y fuerzas políticas españolas. En el mismo julio se forma en París, entre algunos sectores de la oposición antifranquista, dirigidos por el partido comunista con participación de representantes de don Juan de Borbón (como Calvo Serer) y de otros grupos políticos menores (como los socialistas de Tierno Galván), la «Junta Democrática» que dinamizó no poco por entonces la vida política del país. La unidad de toda la oposición antirégimen llegaría más adelante con el acuerdo en ese sentido de la «Junta» y la «Plataforma de Convergencia Democrática», formada ésta en julio de 1975, con hegemonía del PSOE ⁹ y con la participación, entre otros, del Partido Nacionalista Vasco, de buena parte de los socialistas catalanes o de los grupos, diversos, de Ruiz-Giménez, Dionisio Ridruejo, etc. De ahí, de esas organizaciones y, por supuesto, de sus bases populares y sindicales, salió el impulso fundamental para el cambio de sistema a la muerte de Franco (no olvido con todo, al decir esto, a la Corona), impulso que decidió también a otros sectores reformistas del régimen a incorporarse y a colaborar en él. Pero (volvamos atrás) lo que por el momento hubo muy a finales de ese agosto del 74, fue el retorno del general a la Jefatura del Estado, la reasunción de todos sus poderes habituales y, con ello y otras cosas, el final de las ilusiones más o menos ingenuas, más o menos interesadas, de quienes únicamente querían una reforma abierta pero controlada de las instituciones franquistas ¹⁰.

Quedaba claro —ya lo estaba— que la principal fuerza y la dirección fundamental del cambio político tenía que radicar en la oposición democrática, desde siempre antifranquista; que no podrían aceptarse «asociaciones» más o menos domesticadas (dentro del Movimiento) sino sólo una legalización de todos los partidos políticos; que tendría, pues, que haber una total amnistía política y sindical y que no se admitiría una mera re-

forma de las «Leyes fundamentales» franquistas sino que se exigiría la libre elección de representantes del pueblo para la elaboración y promulgación de una verdadera Constitución democrática. A todo eso y a algunas cosas más, que no implicaban ni necesitaban la utilización de la violencia, es a lo que, como vía para el cambio, entonces se llamó «ruptura democrática»: la petición común, el creciente clamor popular fue en todos esos meses, y hasta el final —recuérdese— el de «¡amnistía y libertad!».

Mientras tanto, y como consecuencia, no única pero sí muy importante, de la crisis energética ocasionada por el gran alza en los precios internacionales del petróleo en 1973, la situación económica y la conflictividad social y laboral española se habían ido agravando enormemente en este 1974 y no harían sino aumentar en 1975. Es verdad que la crisis general, ideológica y cultural, se adivina y también se manifiesta en ciertos sectores —puede decirse desde 1968 (tal vez en esos niveles siempre estuvo presente como crítica al modo de producción capitalista), pero sólo se generaliza dramáticamente en sus efectos económicos y sociales algo después, precisamente a partir de 1973. Para nuestra circunstancia concreta, Carr y Fusi constatan que «la economía española experimentó entre 1971 y 1973 una de las fases de crecimiento más espectaculares de su historia, oscurecida sólo por la inflación»¹¹. Pero en 1974 la gran crisis económica es ya, también entre nosotros, el tema dominante; así, a modo de ejemplo, en enero de ese mismo año y bajo precisamente el rótulo *Economía: ¿el fin de una época?*, publica «Cuadernos para el Diálogo» (en muy extensa y detallada conversación con Ramón Tamames) un importante y premonitorio análisis de esa negativa situación que el régimen franquista trataba a toda costa de ocultar¹². Y hacia finales de ese 1974 la misma revista publicaba, coincidiendo con el Año Internacional de la Población, un número extraordinario titulado *Población-recursos: ¿Hacia el fin del crecimiento?* y otro, muy importante, *La noche capitalista* con, entre otras colaboraciones, una muy ilustrativa mesa redonda en la que toman parte Ernest Lluch, Julio Segura, Narciso Serra, Jacint Ros Hombrarella, Santiago Roldán, José Luis García Delgado, Luis Angel Rojo, Emilio Figueroa y Enrique Barón¹³. Para octubre de 1975, Ramón Tamames definiría ya la economía española bajo el signo y los caracteres temibles de la «estanflación» es decir, del estancamiento con inflación: y es así —no se olvide— como termina el franquismo, con ejecuciones y estanflación¹⁴.

¿Qué podía hacerse, qué se hizo, de hecho, con la cultura, con las llamadas «armas de la crítica» en esa difícil y ambigua situación? Se leyó bastante en esos años (posiblemente más que hoy), mucho en revistas, es cierto («Triunfo», «Cuadernos para el Diálogo», «Cambio 16», etc.) y también periódicos, pero igualmente libros; se publicó con generosidad y se tradujo hasta tal vez en exceso y un tanto indiscriminadamente: el resultado, todo sumado, me parece que fue bastante positivo. Y ello repercutió, y al propio tiempo fue efecto de una Universidad más crítica y viva que, por ejemplo, la que siguió al franquismo: la cultura y la Universidad contribuyeron así, desde luego que muy decisivamente, a la lucha contra la dictadura y a la implantación de la democracia en nuestro país. Para un «estado de la cuestión» sobre estos temas habría que ver hoy, entre otras cosas, el número monográfico (XLII) que «Cuadernos para el Diálogo» publicó en agosto de 1974, titulado precisamente, *¿Existe una cultura española?* Había allí un material que —con sus pros y contras— puede ser tomado, críticamente, como expresión de las ideas, autores, tendencias y hasta modas más presentes y operantes en aquellos momentos entre nosotros.

Yo, por mi parte, recordaría aquí como síntesis —además de otras cosas de historia, sociología, ciencia política, etc., más especializadas, editadas en estos años— la publicación de las siguientes obras, empezando por las de filosofía: Javier Muguerza, *La concepción analítica de la filosofía* (Alianza, 1974, dos tomos, con selección y extensa Intro-

ducción de aquél); Vidal Peña, *El materialismo de Spinoza* (Revista de Occidente, 1974); Francisco Fernández Buey, *Ch. Fourier y los elementos positivos de la utopía* (Prólogo a la obra de éste *El extravío de la razón*, Grijalbo, 1974); también reivindicando el sentido crítico y progresivo de la utopía, los libros de Eduardo Subirats, *Utopía y subversión* (Anagrama, 1975) y de Adolfo Sánchez Vázquez, *Del socialismo científico al socialismo utópico* (México, Era 1975); además, Emilio Lledo, *La filosofía, hoy* (Salvat, 1975); Enrique Tierno Galván, *¿Qué es ser agnóstico?* (Tecnos, 1975), etc.¹⁵.

Otros libros, tal vez estos más intermedios entre la filosofía y la crítica o el ensayo político (o también las ciencias sociales), serían por ejemplo —todos, excepto el primero, de 1975— los siguientes: la reedición de *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra de España*, de Manuel Azaña (en edición, con introducción y notas, de Manuel Aragón, Ed. Castalia, 1974), que tuvo también gran éxito en su puesta en escena por José Luis Gómez y Juan A. Gabriel y Galán; después, las críticas de José Luis Abellán en su obra *La industria cultural en España* (Cuadernos para el Diálogo) y la de José L. López Aranguren en *La cultura española y la cultura establecida* (Taurus); los evocadores e incisivos *Años de penitencia: Memorias*, de Carlos Barral (Alianza); el libro, con entrevistas, de Antonio Beneyto, *Censura y política de los escritores españoles* (Euros); el clarificador estudio de Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848* (Siglo XXI); los trabajos de J. A. González Casanova en *La lucha por la democracia en España* (Avance); el análisis sociológico sobre *El poder económico en España (1939-1970)*, de Carlos Moya (Tucar); los alegatos sobre *El resurgir del movimiento obrero*, de Nicolás Sartorius, con prólogo de Simón Sánchez Montero (Laia), o el tan difundido *Un proyecto de democracia para España*, de Ramón Tamames (Cuadernos para el Diálogo), todos ellos como digo aparecidos en 1975, año en que comienza, asimismo, a publicarse la revista «Tiempo de Historia». En ese postrer 1975, recuérdese, se celebró con importantes actos y publicaciones el centenario del nacimiento de Antonio Machado: ¡todo un símbolo este nuevo renacimiento del poeta justamente cuando moría irremediabilmente el viejo dictador!¹⁶.

En estos años se produjo muy tardíamente entre nosotros el gran despegue cultural e ideológico en el «tema de la mujer» y en las polémicas en torno a los movimientos feministas; recordemos aquí algunas de las publicaciones más destacadas: Lidia Falcón, *Mujer y sociedad* (Enlace, 1974); Alejandra Ferrándiz y Vicente Verdú, *Noviazgo y matrimonio en la burguesía española* (Cuadernos para el Diálogo, 1974); María Angeles Durán, *El trabajo de la mujer en España* (Tecnos, 1975). José M. Rodríguez Méndez, *Ensayo sobre el machismo español* (Península, 1975), y, de manera muy especial, el número monográfico, XLVIII (agosto de 1975) de «Cuadernos para el Diálogo» sobre *Las mujeres*, con una completísima participación, femenina en su totalidad, e igualmente en cuanto a los temas abordados¹⁷.

Hablando de la mujer, se podría hablar aquí enseguida de otros marginados, de otras violencias y de otros movimientos sociales que, por entonces, empiezan a empujar con fuerza en el ámbito de nuestra sociedad civil, frente a unas instituciones políticas, como las de la época, totalmente desfasadas y además fuertemente represivas. Habría, por ejemplo, que mencionar en esa línea escritos como los de Carlos García Valdés, *Hombres y cárceles* y *No a la pena de muerte*, ambos en Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1974 el primero (Col. Los Suplementos) y 1975 el segundo; en la misma editorial se había publicado un año antes (en 1973) el libro de Jesús Jiménez que abriría camino en pro de la libertad, sobre *La objeción de conciencia en España*, tema importantísimo sobre el que la revista «Cuadernos para el Diálogo» (y en otras, por supuesto) aparecieron por aquellos años otros muy coincidentes trabajos. Lo propio ocurría con el problema de la violencia que estaba (y está, por desgracia) en la calle y desde ahí en la prensa, pero que, sin

embargo, hasta después de la muerte de Franco no se pudo empezar a tratar más a fondo y en todas sus no idénticas dimensiones, como violencia institucional y no institucional, nacional e internacional, terrorismo, golpismo, carrera de armamentos, riesgo de guerra nuclear, etc.)¹⁸. Otras destrucciones, las ecológicas, dieron lugar entre nosotros, y desde el principio de los años setenta, a las primeras protestas firmes y a los primeros escritos críticos contra un sistema de producción y un sistema industrial que significaba, casi necesariamente, la total degradación de la naturaleza y del medio ambiente en que ha de desenvolverse la vida humana¹⁹.

Querría «cerrar» esta enumeración de publicaciones, haciendo sucinta referencia a algunas de las obras literarias —novela, poesía, teatro— aparecidas en España en este bienio 1974-1975: primero, entre la novela, la durante tanto tiempo prohibida *Réquiem por un campesino español*, de Ramón Sender (Destino, 1974); y entre lo nuevo, Juan Goytisolo, *Juan sin Tierra* y —fuera de este capítulo de la novela— su libro *J. M. Blanco White: Obra inglesa* (ambos en Seix-Barral, 1974); Camilo José Cela, *San Camilo, 36* (Alianza, 1974); José Manuel Caballero Bonald, *Agata ojo de gato* (Barral, 1974); Juan Marsé, *Si te dicen que caí* (publicada fuera de España en 1974); Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta* (Seix-Barral, 1975). Para la poesía, *Crónica general*, última obra por entonces de Juan Gil-Albert (Barral, 1974); *Cantos iberos*, de Gabriel Celaya (Turner, 1975) y *Las personas del verbo*, de Jaime Gil de Biedma (1975). En teatro (representado) *La Fundación*, de Buero Vallejo (1974), y (escrito y reeditado) *Noche de guerra en el Museo del Prado*, de Rafael Alberti (Cuadernos para el Diálogo, 1975), quien —fuera ya de este género— publica por entonces parte de su evocadora e interesante autobiografía en *La arboleda perdida* (Seix-Barral, 1975).

Fue un verano de muerte y de muertos el de 1975, que se prolongaría ya hasta el final mismo del otoño: empezó con la muerte de Dionisio Ridruejo el 29 de junio, muerte natural (totalmente antinatural, cuando faltaba ya poco tiempo para el final)²⁰, siguió con la locura de los asesinatos producidos en cadena por ETA, FRAP, GRAPOS y otros diversos grupos más o menos incontrolados, y terminó —ya en el otoño— con la extinción, tras cruel y larga agonía, del sempiterno Jefe del Estado, general Francisco Franco. En medio de tanta muerte hubo la detención, con procesamiento y expulsión del Ejército de los miembros de la «Unión Democrática Militar», la promulgación en agosto de un intolerable decreto-ley supuestamente antiterrorista pero fundamental antidemocrático y, finalmente, la explosión del conflicto con Marruecos por el Sahara, con «marcha verde» y demás, justo en los días en que Franco, ya desahuciado, era sometido sin piedad a operación tras operación, negándose sus adictos a aceptar lo que en verdad, y después de tantos años, a todos nos parecía imposible: su muerte y su desaparición de la vida política española y también de nuestras propias vidas.

No digo que para todos fuera así: pero para los de mi generación y para los más cercanos a ella, especialmente y con un carácter muy específico para los demócratas, aquella madrugada del 20 de noviembre de 1975 estoy seguro que quedará ya para siempre en sus memorias como algo absolutamente imborrable, y también a la vez como algo que venía a abrir entre los españoles nuevas e inciertas posibilidades de esperanza. Uno no acababa de creerse que fueran, al fin, verdad aquellas tres palabras —«Franco ha muerto»— que aparecían silenciosas, inmóviles, fijas durante largos minutos en la pantalla fría del televisor, aquellas palabras que la gente se repetía en voz baja por el teléfono o al encontrarse apresuradamente en la calle —el momento era de serenidad más que de bullicio—, las que estaban en letras enormes en la primera página de todos los periódicos, las que se desgranaban monorítmica e insistentemente en los teletipos de todo el mundo en aquellos momentos: «Franco ha muerto». El futuro, este futuro había, al fin, comenzado²¹.

¹ ELIAS DIAZ: *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)*. Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1974; 2.^a ed., 1978; en la actualidad estoy preparando su tercera edición que llegaría ya, para cerrar la era franquista, hasta 1975.

² Entre las numerosas obras sobre el franquismo que se citan en la bibliografía final de mi libro, me he servido aquí para reconstruir y sintetizar la historia de esos dos años de, fundamentalmente, los números correspondientes (ordinarios y extraordinarios) de la revista «Cuadernos para el Diálogo». También he tenido al lado los libros de RAYMOND CARR y JUAN PABLO FUSI: *España, de la dictadura a la democracia* (Barcelona, Ed. Planeta, 1979) y JOSE ANTONIO BIESCAS y MANUEL TUÑON DE LARA: *España bajo la dictadura franquista: 1939-1975* (Barcelona, Ed. Labor, 1980), así como —para los aspectos culturales— las contribuciones de JOSE LUIS ABELLAN sobre *El ensayo*, en los volúmenes de Ed. Castalia, *El año literario español 1974* (Madrid, 1974) y *El año literario español 1975* (Madrid, 1976), págs. 71-77 y 69-89, respectivamente; asimismo, claro está, mis propias notas de aquellos años.

³ JULEN AGUIRRE: *Operación Ogro. Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*, 2.^a ed., Bilbao. Hordago Publicaciones, 1978.

⁴ CARR-FUSI: *Ob. cit.*, pág. 258.

⁵ Estos y otros hechos represivos con que se inició el gobierno Arias hicieron desaparecer enseguida toda posible confianza no ya en una real liberalización y democratización del régimen franquista (imposible por sus mismos presupuestos y más a esas alturas) sino incluso en la relativa apertura anunciada en el «espíritu del 12 de febrero». Decía, por ejemplo, RUIZ-GIMENEZ en Radio Baviera el 9 de abril (en entrevista hecha por José Moll), dando cuenta de esa regresiva situación: «la ejecución de las penas de muerte impuestas por consejos de guerra, la apertura de una situación conflictual con el obispo de Vizcaya, monseñor Añoveros, y otras cosas semejantes», señalaba Ruiz-Giménez, hacen que «tengamos grandes dudas de que pueda cumplirse ese programa de una relativa liberalización, de una relativa evolución del régimen» (entrevista reproducida en «Cuadernos para el Diálogo», núm. 128, mayo 1974, pág. 21). *Cfr.* en ese mismo sentido y en esa misma revista (núm. 130, julio 1974, pág. 40) la certera crítica de GREGORIO PECES BARBA al regresivo discurso del presidente Arias del 15 de junio en Barcelona, en su nota *Las asociaciones del 12 y el derecho de asociación*, tema central (con los prohibidos partidos políticos de fondo) en aquellos momentos.

⁶ Sobre este hecho y sobre algunas implicaciones y consecuencias, *cfr.* el relato de LIDIA FALCON: *Viernes y 13 en la calle del Correo*, Barcelona, Ed. Planeta, 1981.

⁷ Amplia repercusión tuvo, en efecto, la revolución portuguesa en la prensa y en las revistas políticas españolas, siendo también ocasión, como digo, no sólo para un elogio teórico, más o menos abstracto, de la democracia, sino a la vez, y sobre todo, para un debate —en parte también válido para nosotros— sobre las posibles vías («comunista-cunhalista», eurocomunista, tercermundista, socialista, etc.) de evolución y profundización del sistema democrático en las concretas circunstancias de la Europa occidental justo en los inicios de la última crisis capitalista. Recuérdese, en este sentido y a modo de ejemplo, el número extra XLI de «Cuadernos para el Diálogo», número monográfico sobre *Portugal, el fin de una dictadura* (junio 1974); el temor oficial a las indudables connotaciones democráticas de la «lectura española» de los sucesos portugueses lo atestigua el secuestro que el Juzgado de Orden Público ordenó de dicho número y la posterior supresión de diecinueve páginas del mismo que recogían una amplia encuesta de opinión sobre la revolución del 25 de abril. Al año siguiente en la misma revista (núm. 139, abril 1975) se publicó otra encuesta con políticos españoles sobre *La vía portuguesa*: entre otros, participaba ya con su nombre y apellido real y hasta con fotografía —debió ser una de sus primeras públicas apariciones— el entonces nuevo, reciente, secretario general del PSOE, Felipe González. *Cfr.* también para las polémicas repercusiones internas del tema en «Cuadernos para el Diálogo», el editorial del número 141-142 (junio-julio 1975) *El laberinto portugués* y la crítica de JULIAN GUIMON: *Pluralismo democrático*, núm. 145 (octubre 1975).

⁸ Firmaban por orden alfabético esa réplica socialista, Pablo Castellano, Víctor Martínez-Conde, Emilio Menéndez del Valle, Gregorio Peces Barba, Manuel de la Rocha, José Félix Tezanos, Leopoldo Torres Boursault y Virgilio Zapatero. Dicho núm. 141 de «Cuadernos para el Diálogo» (junio 1975) ya impreso, fue secuestrado por el Ministerio de Información y Turismo por lo que, prohibida su distribución, no pudo llegar a los lectores de «Cuadernos». Los de la casa pudimos salvar, como era habitual en estos casos, algunos ejemplares; yo conservo el mío que no figura, sin embargo, en las colecciones oficiales de «Cuadernos para el Diálogo»; *cfr.* sobre tal secuestro la «Nota de la redacción» que apareció en el núm. 144 (septiembre 1975), pág. 19.

⁹ Para entonces el PSOE ya había celebrado, del 11 al 13 de octubre de 1974, su decisivo XIII Congreso, último en el exilio, en Suresnes (Francia), en el cual se emprendió la definitiva renovación del partido y en el que fue elegido secretario general Felipe González. En noviembre de ese mismo año el PSI (Partido Socialista en el Interior), de Tierno Galván, se transformó (hasta 1978 en que se fundió en el PSOE) en «Partido Socialista Popular». Algunos otros datos y bibliografía sobre estas cuestiones, pueden encontrarse en mi libro *Socialismo en España: el partido y el Estado*, Madrid, Ed. Mezquita, 1982 y también en mi nota *Socialistas bajo el franquismo*, «Sistema», núm. 32, enero 1983, págs. 119-127.

¹⁰ La destitución por Franco del ministro aperturista de Información Pío Cabanillas el 29 de octubre, seguida de otras dimisiones y abandonos, significó para muchos reformistas del régimen —dicen Carr y Fusi— (*ob. cit.*, pág. 261) «el final de la línea política del 12 de febrero».

¹¹ R. CARR y J. P. FUSI: *Ob. cit.*, pág. 249.

¹² Núm. 124, págs. 17-29, importante entrevista sobre dicha situación económica hecha por Vicente Verdú a Ramón Tamames, el cual no deja con todo de subrayar que antes del 73, antes de empezar la crisis energé-

tica, «la economía española ya se adentraba —dice— en una fase de desaceleración». Cfr. también de RAMON TAMAMES su libro *La polémica sobre los límites del crecimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

¹³ «Cuadernos para el Diálogo», respectivamente, núms. extraordinarios XLIII (noviembre 1974) y XLIV (diciembre 1974).

¹⁴ RAMON TAMAMES: *El otoño de la economía española*, «Cuadernos para el Diálogo», núm. 145, octubre 1975, págs. 13-21. Por cierto que en este número de octubre de 1975, que iba a ser también el definitivo «otoño del patriarca», no se pudo hablar en «Cuadernos para el Diálogo» de la crítica situación creada en el país a consecuencia de las cinco ejecuciones, de miembros del FRAP y ETA el 27 de septiembre, que motivó muy amplia repulsa de todos los países democráticos; en tan difíciles momentos sólo pudo publicarse la siguiente nota: «Por razones de carácter administrativo nos hemos visto precisados a sustituir el editorial que encabezaba este número por el que ahora tiene el lector ante sí. Los lectores sabrán comprender que nuestro silencio sobre algunos temas que a todos nos preocupan se debe a causas ajenas a nuestros deseos». Aunque ya por poco tiempo, un denso y pesado silencio volvía a caer otra vez, al final, sobre esa incierta y temerosa España.

¹⁵ Cfr. en relación con ello, además de otros trabajos como los de Abellán, París, etc., citados en mi libro (cfr. nota 1), el discutible e interesante número 3, monográfico, de la revista «Zona Abierta» (nacida en el otoño de 1974) sobre *La filosofía actual en España* (primavera de 1975).

¹⁶ Se publicó entonces, y entre otros, el espléndido número monográfico *Antonio Machado (1875-1939)* de «Cuadernos para el Diálogo» (XLIX), precisamente en ese mismo noviembre de 1975. José Luis Abellán (en sus ya citados ensayos sobre *El ensayo*, cfr. *supra*, nota 64) nos señala, además, otros aniversarios y conmemoraciones de esos años, con indicación de las principales publicaciones en torno a ellos: así, en 1974 el V Centenario del nacimiento de Fray Bartolomé de las Casas, y en 1975 la celebración del Año Internacional de la Mujer que, prescindiendo de la parafernalia de adorno, dio también lugar a muy positivos aunque todavía insuficientes avances de mayor conocimiento e igualdad real.

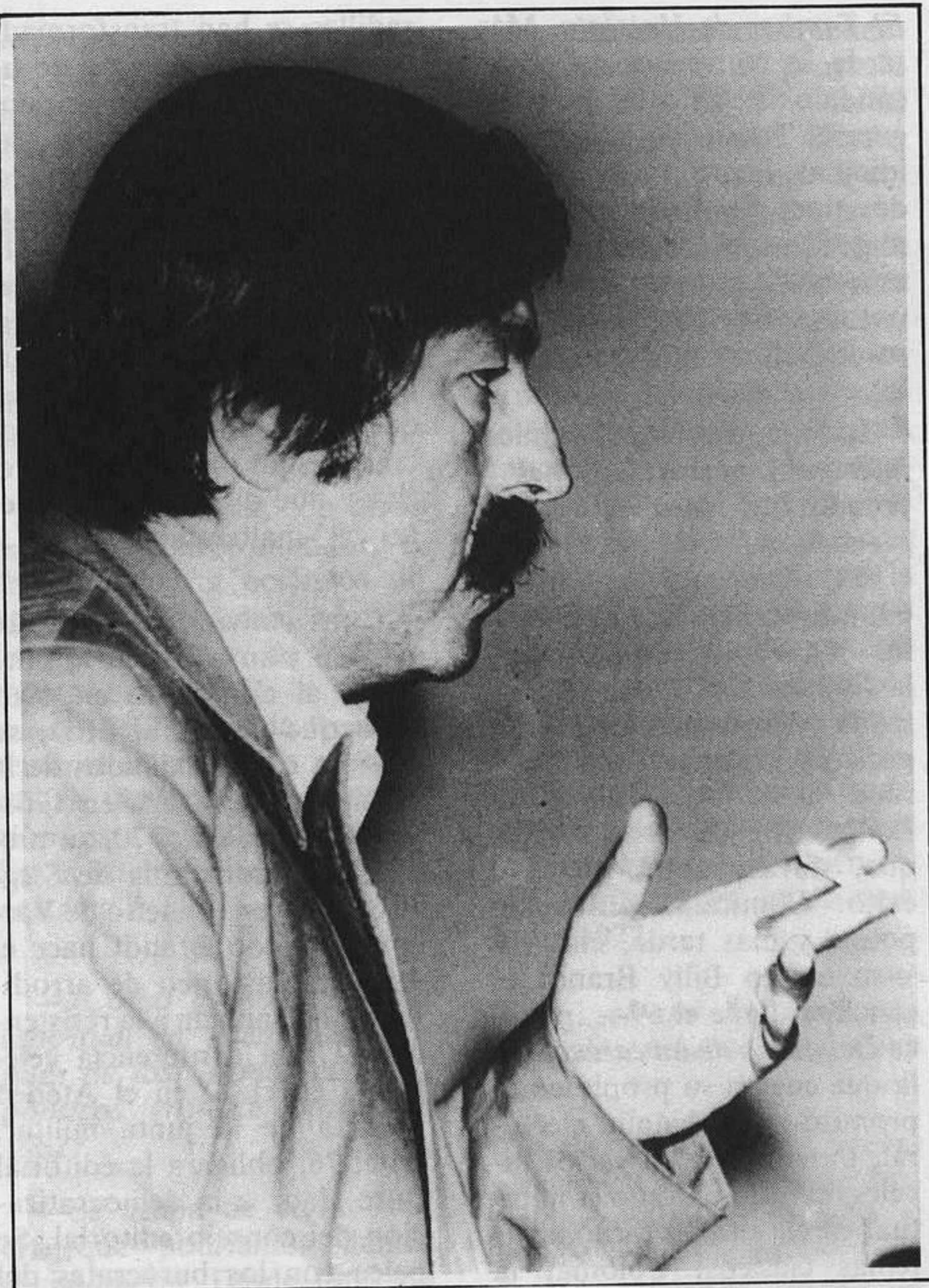
¹⁷ Para algunas cosas anteriores, reenviaría a los siguientes Suplementos de «Cuadernos para el Diálogo»: núm. 21, MARIA JIMENEZ BERMEJO: *Sociología del trabajo de la mujer* (1971); núm. 27-28, de varias autoras, *Mujer y aceleración histórica* (1972), y núm. 46, MARIA DEL PILAR DE LA PEÑA, *La condición jurídica y social de la mujer* (ya en 1974).

¹⁸ No he podido tener a mano, cuando escribo estas líneas, el libro de entonces escrito por E. BASELGA y S. URQUIJO: *Sociología de la violencia*, Bilbao, Ed. Mensajero, 1975. Como digo, después de la muerte de Franco y hasta hoy mismo (en que la violencia sigue activa) se han publicado ya algunas obras, tampoco muchas, sobre esta decisiva cuestión, central —en su dimensión terrorista y golpista— para la convivencia en la España de nuestro tiempo y —en su dimensión nuclear armamentista— hasta para la mera supervivencia económica y física de la vida humana en nuestro planeta.

¹⁹ Citaré, a modo de ejemplo, y dentro de esa inagotable fuente de documentación e información que fueron los Suplementos de «Cuadernos para el Diálogo», el núm. 22, de J. Catalán Lafuente, M. Martínez Merino y C. García Arcones sobre *La era de la destrucción. La degradación de la naturaleza* (1971) o el núm. 31 de Eduardo Martínez de Pisón sobre *La destrucción del paisaje natural en España* (1972).

²⁰ Mucho y bien se ha escrito después, y merecidamente, sobre Dionisio Ridruejo; de aquellos momentos de su muerte recuerdo aquí el editorial y varios artículos a él dedicados, publicados en el núm. 141-142 (junio-julio de 1975) de la revista «Cuadernos para el Diálogo».

²¹ Ya que tanto estoy citando aquí a «Cuadernos para el Diálogo» (más que nada como símbolo de lo que también estaba en otras publicaciones democráticas), hago observar para terminar que, en efecto, la muerte de Franco se enfocó en todo momento allí como inicio esperanzador de ese, de este, actual futuro: el extenso editorial que se publicó en el mismo número, 146, de noviembre de 1975 llevaba ya como rótulo *España después de Franco: el reto*; y el artículo de fondo de Ruiz-Giménez se denominaba *Los deberes del tránsito*. La cubierta gráfica, por su parte, del número 147, de diciembre de 1975, con una gruesa soga —eran muchos los que de ella tiraban— a punto de romperse (el «atado y bien atado» no resistiría la ruptura democrática), llevaba como único título (¡y en grandes letras rojas!, podrá hacer hoy observar más de uno) aquellas, otra vez, tres solas palabras: *España quiere democracia*.



GÜNTER GRASS

23 de septiembre de 1982. Es el jueves siguiente a aquel 17 de septiembre en el que Helmut Schmidt ha dimitido después de hacer una declaración de Gobierno. Veo a Grass de vuelta de un viaje

por Nicaragua realizado con su editor Hermann Schultz, su mujer, el corresponsal católico de Televisión, Franz Alt y Johann Strasser, el teórico del SPD, el Partido Social Demócrata Alemán. «To-

dos hemos cambiado mucho —dice Grass—. Vengo de este viaje con un montón de interrogantes.» Volveremos más tarde a hablar de ello. El viaje realizado por el escritor alemán invitado por Ernesto Cardenal, ha dado pábulo a muchas suposiciones y a alguna conjetura.

Aunque no ha abandonado la política, Grass se ha permitido dos años de abstinencia. No escribe, desfoga sus energías en la escultura. Para verlo, viajo a lo largo de la costa de Hamburgo hacia el norte. Oculta entre las dunas, a 80 kilómetros de la gran ciudad, está la casa donde vive con Ute, que es música: dos antiguas construcciones de cruce-ta, en la localidad de Wewelsfleth, salvadas de las demoliciones. «Aquí querían poner un gran depósito de mercancías», me dice señalándome amorosamente con el puro las guresas maderas puestas de nuevo en su sitio. Una de las dos construcciones es su casa.

Trepa por una escalerita escarpada y atravieso habitaciones destinadas a salas de exposiciones o a laboratorio. La señora Ute me ha indicado la calle por donde encontrarlo y ahora se la ve en la lejanía, como una bella estatua de terracota. Motivos florales en terracota y bronce, garzas reales unidas las unas en las otras, como testimonio mudo de la extinción de las aves en esta región de Alemania, donde la técnica y el progreso amenazan con acabar con el paisaje. Grass vive entre los pantanos, lo que parece un mundo idílico. Pero cerca de allí está Brockdorf, hoy sinónimo de la oposición de muchos jóvenes alemanes a la entrada de la República Federal

en el temido futuro de la energía atómica.

¿Cómo se siente cerca de los talleres de la discutida instalación nuclear? «Bueno..., yo me siento a gusto donde la situación es interesante», dice lacónicamente el provocador. Para trabajar se pone unas gafas con la montura de acero. Tiene los ojos negros, la mirada vigilante, los bigotes poblados, que reconozco de golpe, incluso de lejos, entre el gentío de la Feria del Libro de Frankfurt. Un aspecto que no pasa desapercibido y que hace temblar en su momento a las entonadas damas de la era de Adenauer como si estuvieran frente al demonio.

Grass nació en Danzing, en 1927, de padres polaco-alemanes, hijo de un comerciante de ultramarinos. Católico, abandonará la Iglesia en 1974 como protesta contra la postura de los obispos en la reforma de la ley del aborto. Forzado a entrar de niño en las Juventudes Hitlerianas, será militar en 1944 y, después, en 1946, le harán prisionero de guerra. A continuación tendrá que salir de apuros trabajando como minero y tocando jazz. El primer libro de poesías, *Die Borzüge der Windhühner*, publicado en 1956, del mismo modo que sus obras de teatro obtienen el favor de los críticos aunque le resulte difícil encontrar un editor. Grass se mantiene a flote con una pequeña bolsa de estudios del editor Luchterhand. *El grupo*, una asociación de escritores progresistas bajo la guía espiritual de Hans Werner Richter, se convierte en el lugar de cristalización de los escritores alemanes de postguerra. Es aquí donde en el 58 se oyen los primeros acordes de

El Tambor de Hojalata. Más tarde se convertirá en el escándalo literario de la postguerra. Traducido a todos los idiomas, libera a Grass de todo tipo de preocupaciones materiales; pero, en Alemania esta obra será calificada de pornográfica por su lenguaje provocador y sin prejuicios.

Todo aquello que publica recibe entonces galardones y premios literarios: *Gato y Topo* en el 61, *Años de perro* en el 63, *Anestesia Local* en el 69; más tarde ocurrirá lo mismo con obras teatrales como la titulada *Los Plebeyos*; ensayan su revolución, una especie de reelaboración literaria de la revolución obrera en Berlín. Este en el año 1953, que, sin embargo, no tuvo éxito. Continúa escribiendo poesía y más tarde, en 1972 —su amigo Billy Brandt es canciller desde el 69—, publica *Del diario de un caracol*, en la que cuenta su propio compromiso en la batalla electoral, moviéndose en varios niveles literarios. Como es habitual en él, gira en torno a sus temas clásicos: Polonia, la Resistencia, el Fascismo... y el estrupo frente a la incapacidad para sentir dolor. En 1974 —Brandt deja sitio al manager Schmidt— publica *El ciudadano y su voto*, que tiene por tema la larga marcha hacia la socialdemocracia. Y Grass se dedica a los acontecimientos de política mundial, vistos no desde lejos sino desde un prisma cotidiano. La lección de Praga y —a continuación— la Revolución de mayo le interesan, y la prueba es *Lo que leen los soldados*, del mismo modo que los habitantes turcos del barrio berlinés le inspiran *Escritores y Sindicatos*. «En ningún otro país europeo las pe-

sadillas se han transformado con tanta frecuencia y de un modo tan coherente en una realidad política como en Alemania. Si no queremos que se repita la catástrofe de la República de Weimar —que sólo tuvo tibios defensores— necesitamos entonces reconocer, también con todo el radicalismo de los grupos anarquistas, que los enemigos de la democracia están todavía a la derecha y que disfrutan de poderes casi inalterados».

Estas convicciones guiarán su vida y su actividad: la llamada al electorado en 1961 para que votara al SPD, su defensa de los exiliados de la primavera de Praga en 1968, y más tarde, en el 70, su presencia en compañía de Siegfried Lenz en el ghetto de Varsovia cuando Brandt hace el gesto ya histórico de arrodillarse; su llamada a la resistencia en una conferencia celebrada en el 72 en el Ateneo fascista de la junta militar, en el 76, obliga a la editorial Lute Hanz a la democratización del consejo editorial. Se pelea con los burócratas del Este. Recoge ofrecimientos en favor de los exiliados... Grass —que se define aliado de Alfred Döblin, autor de *Berlín, Alexander Platz*— trabaja entre unas cosas y otras en la oscura trama de *El Rombo*, una obra muy ambiciosa, y en la fábula de *El pescador y de su mujer*, una parodia del feminismo, historia cultural y culinaria de la alimentación. Un éxito internacional. Los suecos deciden conceder el Premio Nobel a su íntimo amigo Heinrich Böll, por una pequeña diferencia. En 1979 publica *El encuentro de Telgte*, una parodia del grupo del 47 sobre el fondo histórico de los poetas alemanes de después

de la guerra de los 30 años (1618-1648), con retratos incisivos de los personajes y con descripciones precisas de ambientes históricos, una narración que no resulta aburrida; y ésta es otra característica de Grass, que siempre resulta agradable, picante y con una intención provocadora de efecto prolongado en la lectura.

En 1976 publica, con otros escritores comprometidos, *L 76*, una revista polémica de actualidad. La *L* indica la literatura. Hoy, en su apartamento berlinés de la Niedstrasse, del que habla frecuentemente en sus obras y que se utiliza también como redacción, esta tentativa de conciliar la inteligencia y la política se llama *L 80*.

—*¿Cómo es hoy el clima espiritual en Alemania, después de los últimos cambios políticos en este otoño de 1982?*

—Se acaba de cerrar una era que podríamos llamar social-liberal. Desde 1965 me he entregado a esta causa política con otros escritores colegas míos. Al principio éramos muy pocos. Ahora, después del desastre del Gobierno Erhard, presunto padre del milagro económico, se formó una gran coalición la mañana siguiente de las elecciones al Parlamento: justo lo opuesto de lo que había deseado la socialdemocracia. Aunque era fuerte estaba condenada al fracaso desde el principio, y a esta acumulación de poder se debe la degradación del parlamentarismo en Alemania. Junto con algunos amigos dimos vida —no se puede llamar de otro modo— a un conjunto de iniciativas electo-

rales socialdemócratas limando y revisando el proyecto hasta marzo del 79. En el transcurso de un año, Gustav Heinemann fue el primer socialdemócrata elegido presidente federal. Se perfilaba la posibilidad de que las nuevas elecciones pudieran cambiar el panorama político. Setenta grupos de «iniciativas electorales» diseminados por el país entraron en acción y han contribuido a hacer posible el cambio y el resultado con que contó el 69. Contribuimos a hacernos escuchar en grupos de electores que por extracción social no tenían ninguna simpatía hacia el socialismo: intelectuales, clases medias, gentes con una cultura tradicional... He seguido trabajando en este sentido también como escritor; con intensidad, hasta 1972...

—*¿...el año del fracasado voto de censura contra Billy Brandt...?*

—Se convocaron nuevas elecciones. Con un gran respaldo popular se llamaba el movimiento ciudadano por Brandt. Brandt consiguió cambiar las cosas a su favor... pero la victoria electoral fue demasiado notable...

—*¿A qué se refiere?*

Aquel éxito exagerado no favoreció a la coalición social laboral ni al conjunto del país. Por vez primera la coalición tenía en sus manos un gran poder. Pero no lo ha utilizado para grandes transformaciones. Brandt se dedicó a la política exterior mientras que en el interior, en aquel entonces, es decir, en la época de la primera crisis del petróleo se dejó, tengo la impresión, que las cosas siguieran su curso... con el SPD absor-

vido por las luchas interiores el FDP supo sacar provecho de la situación y, como aliado menos importante de la coalición, intentó sacar de quicio al principal coaligado. Y un año después, en 1974, ocurrió el llamado «Affaire Guillaume».

—*El espía de la Alemania del Este y del gabinete del canciller federal. El secretario personal del canciller era un agente de aquella potencia comunista a la cual Brandt se había abierto en la «Ospolitik»...*

—No se trataba sólo del asunto Guillaume. Brandt tenía problemas por las tensiones internas de su gabinete y concretamente por la lucha entre los ministros Schiller y Schmidt. En este momento aumentaron las tensiones incluso con Herbert Wehner.

—*¿Es que el destino de los intelectuales de izquierda en Alemania es que deben fracasar cuando tienen en sus manos los resortes del poder?*

—Personalmente sentí una gran decepción. Brandt representaba algo que Alemania no había tenido jamás: un hombre político que era al mismo tiempo un interlocutor válido para los intelectuales y los escritores. Por lo tanto, no es de extrañar que la unión de Escritores Alemanes pudiese surgir bajo su impronta y su protección tácita. Tampoco sorprende que después de su alejamiento de la cancillería el diálogo entre los escritores y los políticos se haya hecho más difícil. Existe, sin embargo, todavía todo un grupo de socialdemócratas con los que se puede dialogar abiertamente. Por ejemplo, con Erhard Eppler, un hombre difícil...

—¿...Que por sus simpatías hacia los verdes ha dimitido del partido y ha renunciado a su puesto?

Pero tenemos también a Hans Jochen Vogel, Jefe de la Oposición socialdemócrata en el Berlín Oeste que a mediados de los años 60, después de un violento altercado con el ala izquierda del SPD se marchó a Bonn desde Múnich y ahora prosigue esta tradición de diálogo con los intelectuales (1). Con Helmut Schmidt, por el contrario, el diálogo ha sido siempre más bien difícil. El es también un intelectual y como tal cuando llega el caso saca su odio «intelectual». Sabe mucho y tiene tendencia a querer saberlo todo. Comparado con Billy Brandt es un interlocutor indisciplinado, que no sabe escuchar.

—¿Cómo están sus relaciones con Schmidt?

—Por lo que se refiere a su capacidad justo en estos días que han dejado ver la otra cara de la medalla, es admirable. Pero no por ello se han de olvidar algunas críticas. Ha conseguido con un gran esfuerzo, después del golpe inferido por los liberales a la coalición, como consecuencia de las conversaciones secretas y después de las tentativas de anular los avances que a pesar de todo se han hecho; como decía, consiguió que la situación no se le escapase de las manos. Reemprendió el hilo de las negociaciones y demostró con sus dos discursos en el Parlamento que tenía una fuerza que desde hace mucho tiempo no le habíamos visto. En la Alemania de hoy estoy lleno de curiosidad por ver qué papel desarrollará como jefe de la oposición. Kohl, como canciller, se encontrará de

frente a un adversario muy lúcido y competente y aquí se verá precisamente el punto débil de Kohl: su incompetencia tanto en política interna como en política exterior. Para el SPD tener que vérselas con un adversario semejante será una maravilla. Pero para el país será catastrófico.

—Alemania, patria de escritores y de pensadores. Hoy el cine alemán es un premiado artículo de exportación. ¿Cómo podríamos describir nuestro clima espiritual y cultural hoy? ¿Vamos hacia una cultura de izquierdas?

—...Que de hecho no existe en el campo de la cultura —ya se trate de pintura, de literatura o de otro campo— existe entre nosotros un movimiento que irradia desde el centro. Existen también posiciones extremistas de izquierda... pero en la derecha la cosecha es verdaderamente escasa.

—¿Por qué? ¿De quién depende?

—Me parece natural que, como reacción contra el nazismo, el tercer Reich y la capitulación incondicional de 1945 la cultura, la literatura y la poesía se hayan desarrollado sólo en la zona democrática, es decir, entre las fuerzas que ya en la época de la República de Weimar habían reaccionado frente a la caída de la democracia. Y de esta forma —yo he hecho esta misma experiencia en el grupo 47— ha ocurrido que la nueva literatura alemana en gestación floreciera casi exclusivamente en la zona que va de la izquierda al centro radical socialista o socialdemócrata, si se me permite utilizar estos términos. La era de Adenauer no puede volver ni en política ni en la

cultura. Adenauer era sinónimo de restauración. En aquella época mi generación estaba decepcionada porque después de la guerra se esperaba algo nuevo y, sin embargo, todo volvía a ser igual. Esto explica también las múltiples, excesivas esperanzas de 1969 en una nueva época. Si hoy se pudiera dar marcha atrás no podrían volver a repetirse los efectos que la tentativa tuvo en los años 50. No existe ya una figura como la de Adenauer con su capacidad de pulverizar el intelecto. La población ha cambiado. Hoy no existe un terreno abonado a los comportamientos reaccionarios.

—¿Y Strauss? No me negará que tenía insuficiente poder y fuerza como para poder llegar a tener la misma popularidad que Adenauer.

—La popularidad no significa nada. Strauss ha sido siempre popular. La gente —incluso yo, que escribo— lo hemos visto siempre con una mezcla de horror y de admiración. Y ésta —se ha dejado traslucir con los votos— le ha impedido hasta ahora que llegara al poder. Y el principal artífice de esta situación ha sido él. Aunque naturalmente con su popularidad es un personaje, no me gustaría tener que prescindir de él. Representa un tipo de temperamento alemán que forma parte de nuestra realidad. No tiene talla de Adenauer, es indisciplinado, carece de control sobre sí mismo, es capaz de hablar durante horas sobre nuevos proyectos políticos sin decir absolutamente nada... Adenauer, por el contrario, era el viejo conservador obstinado, que quería implantar en Alemania los ideales separatistas que estaban ya presentes en la

República de Weimar; un hombre que, sin decir nada consiguió llevar a cabo su idea: la creación de una Alemania Occidental sólidamente apoyada en la Europa del Oeste y en Estados Unidos, configurando de esta forma una situación que, con el tiempo, ha dado lugar a la pendiente de la DDR.

—Hasta ahora hemos escuchado el punto de vista de Günter Grass como hombre comprometido en lo social y en lo político. ¿Cómo se ve a sí mismo en este mundo? ¿Cuáles son las etapas y los estadios de su actividad?

—Desde muy joven tuve la necesidad de consagrarme a una profesión artística. A los trece años lo veía muy claro pero, no se me había nunca ocurrido escribir. Y, de este modo, después de la guerra la elección de una profesión me ha supuesto un zig-zag. Los americanos me retuvieron como prisionero de guerra, trabajé como minero. Por otro lado las academias de Bellas Artes no estaban abiertas todavía y, por ello, para empezar aprendí a utilizar el escalpelo y con posterioridad, una vez terminado ese período de aprendizaje, entré en la Academia de Bellas Artes de Düsseldorf para preparar escultura, grabado, etc..., aunque ya había empezado a escribir. Incluso mi primer libro, que más tarde publiqué en Berlín (en aquella época era el alumno modelo del escritor Karl Hartung en la Academia de Bellas Artes), lo concebí, en primer lugar, como escultor. Tan solo con la novela *El tambor de hojalata* el uso de la pluma con un material épico exuberante a mi disposición, se me impone de tal modo, que sin darme cuenta me

encontré de golpe ejerciendo principalmente el papel profesional de escritor. Pero esto no obsta para que, durante esta época, en la que no pude esculpir, no dejara de dibujar y mientras escribía compaginé mi trabajo haciendo dibujos, grabados y litografías que ilustran toda mi obra en prosa. Por ejemplo, en los cinco años que he tardado en escribir *Rombo* he hecho ochenta tallas inspiradas en el tema del libro. Creo que en todo lo que he escrito había en un principio un componente lúdico abstracto, entre real y subrealista, una búsqueda de lo grotesco. Tan sólo en aquellos momentos en los que me dedicaba a un tema comprometido —mi origen y procedencia, Danzing, la ciudad perdida, perdida por culpa de Alemania pero también la época que le dio carácter a mi generación, la del Nacional Socialismo— sólo, en ese momento, el tema tomaba contornos reales.

Pero en el tratamiento de esos temas —trabajando en el *Tambor de hojalata*, en *Gato y Topo*, en *Años de perro*— tuve un cierta ruptura. Cuando terminé el *Tambor* tenía 32 años, los suficientes como para poder enfrentarme coherentemente a la decisión de hacerme escritor. Aunque hay algo que ha sido de gran importancia en mi vida: frecuentar durante años a mis colegas escritores del grupo 47. Fue el grupo quien, en 1955, leyó por vez primera lo que había escrito: Poesías... y la segunda vez también fueron poesías. Más tarde obras de teatro de un solo acto. Después pasajes del *Tambor de hojalata* e iba de una lectura a otra; leía manuscritos en aquella atmósfera densa... ¡Algo único! En aquella época nacieron

muchas enemistades que duran hoy.

—Esto se ve en el encuentro de Telgte. ¿Se trataba sólo de encuentros literarios? ¿A quién alude en el libro? O, ¿es por el contrario un tema tabú?

—No. Eran reuniones políticas y de otro tipo. Por ejemplo ENZENSBERGER. ENZENSBERGER ha sostenido durante años que se encontraba más a la izquierda que yo y en el intervalo, conforme ha perdido fuerza, se ha acercado a posiciones de derecha y publica una revista financiada con un dinero que apesta.

—¿Se refiere a «Transatlantik»?

—Exacto. Ese dinero ensucia todo el periódico. No he podido comprender jamás como ENZENSBERGER hace algo semejante. En la época de la protesta estudiantil lo apreciaba. Pero esta tentativa de salvarse lanzándose hacia una moderación que obviamente está destinada a irse hacia la derecha y a producir allí sus efectos, esto es para mí algo incomprensible, algo que rechazo y que me cierra la posibilidad de toda colaboración. Si he votado al SPD más que por mis propias concepciones personales, caóticas, anárquicas y pesimistas, lo he hecho por consideraciones racionales sin por ello afiliarme al partido donde no he intentado nunca entrar ni en aquellos tiempos en los que realizaba una actividad política. En un plano literario y político he luchado mucho por la primavera de Praga en Checoslovaquia, e hice muchos amigos entre los comunistas reformistas y los socialistas que, mientras tanto, tenían que luchar en Occidente. La

represión de Praga, con los tanques comunistas de Breznev me ha aclarado aún mejor mi postura como socialista democrático y las consecuencias las he sentido en los días pasados: dado que hoy el SPD va a pasar a la oposición, mi mujer y yo nos hemos afiliado al partido.

—*¿Qué me dice de los peligros que pueden afectar al escritor que ejerce una actividad política?*

—No soy capaz de valorarlos bien, no seré escritor de partido. Conozco demasiado bien los peligros que pueden derivar de la política.

—*En todas sus novelas se llega, entre otras, al punto de la problemática entre las dos Alemanias vistas desde su propia experiencia. Por así decirlo, es Alemania Oeste la que tiene un mayor atractivo. Pero, al mismo tiempo, hemos visto ahora que los escritores alemanes han dictado tres conferencias (en Berlín, Scheveningen, Colonia) sobre temas de la paz y los derechos humanos. ¿Qué sucede en la unión de escritores alemanes?*

—En diciembre del año pasado el escritor de DDR Stefan Hemlin invitó a algunos escritores al Berlín Este. El encuentro tenía previsto un coloquio sobre la paz y contra el rearme. Hemlin ha sido bastante generoso con los invitados: gracias a su amistad con Honecker consiguió, por fin, hacer que se aceptase no sólo a figurones del DDR, sino también a escritores de la oposición así como a algunos que cuando Wolf Biermann fue privado de la ciudadanía debieron dejar el país y viven hoy en Occidente. Esto ha dado pie a la polémica. Luego,

cuando la invitación fue devuelta por parte de la Alemania Federal tomó la dirección de las dos asociaciones y no de los escritores, de los creadores. Se dejó fuera a algunos personajes incómodos. Bert Engelmann, presidente de la Unión de Escritores de la Alemania Occidental y, naturalmente, también, el alemán oriental Hermann Kant tenían gran interés en que el encuentro no diese lugar a conflictos y esto suponía quitarle la gracia a todo el asunto. Se fomentó algo que yo llamaría «Congresismo» o «Manía Congresista». Pocas semanas después tuvo lugar el segundo congreso en el que yo no tomé parte.

Ahora se va a celebrar un Congreso en Sofía y, de esta forma, este objetivo se logrará. Pero está cada vez más claro que, desgraciadamente, los funcionarios de la Unión de Escritores Alemanes han triunfado en su intento de dejar fuera a todos aquellos escritores que, durante un tiempo vivían en la DDR desgraciadamente y que hoy viven en la República Federal, empezando por Gerhard Zwerenz y, poco a poco, con autores como Jürgen Fuchs y Wolf Matthies, que se negaron en cuanto miembros de la unión a hacer tratados como hijos ilegítimos. Y no han visto con buenos ojos que justo el hombre al que deben sus dificultades en la DDR —Hermann Kant— pueda hoy parlamentar y tratar de igual a igual a Engelmann y vaya de congreso en congreso. Pero, desgraciadamente, no se han limitado a protestar —como habría sido lo propio— y han abandonado por las buenas la unión, lo que me parece un error. Mientras, he recibido una carta de Ota Sik, que está

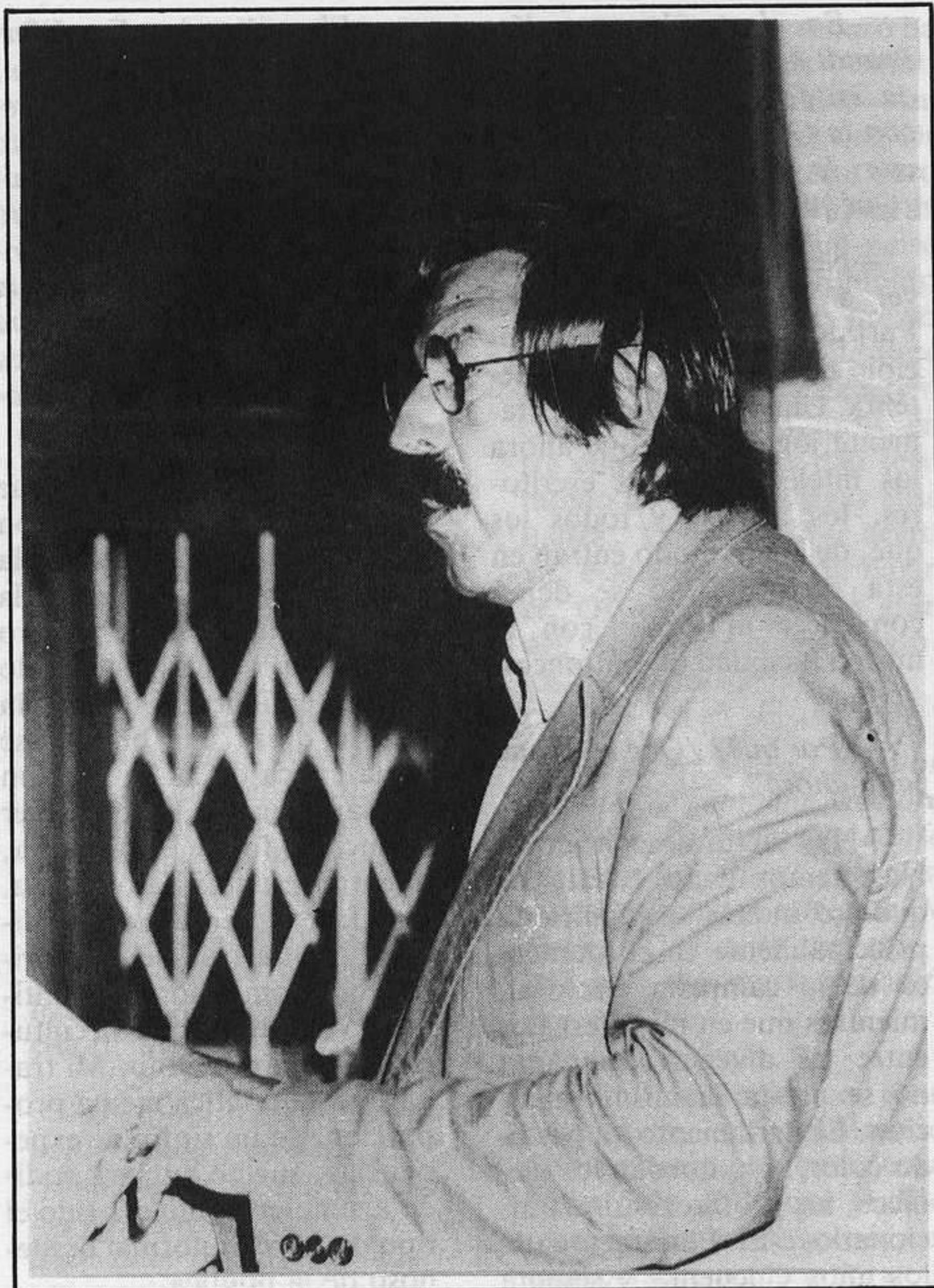
indignado como yo, por el comportamiento de la Unión de Escritores. Me dice que, a pesar de todo no se retirará, porque no quiere ser arrastrado por la derecha. Y tiene razón, yo apoyo este modo democrático de actuar.

—*¿Dónde iremos a parar si en la Alemania Federal los funcionarios de la Unión reaccionan como burócratas de DDR?*

—Sik ha hecho algún comentario bastante cínico sobre los tres dimisionarios que, por lo demás, han encontrado nuevo equilibrio. Yo le invité a retirarse, pero él naturalmente, no se ha retirado. Sik dirige su comportamiento de forma que el diálogo, tan útil entre los escritores alemanes, continúe. El desarme no tiene sentido. En un mundo armado hasta los dientes la paz sólo se puede defender combatiendo. Toda tentativa de armonización es un fracaso. Los contrastes son demasiado grandes para poder taparlos remozando la fachada.

—*¿En qué está trabajando actualmente, después de «El rombo», «El Korfgebue» y «El encuentro de Telgte»?*

—No me gusta hablar de los proyectos. He escrito un libro tras otro sin interrupción durante dieciséis años, ahora me he impuesto una pausa. He vuelto al oficio abandonado desde hace veinticinco años: la escultura. Incluye el que yo esboce algunas poesías, que algunos pensamientos tomen forma literaria, pensamientos formulados de un modo impreciso. Dedico mucho tiempo a la terracota, y esto me sienta bien. Necesito tomar cierta distancia con respecto a mi trabajo y a las



cosas que amenazan con convertirse en rutina, es bueno alejarse de las cosas...

—Usted vive con frecuencia en Berlín. Tiene allí una casa, dirige un periódico sobre literatura —L 80— y acostumbra a dialogar con grupos diversos: La Iglesia, los escritores, los intelectuales. ¿Qué fuerza, qué consistencia tienen estos movimientos para que sean objeto de su atención?

—No se trata de un fenómeno exclusivamente berlinés

sino alemán. Los jóvenes tienen la sensación de que carecen de futuro y, en parte, estos temores están justificados. Si se deja de lado a los que se unen a este movimiento, tan sólo para seguir en la moda, los otros, los que se sienten verdaderamente implicados, presentan, desde luego, algunos argumentos verdaderamente acertados. La humanidad en nuestro planeta va hacia la catástrofe. Algunos intentan retrasarla, pero es sólo un intento. La máxima velocidad se percibe en la explosión

demográfica del Tercer Mundo. Se incrementa el número de los infragmentados y de los desheredados mientras disminuyen los alimentos en los países subdesarrollados. Mientras tanto hemos llegado al empobrecimiento de nuestros recursos naturales, a la destrucción de nuestros bosques. Esto significará también variaciones climáticas de proporciones gigantescas además del fin de los recursos y dicha explotación no es patrimonio exclusivo de tal o cual ideología, tanto el capitalismo privado como el comunismo de estado son a partes iguales responsables de esta devastación. Ningún movimiento es lo suficientemente fuerte, por otro lado, como para poder detener esta tendencia devastadora.

—¿Tampoco los pacifistas?

—Un movimiento debe, en un determinado momento, transformarse en una Institución, en un partido. No se puede conservar en un movimiento —cualquier movimiento— durante años y años sobre la base de la espontaneidad. Sería mejor encontrar una forma de partido que permita la espontaneidad y este es el problema que, aquí en Alemania tienen los verdes. La base para un movimiento que una a los verdes y a los pacifistas existe. Pero, a pesar del éxito electoral, dudo que los verdes puedan transformarse en un partido y, de este modo, el aliado del SPD en una eventual coalición. Su disponibilidad a llegar a un compromiso, a ponerse de acuerdo en cuestiones tales como el Tercer Mundo, la Ecología, la distensión y el desarme es más bien dudosa, sin contar con los problemas sociales. Los verdes no se intere-

san por estos problemas, no ven las consecuencias que podrían surgir si un día y otro cambiara de signo un sistema económico que durante años a marchado sin obstáculos en el camino de la expansión y del crecimiento.

—Además está la cuestión de la financiación que permanece sin resolver en ningún punto.

—Nadie se la plantea y, una omisión de esta categoría confiere a este movimiento —por tantos motivos necesarios— una impronta de falta de seriedad. Por eso yo prefiero fiarme de un grupo que en Alemania —con todas sus debilidades, con todas sus contaminaciones— me da más confianza para conseguir algún cambio en materia social: la socialdemocracia. El partido es lo suficientemente fuerte como para poder hacer suya la propuesta estudiantil, puede crear un espacio para los verdes y los pacifistas, si éstos no consiguen la autosuficiencia, la independencia. Alemania tiene varios movimientos de protesta de estas características, inspirados en parte en el idealismo alemán: duran uno o dos años. Empiezan con un idealismo exasperado y, con el tiempo, terminan decepcionados a menudo en el cinismo, en el rechazo de la política y sin rodeos, en la mayor parte de los casos se unen a movimientos de derechas. Gran parte de la protesta de estudiantes ha acabado así. Otros muchos se han acercado al SPD o al Partido liberal y han ayudado a su batalla política durante trece años. Si los liberales desaparecen como partido —como es de temer— tendremos que buscarle una patria política a muchos militantes.

—En los últimos días Brandt ha dirigido una llamada en favor de una alianza con la *Geistiges Deutschland*, con la Alemania idealista. ¿Qué pretendía con ello?

—Necesitaba renovar, volver a vender la imagen del Partido, como se hizo al principio de los años sesenta y setenta. Una intención perfectamente lógica, sólo que ahora los intelectuales, los escritores, los artistas y todos los que, de algún modo entran en esta categoría no se dejan convencer ni atraer con la misma facilidad que entonces.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que falta ahora?

—Hay cierta desconfianza. Nos hemos dado cuenta de que ese interés se manifiesta principalmente en el momento de la campaña electoral, mientras que en los intervalos entre las diversas campañas no se presta la misma atención. El Parlamento ha perdido color, sólo quedan los técnicos, los profesores, los funcionarios. El Parlamento de los años cincuenta y sesenta con cosmopolitas como Carl Schmidt o Adolf Arnt era otra cosa, tenía más vida. Allí nos representa un escritor.

—Dieter Lattmann, Presidente de la Unión de Escritores hasta hace poco...

—Sí. Lo ha dejado, ha dimitido, ha sufrido. No tenemos una continuación, un eco. Y si Brandt hace un llamamiento en este sentido debe también proveer a que su partido cree las premisas para tal adhesión. Y no sólo tomando en consideración las necesidades de la oposición, sino intentando crear un nuevo capítulo.

—El crítico de *«Frankfurter Allgemeine Zeitung»*, Marcel Reich Ranicki le ha reprochado el haber querido poner a toda costa la literatura contemporánea al servicio de la política, el haberla convertido en la cenicienta de la política con el resultado —ha dicho él— de que la política no ha cambiado y ha ensuciado la literatura.

—Ranicki simplifica lo que Trosky dice con más precisión en *Literatura y Revolución*: la literatura no debe resultar la sierva de la revolución. Pero no es esto lo que ha ocurrido en la República Federal. Ha habido quizá una breve fase en la época de la Revolución de Mayo, cuando Enzensberger anunció el fin de la literatura, mientras escribía bajo cuerda. Una fase tan breve como ridícula. La mayoría de los escritos comprometidos han continuado escribiendo. Y la cultura no se ha resentido. Mi trabajo en la política me ha proporcionado un sinfín de experiencias, que no hubiera podido acumular si hubiera sido el tipo de escritor normal desdeñoso de la política.

—Hay un ejemplo de esto en el *«Diario de un caracol»*, donde un judío perseguido se oculta hibernado en un almacén de remolachas durante el fascismo y en la que se describe una campaña electoral, la de Brandt en 1972. Los rasgos del profesor ZWEIFEL, descritos en el libro tienen algunos elementos de la biografía de Ranicki.

—Ranicki era un tipo con el que no se podía tratar de ciertos temas, porque era muy extremista, mantenía posiciones indefendibles sin dar pruebas de lo que decía. Y así todo se convierte en polémica. Escri-

bir y hacer política no se excluyen, basta con intentar no hacerse víctima del lenguaje de la política, de sus fórmulas de cobertura o de los elementos cambiantes de su estructura. Con un lenguaje muy pobre, en el que se utilizan conceptos manoseados, discursos hechos de humo y aire. Esto no debe hacerlo un escritor, no debe desvalorizar su propia posición. Sus dificultades son hechos normales. También Pasolini, en Italia, tuvo muchos problemas por su filiación al Partido Comunista. Y se podrían citar a muchísimos intelectuales que, después del compromiso político se han sentido derrotados y han debido aceptarlo, y que han dejado una huella valiosa. Las ideas de Pasolini quedarán, pero las ha podido escribir precisamente por esta razón y debido al hecho de haberse embarcado en la lucha política.

—Pasolini tuvo —más que nadie— una vida llena de sufrimientos y no era un hombre del sistema; era un individuo que tuvo una muerte atroz, ajeno a la vida cotidiana de los comunistas.

—Piensa en Orwell. Tuvo el destino opuesto. Un hombre ejemplar en mi opinión. Como hombre de izquierdas estuvo en España en 1937 en la Guerra Civil, combatió en las filas republicanas y pudo constatar después, con espanto, cómo los republicanos no tenían que luchar sólo contra el fascismo, sino que tenían que luchar también contra el terror estalinista infiltrado entre las filas y que liquidó a miles de anarquistas y socialistas. Orwell escribió un libro sobre ello: «Homenaje a Cataluña». Quiso publicarlo en Londres, pero su editor —que

era de izquierdas— rehusó hacerlo. Los socialistas —entonces aliados de Stalin— no queríamos reconocer que Orwell tenía razón. Y este libro, como todos los suyos, no ha sido publicado en los países del Este. Están prohibidos por la censura. Pero no por ello, Orwell se hizo de derechas. Gracias a esa experiencia ha escrito otros libros, entre ellos *1984*, que dan testimonio de estas amargas enseñanzas. El año 1984 se acerca ya. Podemos hacer un balance. Orwell presintió los grandes peligros de nuestro siglo y los ha descrito.

—Günter Grass, escritor, durante la campaña electoral de 1980, ha dado una conferencia sobre Orwell con el siguiente título: «El siglo de Orwell». ¿Qué es lo que dijo y qué es lo que quisiera modificar o añadir?

—Las tendencias por él señaladas se han confirmado. Sin embargo, algunas cosas están peor de lo que él dijo, otras se han contemplado con una perspectiva temporal, la tríada estalinismo, nacional-socialismo y fascismo, por ejemplo. Hoy nos encontramos todos amenazados por hechos que se encuentran al margen de estas ideologías y que son difíciles de concebir. Los cambios tecnológicos nos han asfixiado. La genética, por poner un ejemplo, empieza a tener peso propio y en pocos años hará grandes progresos con resultados espantosos. Orwell había también previsto esta posibilidad de explotar al hombre. Pero es, asimismo importante —y su importancia viene confirmada día a día—, la descripción que Orwell hace del metalenguaje, un lenguaje que...

—Estandariza todo...

—No sólo esto. Es un lenguaje plagado de expresiones que quieren decir lo contrario de lo que dicen. El Ministerio de la Guerra recibe el nombre de Ministerio de la Paz... Cuando la Unión Soviética invade un país se habla del proceso de normalización que empieza.

—Sin embargo, Orwell no habló para nada de la amenaza nuclear.

—Es cierto, pero se presenta una sociedad en la que la aparición de tal período aparece como algo plausible. No se han previsto ciertos progresos técnicos, pero se ha previsto el grado de entendimiento entre las ideologías y el hecho de que sean intercambiables. Esto lo vemos hoy. Las grandes potencias mundiales han establecido sus propias esferas de influencia y cuando estos intereses están en juego se habla de «intereses vitales» y se lanzan a la conquista, lo cual no excluye que puedan perder. Piense en Vietnam, piense en la Unión Soviética, que no es capaz, que no sabe resolver la cuestión afgana y no tiene la altura necesaria para resolver el problema polaco.

Y de este modo la descripción orwelliana sobre el grado creciente de fungibilidad entre las ideologías adquiere contornos cada vez más claros, y al final es indiferente si los hombres son explotados por el capitalismo privado o por el capitalismo de Estado. Contra uno y otro se dan revoluciones de nuevo cuño con resultados inciertos. Lo que sucede hoy en Polonia o en Ni-

caragua, de donde acabo de llegar, son dos interpretaciones nuevas del socialismo, que no entran ni en la concepción de Lenin ni en la cubana. En Polonia, por ejemplo, se han desempolvado viejas tradiciones socialistas. Y en los dos países tenemos que vérnoslas con un catolicismo militante que parece casi paleocristiano. Pero lo que es cómico es que los dos movimientos están completamente aislados sin poder tener noticia el uno del otro. Al contrario, en Nicaragua, se leen despachos de la Tass y se piensa que a lo que ocurre en Polonia se le puede llamar contrarrevolución. En Polonia, no se lee la prensa local y se oye la «Voz de América», que afirma que en Nicaragua se prepara una nueva Cuba. Sería interesante enfrentar a un partidario de Solidaridad y a un sandinista y después ver lo que ocurre de su enfrentamiento. De sus experiencias en común saldrían ideas parecidas.

—¿Pueden ser ideas para una novela?

—Quizá para más tarde, pero hay muchos temas interesantes.

—Uno de los temas más frecuentes en sus obras es el tema de las minorías de los apátridas. Una vez usted escribió un ensayo titulado Kreuzberg (barrio turco de Berlín) necesita un minarete, en el cual usted auspiciaba la integración de los trabajadores turcos. Me causó un gran impacto. Pero después de cuatro años pasados en Berlín-Kreuzberg me parece que el escritor idealizó la situación.

—En los próximos años Alemania y Europa deben enfrentarse con una gigantesca presión demográfica proveniente de Asia, Africa Negra... Se podría hablar de una nueva Revolución de las Nacionalidades, de invasiones, de migraciones de los pueblos y la miseria en los países del Tercer Mundo está destinada a crecer. Quizá las soluciones puedan venir de un nuevo sistema económico internacional. Turcos, paquistaníes, hindúes, gente de la zona desértica del Sahel... y toda la gente que sueña con venir a Europa, pero que prefiere quedarse en casa. La mejor medida contra la penetración excesiva de los extranjeros, contra tal contaminación —que en las grandes urbes es un verdadero problema— sería la ayuda directa en sus países de origen. La República Federal debe ser un país donde cualquier ser humano tenga derecho de asilo. Pero me disgusta que los estudiantes provenientes de Thailandia, de India, de Kenia o de cualquier otro lugar, que llegan con una bolsa de estudios, y se licencian luego en Medicina, se queden luego aquí para ejercer su profesión, mientras que en su país de origen tienen auténtica necesidad de ellos y como resumen nosotros contamos con un psiquiatra más. He hecho un par de viajes a Asia —no hablo de oídas— y he visto cómo las grandes ciudades enloquecen de médicos, mientras no hay ninguno en el campo. Este inconveniente deriva también de una falsa comprensión del liberalismo que tenemos nosotros. Un punto de vista incómodo, me doy cuenta.

—En su obra se insiste la tentativa de tratar de un mo-

do exhaustivo temas como la paz, la reconciliación, la unión de los contrarios. También Israel y la culpa alemana pueblan sus pensamientos. Usted, como descendiente de padres polaco-alemanes, tiene una relación especial con Israel. ¿Cómo se siente estos días con la masacre de Beirut?

—No podemos plantearle a Israel exigencias morales que no tenemos nosotros mismos. Israel es el resultado de otras tendencias políticas. Begin ha sido siempre un terrorista, desde el principio, desde la época de Palestina como un Mandato Británico, cuando todavía no existía el Estado de Israel. Representa lo más opuesto al progreso en todos los sentidos. Pero... ha resultado elegido. Dentro de cierto tiempo habrá un cambio en la guardia allí, o al menos así lo espero. Begin actúa como un irresponsable, con una política agresiva que tiende a la construcción del Gran Israel, apoyado en las fuerzas que le han respaldado siempre. En el sionismo, en su ala ortodoxa, ha habido siempre una corriente en esta dirección mucho antes de la fundación de Israel. Pero existe una tradición dentro del Partido Laborista que espero consiga tomar el timón. Conozco muchas personas y tengo muchos amigos que se encuentran en una postura crítica respecto a Begin, oponiéndose a él. Son cada día más intransigentes.

La entrevista acaba aquí. Pasamos de nuevo por delante de las esculturas. Puedo, quiero tocarlas. Una anguila fundida en bronce. Grass acaricia una obra suya. No ha salido bien, como si fuera un padre angustiado. Pero Ana,

la madre primigenia, la figura onírica central de Rombo, está sana y salva, rosada como una figura arcaica, con los tres pechos que tanto tranquilizaban a Grass, que fueron más tarde reducidos a dos por

una perversión de la civilización. Ahora está presente y Günter Grass sonríe bajo su bigote.

Petra ROSENBAUM
© Mondoperaio

(1) Vogel en la época de esta entrevista no era todavía el sucesor de Schmidt como Presidente del SPD. Como más adelante se verá, las referencias a Schmidt son anteriores a su renuncia como Presidente del Partido.



Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

NUMERO 9 (OTOÑO 1982)

Javier Solana: **La alternativa socialista.**

Ludolfo Paramio: **El final del desencanto.**

Jorge M. Reverte: **Una mayoría para el cambio.**

Pablo Castellano: **Con freno y marcha atrás.**

J. Muñoz-S. Roldán: **Estrategia económica contra el paro.**

José Ramón Recalde: **Crisis vasca de legitimidad.**

Pilar Brabo: **Las elecciones andaluzas.**

Antonio Checa: **El proceso autonómico andaluz.**

Emilio Menéndez: **Europa y Oriente Próximo.**

Agnes Heller: **Mantener el objetivo socialista.**

Reyes Mate: **La ética y la política.**

Felip Lorda: **Socialismo y filosofía del derecho krausista.**

Alvaro Espina: **Salarios, beneficio y empleo.**

Suscripción anual: 1.100 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha. Madrid-4



EN LA FRONTERA DE DOS TIEMPOS

Ricardo Doménech

Nos preguntamos cómo es posible que haya llegado hasta aquí. Pero —y aunque en condiciones deplorables— la verdad es que ha llegado y ahí lo tenemos: vivo todavía. Ha resistido —no sólo desde 1939, pero sí *especialmente desde esa fecha*— tal suerte de agresiones y de calamidades que, si bien se mira, no cabe imaginarle mayor adversidad... por mal que le pudieran ir las cosas en los siglos futuros. Agonizante, desahuciado sucesivamente en la década de los cuarenta, de los cincuenta, de los sesenta, de los setenta y aún de los comienzos de la década de los ochenta, a veces su pulso ha empezado a latir con fuerza, dejando muy claro que no era —que no es— un cadáver, y que puede volver a ser lo que ha sido en otros tiempos, lo que es en otros países.

Estoy hablando del teatro español. Perra suerte la suya. A quien no esté familiarizado con el mundo del teatro y lea el riguroso «Informe» que ha elaborado la Comisión del PSOE, le sorprenderá que este arte haya podido sufrir en España tal cantidad de obstáculos, gravámenes, indiferencias culpables, vejaciones y violaciones. Y no hay en este «Informe» ninguna exageración, nada que esté fuera de tono¹. De otro lado, en él vienen a confluír muchos y muy varios documentos, manifiestos, etc., que a lo largo de las últimas décadas han levantado acta de la situación teatral española —o sin más: de la situación española, pues al fin y al cabo todos sabemos que ese teatro agonizante no era sino el espejo de una sociedad bajo la Dictadura—. Vale la pena que recordemos

algunos de tales escritos colectivos, los más destacados:

— Conclusiones de los Coloquios sobre Problemas actuales del teatro en España (Santander, 1955).

— Declaración y documento del G.T.R. (Grupo de Teatro Realista) (Madrid, 1960).

— Declaración de las Jornadas Nacionales de Teatro Universitario (Murcia, 1963).

— Programa de la Junta Democrática de Teatro de Madrid-Región (Madrid, 1976),

— Informe sobre la situación actual del Teatro Independiente (elaborado por la Comisión provisional de la Federación de Grupos de Teatro Independiente) (Madrid, 1976).

Como digo, hay muchos más. En los años sesenta y setenta, los coloquios y congresos de teatro (Gijón, Córdoba, San Sebastián, Sitges, Victoria, etc.) concluían siempre con alguna declaración o manifiesto². Y, sobre todo, en las páginas de *Primer Acto* y —desde 1976— de *Pipirijaina*³, el lector interesado podrá encontrar ensayos, artículos, mesas redondas y encuestas innumerables, donde se analiza la crisis teatral en sus diferentes facetas. Este amplísimo material, en conjunto, es la conciencia de esa crisis. El «Informe» del PSOE asume esa conciencia, a la vez que los diversos diagnósticos particulares; y, como es lógico, va más allá: porque ya no se trata de denunciar unos males, sino de establecer un programa de acción —una política teatral— realizable desde el Gobierno. Esta diferencia es fundamental: separa totalmente dos épocas.

Por supuesto, algún problema ha desaparecido, automáticamente, al cambiar la forma política en 1977; así, por ejemplo, aquella aberrante institución de la censura, que fue una pesadilla y una grave ofensa para todos (para los artistas, para los intelectuales, para el público teatral). Pese a ello, ciertamente, la libertad de expresión ha continuado amenazada en algunos momentos de la transición política (el caso de *La torna*, de Els Joglars, puede servir de ejemplo), y es seguro que la intolerancia —ancestral problema de España— reaparecerá de diferentes maneras en este tiempo nuevo, quizá con frecuencia en campañas sistemáticas —explícitas o solapadas— contra la gestión gubernamental. Otros problemas teatrales, prácticamente todos, siguen intactos. Y causa rubor que, a la altura de 1983,

se tenga que hablar todavía de asuntos tales como ese absurdo impuesto con destino al Tribunal Tutelar de Menores o, en general, la necesidad de una exención fiscal para el teatro, como asimismo de una descentralización, de un fuerte incremento en la ayuda económica, etc. Todos estos puntos, que el programa socialista desarrolla de forma pormenorizada, estaban ya en los documentos y manifiestos a que antes aludí: son las sempiternas reivindicaciones del teatro español, que la Administración no ha atendido nunca, ni durante la Dictadura ni después. El «Informe» constata, asimismo, otros grandes menesteres: la «popularización» del teatro (esto es, su proyección en las capas más jóvenes y en las más débiles económicamente), la creación de unas condiciones materiales y organizativas que favorezcan la elevación del nivel técnico y artístico; la reorganización en profundidad de los Teatros Nacionales (abarcando cuatro áreas: clásicos, zarzuela y ópera, nuevas experiencias y dramaturgia nacional contemporánea), etc. En fin, no hay más que decir; ahora hay que hacer (a lo dicho, hecho).

Pero no se recoge en el «Informe» ni en ninguno de los escritos colectivos mencionados —quizá porque no es ése su sitio— algo que en este instante (cuando ya esas antiguas peticiones han pasado a ser programa gubernamental) alguien debe recordar aquí: la necesidad —no menos imperiosa— de recobrar una conciencia artística perdida (y digo «perdida», en el supuesto de que alguna vez haya existido en el teatro español contemporáneo, más allá de unas determinadas individualidades).

Se trata de un fenómeno que generan las dictaduras, y ello de dos maneras: directa e indirectamente. En el primer caso, el artista se siente menospreciado por el poder, y reacciona de manera servil, menospreciando también él su arte al colocarlo al servicio de ese poder. En el segundo caso, el artista reacciona de un modo moral e inconformista —inconformista, por ser moral; moral, por ser inconformista— haciendo de su arte —y de su *rol* social— un instrumento de lucha contra el poder; con frecuencia, por no decir que siempre, ese artista acaba anteponiendo las naturales exigencias de esta lucha a las naturales exigencias de su arte o, dicho de otro modo: la moral, a la belleza. Y así, tanto en un caso como en otro, comprobamos que en el ámbito ciego en que se mueven tiranos y tiranizados, la desnuda belleza llega a parecer culpable a quienes, por principio, deben aspirar a ella. A finales de los sesenta, en la cultura española se empezó a notar una saludable defensa de los valores netamente artísticos (es lo que late en el rechazo del realismo social anterior), simultáneamente a la continuada y generalizada oposición al franquismo. Pero aquello no fue suficiente para modificar ciertos hábitos mentales, ciertas costumbres ya enquistadas entre nosotros. En el campo del teatro, concretamente, son muy aislados (y no siempre están articulados en una trayectoria definida, en un proceso) los espectáculos que, desde entonces, han respondido de verdad a un riguroso imperativo estético. Aunque esas excepciones merecen recordarse: *Las criadas*, de Víctor García, y el *Marat-Sade*, de Marsillach, pasando por el *Informe para una Academia* y *La irresistible ascensión de*

Arturo Ui, de José Luis Gómez; por los espectáculos —todos— de Els Joglars y del Teatre Lliure, y por algunos del TEC (Chejov, Lorca), hasta los cuatro o cinco aciertos más destacados del Centro Dramático Nacional y del Teatro Español en esta última etapa... Insisto: son las excepciones.

Como excepción hay que puntualizar también que en parte, en una pequeña parte, los espectáculos teatrales que hemos visto en estos últimos tres o cuatro años responden, por lo común, a una calidad superior a la que se podía apreciar en 1977, 1976, 1975... El Centro Dramático Nacional, desde su creación en 1978⁴, y el Teatro Español, desde que lo dirige José Luis Gómez, han influido en un adecentamiento estético de los escenarios. Asimismo, y como algo estimulante y positivo, debe destacarse la creciente y vigorosa incorporación de autores españoles: Nieva, Riaza, Rodríguez Méndez, Benet y Jornet, Fernán-Gómez, Matilla, García Pintado, Fermín Cabal, Alonso de Santos, Ignacio Amestoy... Estas y otras válidas aportaciones en estos años —de las que, por supuesto, no hago aquí un inventario: sólo aludo a su existencia— demuestran que el teatro español *puede remontar la crisis en que se encuentra sumido*, pero no, claro está, que la haya remontado. Tal cosa sólo se producirá al término de un proceso, en el que se modifiquen, de un lado, las condiciones materiales que pesan sobre la escena —esto es, aplicación exacta y puntual del programa que el PSOE ha prometido— y, de otro lado, la mentalidad de la mayoría de nuestros artistas de teatro, mentalidad condicionada aún por los largos

años de la Dictadura, según esa doble manera que antes señalé.

Entiendo que dicho cambio de mentalidad o recuperación de una conciencia artística, debe suponer las siguientes cosas:

1) Rechazar la antimonia valores estéticos / valores morales, o: valores estéticos / valores políticos. El verdadero arte es siempre, y en cualquier caso, una fuente de progreso y una afirmación de la condición moral del hombre.

2) Son compatibles la creación artística y la militancia política. Pero si en un determinado momento el artista las siente incompatibles, hará bien en dejar la militancia, en provecho de su arte y... de su partido.

3) Para luchar por una ideología está la acción; para desnudar el alma enferma, el psicoanálisis. Por eso, al artista no le ha de preocupar ninguno de estos propósitos sino, exclusivamente, el dominio de la expresión: el dominio de la forma.

4) Amar la obra bien hecha, renunciando por ella, si hiciera falta, a cualquier interés práctico o del tipo que sea.

5) Saber y afirmar que, aunque la sociedad burguesa ha mercantilizado la actividad del artista, éste no es de ningún modo un «profesional» o un «asalariado», sino que su origen está junto al altar de Dionisos y, por tanto, su actividad se parece más a la de los sacerdotes, los brujos, los astrólogos, los profetas y los sabios que a cualquier actividad utilitaria (pero cuidado: no nos dejemos convertir en gu-

rúes, como nos quiere la sociedad de consumo).

6) El artista debe someterse a un trabajo disciplinado.

7) No hay que tener prisa en llegar a los resultados. Estamos empezando. Y, de hecho, un verdadero artista está empezando siempre.

8) Modernidad y originalidad. Hé aquí una doble divisa, que responde a la necesidad de cuestionar constantemente la forma de expresión, y que puede conjurar este doble peligro: copiarse a uno mismo, repitiéndose sin voluntad renovadora, o copiar a los otros (por ejemplo, el último éxito extranjero o la última moda en circulación).

9) Trabajar en equipo, que es como se trabaja en el teatro. La formación de compañías para un solo espectáculo es un procedimiento estéril. Los teatros deben tener compañías estables, y no sólo los teatros oficiales.

10) Asumir las buenas tradiciones del teatro español, hoy bajo los escombros (Siglo de Oro, Valle-Inclán, etc.).

Creo que sólo quienes procedan sobre los supuestos de este decálogo se salvarán de la crisis y, con su trabajo, salvarán de ella, definitivamente, al teatro español.

¹ Utilizo el texto publicado en *Pipirijaina*, n.º 24. Enero 1983.

² Tales escritos, en su mayoría, eran recogidos por *Primer Acto*, y más tarde por *Pipirijaina*. Luciano García Lorenzo ha reunido una buena selección de ellos en *Documentos sobre el teatro español*. Madrid. SGEL. 1981.

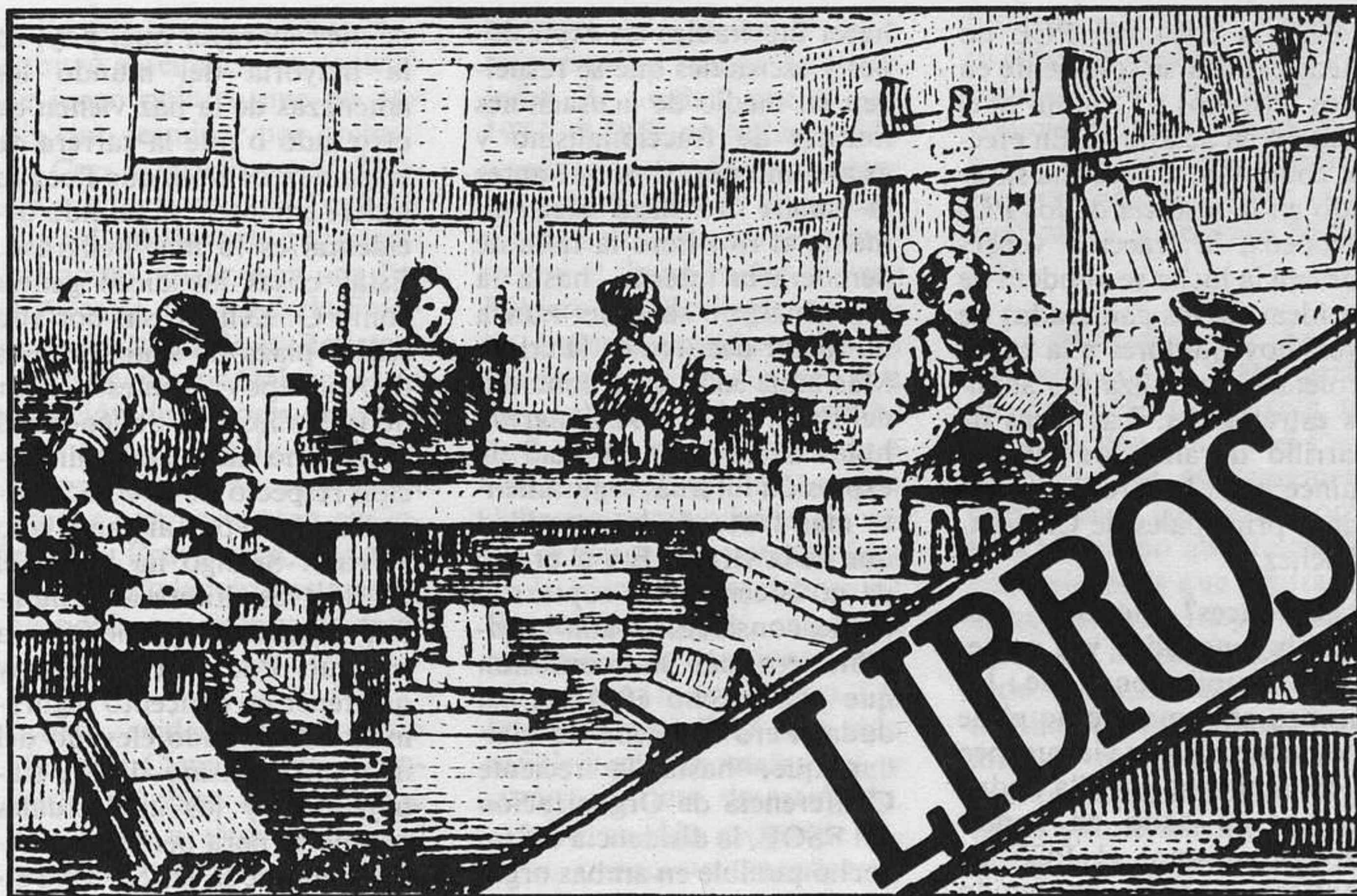
³ Merecen citarse, asimismo,

algunos números monográficos de revistas, como los de *Cuadernos para el Diálogo*, *Sipario*, etcétera.

⁴ Se especuló mucho en su día sobre el sentido de esa creación. Por ejemplo, hubo quienes hablaron de una «operación prestigio»

de la UCD, etc. La realidad pura y simple es esta: fue creación de un amante del teatro, Rafael Pérez Sierra, entonces Director General (y a ese proyecto fió toda su gestión), apoyado por un intelectual como Jesús Aguirre, entonces Director General de Música y

hombre muy influyente en aquel Ministerio de Pío Cabanillas. Pero a la UCD le traía sin cuidado el Centro Dramático Nacional, y prueba de ello es que un Director General ucedeo fue el encargado de darle la puntilla a tan ambicioso proyecto.



¿JUICIO INAPELABLE?

J. R. Aramberri

La biografía política de Santiago Carrillo que acaba de publicar su antiguo amigo y compañero de partido, Fernando Claudín, merece especial atención. No tanto por lo que en ella pueda encontrar el buscador de anécdotas picanteras o simplemente curiosas, que se sentirá notablemente defraudado; tampoco por lo que en ella pueda haber de desahogo personal de quien ha visto a aquel que le expulsó del PCE por divergencias ideológicas convertirse en defensor de las consecuencias de aquella ideología, pues hay

poco de esto; la especial atención que, a mi entender, merece el libro viene de que es uno de los escasos intentos de entender con seriedad el fenómeno reciente e inesperado, sobre todo por los creadores de su línea política, de la crisis espectacular en que este partido se ha visto envuelto en los dos últimos años.

Debo adelantar que el trabajo de Claudín no ha conseguido convencerme en este terreno y que su juicio inapelable me parece que merece el respeto de poder ser discutido. Que no se vea en ello la menor defensa de Santiago Carrillo en cuanto personaje de la historia. Siempre que he podido manifestarme sobre ello, he opinado que Carrillo ha sido una desgracia para la izquierda de este país y su caída, tardía y aparentemente incompleta, la he recibido con la natural satisfacción de que han hecho gala otros muchos. Pero las razones del juicio ne-

gativo que su actividad política merece son, a mi parecer, muy otras de las que inspiran a Claudín.

Si lo he entendido bien, para Claudín las causas del desastre del PCE han de buscarse en su historia y, sobre todo, en fechas recientes: el período 1962-64. En esta fase, como es bien sabido, comienza una batalla política interna que se salda con las expulsiones del propio Claudín, J. Semprún y otros cabezas de chorlito. La causa inicial, el fracaso de la huelga general anteriormente convocada por el PCE contra la dictadura franquista. Como suele ser habitual en estos casos, el fracaso lleva a una discusión entre quienes no quieren verlo e, incluso, tratan de presentarlo como una victoria y quienes se resisten a comulgar con ruedas de molino e indagan sus causas en la reflexión y la puesta al día de los esquemas inválidos.

Pero la crisis del PCE no puede explicarse solamente en estos términos y Claudín es el primero en aclararlo. En efecto, como tantas veces ha sucedido en la historia de los PCs europeos, la fracción vencedora en la lucha se apodera de las ideas de los camaradas de ayer, hoy traidores a la causa proletaria, y utiliza sus análisis estratégicos. Las ideas de Carrillo durante los últimos quince años han recogido los temas principales de Claudín-Sánchez.

¿Entonces? Junto a esos análisis renovados y a posteriores ampliaciones de los mismos en temas como el de la democracia y la vía europea al comunismo, esa olla podrida que se dio en llamar eurocomunismo, el PCE de Santiago Carrillo ha tenido una evolución poco clara en sus relaciones con el Gran Hermano del Este y no ha cambiado un ápice su concepción estalinista del Partido. En resumen, para Claudín las causas que explican decisivamente la crisis del PCE son factores de orden internacional y organizativo.

No hay duda de que ambos conjuntos tienen un peso notable. Pero conviene apreciarlos en su justa medida. A mi entender, los factores organizativos raramente son determinantes de las crisis de los partidos. Lo que sucede es que son la cancha en que finalmente se expresan las batallas políticas internas, pues quien se haga con el aparato tiene grandes posibilidades de imponer sus propias soluciones a la crisis. Los factores organizativos se limitan a agravar o hacer más sencilla la solución de las crisis y tienen por ello una importancia de segundo grado. La estructura rígida del modelo estalinista de partido juega siempre en el sentido de agravar la crisis y

hacer inevitables las expulsiones y escisiones que se resuelven en medio de acusaciones mutuas de fraccionalismo y excomuniones, si es que antes la sangre no llega efectivamente al río. Pero la falta de democracia interna, hasta la fase final, no suele ser nunca un factor decisivo en la crisis. Más aún, en el caso concreto del PCE, hasta el X Congreso hubo una amplia libertad de expresión interna, seguramente más fruto de la necesidad que de la virtud. Era el precio de no precipitar la ruptura o de no considerarla aún inevitable: era más una concesión que un derecho efectivo, sin duda. Pero conviene no olvidar que, hasta la reciente Conferencia de Organización del PSOE, la disidencia era un hecho punible en ambas organizaciones de izquierda. Sin embargo, el PSOE, lejos de diluirse por ello, se fortaleció.

La relación con la URSS y el PCUS tampoco lo explica cabalmente. Es lógico que Claudín, que ha conocido muy de cerca aquella sociedad y lo que significaba el estalinismo, carezca de simpatía por las formas de vida que en ella se manifiestan. Lo mismo nos pasa a quienes creemos que el socialismo ha de ser algo más que la dictadura sobre las necesidades. Pero, según me parece, la crítica de Claudín corre paralela a la mitificación rechazada de la URSS como patria del verdadero socialismo. Me explicaré. Si en la URSS no hay un gramo de socialismo ni de libertad, que no lo hay, y sí conviene, como conviene, hacer un examen a fondo de lo que realmente allí sucede, parece claro que ese examen debe buscar los matices. Si, en efecto, la URSS se comporta como una gran potencia en la arena internacional, nada sacaríamos con negarlo, pero tampoco estaría

de más subrayar que, hoy, en la mayoría del mundo las amenazas de la paz vienen de otro lado o que la carrera de armamentos en la que Reagan quiere embarcar al mundo occidental es lo más peligroso. Estas cosas las dicen gentes como G. Kennan sin por ello sentar plaza de simpatizantes de Andropov. Bien está exigir de todos los que defienden el socialismo una neta delimitación respecto de la URSS, pero llamando pan al pan y vino al vino. Si algo ha hecho el PCE en los últimos años ha sido, precisamente, negarse a matizar. Por otra parte, hay que tener un concepto seguramente demasiado elevado del internacionalismo de los trabajadores y los intelectuales españoles para pensar que este asunto de la URSS haya sido elemento clave en la crisis del PCE.

¿Entonces? Mi convicción no coincide con la de Claudín y pienso que el factor principal en la crisis del PCE carrillista, sin despreciar ninguno de los anteriores, hay que buscarlo en otro lugar, a saber, en las deficiencias de su estrategia política. El PCE sale de la dictadura como la fuerza mejor organizada de la izquierda, con centenares de cuadros obreros, estudiantiles, intelectuales y profesionales experimentados y curtidos en la clandestinidad. Cuenta con una influencia notable en el movimiento de masas que, si no era tan considerable como algunos pensábamos entonces, no era tampoco la minoría que refleja Claudín. Más aún, lejos de buscar el refuerzo de esa potencia, el PCE, según la estrategia de Carrillo, aceptó limitarla, privilegiando la vía del pacto con la derecha a la vía de una negociación basada en la fuerza que le hubiera dado la movilización. Así de simple.

De esta forma, el PCE contribuyó a delimitar un espacio de juego político que no podía sino terminar por excluirle. Con el espejismo de Thorez y, sobre todo, de Togliatti y la ridícula idea de que su papel podía repetirse en una España muy distinta de la Francia o la Italia de la Resistencia, o de que los Gobiernos de coalición de la postguerra habían sido un regalo caído del cielo. Carrillo se aprestó a ocupar una cartera en el Gobierno Provisional, cartera que, siendo las circunstancias, no podía por menos de escapársele.

Esto, evidentemente, no lo afirmaría Claudín. Por el contrario, él nos advierte que entregarse a estas suposiciones sería caer en una ucronía sin sentido. Aparte de que se pudiera objetar, con serios metodólogos de las ciencias sociales (el primero Max Weber en su teoría de la probabilidad objetiva) sobre lo infundado de esa negativa a la ucronía, lo cierto es que otra cosa sería caer en el más estrecho de los objetivismos o sociologismos. Pues, si no se podía hacer otra cosa distinta, ¿a qué hacerle a Carrillo pagar el pato de la situación? Y si, por el contrario, de algo es responsable, por qué no abrir la discusión sobre el tema de su actuación en la transición. Claudín, incluso, alude a ello cuando con razón se extraña de la increíble actuación del PCE a raíz de los pactos de la Moncloa, o critica su sectarismo anti-PSOE o maldice de la escolástica vanidad que llevaba a Carrillo a creer que «los acontecimientos nos han dado la razón». Pero, a mi entender, su explicación es deficiente.

Líbreme Dios de tratar de enmendar la plana a nadie, pero no quisiera acabar sin

hacerme una pregunta cuya respuesta no tengo: ¿cree alguien de verdad que si, en 1977, el PCE no hubiera sido legalizado, si se hubiera negado a participar en unas elecciones en las que no se contara con él, la operación Suárez hubiera podido llegar a puerto, hubiera podido el PSOE participar en un régimen que así excluyera a los comunistas? ¿Hizo jugar alguna vez a fondo el PCE la fuerza que le daba ese relativo poder de veto, se preocupó por ampliarlo, lo hizo pesar socialmente? En cualquier caso, negarse a plantear estas cuestiones sería un mal paso metodológico. Las cosas para el PCE han sido suficientemente malas tal y como se han desarrollado. ¿Hubieran sido peores de haberse propuesto hacerlas de otra forma?

Fernando Claudín. *Biografía de Santiago Carrillo*. Editorial Planeta. Madrid, 1983.

FEMINISMO IN VITRO

Miguel Porta

La mujer como clase social y económica. El modo de producción doméstico y La reproducción humana constituyen los dos primeros volúmenes de *La razón feminista*¹, obra con la que Lidia Falcón pretende —en sus propias palabras, no exentas de iluminismo y dogmático— dar el paso del «feminismo utópico al feminismo científico» así como

fundamentar el «conocimiento científico del feminismo revolucionario». A estos dos volúmenes iniciales han de seguir otros dos que versarán, respectivamente, sobre la sexualidad y el trabajo doméstico.

La obra de Lidia Falcón, marcada por un fuerte carácter militante (no puede obviarse su relación con el Partido Feminista), es escasamente crítica para con sus propias tesis al tiempo que descalifica cualquier tesis que contradiga las suyas. En la mayoría de los casos tal descalificación procede apriorísticamente y sin mediar el más mínimo y serio análisis crítico; así, es frecuente despachar con «argumentos» meramente verbalistas y demagógicos («reaccionarios», «entorpecedores», «dogmáticos», «arrogantes», «ignorantes», «mediocres», etc.) teorías y pensadores que van desde Levi-Strauss a Godelier pasando por Amin, etc.

La tesis de Lidia Falcón es la siguiente: la mujer es una clase social y económica, explotada y oprimida por el hombre que, en consecuencia, se constituye en clase antagónica para ella. Para sustentar su análisis se afirma la existencia de un modo de producción doméstico que se define como la «forma y manera en que se producen los bienes y la riqueza precisas para el mantenimiento y la reproducción de la sociedad humana, constituido por la existencia de dos únicas clases, el hombre y la mujer, y la consiguiente explotación sexual, reproductora y productora de ésta». Por lo que se refiere a la reproducción (tema tratado en el volumen 2), la mujer crearía un excedente: los hijos; hijos que tendrían un valor de uso o de cambio del que se apropiaría el padre ya

que éste posee sobre aquéllos un «derecho de vasallaje», amén de que para lograr mejores rendimientos el padre recurre a la «coacción física, legalmente permitida por el Estado», al tiempo que realiza en ellos cierta «inversión para conservarlos en vida» (sic). En resumen, el padre (que no la madre) obtiene del hijo unos «beneficios netos».

La alternativa propuesta por este (auto) denominado «feminismo revolucionario» persigue que las mujeres dominen los «mecanismos de poder político como la organización y la dirección de la reproducción humana» mediante la reproducción (no sólo fecundación) *in vitro*, orientada por un «plan metódico y combinado de fabricación artificial de niños». Y todo ello porque «el varón ha cumplido ya casi todos sus objetivos evolutivos y políticos y está incapacitado para alcanzar el gran salto cualitativo que ha de suponer la revolución feminista y la reproducción artificial que modificará todos los modos de producción conocidos hasta hoy, la familia, las relaciones sexuales y amorosas, y los sentimientos humanos».

El *corpus* teórico de Lidia Falcón incurre y agrava —en mi muy modesta opinión— los errores teóricos propios del feminismo radical de los años sesenta y primeros setenta; errores que el análisis y la crítica de la realidad se ha encargado de corregir. En síntesis, y en contra de las ideas de Lidia Falcón, el trabajo doméstico bajo el capitalismo no produce plusvalía (y, por tanto, tampoco explotación) ya que no mantiene relación directa con el capital ni tampoco con el mercado, no, operando en él la ley del valor fuente de la plusvalía. Ahora

bien, esta circunstancia no excluye el que la mujer esté oprimida en régimen «servil», como bien afirma Lidia Falcón, y que realice un plus-trabajo que es transferido al capital. El mecanismo de esta transferencia sería como sigue: El trabajo requerido por las tareas domésticas supera el valor de la parte del salario del marido consumido por la mujer; este plus-trabajo formaría, pues, parte del consumo del marido y como es parte del valor de su fuerza de trabajo, resulta que el marido recibe por debajo del valor de su fuerza de trabajo. O, lo que es lo mismo, el capital recibe plus-trabajo extra. El trabajo doméstico no sería un trabajo gratuito, como piensa Lidia Falcón, sino un trabajo no pagado por el capital y, en consecuencia, no es el «hombre», en abstracto, el interesado objetivamente en la perpetuación de la opresión de la mujer, sino el hombre (y la mujer, que también las hay) capitalista.

Por lo demás, el trabajo doméstico no formaría un modo de producción; en todo caso sería un modo o forma de producción precapitalista, clientelar o subsidiario (Harrison, Meillassoux). La mujer no formaría tampoco una clase antagónica del hombre sino un «amplio grupo trabajador» (Seccombe) sobreoprimido. Por supuesto, el hecho de que no exista contradicción de clase hombre/mujer no excluye el que existan contradicciones entre sexos. Por lo que se refiere a la reproducción *in vitro* tal como es planteada por Lidia Falcón me limito a (obviada la ciencia ficción) alertar de los peligros (racistas, sexistas, etc.) implícitos; en cierto modo, de la reproducción *in vitro* a la inquietante ingeniería genética sólo hay un paso.

Levantar el hacha de la guerra de los sexos, la (sin) razón feminista, es la vía directa a una política funesta y sexista tan peligrosa y funesta como la del sexismo machista que se pretende combatir. Y es que la guerra de los sexos —curiosa y eterna repetición de la lucha de clases en la que se irían cambiando los sujetos dominantes— beneficia a quien alimenta la desigualdad entre los sexos y conduce al suicidio del propio feminismo, conduce a un feminismo *in vitro* (esto es, artificial).

El segundo volumen de la obra de Lidia Falcón se abre con una cita de Einstein en el que éste indica que es más importante la imaginación que el conocimiento; lo que quizá se olvidó de decir Einstein es que tampoco hay que pasarse. Caigan sobre mí las iras de las «feministas revolucionarias»: debo ser uno más de la «cateriva de ignorantes, mediocres y reaccionarios».

¹ Lidia Falcón. *La razón feminista*. Volumen I: *La mujer como clase social y económica. El modo de producción doméstico*. Ed. Fontanella. Barcelona, 1981. Volumen II: *La reproducción humana*. Ed. Fontanella. Barcelona, 1982.

**LAS RAICES
FILOSOFICAS
Y SOCIALES DE
LA INSTITUCION
LIBRE DE
ENSEÑANZA**

Reyes Mate

De Karl Christian Friedrich Krause, un filósofo alemán de los que no entran en los libros

de texto, pero con una influencia en la historia española mayor que la de muchos de los filósofos clásicos, se suele decir, al igual que de Ortega y Gasset, que es «Primero de España y Quinto de Alemania». Con ese dicho no se sabe muy bien si lo que pretende es poner en entredicho la solidez del principio que ha inspirado el institucionalismo o, más veladamente, dar a entender que Sanz del Río «aprovechó» a Krause, como pudiera haberlo hecho con cualquier otro pensador de la época.

El primer centenario de Krause ha servido¹ para volver sobre el filósofo alemán y entender mejor el krausismo. El que hayan sido los elementos más ilustrados los que hayan mostrado mayor vitalidad en la filosofía idealista de Krause, invita a reflexionar sobre la actualidad de la Ilustración, pero también a recomponer su relación con el idealismo.

Krause tenía conciencia de ser un filósofo, como los grandes de su época, y hasta esbozó el lugar que le correspondía en el ranking histórico. De sí mismo decía representar el «idealismo especulativo» que nuestro autor diferenciaba cuidadosamente del idealismo trascendental kantiano. Krause aceptaba, por supuesto, el punto de arranque de Kant, esto es, que lo que aparece; en otras palabras, que este mundo sólo nos es accesible bajo la forma de «fenómenos» y que las cosas están determinadas por las formas «a priori» de la percepción en las cuales las cosas aparecen. A Krause, sin embargo, no le parecía bien poner el punto argimédico de la verdad y del ser en una teoría (trascendental) del conocimiento. Quería algo más sólido y concreto que el mero cri-

ticismo. Entonces soñó con un sistema idealista cuyo centro de gravedad era el panenteísmo del «todo está en Dios».

En su sistema idealista o Ciencia de la ciencia están todos los capítulos de los grandes filósofos idealistas alemanes:

— Una teoría del conocimiento, que en este caso, tome tintes metafísicos con la declaración de la equivalencia entre las categorías del ser y del pensar.

— Una filosofía de la historia en la que el desarrollo histórico del espíritu es el desarrollo biográfico del individuo.

— Una herencia de la concepción liberal de la teología, obsesionada con la compatibilidad de la fe y de la razón.

Con este bagaje reivindicaba Krause un lugar en los libros de texto, junto a Fichte, Hegel y Schelling, aunque, como procede con un filósofo alemán, culminándoles a todos ellos.

Desde estas cavilaciones filosóficas no es fácil vislumbrar su relación con la agitación pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza, por poner un ejemplo. Pero el interés de algunas aportaciones del presente libro es señalar el hiatus que queda descubierto al comentar la filosofía del derecho de Krause.

El derecho para Krause contempla todas las circunstancias que condicionan y se derivan de la libertad, cualidad propia de la vida racional del hombre y de la sociedad humana. El mismo Krause ya se dedicó a señalar las diferencias de este planteamiento respecto a otro tan clásico como el de Kant: si para éste el dere-

cho es la limitación del arbitrio del individuo, para Krause tiene la función de crear las condiciones de libertad y realización del individuo. Krause huye de una concepción formalista del derecho por dos caminos: primero, por su fundamentación metafísica que le lleva a colocar la libertad y la realización del individuo como una aventura en la que se juega la razón de ser del mismo ser; segundo, en una consideración material de esa misma libertad: la libertad es siempre exigencia de las condiciones que permiten su ejercicio. El hecho de que colocara en lugar eminente de esas condiciones materiales, que hacen posible el ejercicio de la libertad, a la educación, da una pista de la relación privilegiada entre el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza.

En efecto, no se puede hablar de libertad de pensamiento sin exigir una buena educación, en cuya ausencia no se ejercerá aquél y de poco vale el derecho a la elección sin una correspondiente formación que permita valorar y conocer las alternativas.

El enraizamiento metafísico de la libertad no admite gradualismo por razón de edad, sexo o raza, con lo que Krause se convirtió en un madrugador defensor de los derechos de los niños, de la mujer y «de toda la raza humana». Y como su panenteísmo le mantenía alejado del antropocentrismo hegeliano (subordinación de la naturaleza al espíritu), proclama el mismo rango para naturaleza y espíritu, anticipado de este acierto el respeto casi religioso de los institucionalistas por la naturaleza, a cuyo reconocimiento y contacto tantas iniciativas imaginaron.

Elías Díaz, en su colaboración «la Institución Libre de Enseñanza y el Partido Socialista Obrero Español», da un repaso a muchos de los tópicos que suelen adornar los dichos sobre el particular. Dirigiéndose ora a quienes identifican ambas instituciones o a quienes las enfrentan, Elías Díaz precisa las diferencias y el peso del institucionalismo en el PSOE, sin que haya que olvidar la presencia de otras «tradiciones», particularmente la marxista. Lo que no parece tenerse en pie es la afirmación de que al krausismo español haya que reducirlo a un talante liberal, con elevadas cotas de honradez y austeridad y exclusiva preocupación por la educación. Ese talante ilustrado está orquestado, en el krausismo, dentro de un sistema filosófico cuya calificación de «idealista» no excluye ni la concepción (reformista) de la sociedad ni una completa visión del mundo.

Sólo así se explica que de aquella inspiración nacieran no sólo una generación de maestros cuya vocación pedagógica parece hoy un anacronismo dinosaurio (compárese sino las reivindicaciones actuales del gremio, que van del corporativismo al aseguramiento del puesto de trabajo), sino también la creación del Instituto de Reformas Sociales y otras iniciativas de reformismo social.

Para tiempos como los que ahora corren en los que se ha puesto de relieve la trascendencia de la relación entre ética y socialismo no viene mal volver a las fuentes éticas del socialismo español, no sea más que para recordar que la fuerza de ese binomio sólo es operante cuando se ubica en el contexto más amplio de una filosofía.

¹ AA.VV. Reivindicación de Krause (Fundación Friedrich Escri, 1982).

MILITARISMO: ENTRE LA CRISIS Y LA PATOLOGÍA

Miguel Porta

Vicenç Fisas Armengol es uno de los más destacados y serios especialistas de que dispone nuestro país en materia de militarismo, conflictos internacionales y polemología. Es miembro del IPRA (International Peace Research Association) y coordinador del Departamento de Estudios de la Paz y de los Conflictos del CIDOB (Centro de Información y Documentación Internacional de Barcelona). Ha publicado *Centrales nucleares: imperialismo tecnológico y proliferación nuclear* (1978), *El poder militar en España* (1979), *Despilfarro y control de la energía* (1981) y *Crisis del militarismo y militarización de la crisis* de reciente aparición (I), obra que vamos a reseñar brevemente.

En la obra de Fisas —que merece ser leída aunque sea tan sólo por el caudal de datos que aporta— se define el militarismo, acertadamente, como aquel fenómeno dinámico y adaptable a las diversas coyunturas en el espacio y en el tiempo que se constituye en «modelo general de desarrollo nacional e internacional en el que las dimensiones económicas, políticas y culturales de la vida son progresivamente dominadas por la guerra,

las preparaciones a la guerra y el *condicionamiento de la vida pública en función de las prioridades militares*, sea en el campo de la estrategia, de la defensa armada o de la industria bélica». Pues bien, una vez realizada la premisa básica de definir correctamente el militarismo, nuestro autor sostiene una doble tesis: por un lado el militarismo (y la carrera de armamentos) está cada vez más presente en el entramado político-social cumpliendo la función de vertebrador y perpetuador del sistema capitalista; por otro, el militarismo ha entrado en crisis y contradicción consigo mismo por mor del nivel destructivo que ha alcanzado.

Por lo que respecta a la primera tesis, el militarismo (con el relanzamiento de la carrera de armamentos) es quizá la única forma de mantener el sistema internacional de dominación vigente. Esto es, el militarismo se convierte en una auténtica *tecnología de la represión* que mediante la proliferación de los conflictos armados (especialmente en la periferia del sistema) se erige en arma ofensiva siempre presta a eliminar cualquier intento o proyecto de independencia económica, política o social. En otros términos: el Nuevo Orden Económico Internacional (es decir, la superación capitalista de la crisis) se sirve del militarismo (militarización *dependiente* de los países «amigos» del Tercer Mundo y de las relaciones internacionales) para asegurar que los países subdesarrollados y los llamados «nuevos países industrializados» sigan siendo los «centros regionales del imperialismo» que permitan al capital seguir su irresistible y planetaria expansión aportando materias primas, mano de obra barata y disciplinada, vías de comunica-

ción, etc. ¿Queda, a la vista de la realidad presente, algún ingenuo que crea en la militarización como Doctrina de la Seguridad Nacional?

Ahora bien, segunda tesis de Fisas, el militarismo (y la guerra como su expresión) entraría en crisis y contradicción debido al alto nivel destructivo alcanzado por la tecnología militar. En efecto, la guerra ha entrado en una dinámica patológica que hace que pierda por completo aquella función social reguladora o de continuación de la política por otros medios; y ello porque la tecnología de la destrucción ha alcanzado ya el *overkill* o capacidad de destruir varias veces lo existente. ¿Qué sentido tiene poner en marcha un aparato destructivo que en lugar de conseguir el dominio sobre el enemigo acaba por destruir todo lo existente? ¿Quién, por cuanto tiempo y en qué condiciones podría sobrevivir a una confrontación nuclear como la que nos amenaza? Una guerra generalizada sólo puede conducir al exterminio de la humanidad: de ahí su patológica falta de sentido y su contradicción.

Frente a esta preocupante situación que amenaza con la existencia de hasta la propia vida en la superficie del planeta, Fisas se muestra partidario de un *desarme general y completo* que, por supuesto, no descarta las medidas intermedias de limitación y reducción de armamentos. El desarme general y completo por el que aboga Fisas —basado en la Resolución 722 (XVI), de 20 de diciembre de 1961 de la ONU— debe comprender medidas tales como: licenciamiento de las Fuerzas Armadas; cese de la producción de armamentos; liquidación de establecimientos militares; li-

quidación y eliminación de los «stocks» de armas nucleares, químicas y otras de destrucción masiva, etc. A todo ello habría que unir una serie de veintiún puntos propuestos por Fisas, entre los cuales cabe destacar una educación para el desarme, un centro de investigaciones de la paz, libertad de expresión para los militares, derecho de sindicación para los soldados, desobediencia civil, etc.

Ciertamente las medidas propuestas por Fisas pueden parecer utópicas (y de hecho lo son) pero, a la postre, y como él mismo dice, no contribuir al desarme general equivale, en la práctica, a fomentar el rearme con todas las amenazas que ello conlleva.

¹ Vicenç Fisas Armengol: *Crisis del militarismo y militarización de la crisis*. Fontamara. Barcelona, 1982. 170 págs.

ESCRITO EN UN DOLAR

Carlos B. Aguinaga

A mediados de los años sesenta quedó liquidado el realismo social que tan ambigüamente había comenzado con *El Jarama* (1957). Ninguna obra literaria por sí sola fue responsable del cambio, pero la aparición en 1962 de *Tiempo de silencio* ha de considerarse decisiva. De golpe —y por fin— aparecen en esta novela planteamientos técnicos,

formales, de los que sólo por la represión de la Dictadura y sus censuras se había mantenido alejada la narrativa española: un modo de montaje ya distinto al de *La colmena*, un monólogo interior ya no decimonónico, cruces temporales y de personas narradoras, en fin: todo lo que Joyce, Faulkner y tantos más hicieron en su día necesario, imprescindible para un nuevo arte de novelar.

Poco después de *Tiempo de silencio* —muy poco después— el susto gozoso que se pegan los lectores españoles con el estallido del «boom» hispanoamericano será el golpe de gracia que hará que unos y otros se decidan por el abandono de un realismo al que empiezan a calificar de «realismo de la berza». Como, además, un novelista catalán descubre que un poeta francés había dicho que la poesía no se hacía con ideas sino con palabras, se deduce, ¡y por qué no!, que la novela ha de ser como se decía ya que había de ser la poesía: ni ideas, ni sentimientos, ni contenidos sociales: la realidad es el lenguaje. Y así, en el momento justo en que se inicia el desarrollo económico —cuando empiezan a desaparecer paulatinamente las chabolas según aparece el seiscientos— la narrativa española entra por la vía de eso que acabó por llamarse *la escritura*. Se acabaron las piquetas, las minas, los andamios en la fachada y todos los posibles cacereños. Y, ¿quién iba a oponerse si López Salinas estaba tan ocupado con la organización clandestina de su partido, si Ferres tira el arpa marchándose a los Estados Unidos, y si Juan García Malo, el personaje de nuestra novela, deja el arte de Cervantes y se dedica a la publicidad? Parecía que no había más que hablar, y de

ahí, tal vez, que un Luis Goytisolo y un Juan Marsé tardaran tanto en escribir sus segundas o terceras novelas.

Sólo que hay problemas.

El primero en el interior mismo de la obra de Luis Martín Santos, ya que si el donostiarra (que lo es, en el mismo sentido, por lo menos, en que López Ufarte es irunés y Guerra Garrido también donostiarra) pone al día a la novela española desde el punto de vista técnico o formal, su peculiar manera de visión pesimista de España, nos remite paradójicamente al ámbito más tradicional de las preocupaciones de los del 98: sus ideas acerca de España, curiosamente, *no* están al día.

Y es que Luis Martín Santos —dicho sea sinóptica y directamente— no se enteró de lo que estaba pasando, de lo que empezaba a ocurrir. Como tampoco se enteraron los que, deslumbrados por la novedad de realidades formales necesarias al arte de novelar, no supieron ver que si un tipo de realidad social iba desapareciendo ello se debía a que iba apareciendo otro tipo de realidad social, tan digna de ser novelada de manera realista como la anterior (que, por otra parte, no había todavía desaparecido). Donde por «realidad» social ha de entenderse aquello sin lo cual no hay narrativa que se sostenga (diga nada), en tanto por «manera realista» no ha de entenderse ni «realismo socialista» ni realismo decimonónico, sino lo que resulte necesario para que la relación dialéctica individuo-sociedad se vea reflejada originalmente, de manera formalmente tan cambiante como cambiantes son los contenidos.

(Me permito recordarles aquí que, en su polémica con Lukacs, Brecht tuvo que decirle al gran húngaro que los maestros del marxismo no nos han dejado dicho *cómo* escribir novelas. A lo que yo añadiría que no lo han dejado dicho ni esos maestros ni nadie.)

Que Luis Martín Santos no se enterara es natural, porque apenas empezaba el desarrollo; pero que años después otros (como por ejemplo J. Goytisolo y J. Benet) siguiesen sin ver nada, resulta imperdonable. Aunque sólo sea porque algunos sí se daban por enterados y, cada uno a su manera, siguieron con la novela realista, en el sentido más amplio de realismo que Brecht define cuando explica que «los artistas realistas destacan el momento de llegar a ser y la transición. En su obra, piensa históricamente». Recordemos a Luis Goytisolo, a Fernández Santos, a Marsé.

Y hablemos de lo que aquí nos ha traído, por supuesto, de Raúl Guerra Garrido quien, diez años más joven, aproximadamente, se inserta todavía en la órbita de aquel primer realismo con *Cacereño* (1970) para largar amarras, tras siete años de silencio novelístico, con *Lectura insólita del capital* (1977) y *Pluma de pavo real, tambor de piel de perro* (1977), novelas en las que resulta evidente que ha encontrado ya lo que será su manera. Una manera en la que los diversos problemas técnicos que se planteaban a finales de los sesenta y principios de los setenta aparecen plenamente resueltos de modo que «la escritura» funciona discretamente, sin llamar en exceso la atención sobre sí misma. Esto a la vez que Guerra Garrido sigue ocupándose

de lo que ocurre en la sociedad de la que vive. *Lectura insólita, Pluma de pavo real..., Copenhague no existe* (1979) tratan, en uno u otro sentido, de la España de nuestro tiempo. Hasta que, por fin, con *Escrito en un dólar* (*) nuestro novelista se lanza a historiar los orígenes del mundo del que nunca se desprende.

Jugosísima novela ésta en la que vemos aparecer, hasta que llega a funcionar a tope, lo que en una película mexicana con tema similar se llamó la «mecánica nacional».

La mecánica nacional es el enorme esfuerzo —un esfuerzo casi inimaginable hoy— de millones de hombres y mujeres que hicieron posible el desarrollo económico, el «milagro español» y, por lo tanto, la España en que hoy vivimos... incluyendo sus formas democráticas, piénsese de ellas lo que se piense. Por supuesto que la base de ese desarrollo se encuentra en la desorbitada explotación a que se vio sometida la clase obrera, a la cual, aquí y en el extranjero, se le extrajo plusvalía como nunca antes. Pero si esa clase obrera estaba en el punto de producción (sin la cual no hay desarrollo ni crecimiento posible) su trabajo se vio de necesidad complementado por la aparición de técnicos y profesionales de todo tipo, tanto en el área de la producción como en la del consumo. Y éste, el del trabajo relacionado con el consumo, es el terreno que ha escogido Guerra Garrido para su novela. Novela que gira alrededor de un aborto y grotesco triple asesinato cometido por el personaje central tras un largo recorrido de más de veinte años en el tren del desarrollo que, como él mismo dice varias veces, supo coger a tiempo.

Juan García Malo es un buen chico que tiene a su favor no pocas cosas: es hijo de los vencedores; vive en el barrio de Salamanca (aunque en una de las zonas más pequeño-burguesas); va a escuela de pago y se codea con los poderosos; es simpático, y es un excelente jugador de baloncesto cuyo espíritu luchador se revela especialmente cuando juega en campo contrario. El que sea flojo para los estudios tiene poca importancia: él sabe que va a triunfar, aunque no sepa durante mucho tiempo cómo.

Y lo sabe, simple y sencillamente, porque conoce suficientes triunfos en el deporte, porque desde su declarado «apoliticismo» conoce de sobra a qué clase pertenece y, sobre todo, porque vive inmerso en los mitos americanos, en particular en el del héroe solitario cuyo modelo máximo es, a finales de su adolescencia, el Gary Cooper —si no me equivoco— de *High Noon*. Luego, cuando ya esté empezando el desarrollo y Juan García Malo esté ya instalándose en el tren al que ha subido, John Kennedy y la «Nueva Frontera» ocuparán de manera natural el sitio de Gary Cooper (que, por lo demás, éste nunca pierde).

Lo que pasa es que la admiración y la voluntad de emulación pronto se ven envueltas en odio. Primero cuando el equipo de *basketball* de los Patos Locos de la USAF (que juega alegremente según presume de poder tirar bombas atómicas en cualquier lado) no sólo le gana un partido sino que le le-

sionan malamente. A lo que sigue que su novia, Marga, se le marcha a Estados Unidos, el paraíso inalcanzable para Juan. Así, poco a poco la presencia de los Estados Unidos irá llenando toda su vida según se adentra más y más en el mundo de la publicidad y, por lo tanto, de las transnacionales. El símbolo podría ser el slogan «Pinturas Sherwin Williams, cubren la tierra» (pág. 163), slogan representado —si la memoria no me falla— por un mundo sobre el cual, desde el Polo Norte, se derrama por el mundo la pintura americana.

Pero lo bueno de Malo, o Bad, como le llaman a veces sus jefes, tardará mucho en ver la contradicción entre sus mitos y el odio al enemigo imperialista. Todavía muy cerca del final de la novela dirá: «seguía siendo un estúpido» (pág. 198). De ahí su entrada y continuación gozosa en el mundo de la publicidad donde «trabaja, trabaja», tratando de inventar, de vencer el «modo español de vivir a la americana» (pág. 142) y donde, paradójicamente, «el hombre de acción deviene sedentario» (pág. 137).

Espléndidas las escenas del guateque de adolescentes madrileños, certeras las relaciones de Juan con Marga, la música, que a lo largo de los años va de Frankie Lane al rock, la importancia de *Bonanza*, la identificación de los personajes con el alunizaje americano, el inicio de la «apertura» precedido por una vaga conciencia de que la «sociedad de consumo» exige

modos democráticos de comportamiento, la sencillez de la obligada referencia a la muerte de Franco.

Hasta que Juan García Malo despierta de su sueño, sale brutalmente de su alienación: cuando ve que Margie (la hija de Marga) es una autoritaria y mimada muñeca que repite los slogans políticos de la política exterior de su país y, peor aún, que lo mismo hace Marga. Sin embargo, Juan, que, sin vivir en las entrañas del monstruo, ha captado sobradamente el significado del imperialismo, no es —en verdad— más que un buen chico sin recursos («estoy despolitizado hasta la médula») y sale de la alienación para caer en la más grotesca de las locuras:

Matar al monstruo con un verdugillo español antiguo... que resulta, para colmo, no ser auténtico.

Final espléndido, contado desde el principio, digno de Valle Inclán del cual sólo me quejaría porque, tal vez, el narrador interior (el novelista de la novela que cuenta García Malo) no ha marcado lo suficiente la distancia irónica como para que podamos ver la necesaria lucidez el sentido del fracaso del protagonista: última derrota en campo contrario, inevitable si sólo se recurre a falsificaciones del acero toledano.

(*) RAUL GUERRA GARRIDO: *Escrito en un dólar*. Ed. Planeta. Barcelona, 1982.

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

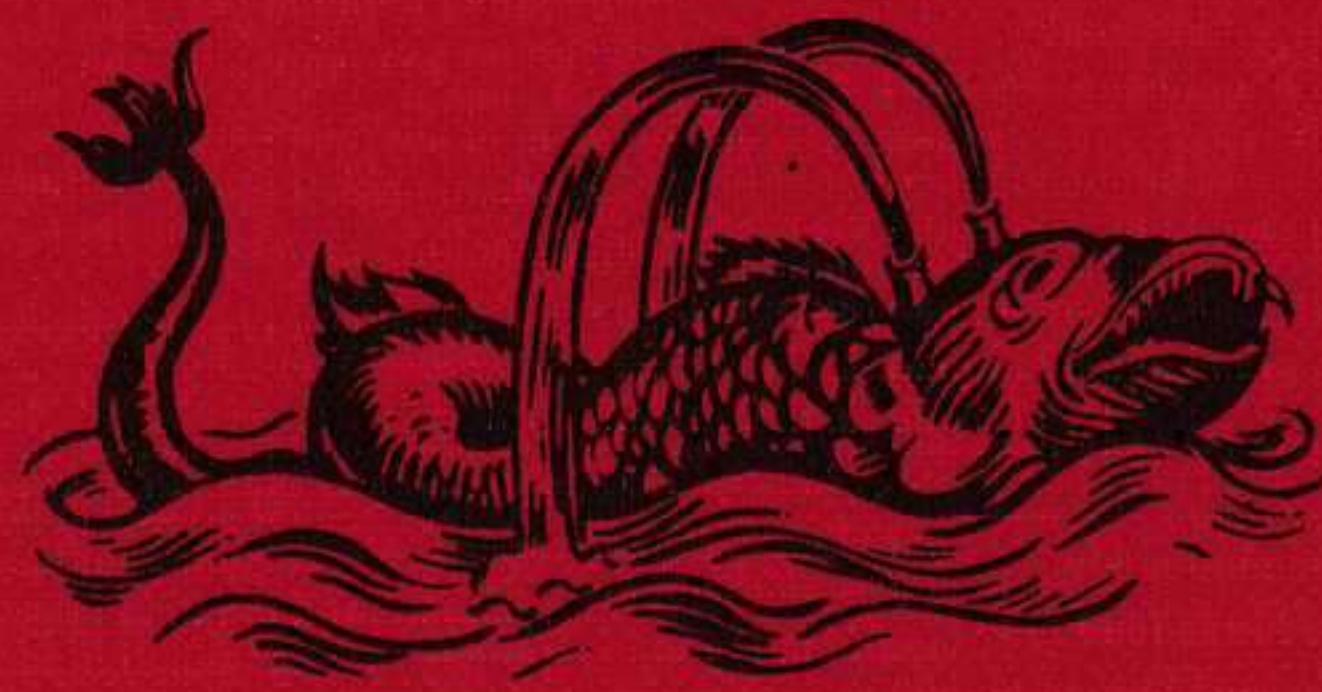
...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...

...de las cosas que se ven en el mundo...



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 300 PTAS.